

Y UNA MIERDA ME QUISISTE



Mayte Aranda

Mayte Aranda



Y una mierda me quisiste

Y UNA MIERDA ME QUISISTE



Mayte Aranda

ÍNDICE

- [1. DOCE DÍAS, SIETE HORAS, VEINTE MINUTOS](#)
- [2. DOCE DÍAS, QUINCE HORAS, TRES MINUTOS](#)
- [3. DOCE DÍAS, QUINCE HORAS, OCHO MINUTOS](#)
- [4. DOCE DÍAS, DIECISÉIS HORAS, CINCUENTA Y CINCO MINUTOS](#)
- [5. DOCE DÍAS, DIECIOCHO HORAS, SIETE MINUTOS](#)
- [6. DOCE DÍAS, VEINTE HORAS, CINCUENTA Y CINCO MINUTOS](#)
- [7. TRECE DÍAS, SEIS HORAS, CINCUENTA Y NUEVE MINUTOS](#)
- [8. TRECE DÍAS, SIETE HORAS, VEINTE MINUTOS](#)
- [9. TRECE DÍAS, OCHO HORAS, CINCUENTA Y UN MINUTOS](#)
- [10. TRECE DÍAS, DIEZ HORAS, TREINTA Y SIETE MINUTOS](#)
- [11. TRECE DÍAS, QUINCE HORAS, SIETE MINUTOS](#)
- [12. TRECE DÍAS, DIECISÉIS HORAS, ONCE MINUTOS](#)
- [13. DOS AÑOS, SIETE MESES, DIECINUEVE DÍAS](#)
- [14. VEINTIDÓS AÑOS, CUATRO MESES, DOCE DÍAS](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota al lector](#)

[Páginas de la autora](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Créditos](#)

*«Qué tiene tu veneno,
que me quita la vida solo con un beso.
Y me lleva a la luna,
y me ofrece la droga que todo lo cura».*

*Rojitas las orejas.
Fito y Fitipaldis*

1. DOCE DÍAS, SIETE HORAS, VEINTE MINUTOS

El enfado siempre ha sido cosa suya. Lo de gritar antes de preguntar, o arrugar el morro y mantenerlo apretado, aunque del mosqueo no queden más que un montón de cenizas apagadas, de las que uno ya ni siquiera recuerda a qué fuego pertenecieron. Aunque le hayas dicho: «Vale, la culpa es mía» o «¿Meto una pizza al horno y nos olvidamos?». Le corresponde por antigüedad y justicia divina, si es que acaso tal cosa existe. Y juraría que le viene de serie, si no fuese porque la vio sonreír el mismo día en que nació, acurrucada y arrugada como una de aquellas pasas que guardaba mamá en la estantería de los turrónes abandonados de Navidad, para que nadie se los comiese jamás, o como la piel de la abuela Jesusa recién salida de su ineludible baño semanal. Que no sería una sonrisa, porque la criatura apenas contaba con un suspiro de vida. Pero se le estiraría algún músculo de la cara y a Sam le sirvió como tal. En la foto apenas se aprecia el gesto, porque al revelar el carrete el negativo se veló por algunas partes y la imagen se ve un poco borrosa. Sentado en una enorme silla de hospital, al menos comparada con él, un niño de dos años y once meses sujeta con cierto reparo y gesto prudente el cuerpecito de un bebé recién nacido entre sus brazos, y la sombra de algo parecido a su primera sonrisa dibujada en aquella desconocida y diminuta carita. De eso hace ya veintiséis años, dos meses y diecisiete días, aunque él lo recuerde con tanta claridad que le duele. Un dolor lento y acompasado como una herrumbrosa máquina de tortura que, pese a estar rota, no deja de funcionar con asombrosa precisión. Nadie lo sabe, pero guarda la foto en el bolsillo izquierdo de su pantalón, desde que hace unos días se escapase a casa de mamá para tomarla prestada del álbum familiar. Ahora la foto tiene un parche de pegamento seco detrás en forma de círculo, y algún resto del cartón de su antigua residencia. Tiene el tacto de las fotos viejas. Ese que recuerda a la pana en miniatura. Como si en vez de papel utilizasen alguna clase de tela, para estampar sobre su superficie la vida en blanco y negro de un tiempo pasado.

En todo el día no ha levantado la cabeza más que para mirar con desgana y cierto asco a la enfermera de turno. Apenas un segundo y ella sola vuelve a su sitio, como si aquella fuese la postura más lógica del ser humano. Si sigue así, no tardará en vomitar. Y vomitar cuando el estómago está vacío promete ser tan desagradable como la detestable presencia de cualquiera que entre por la puerta.

Mira en la pantalla del móvil la hora y tensa la mandíbula, un par de

segundos antes de apagarlo, porque la buena de Rita no tardará en preguntar cómo está Mina y hoy tampoco va a tener muchas ganas de contestar. En tres, dos, uno... entrará mamá, apretando el llanto por dentro y sin mirarle, hasta después de besar su frente. Dirá: «Buenos días, mi niña. ¿Cómo has pasado la noche?», y se volverá hacia él con los brazos colgando a los lados, como una madre rendida ante la más ingrata de todas las impotencias. Hoy tampoco piensa comer y, si se le ocurre hablarle, la tendrán una vez más, como con la enfermera del otro día. ¿O fue la de ayer? Entre tanta mierda se le ha perdido el tiempo y ahora lo único que le importa de él es la aversión que le producen los momentos en que toca que vengan a verla. La falta que le hará a ella que la gente acaricie su cuerpo inerte, y lo poco que le gusta que lo hagan sin su permiso. ¿No la conocéis? Joder, dejarla en paz...

Con un poco más de ánimo, que sería cualquier cosa superior a la nada, levantaría las comisuras de los labios, para esbozar una de esas muecas de complicidad con uno mismo. Una de esas que se exhiben para nadie y que esconden un secreto por dentro. Porque si Mina pudiese hablarles, y eso Sam lo sabe de muy buena tinta, ninguno de ellos se atrevería a rozar dos veces su piel. Y de poder hacerlo, él mismo se encargaría de hacer el trabajo por ella. Pero a Sam la voz se le secó hace exactamente doce días, siete horas y veinte minutos, momento en que la policía les comunicó la gran noticia. A Mina la había arroyado un camión. Traumatismo craneoencefálico severo y pérdida excesiva de sangre, y bueno... toda esa bazofia de datos que no sirven para nada, porque ella ya no está. O sí... pero da lo mismo porque ni se mueve, ni se comunica ni tampoco sabe que existe. Solo duerme, indefinida y desesperadamente, hasta nadie sabe cuándo, o hasta siempre.

Las diez y cuarto y unos cuantos segundos. Laura abre la puerta con su cotidiana expresión de fingida esperanza, copiada de la última adquisición en libros de autoayuda, y entra en la habitación con la misma mentira en sus andares. Camina hacia la cama, mirándole, pero sin hablarle. Ni siquiera un «Buenos días» se le ocurrirá pronunciar o el silencio de su hijo tirará por tierra todo el trabajo que ha empleado en componer esa expresión de «Abrirá lo ojos, lo sé», que tanto esfuerzo le ha costado.

Samuel traga saliva y agacha un poco más la cabeza. Increíble pero posible. Un buen gesto que viene cargado de «Ni se te ocurra intentarlo».

Laura besa la frente de Mina.

—¿Cómo ha dormido hoy mi princesa?

Vaya por Dios. Hoy tenemos frase nueva. A lo mejor de la impresión se

despierta y los manda a todos a tomar por culo. Que sería lo más normal viniendo de ella.

Laura se vuelve hacia él, con los brazos colgando hacia los lados, como una madre rendida ante la más ingrata de todas las impotencias. Aprieta el llanto hacia dentro y compone su cotidiana expresión de fingida esperanza, copiada de la última adquisición en libros de autoayuda. La fe mueve montañas, o las montañas de la fe... o manden ustedes su fe a las montañas. Lo mismo da. En todos dice que Mina despertará, porque todos están basados en historias reales de americanos, con nombres muy americanos, que daban a sus familiares por perdidos y lograron despertarles con la fuerza de su inquebrantable fe, *«este maravilloso libro que tienen ustedes en sus manos, y la suerte de haberse encontrado con él... por los siglos de los siglos... Amén»*. Debe de llevar gastados como doscientos euros desde el accidente. Porque no se vaya usted a creer que los libros de autoayuda ayudan a nadie a dejar de gastar ingentes cantidades de dinero en papel relleno de las mismas tres o cuatro frases, pero vueltas del revés las veces que haga falta hasta completar doscientas páginas. Y el rollito debe tener su mérito, no vaya a pensar nadie lo contrario. Decir lo mismo una y otra vez, sin que lo parezca, y que la gente gaste en ello más dinero que en uno de Pérez-Reverte.

Laura camina en su dirección, se sienta a su lado y le observa, pero con disimulo y sin la fuerza que una buena madre coraje debería tener. No es culpa suya, pero su hijo la mira como si lo fuese. Como consuelo debería servirle el que mire igual a todo el mundo, si es que acaso les mira, que bastante raro es. Pero el verdadero consuelo está tan lejos de Laura que ni se ve, ni se siente, ni tampoco se le espera, aunque ella quiera agarrarse a sus libros de autoayuda con nombres de americanos muy americanos, lo mismo que si fuesen clavos ardientes, porque lo contrario sería enfrentarse a la realidad a palo seco y eso tiene pinta de doler demasiado. Mucho mejor hacerse la imbécil. Dónde va a parar.

Y Sam continúa con la cabeza gacha, los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas por no dejarlas caer. Y quisiera levantarla, aunque fuese para ver el bulto que los pies de Mina forman bajo la sábana que cubre su cuerpo. Pero es que si lo hace corre el riesgo de confundir a mamá y que crea que por fin ha llegado el momento de enfrentarse al duelo. Y a lo único que Sam quiere enfrentarse en estos momentos es a la inútil y agotadora tarea de respirar que su cuerpo insiste en obligarle a continuar haciendo, ignorando su ferviente deseo por dejarlo.

Y papá lleva un par de días sin venir porque hasta el tuétano le tiembla cuando la ve, ahí tumbada pero sin ver, ni oír, ni hablar ni tocar las narices de esa manera tan suya. Vendrá. Por supuesto que lo hará. Viene todos los días, desde la hora del almuerzo, y hasta que su corazón ya no puede soportarlo más. Pero en el bufete le necesitan, y los acontecimientos le han obligado a postergar demasiados asuntos por demasiado tiempo. Así es que se ha metido en el despacho y de allí no ha querido salir hasta ponerse al día de nuevo, porque el resto del mundo no tiene la culpa de su dolorosa desgracia. Y mientras tanto, ella duerme sin descanso, quietecita y completamente sola, allá donde quiera que esté.

Laura suspira, se rasca la oreja con la mano derecha y pone cara de dejar que pase el tiempo. Durante un instante se plantea acariciar la cabeza de Sam y acerca la mano, tímidamente, hasta casi rozar su nuca. Pero desiste y opta por mirar hacia el exterior, a través de la ventana, por si algún pájaro pasa por allí con un mensaje del universo para ella. Oye... nunca se sabe. Que cosas más raras se han visto por ahí, o al menos eso pone en uno de sus libros. Que mire siempre en todas direcciones, porque la magia puede aparecer en cualquier parte y en cualquier momento. Está a la vuelta de una esquina. Como no hay esquinas en el mundo... Y que tenga fe. Sobre todo, que tenga fe. Porque la fe todo lo puede y si aprovechásemos todo nuestro potencial, entre todos seríamos capaces de hacer que el mundo caminase al revés. De modo que Laura apunta hacia la cama, después de comprobar que ningún pájaro ha venido con mensaje para ella, y se dedica a mirar fijamente el cuerpo inconsciente de su hija para enviarle a través de su mirada los litros de energía que necesite cuando decida volver.

El tiempo transcurre pesado y frío, como un reptil desmesuradamente gordo que lánguidamente arrastra su vasto cuerpo por el resbaladizo suelo de un hospital. El silencio se viste con el habitual sonido del aparato que la tiene monitorizada, hasta que ella decida si quiere seguir o no. Será cuanto escucharán hasta que Sam resuelva moverse o su propio cuerpo lo haga por él.

La mañana está triste. De haber salido el sol tal vez... no. Qué tontería.

2. DOCE DÍAS, QUINCE HORAS, TRES MINUTOS

Maestra más de vocación que de profesión, Lola ejerció hasta el mismo día en que le llegó la hora de la gran despedida en el colegio Ramón Tomaso primero, adorando hasta el último de sus múltiples y en exceso variados quehaceres por encima de todos los demás, sobradamente y sin el menor síntoma de petulancia. Amaba la enseñanza mucho más que a sí misma y devoraba libros sin conocimiento ni medida. Por eso le puso Mina. De Wilhelmina Harker, la dulce y valiente doncella que un día tuvo el valor de enfrentarse al mismísimo Conde Drácula, en la mejor novela jamás escrita.

A Lola se le adelantó el parto casi un mes y no le quedó otra que despertar a Laura a las siete de la mañana, empapada en aguas y con su hijo David enfermo de varicela. Teo estaba en una convención en Galicia y hasta bien entrada la mañana no dieron con él. Y el pequeño Sam, que a regañadientes tuvo que acompañar a mamá al hospital porque aún no era lo suficientemente mayor para quedarse en casa solo, o con la abuela Jesusa que casi era peor, fue el primer hombre que la sostuvo entre sus brazos. Porque en el parto la asistió una comadrona y cuando la enfermera se la trajo, tan pequeñita y envuelta de tal modo en una manta que a Samuel le recordó a uno de esos capullos de gusano que se guardan en cajas de zapatos con agujeros en la tapa, lo primero que a la buena mujer se le ocurrió fue preguntarle al niño si quería ser el primero en cogerla. Él dijo que sí, claro. ¿Qué va a decir un niño con dos años y once meses? Pues eso y pensar dos cosas: que aquel bicho tenía más arrugas que una de aquellas pasas que mamá guardaba en la estantería de los turrónes abandonados de Navidad, y que el bebé no era suyo, sino de su amigo David, que llevaba nueve meses esperando para conocer a su nueva hermanita, y resulta que ahora no podía estar con ella, porque la varicela se pegaba y uno de aquellos granos en esa cara tan pequeña podría afearla un poco más de lo que ya era. Así es que en aquella foto debería haber salido David. Pero las cosas del destino y sus singulares planes prefirieron al pequeño Sam.

Y después, bueno, pues crecieron. Los mayores a lo suyo y los niños a estirar. Siempre juntos porque Laura y Lola no supieron, ni quisieron, vivir de otra manera. Tantos años siendo tan amigas que incluso planearon tener los mismos hijos y a la vez. Y con los primogénitos les salió bien. David y Samuel

se llevaban un mes y dos días. Marta, la pequeña de Laura, quiso hacerse de rogar y demoró un año al alumbramiento de Mina. Pero apenas doce meses no impidieron que las pequeñas crecieran tan juntas como sus respectivos hermanos. Y con el tiempo construyeron entre todos un perfecto enjambre. Una comunidad unida por tantos años juntos, y una de esas conexiones que el porvenir y sus extravagantes motivos se encargaron de ensamblar. Así que allí no había amigos. Allí había dos familias que eran una sola. Lola y Teo, con David y Mina, y Laura y Manuel, con Sam y Marta.

Y luego estaba la abuela Jesusa, madre de Laura y residente en un mundo que era solo suyo desde que su amado Trinitario la dejase, cuatro meses después de la boda y recién embarazada, para marcharse al otro barrio con su macho *Gaspar* en accidente laboral. En Zargandillo, su pueblo natal, decían que aquel día Jesusa se fue para no volver jamás, aunque su cuerpo estuviese presente. Que cuando recibió la noticia algo le hizo clic por dentro, y a la mujer solo se le ocurrió meterse en su cuarto a tejer una bufanda multicolor para su amado. Que tardó cuatro días en terminarla, con sus soles y sus lunas, y que durante ese tiempo no comió, ni bebió ni se movió del sitio más que un par de veces para ir a buscar lana.

Y como en aquellos tiempos lo de ponerse en manos de profesionales significaba mudarse a uno de esos cómodos manicomios en donde a la gente le echaban de comer como a los burros en un pesebre, la depresión de Jesusa no pudo sino quedarse allí para siempre, enquistada en algún lugar de su conciencia. Después, el lento transcurrir de los años que vinieron le trajeron colores nuevos con los que poder vestir su particular reino. Por este motivo Jesusa vivía convencida de que todos ellos eran de su propia cosecha. Y Lola era tan hija como Laura, y Jesusa tan madre como aquella que Lola nunca tuvo, porque ella nació siendo expósita. Y sus hijos eran tan nietos como Sam y Marta, porque la abuela nunca supo diferenciar entre su realidad y lo escrito en los libros de familia.

Vivían casa con casa y pasaban la vida juntos. Y la vida pasó como pasa la vida, y sin quererlo, o queriendo pero sin haberlo planeado, o planeándolo pero sin haberlo esperado, el plácido devenir de la historia les unió tanto como lo hubiese hecho el más firme de los lazos de sangre. Y entre tanto los niños crecieron como hermanos, y compartieron historias y peleas, llantos, mocos y bacterias, y lo cotidiano pasó a formar parte de todos bajo el amparo de la agradable rutina del transcurrir de las cosas.

Pero Mina nunca quiso a Sam como a un hermano. Porque lo primero que

aprendió, puede que incluso antes que andar, fue a mirarle como si aquel muchacho no perteneciese a este mundo. Y desde bien pequeñita su mirada dejaba de ser la misma cuando era Sam el objeto a mirar. Se sonrojaba y a veces le entraba la risa tonta cuando hablaba, aunque el niño hubiese dicho: «Quiero la leche, mamá». Y su preciosa carita exhalaba corazones de empalagosos colores por donde pasaba, mientras todo el mundo vivía su vida, como mandaba el reglamento y sin darse cuenta de nada.

Y el día de la comunión de los chicos Mina ya le amaba tanto que montó un pitote apocalíptico, porque por sus santas narices tenía que sentarse en la mesa de los homenajeados. Y como los homenajeados no querían ni oír hablar de las mocosas, les regaló a todos un día entero de delirante llanto a moco tendido. Y tanto lloró que terminó vomitando de rabia, bajo la asustada y compungida mirada de la pequeña Marta. A partir de entonces, Mina se convirtió en la peor de sus pesadillas. Les seguía a todas partes y no había juego en el que no exigiese participar, aunque para ello tuviese que convertirse en pelota de fútbol o en mascota del Mundial. De día y de noche arrastraba a la pobre Marta que, portando siempre sus muñecas por si en algún momento le daba un mal aire y se le ocurría jugar con ella, la seguía allí donde fuese como una fan incondicional de aquel perseverante acoso. Los muchachos no sabían dónde esconderse y la cosa terminó con dos costillas rotas, tres esguinces y una mandíbula desencajada antes de los siete.

Y un día cumplió los doce y le crecieron los pechos, y las caderas, y su bonita melena del color de la mermelada de miel de abejas. Mina lo supo cuando se miró al espejo. Y el espejo lo supo porque la vio sonreír con cara de «A esto no podrá resistirse». Y entonces soñó que Sam la miraría y aprendería a quererla de aquella manera tan tonta e insensata. Que la besaría irresistible e irrefrenablemente hasta el amanecer, sentados en el porche de mamá Laura, con la luna llena de fondo y el sonido misterioso de una inesperada trompeta, irrumpiendo en el silencio de la noche, y transformando el momento en un fragmento de alguna peli romántica de buena calidad. Y Sam trataría de meterle mano, en la teta o en el culo. El culo mejor, porque así de paso la abrazaría y ella se lo impediría, agarrando su mano para devolverla a su cintura, medio indignada porque era lo que mandaba el protocolo de pelar la pava. Y allí que apretase todo lo que quisiera, que Mina no diría ni mu porque bastante perdida estaría ya, sumergida en el dulce vaivén de su lengua, entre el suave sonido de una misteriosa trompeta y el estruendo ensordecedor de los latidos de su propio corazón, bajo la indiscreta mirada de la luna llena

de fondo.

Podría haber sucedido. Quién sabe. El camino tenía pinta de acabar algún día en el valle de sus sueños, porque Mina se transformó en una mujercita preciosa para cualquier chaval que tuviese ojos en la cara. Y Sam los tenía, aunque intentase disimular cada vez que la muchacha le acariciaba con sus encantos. Cuando se paseaba con sus vestidos nuevos delante de él, en la plaza o en el jardín de casa de mamá Laura, o cuando lo miraba un poco más de cuenta, mientras comían. Mina desplegaba sus bonitas pestañas y alzaba sutilmente la comisura derecha de sus labios para que Sam creyese que lo había soñado. Y Sam intentaba no mirarla porque Mina era su hermana, aunque no lo fuese, y a veces se le caía la cuchara de forma inesperada o tiraba su vaso sin querer, al querer cogerlo para humedecer los nervios que secaban su boca.

Si las cosas hubiesen sido distintas...

Pero no lo fueron. Porque las cosas son como son, por lo que sea y punto. Discutir no sirve de nada, como tampoco sirve tratar de cambiarlo o intentar recordarlo de otra manera, o pasarse la vida buscando un culpable, o ese segundo que nunca debió existir, o estirarse de los pelos pensando en lo que pudo haber sido, de no haber sido o de haber sido de otra manera. Es mejor dejar las cosas como están, básicamente porque las cosas nunca van a retroceder para suceder de otro modo. La llaga que supura sangre, dolor y llanto de la herida solo se empieza a cerrar el día en que uno está dispuesto a aceptar lo sucedido como algo que pasa sin más. No hay otro camino ni solución alternativa para los grandes males. Y los grandes males siempre suceden en un segundo. No necesitan más. Un segundo para toda una vida de dolor. Así de simple.

Sucedió durante el verano del dos mil tres. Un accidente que, según los peritos, fue culpa de Teo. Iban de camino al camping de la Costa Azul y su coche se saltó la mediana, tal vez porque discutían, probablemente porque a Lola se le olvidó coger las raquetas de tenis. Esa misma mañana las habían estado buscando por todas partes y no aparecieron en ninguna de las casas. Y cuando se montaron, ellos ya iban discutiendo, porque habían sido un regalo de Teo, expresamente para aquellas vacaciones, y Lola no había puesto cuidado en guardarlas bien. Morir por unas raquetas. Cuántas veces tuvo Laura que pensar en ello, durante los años que vinieron, y cuántas veces se desesperó, en innumerables intentos fallidos por exiliar aquel amargo

recuerdo de su memoria. El coche dio infinitas vueltas de campana y fue a parar a un campo de naranjos la mar de bonitos, que muy amablemente tuvieron el detalle de dar por concluido el centrifugado. Cuando Manuel logró detener el suyo en el arcén y cruzar los muchos carriles que les separaban, allí solo se la reconocía a ella. El resto había pasado a ser parte integrante de la carrocería. Y con doce años, cuatro meses y diecisiete días, Mina se quedó sola en el mundo.

Se fue a vivir con ellos, por supuesto y por descontado. Manuel se encargó de todo desde su bufete de abogados y la familia creció en uno más, y menguó en tres, en un abrir y cerrar de ojos. Y solo fue necesario quererla un poco más que antes para que Mina se convirtiese en una hija de verdad para Laura, Manuel y la abuela Jesusa, y en lo que siempre había sido para Marta y Sam: su hermana.

Las tres y cuarto y la enfermera sin venir. Sam vuelve a mirar el reloj, pero esta vez lo hace en el de pulsera, porque el móvil lo tiene apagado y guardado en el bolsillo izquierdo de su pantalón, acumulando mensajes compasivos de su lista de contactos al completo. Se levanta de la silla y se dirige al baño. No tiene ganas de mear, pero necesita estirar las piernas, y como no le apetece salir de allí, decide que tres pasos son mejor que nada. Cierra la puerta y apoya las manos a ambos lados del lavabo. Agacha la cabeza porque lo último que quiere ver es el reflejo de su cara sin vida. Sin color en sus mejillas y sin el brillo que hasta hace tan poco adornaba sus pupilas. Ya no queda nada. Ni rastro de su perenne sonrisa de chico malo a punto de hacer alguna gorda de esas de libro. Ahí sólo quedan ojeras y huesos que empujan la piel hacia afuera como si quisieran abandonar la tierra yerma que les vio nacer. Sam lo entiende. Él tampoco quiere estar con él.

Abre el grifo sin ganas y coloca las manos debajo del chorro, con las muñecas hacia arriba. El agua fría le alivia la piel y durante apenas un par de segundos, las ganas de vomitar parecen remitir un poco. Volverán cuando cierre el grifo, pero de nuevo aquello es mejor que nada.

Lo cierra y vuelve a apoyar las manos a los lados del lavabo, mojadas y chorreando gotas de agua que se estrellan contra el suelo gris de su minúscula estancia, formando sendos charquitos en los flancos. Sam se inclina sobre la pila y ata su nuca con los dedos, sintiendo la calidez que el frío le proporciona en el cogote. Después los desliza por la cabeza desde detrás, arrastrándolos

pesadamente hasta terminar cubriendo su cara.

Todo sigue igual. Igual que ayer y que hace doce días, quince horas y a saber cuántos minutos. Puede que en algún momento se haya dejado ver el sol. Pero eso él ni lo sabe ni tampoco le importa.

Laura no está. Ha bajado a la cafetería y subirá con un bocadillo, que él ni siquiera mirará porque lo único que atraviesa su garganta —desde que el puto camión cambió de carril sin mirar— es un nauseabundo sabor a tristeza, y algún que otro zumo de los espesos, eso sí, de vez en cuando. Y a veces piensa en comer, sobre todo cuando Laura aparece con algo comestible y su cara de madre preocupada, para retorcerle un poco más las entrañas, como si lo hiciese a propósito pero sin querer. Pero la sola idea de imaginarse masticando cualquier clase de alimento sólido, le produce arcadas, precisamente debido al despechado vacío de sus olvidadas tripas. Es lo que tiene llevar el cuerpo al extremo. Que lo mismo te entra frío en partes que deberían estar calientes, como que se te comen las ganas de vomitar, sin haber comido nada. Son los mensajes de la máquina. Ella los manda y la gente los ignora, porque cuando uno está mal a un nivel experto, una imperiosa necesidad de frenética autodestrucción se impone de manera tajante. Necesitamos sentirnos mal para no sentirnos tan mal. Es la paradoja de las paradojas.

Las tres y dieciséis del duodécimo día y todavía no se ha atrevido a acercarse al cuerpo inmóvil de Mina. Y quiere hacerlo, pero es que siempre le cuesta mucho. Porque mirarla le duele tanto que las vísceras se le arrugan por dentro, de manera literal. Y el estómago le quema y la garganta se le cierra más todavía. Y siente frío en las manos y tanta rabia que a veces, durante una fracción de segundo tan corta que apenas tiene tiempo de pararse a pensar en ello, quisiera poder matarla para que todo acabase de una maldita vez. Que te quedes o te vayas, niña... pero decídete ya, joder. No te atrevas a tenernos a todos así, sumergidos en esta mierda de insoportable tristeza hasta que a ti te dé la gana. No te atrevas a causar tanto dolor ni te creas con derecho a destrozarse tantas vidas. No te adueñes del aire que respiran los demás ni te pienses propietaria de nadie, como para detener su aliento de semejante manera. Así. En seco y para siempre. No me jodas, Mina. No me jodas.

Abandona el lavabo, sin mear y sin haberse atrevido a enfrentarse con su propia mirada, y camina de vuelta al sofá cuando un impulso le obliga a detenerse junto a su cama. Permanece quieto frente a Mina sin saber si quiere acercarse, o si es mejor volver a sentarse de nuevo, y agachar la cabeza y

mirar al único sitio a donde quiere mirar. El suelo. Respira profundo y siente el aire penetrar en sus pulmones, caliente y espeso como toca en una habitación de hospital. Se frota los ojos con los dedos y deja caer la mano, ligeramente temblorosa hacia un lado.

Y la mira. Ahí viene el dolor. Se le corta la respiración y entonces piensa que como ya le duele, mejor se acerca para tocar su piel, por amortizar el daño más que nada. Mina duerme tan pálida y quieta que dan ganas de zarandearla. Pero si estás aquí... si respiras... si te he visto mover los dedos... Y cierra los ojos lentamente, aprieta los dientes con fuerza y traga una enorme bola de impotencia que una y otra vez se le forma en la garganta, impidiéndole articular palabra alguna cada vez que trata de acercarse.

La gente viene y habla con ella, porque resulta que han leído en un chorro de libros y artículos relacionados, que es posible, que a lo mejor, que tal vez un paciente en coma profundo pueda escuchar e incluso identificar las voces de sus seres queridos. Sam no ha sido capaz de hablarle todavía. Pero lo tiene en mente y un día de estos se armará de valor y le contará lo del loro de la vecina. Aquel que le dejaron a Laura para que cuidase de él mientras se pegaban un viaje a Benidorm con el Imsero, y cuando regresaron el animal había aprendido a decir «Qué buena estás, Carolina» en honor a la nieta de los paisanos limítrofes. Que eso ella ya lo sabe porque lo han contado mil trillones de veces en la mesa. Pero la historia del loro es un clásico y como todo buen clásico que se precie, ni se gasta ni se pasa de moda. Aquel día les castigaron bien, muy en contra de los deseos de Jesusa que, de tanta gracia que le hizo, les quiso dar cien pesetas a cada uno porque la abuela nunca asimiló el cambio de moneda, y en su monedero negro con cierre metálico y forma de media luna siempre guardó un billete de cien pesetas para cada uno de sus nietos. Y de allí salían y volvían a entrar, en bucle y sin que ella se diese cuenta. Y como no la dejaron, a ella se le olvidó, porque casi todo lo que pasaba por su cabeza se marchaba de allí sin dejar huella. Pero la abuela pronto encontraría un nuevo motivo para poder darles a los chicos sus cien pesetas, pues para eso se habían inventado las abuelas.

Y los chicos castigados castigadísimos en la salita sin tele, ni posibilidad de salir en todo el fin de semana. Pero con dieciséis años, y a dos meses, una semana y dos días de morir en un accidente de tráfico, a David no se le ocurrió otra cosa que saltar por la ventana, con la sombra de Sam pegada a la espalda y sin separarse jamás.

Aquella fue la tarde que hablaron...

3. DOCE DÍAS, QUINCE HORAS, OCHO MINUTOS

Había tantas posibilidades de ser descubiertos como estrellas adornando el firmamento en una noche sin luna. Pero meter a dos chavales en un cuarto, sin televisión, con quince años y una ventana abierta a un metro y medio de la acera más cercana, era como llamarles desde el otro lado con cantos de sirena. Que si la idea se les pasó por la cabeza a las seis y once, a y doce ya corrían calle arriba, directos a la plaza, bajo la cándida y voraz filosofía de la tan adorada como fatídica adolescencia: «Que me quiten lo *bailao*».

Y en la plaza estaban todos, sentados en el banco así como hacen los de quince años. Prohibido hacerlo al estilo viejo. Nada de apoyar el culo en la parte del banco destinada para los culos. Ahí van los pies y eso lo sabe todo buen zagal que se precie y algunas chicas guais. Pero a Mina le daba igual porque ella, con casi trece años y la firme convicción de saberse la más bonita de todas, apoyaba sus preciosas posaderas exactamente en el lugar que le daba la santísima gana. Y allí estaba. Sentada con sus amigas en el banco de enfrente, absorbiendo con gusto y el derecho que le correspondía por haber nacido divina, todas y cada una de aquellas furtivas miradas que con tan poca gracia lograban disimular los pobres patanes.

Otras veces habían hablado de ella en el círculo. Y en una de aquellas a punto estuvo la sangre de llegar al río, cuando uno de los muchachos se atrevió con un «Menudo cuerpo tiene, le metía de todo menos miedo». Pero Sam era un poco más pacífico que David, y logró esquivar el tiro sin que su hermano se percatase, disimulando y fingiendo que no era de Mina de quien hablaban. Y luego él mismo se ocupó de avisar al autor del desafortunado comentario que la próxima vez no le ataría en corto. Y en cierto modo, no dejaba de ser normal hablar de la chica guapa del barrio, cuanto más si ella lo sabía y además lo buscaba con tanto garbo y ahínco. Mina les sonreía de vez en cuando, con esa cara de pequeña diablesa que todo lo sabe pero le importa un mísero comino. Y como además le vio venir a lo lejos, la chiquilla ensanchó un poquito más aquella pícara sonrisa que tan bien le quedaba y se montó la de San Quintín. Porque Sam y David conocían el efecto que causaba en ellos, pero el respeto entre amigos caminaba por delante y allí todo el mundo solía enmudecer cuando los hermanos estaban presentes. Pero es que no les vieron venir. Y cuando llegaron por detrás y escucharon la retahíla de guarradas que

allí se estaban cociendo, la que se armó fue de juzgado de guardia. Igualito que en los dibujos animados. Una pierna por aquí, un brazo por allá, un remolino de cuerpos limpiando concienzudamente el poco agraciado suelo de la plaza, y las chicas gritando desde el otro lado, sin saber por dónde vino la guerra. Terminaron cuando alguien corrió con la noticia al bar más cercano y de allí salieron unos hombres a separarlos.

Después todos se sentaron en sus bancos de siempre, a evaluar los daños. Algunas niñas lloraron, y Marta y Mina corrieron a comprobar que sus hermanos seguían vivos, o al menos que no morirían en breve.

Y para rematar la jugada, volvieron a entrar otra vez por la ventana de casa y se quedaron allí, sin atreverse a salir, porque cuando Laura y Lola les descubriesen, lo de la plaza se iba a quedar en un chiste, pero de esos que son tan malos que ni aunque los cuente un gaditano. Y allí estaban los dos. Sentados en el sofá de piel marrón, callados y completamente desvencijados. David sangraba por la nariz y por la oreja izquierda, porque a Sam se le había ido un gancho de derechas, un poco más a la derecha de lo que debía, y le había soltado un pescozón a quien no tocaba. Y Sam llevaba un ojo hinchado, la ceja partida y escupía sangre sobre un pañuelo de papel, por haberse mordido su propia lengua tras tropezar con el enemigo y caer al suelo de bruces. Los pelos revueltos como dos pollos recién salidos de la lavadora, y con tanta mierda en todo lo alto que hubiese hecho falta un domingo entero de limpieza general para solucionarlo. Y entonces Sam se secó la sangre de la comisura de los labios y arrugó el pañuelo entre sus manos. Se rascó con cuidado la cabeza, temeroso de encontrar una nueva herida para su colección entre toda aquella porquería, y abrió la boca con la intención de preguntarle qué harían al respecto, cuando David le interrumpió, antes de que pudiese hablar.

—Tío... —le dijo sin atreverse a mirarle a la cara.

—Qué... —respondió Sam, mirándole con su ojo bueno y dos o tres pinochas adornando su pelo a modo de peineta.

—Dime que tú no.

—Que yo no, ¿qué?...

—Que tú no la miras así.

El muchacho se quedó mudo, porque sabía perfectamente a qué se refería, y sí... pues claro que la miraba así. Pero Sam siempre tuvo claro que antes se secarían los mares. Que antes se apagaría el fuego fatuo del infierno y arderían las puertas del cielo. Que jamás dejaría que se le pasara por la

cabeza. Y que cuando alguna vez se le había pasado, en uno de sus momentos de toqueteos individuales e intransferibles, bien poco había tardado en apretar los ojos y cambiarla por la sensual Pamela Anderson.

Sin embargo, David no aguardó respuesta, tal vez por si al imbécil se le ocurría ponerse en plan sincero con él y le estampaba la verdad en toda la cara. Que Mina estaba más buena que un bombón de praliné, y que imaginarse besando aquellos labios de caramelo era, no solo inevitable, sino insultantemente tentador. De modo que optó por adelantarse, y veloz como una flecha del lejano oeste tendió su mano al más puro estilo de cerrar tratos. Le miró muy fijamente como lo hacen los mafiosos en las películas, y aguardó un par de segundos para darle sobriedad al tema y toda la importancia que merecía.

—Nosotros solo seremos hermanos —dijo con la solemnidad de quien jura fidelidad a su bandera—. Ni yo con Marta, ni tú con Mina. Por muy buenas que estén, ni aunque estemos borrachos ni aunque nos lo pidan. Prométemelo tío. Prométeme que tú no. Nunca.

Y entonces se miraron, con aquellas pintas de delincuentes recién rescatados de las mismísimas entrañas del vertedero municipal, y chocaron las manos en el aire con un golpe seco y contundente, produciendo un sonido que ni los años ni los tantos sonidos que vinieron después, lograron arrancar jamás su recuerdo de la memoria de Sam.

Fue la última de sus promesas.

Las tres y veinte. La enfermera sin venir, Laura sin aparecer con el bocadillo que se comerá cualquiera menos él, y él ahí, plantado delante de ella como un perfecto pasmarote, sin atreverse a tocarla. Aprieta fuerte la mandíbula y se siente un inútil. Pero entre tanto amargo sentimiento, aquello pasa desapercibido. Levanta la mano y la acerca a la suya con un temblor casi espasmódico. Si Mina le viese así, frente a su dormido cuerpo, con aquellas ojeras de campeonato, alimentándose a base de zumos y sin apenas pronunciar palabra desde el accidente... Es imposible que les escuche. De hacerlo ya le habría amenazado de muerte, en al menos dos docenas de ocasiones, a lo Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, pero con algún taco de esos que vienen con sustancia.

Cierra los ojos y respira muy despacio, como si temiese sentir un agudo dolor al hacerlo. Como si lo barruntase. Muy despacio porque tiene ganas de

llorar un poco, y aunque sabe que hacerlo tal vez le aliviaría en algo esta puerca pena que tanto le pesa, la posible presencia en breve de cualquiera que al verle intentase consolarle, le da fuerzas para tragarse el nudo hasta donde haga falta. El consuelo de nadie es lo último que le apetece. Ni lo quiere, ni lo necesita ni tampoco le serviría de nada.

Y consigue tocar su mano, pero como la suya le tiembla tanto, la retira enseguida por si acaso sin querer le hace daño. Apenas ha podido sentirla. Y piensa que ya que ha podido una vez, tiene que ser capaz de volver a hacerlo. Y entonces cierra los ojos, respira de nuevo lentamente por la nariz y se frota las manos con fuerza para mitigar el temblor. Se concentra al máximo, asiente con la cabeza y se dispone a tocarla. Y allá va... directo y decidido hacia su piel, cuando la puerta se abre y entran dos enfermeras, con esa sonrisa propia de quienes no conocen el verdadero y más puro dolor. El de no saber si ese ser que tanto quieres está o no. O si está, dónde está. O cuánto tiempo estará... o si se quedará así para siempre o se marchará para nunca volver. Su sonrisa es ajena a la mayor y más cruel de todas las verdades: que la incertidumbre es la peor carga que puede soportar el ser humano.

Sam se retira entonces de repente, como si aquellas mujeres le hubiesen pillado haciendo algo malo, sin haber conseguido sentir el calor de su piel entre los dedos. Le hubiese gustado tomarle el pulso. Por sentirla viva... y esas cosas. Pero agacha la cabeza en silencio, se aparta y hace como si no existiera. Las enfermeras saben quién es y cierran el pico cuando comprueban que no hay nadie más en la habitación. Saludarle es como predicar en el desierto. Cualquiera que haya entrado en aquella estancia desde que la joven habita en ella lo sabe.

Camina hacia su asiento, pero una de ellas le interrumpe.

—Es la hora del aseo. Si no te importa...

Sam se incorpora en el aire, justo antes de sentarse, y se dirige a la salida sin decir una palabra.

A medio camino se detiene un instante. Las mujeres no se percatan, porque dan por sentado que el joven no piensa dirigirse a ellas y porque están inmersas en su labor de preparar el baño de Mina. Son todas muy eficaces, limpiando cuerpos vacíos como quien limpia coches en un lavadero. Y así debe ser. Si esta gente empatizase con todos esos muebles medio muertos que se hacinan ordenadamente como latas de conservas en la estantería del supermercado, las bajas por depresión habría que imprimirlas en una máquina expendedora. Solo en esa planta debería haber al menos un par de ellas.

Pero a Sam le gustaría saber si en algún momento las eficaces enfermeras han notado algo en ella, mientras limpian su piel. Algún cambio en su gesto, o algún movimiento que les haya llamado la atención, por lo que sea. Yo qué sé. Un espasmo demasiado brusco, o algo que se le parezca un poco a una sonrisa, un suspiro, o incluso alguna palabra de esas que se escapan a hurtadillas de los sueños, por debajo de la puerta. Y por querer, quisiera saber más cosas. Por ejemplo, qué piensan ellas de su estado. Pero su opinión personal, sin remitirse al diagnóstico oficial del parte médico. Cuántos casos conocen como el de Mina, y cómo creen que acabará la cosa, basándose en su experiencia. Las estadísticas ya las conocen, porque el mismo día del accidente les pusieron al tanto de todo.

Es genial. No hay estadísticas. Bueno, sí que las hay, pero ningún pronóstico es fiable al cien por cien. Por ejemplo, la recuperación total de un paciente que tarde semanas en despertar suele ser de años. El resultado dependerá de la causa, localización, severidad y extensión del daño neurológico. Pero donde la mayoría guardará secuelas para siempre, otros se recuperarán sin más. Y todo se reducirá a un pequeño montón de interrogantes de los cuales algunos tal vez obtendrán respuesta y otros puede que no. ¿Cuánto tiempo durará?, ¿serán días, semanas, meses o años?; si despierta, ¿en qué estado lo hará? Los enfermos pueden perder la capacidad de hablar, temporalmente o para siempre. Y lo mismo ocurre con la memoria. Si vuelve, tal vez nunca consiga recordar cuál es su nombre. El coma puede terminar llevando al sujeto a un estado vegetativo durante años, o incluso décadas. Otros sencillamente mueren sin más.

Pero todo eso ya lo sabe, porque él mismo fue quien acribilló a preguntas al doctor Pinto y a su acompañante, que también se presentó como doctor, pero no recuerda su nombre. Del primero se acuerda porque se apellida como un pobre chaval que iba con ellos al instituto, del que todos se burlaban porque tenía un problema de retención de gases. Y entonces no lo sabían, pero aquello fue un *bullying* de categoría cinco, en una escala del uno al cinco.

Sam permanece más de un minuto quieto a medio camino de la salida, rumiando si darse la vuelta y preguntar o largarse de allí en silencio a mirar la foto gastada del primer día en la vida de Mina. Las enfermeras siguen a lo suyo y no se percatan de su presencia porque ahora una de ellas está en el lado izquierdo de la cama, colocando las toallas sobre la mesilla auxiliar, y la otra rebusca algo entre los diversos potingues que guardan en el carro de los potingues. Y al final se da la vuelta. Pero por el trayecto le invade el mismo

poderoso deseo de mantener la boca cerrada que, desde hace doce días, quince horas y ocho minutos, bombea a través de su corazón con cada latido, y entonces piensa que es mejor continuar como hasta ahora. Que la opinión de aquellas mujeres no servirá para despertar a la bella durmiente, y que si quiere información a dos calles hay una biblioteca. De manera que arruga el gesto y se marcha de allí.

Y al salir cierra la puerta y respira el aire del pasillo. Es un poco más fresco. Más como si allí no hubiese nadie durmiendo eternamente, o decidiendo si quiere vivir, o si muere para siempre.

No piensa ir a ningún sitio. Y podría, debería, bajar a la cafetería en busca de algo que pueda ingerirse, o a la máquina más cercana de líquidos laxantes. Cualquier cosa sería bien recibida en el socavón deshabitado de su estómago. Pero Sam sigue sin querer tragar alimentos, porque su pena le impuso una huelga general e indefinida. Y en la garganta plantó un piquete con forma de nudo marinero, y maroma de barco con olor a salitre seco y amargo fango, para que por allí no pase más que el aire justo que mantiene con vida sus principales funciones motoras. El resto no sirve para nada. Ni siquiera su cerebro. Su maldito cerebro, que a cada segundo le recuerda lo que hay.

Cruza el pasillo y se coloca enfrente de la puerta, con la espalda apoyada contra el cristal del inmenso ventanal que cubre la pared de arriba abajo, y levanta la rodilla para hacer lo mismo con el pie derecho. Está muy cansado. De vivir, de respirar, de recordar, de la huelga general e indefinida que su pena le ha impuesto, del aire fresco del pasillo y de esta mierda de incertidumbre que acabará pudriendo su carne por dentro.

Respira profundo y cierra los ojos. Chasquearía la lengua si tuviese ganas. Saca la foto del bolsillo de su pantalón y la sujeta entre el dedo pulgar y el índice.

Y la mira... y respira de nuevo.

4. DOCE DÍAS, DIECISÉIS HORAS, CINCUENTA Y CINCO MINUTOS

Con dieciséis recién cumplidos lo intentó por vez primera. Sam tenía dieciocho años, el cuerpo de un hombre bien formado y la puñetera costumbre de fastidiarla cada vez que la muchacha quería dormir la siesta. Aquel día arrancó un hierbajo del jardín y se escondió detrás del sofá. Desde allí se dedicó a meterle el extremo por la oreja, esquivando con maestría los manotazos que Mina lanzaba a su supuesta mosca cojonera. Y cuando la muchacha cayó en la cuenta, se incorporó de un salto y desde su posición lanzó tal sopapo que el chaval no supo por dónde le había venido. Un segundo más tarde se protegía del fusilamiento, con los brazos formando un escudo frente a su rostro y a punto de llorar de la risa.

No soportaba que la tratase así. Así, como lo que era. Una hermana y nada más. Que no la mirase como la miraba el resto de la humanidad y que ni siquiera se diese cuenta de que ella sí lo hacía cuando era a él a quien miraba. Se sonrojaba tanto que no lograba entender cómo era posible que nadie más lo viese. Todo el mundo daba por hecho que eran hermanos, pero ella nunca sería su hermana porque le quería de un modo bien distinto. Y todas las noches soñaba que entraba a hurtadillas en su habitación y la besaba como al avechicho insustancial de Lucía, esa tetuda que meneaba el culo descaradamente delante de él unos instantes antes de llevárselo a cualquier rincón escondido del barrio, para devolverlo después, despeinado y con cara de haberse comido de una sentada un enorme y empalagoso pastel de merengue. Así cualquiera.

¿Y a quién podía decírselo? Mamá la mataría y Marta nunca la hubiese tomado en serio. O puede que sí, pero cuando la idea de sincerarse con ella se le pasaba por la cabeza, un incómodo sudor frío aparecía como anunciando un mal presagio. Sam y Mina eran tan hermanos como lo eran Marta y Sam. Y no había más que hablar al respecto ni posibilidad de que nadie le comprendiese, por no hablar del afectado en cuestión, que de haber sentido algo parecido, algún mensaje habría lanzado, o lo hubiese dejado caer, o se le habría caído sin más. Sin miguitas que mostrasen el camino a seguir, sin una pequeña luz alumbrando a lo lejos, sin un trocito de madera donde poder agarrarse... No podía. Pero la realidad era que a Mina el amor se le amontonaba por los rincones y ya empezaba a pesarle más de la cuenta. Le desbordaba por los

bolsillos y le rebosaba por todas partes. Y la realidad era precisamente lo que no pudo ver, tal vez debido a que nunca lo fue.

Así que aquello podría haberse considerado como un gesto involuntario y completamente legítimo, porque incluso ella se asustó cuando en el instante en que pararon un segundo para respirar, se abalanzó sobre él, impulsada por el más puro de todos los instintos, con los labios enfundados en un beso y los ojos listos para saborear el envite de sus sueños. El corazón le empujó, y cuando quiso darse cuenta, él ya estaba a dos metros de ella, con el rostro desencajado y los ojos abiertos de par en par. Saltó como un gato espantado y su mirada se transformó en la de un animal que acababa de salvarse del disparo certero de un cazador.

Y cuando logró articular palabra, dijo: «¿Qué haces?», sin poder deshacerse de aquella expresión de espanto que tan pronto como apareció, se clavó como un punzón ardiente en el mismo centro del corazón de Mina.

Y ella respondió, irguiendo orgullosa la cabeza y diciendo: «Nada, idiota», para después ponerse roja como un tomate maduro, al punto de podrido.

Y entonces los dos guardaron un incómodo y desapacible silencio, sin saber si dejarlo y hacer como si nada hubiese pasado, o continuar con lo de los sopapos, a ver si a base de mamporros conseguían olvidar aquello tan raro que acababa de suceder. Después Sam se fue, porque la cosa no tenía más solución que salir cuanto antes de allí, y Mina corrió a esconderse en el lavabo a llorar a moco tendido, hasta que la abuela Jesusa la oyó y le metió cien pesetas por debajo de la puerta. Después puso la oreja y esperó a que amainase el llanto. Y cuando el llanto amainó le contó la historia de cuando ella nació, allá en Zargandillo, por el mil novecientos y pico. Que su padre también se llevó un disgusto muy grande, porque él quería un mozo para llamarle Jesús y que le ayudase con las tareas del campo. Pero como aquello fue moza, le pusieron Jesusa para que el disgusto no lo fuese tanto. Y que todos la llamaron siempre Jesusa, menos su padre, que la llamó *Jesús* hasta el último suspiro.

Y Mina escuchó su historia, con los ojos hinchados por los puñetazos del disgusto y sorbiendo los mocos en silencio. Y después se marchó y no volvieron a hablar más del tema... hasta la siguiente, que fue dos años después, en el cumpleaños de Rita, la otra tonta del culo, de remate y por antonomasia, que durante unos cuantos meses se lo estuvo beneficiando.

Pero en esta ocasión las cosas fueron bien distintas. Porque aquella fue la

primera vez que le sintió de otra manera, y porque como Sam había bebido, cometió el terrible error de confesarse con los ojos.

Cuando él la miraba ella lo sentía, incluso en aquel bar abarrotado de gente, escandalosamente ruidoso y desde la otra punta. Sam bebía cerveza, apoyado sobre la barra y parloteando de cualquier gilipollez en el oído de la tonta del culo, de remate y por antonomasia, que de tonta no tenía nada, pero a ella ese detalle le resbalaba desde la punta de su perfecta nariz y hasta lo más profundo de las más profundas cloacas. Y Mina estaba tan insultantemente bonita que ni siquiera él podía evitar mirarla, con su preciosa melena suelta y un vestido negro de manga corta, de vuelo y ceñido a su cintura. Y charlaba con Rita pero sus ojos apuntaban hacia ella, entornados y con la mente descuidada en el alcohol. Y Mina sentía su piel derretirse y si no hubiese tenido tanto miedo de hacerle enfadar, desde aquella esquina le hubiese gritado cualquier frase de amor, al estilo *Love Story* o *El diario de Noah*, o alguna cosilla de su propia cosecha, que imaginación no le faltaba a la muchacha. Pero insinuarse, o tal vez mandar un beso a través de aquel aire empapado en sudor y gritos, o tan siquiera sonreír de un modo que pudiese considerarse indecoroso para un hermano, hubiese provocado en Sam uno de sus famosos enfados monumentales, que curiosamente solo se daban con ella. Fue por eso que guardó silencio, se tragó su beso y esperó pacientemente a que el líquido ingerido se acumulase lenta y progresivamente en la vejiga de su querido hermano. Y cuando Sam se escapó de las garras de la encantadora Rita para atender a la llamada de la naturaleza, Mina corrió tras él y le esperó a la salida, apoyada en el descansillo, tan tremendamente sexi que cortaba la respiración y paralizaba la corriente sanguínea. Cuando Sam salió de mear y la vio, se puso tan tenso como el muro en el que aquella jodida divinidad apoyaba su imponente espalda. Puto alcohol...

Hubiese retrocedido de nuevo hasta el excusado. Pero la tontería habría sido mayúscula y tarde o temprano hubiese tenido que salir. Así es que la miró con disimulo, como si llevase toda la vida mirándola y ya estuviese acostumbrado a hacerlo, y le habló tratando de parecer normal.

—¿Qué pasa? —Después carraspeó y trató de esconder la repentina mirada de monstruoso deseo que llevaba pegada a la piel de todo su cuerpo, desde que la había mirado por primera vez esa noche.

Y ella sonrió, se mordisqueó el labio inferior y le observó cerrar lentamente los ojos, tratando inútilmente de deshacerse de aquella sensación que parecía dolerle. Le vio morir por dentro.

—Quiero irme a casa —susurró despacio y en tono cariñoso.

—¿Ya? —respondió él mientras avanzaba en dirección al local, nervioso y rezando por escapar de allí cuanto antes.

—¿Me acompañas... o se lo pido a otro? —. Mina sonrió de nuevo, desafiante.

Y entonces Samuel se detuvo en seco y mutó la expresión de su rostro. Después la miró con cara de asco y le respondió del mismo modo.

—Vamos a buscar a Marta y os llevo a las dos.

—Marta se ha ido —contestó en el acto, sonrió de nuevo y de nuevo se mordió el labio. Sam miró su boca porque ya no pudo más y después apuntó hacia el suelo.

—¿Con quién se ha ido? —Pregunta típica de hombre en pleno estado de abotargamiento que obtuvo por respuesta una simpática carcajada. Marta estaba con César, su novio desde hacía un año y medio. A Sam se le escapó una sonrisa. No pudo evitarlo y tuvo que apretar los labios, respirar profundo y decir: «Vamos, va».

Y entonces la acompañó a casa, dando un paseo y hablando de cualquier cosa donde no apareciesen las palabras amor, deseo, beso, sexo o promesas incumplidas en sueños al hermano que se fue. Y cuando llegaron, él quiso abrir la puerta pero ella se interpuso entre la llave que Sam sujetaba entre sus dedos y la cerradura, deslizándose como una sirena entre las olas del mar y con su mejor cara de niña buena enmarcando aquel bello rostro. Las manos entrelazadas en la espalda y esa sonrisa que hacía daño a los ojos y que tan bien le salía. Sam agachó la cabeza y se apartó, a punto de enfadarse con ella. Y le dijo: «No empieces» y ella se acercó a su pecho como si no hubiese oído nada, sin hablar y de puntillas. Intentó rodearle con sus brazos pero él la agarró de las manos y la apartó, resoplando por la nariz.

—Mina, somos hermanos.

—¡¡¡Y una mierda!!! —Así... sin avisar, sin vaselina y con ganas de escupirle en la cara. Con él siempre era fácil pasar del amor al odio en un microsegundo.

Sam apretó los dientes y la cogió por la cintura para darle la vuelta y encararla hacia la puerta, pero Mina se lo impidió de un manotazo. Después le empujó y Sam retrocedió un paso. Empezaba a enfadarse de verdad y sus broncas podían escucharse desde la otra orilla del Mar Muerto. Por eso frunció la nariz, tensó la mandíbula al punto de partirla en dos y agarró su cara con una mano para atraerla hacia él. Mina sintió como su cuerpo se derretía y

las piernas se le salían de sus goznes como una muñeca al calor de una vela. Y a lo mejor cerró los ojos, solo que no se dio cuenta, porque la tontura, el fuego y las ganas que tenía de morir en sus brazos le impidieron ver la realidad. La miró muy de cerca, sosteniendo su cara con una mano y su nuca con la otra. Más cerca de lo que jamás hubiese pensado y mucho más de lo que jamás se permitiría. Y olió su boca y sus ojos, y su nariz y sus pómulos de ensueño, mientras ella flotaba en el estúpido limbo del amor que tantas veces soñó. La besaría. Ella lo sabía porque de tanto imaginarlo, tarde o temprano tenía que hacerse realidad. Y no sería por no haberlo visualizado. Porque hasta el barniz de la puerta de su habitación empezaba a desgastarse de los lametones que le daba imaginándole a él. Y sería tan distinto, porque ahora eran sus labios... sus labios de verdad. Sus labios, sus labios...

Pero Sam no pudo.

No pudo porque antes se secarían los mares y se derramaría el cielo sobre su puta cabeza. Antes dejaría de respirar y se arrancarían la piel de todo su cuerpo. Antes moriría que incumplir la promesa que le hizo a su hermano, aquella tarde en el salón cuando chocaron las manos, desvencijados y con los pelos revueltos, como dos pollos recién salidos de la lavadora. Porque no había nada que recordase con tanta claridad y lo recordaba cada vez que la miraba. Cada vez que sin querer la soñaba, y cuando la sentía cerca.

Jamás la tocaría... aunque muriese de amor.

Y entonces sintió el dolor y lo reflejó en su cara, sin que ella lo viese. La miró a los ojos y se le arrugó el corazón. Y pensó en qué pasaría con aquel beso que quiso darle y no pudo. Si permanecería en ese mismo lugar para siempre, vagando como una de esas almas perdidas en busca de una boca que le sirviese de consuelo. Si podría seguir viviendo así, o si terminaría odiándola sin remedio, atormentado por el recuerdo de la tarde en que juró lealtad al hermano que se fue. Y cuando soltó su cara y ella abrió los ojos y lo miró, un extraño y frío silencio les envolvió a los dos. Y Sam dio un paso atrás, se metió las manos en los bolsillos, y se alejó para que ella no viese... que hasta el alma le temblaba.

Las cinco y cuarto. Hora de la visita de Marta. Hace un par de días que no trae a nadie, y lo más probable es que hoy aparezca con alguna amiga. Úrsula o Bienve, o puede que la rancia de Rosa. Que no es que sea rancia. Es que un día se sentó sobre una farola sin galvanizar y ahora tiene cara de eso.

De llevar metida por el culo una farola sin galvanizar. Y aunque ella cree que su cara es la de una mujer sofisticada, que sabe de qué va la vida porque un día se pinchó en el dedo índice con la aguja de una vieja rueca, lo cierto es que Rosa solo tiene cara de llevar metida por el culo una farola sin galvanizar. Un hecho perfectamente contrastado que nada tiene que ver con que a Sam todo el puto mundo le caiga como el puto culo, desde hace doce días, dieciséis horas y cincuenta y cinco minutos. La prueba es que, aunque a Úrsula y a Bienve tampoco las mira a la cara, con ellas se lleva genial. Hasta ahora, claro. Pero ahora es que no se lleva bien ni con el aire que respira.

Marta aparece a las cinco y media, sin amigas y con Laura y su bocadillo bajo el brazo. Sam se retrepa en el sofá y piensa que casi hubiese preferido a la rancia de Rosa, porque ahora corre el peligro de que su hermana quiera hablar con él. Peligro que también existía con la rancia de Rosa, pero reducía considerablemente las probabilidades de una más que posible tentativa de tertulia familiar.

Marta pasa de su hermano y habla con él cuando le sale de las narices. No tiene miedo de sus reacciones y le importa bastante poco que su madre o el resto de la humanidad sí lo tengan. Además, su actitud le molesta lo suficiente como para atreverse incluso a quejarse de él, delante de él. Hace un par de días, sin ir más lejos, Sam contestó mal a una de las enfermeras porque la muchacha insistió más de la cuenta en que comiese algo sólido, y solo consiguió arrancarle un maleducado «A ver si consigo que me dejes en paz». La pobre criatura salió de allí con la cara que a cualquiera se le queda tras recibir un corte de tal envergadura y Sam tuvo que tragarse toda una retahíla de comedidos, pero sumamente certeros insultos por parte de su hermana. Que le daba vergüenza escucharle hablar, que era tan imbécil como para creer que solo él estaba sufriendo, que se había creído más que nadie, que allí todo el mundo estaba pasando por lo mismo y que mirase a su alrededor. Si no sabes estar con la gente vete a casa y te mantendremos informados. Y a lo mejor Sam escuchó alguna palabra de aquel interminable sermón. Quién sabe...

Y a Laura todo aquello le pone nerviosa, pero siempre calla y confecciona esa cara de «No pasa nada, chicos, todo se arreglará» que tan mal le sale, porque no se atreve a abrir la boca, no vaya a ser que solo consiga enfadarles más, o entristecerles o cagarla de la manera que sea. Por eso siempre trata de parecer tranquila y prefiere esperar a ver qué quieren los demás. Se limita a seguirles a todos el rollo y asiente con la cabeza a cualquier cosa, le guste o no. Y al final es la que más razón lleva. Porque

quizás Mina no salga de esta. Por lo tanto... todo lo demás poca importancia tiene. Y entran hablando entre ellas, de quién se ha quedado con *Lois* y la abuela Jesusa o de si le han dejado preparada la cena, pero con el tono ese de velatorio que parece presagiar una muerte inminente. Y Marta dice un «Buenas», y a Sam le revienta una tripa porque sabe que lo hace aposta. Pero como ella también sabe el caso que va a hacerle, no malgasta su tiempo en mirarle y se dirige a la cama para saludar a Mina. Coge su mano entre las suyas y la acaricia con sumo cariño, sonriendo con dulzura como lo hacen las hermanas en los malos momentos. Y Sam la mira con mucho odio y más envidia, porque él aún no ha podido hacerlo. No ha podido tocarla y apenas logra mirarla sin que le tiemblen las piernas y le invadan las mismas ganas de vomitar de todos los días. Y cuando Marta se acerca al rostro de su hermana para darle un beso, él se levanta del sofá de repente y con dos grandes zancadas se mete en el lavabo como un rayo, dando un portazo al entrar.

Y se sienta en la taza y deja pasar el tiempo. Necesita saber si quiere quedarse allí o si prefiere largarse un rato por el bien común y el suyo propio. Porque sabe que el bocado que traía Laura bajo el brazo tiene su nombre, y que poco tardará en ofrecérselo con ese cuidado de madre a punto de ser mordida por su pequeño cuervo. Y cuando logre reunir fuerzas para lograr salir del pequeño cubículo en el que se ha recluso, en su afán por huir de la bofetada que la cruda realidad guarda para él, tendrá que enfrentarse al maldito bocado con su nombre tatuado y a la imagen de Marta besando el rostro que su propia voluntad le tiene vetado.

Tiene que salir. Necesita salir o en breve los sobrantes que le quedan de su agotada entereza comenzarán a flaquear. Tiene miedo de sí mismo, porque hace días que empieza a sentirse como un animal acorralado, y prevé una posible reacción ante el más mínimo gesto o comentario por parte de cualquiera. Así es que agarra la manivela de la puerta con firmeza, respira hondo y la abre de un estirón. Gira decidido en dirección a la salida y, sin soltar palabra, abandona el lugar.

Marta y Laura se miran, la primera con gesto de empezar a estar más que harta de la actitud de su hermano, la segunda con tristeza acumulada en exceso allá donde mire. Y entonces Marta percibe su angustia, y le saca un tema de conversación al azar, para ver si consigue mitigar en algo el peso de la pena que mamá soporta a sus espaldas. Y le pregunta por la foto de Lola que llevó a que se la ampliasen para cambiarla por la otra del recibidor. Laura ni se acordaba porque eso fue antes del accidente, y como el suceso lo ha ordenado

todo en *antes de y después de*, una extraña sensación de que todo lo anterior se catapultó súbitamente al Pleistoceno le obliga a restarle importancia. Ha dado en el clavo. Se percató porque el gesto de mamá ha mutado de repente, y ahora tiene cara de haber caído en la cuenta de un pasado reciente y olvidado que acaba de regresar a casa.

—No me acordaba de la foto —dice Laura con la mirada apuntando hacia ningún lugar y las cejas medio alzadas—. Ya deben tenerla. Si me da tiempo, cuando vuelva me acercaré a buscarla.

—Me parece muy bien —afirma Marta, al tiempo que rebusca la manera de mantenerla alejada cuanto pueda de la realidad—. ¿La pondrás en el mismo sitio?

—Es que me gusta más que la otra. Y hace mucho tiempo que quería cambiarla, pero nunca me acordaba de llevarla.

Todo eso Marta ya lo sabe, porque hace años que Laura venía diciéndolo. Que la foto de mamá Lola con la rosa enredada en el pelo es más bonita y se la ve mucho más natural que en la de la boda de María Jesús. La primera se la tomó Teo un día de comida en la montaña, sin avisar, sin maquillar y sin esa característica pose de foto que pone la gente cuando huele un objetivo cerca. La segunda es todo lo contrario. Peinadísima para el gran evento, maquilladísima y con su típica postura de objetivo olisqueado. Y guapa está en las dos. Vaya por delante, aunque el guapo de la pareja fuese Teo. Pero Lola tenía ese algo que no se puede describir con palabras. Esa energía cálida que te succionaba y te atrapaba sin querer. Lola tenía la magia invisible de la gente natural. La provocación de ser uno mismo llevada al extremo.

—Podemos buscar una de todos y ampliarla también. —Marta continúa con el tema, ya que parece haber funcionado.

—Es difícil encontrar una en la que estemos todos.

Es cierto. El de la cámara solía ser Teo, salvo cuando le insistían en que saliese, y entonces era Manuel quien faltaba. Y luego se compraron una de esas automáticas con efecto retardado, pero sólo los chicos lo utilizaron. Y alguna foto habrá de todos juntos entre el montón de álbumes familiares que la familia Gutiérrez atesora, tras las puertas dobles del armario del comedor, a la derecha de la tele. Pero falta que estén todos pasables y que ninguno de los niños ande poniendo los cuernos a nadie. Eso sí que sería un milagro.

Marta y Laura se sientan, cada una en uno de los sofás para acompañantes que el hospital pone a su disposición en las habitaciones de

enfermos encamados, y continúan enredadas en el tema de la foto familiar. Mientras puedan charlarán de cosas que no tengan nada que ver con lo que está pasando. De lo que sea que las mantenga alejadas de la verdad, al menos hasta donde el largo de sus gruesas cadenas se lo permita.

Y en el pasillo Sam se encuentra un poco perdido, porque no le apetecía salir de la habitación. Lo normal suele ser que siga sentado en su sofá, con independencia de quien entre o salga de allí. Solo se levanta para ceder su asiento a mamá, si el otro también está ocupado, y rápidamente se esconde en una esquina donde nadie ose mirarle a los ojos. Y ahora no quiere andar, ni beber ni tampoco sentarse en el suelo del pasillo a esperar a que pase alguien, por entretenerse con algo. Y en el móvil tiene el juego del Tetris, y con él la esperanza de pasar algo de tiempo sumergido en el blanco de sus pensamientos. Pero como no piensa encender aún el teléfono, por si acaso los mensajes de ánimo se abalanzan como fieras salvajes a devorar su pescuezo, su única opción pasa por rendirse, dejar caer los brazos a los lados como dos yunques muertos de hastío y seguir con las ganas de vomitar bilis.

Asqueado de la vida hasta un punto indecible, se apoya de nuevo contra el cristal de enfrente y se desliza hasta el suelo. Y allí se queda, sentado sobre la fría superficie del pasillo del hospital donde Mina reside desde que un camión aplastase su vida como un mosquito en el parabrisas, con los brazos cruzados sobre el pecho y el peso del lento suceder del tiempo, aniquilando su flaco aplomo y consumiendo el poco aliento que le queda.

Se acurruca entre sus brazos, cuando un pensamiento le asalta de pronto, como si el sol quisiera abrir un pequeño hueco entre el amasijo de mierda que parece cubrirlo todo. Es un recuerdo de Mina. Del día que encendieron un fuego en el jardín para quemar hojas secas y las niñas, al correr espantadas por el miedo, chocaron entre sí, rebotando hacia atrás como dos pelotas de goma, y reventándose ambas la nariz y medio labio. Pocas veces se ha reído tanto. Por eso no puede evitar dejar escapar una sonrisa, de esas que reflejan morriña de un tiempo pasado.

El pasado.

Antes era todo más bonito.

Antes no hacía este frío.

5. DOCE DÍAS, DIECIOCHO HORAS, SIETE MINUTOS

La abuela Jesusa se coló a hurtadillas en la cocina, aprovechando que Laura andaba distraída plantando unos bonitos geranios en un par de huecos vacíos del jardín, y metió las torrijas en sal. Con la mejor de las intenciones, por supuesto. Pero como aquella semana se había dedicado en cuerpo y alma a esconder las llaves de toda la familia debajo de su almohada, envueltas en la bufanda multicolor de su amado Trinitario, porque había visto en *Informe Semanal* que un atajo de delincuentes robaba las llaves a la gente para hacer copias y luego las devolvían sin que su dueño se percatase, Laura traía puestos los pelos de punta, como Songoku cuando se transformaba en superguerrero. Por eso aquel domingo todos comieron en silencio menos Jesusa que, ajena por completo al enfado que su pobre hija llevaba en todo lo alto, se lo pasó contando la historia de aquel año que el alcalde de Zargandillo mató cuatro vacas y puso sus carnes a disposición de los más pobres del pueblo. Y cuando su madre fue a buscar su parte, el alguacil le dijo que a ella no le daba porque tenía la casa muy limpia, y su madre le contestó muy indignada que entonces aquella carne no era para los pobres, sino para los gorrinos, y que de allí no se iba sin su parte. «Que sí, abuela», decía Manuel de vez en cuando, y después cerraba los ojos y alzaba las cejas como buscando amparo divino.

Ese día lo soltó, justo cuando mamá hizo el amago de levantarse para quitar su plato y la abuela se hartó de poner verdes al alcalde de Zargandillo y sus secuaces. «Me voy a vivir a Londres» dijo, y después pestañeó dos veces, con cara de estar preparada para cualquier posible reacción. Y la reacción fue lo normal en estos casos. Tres o cuatro segundos de ensordecedor silencio, repleto de ojos abiertos y caras de susto, acompañadas por la risilla perdida de Jesusa, que con tanta emoción aguardaba el momento de saborear sus torrijas al punto de sal, porque de la historia de las vacas de Zargandillo ni se acordaba ya.

Laura dejó el plato donde estaba y volvió a sentarse, porque aquello le había provocado una repentina flojera en las piernas. Y miró a Marta con gesto de reproche, pero esta levantó rápidamente las manos y dijo: «A mí no me miréis, que yo no sabía nada». Después miró a Mina y añadió: «Ya te vale», pero solo para ella. Y Mina le susurró: «Luego te cuento», y después miró a Sam, que observaba su plato vacío con cara de querer romperlo a

mordiscos. Estaba muy enfadado. Pero ella le quería igual, aunque no supiese si su enfado era con ella, y si así era, si era porque se iba, o porque no se lo había dicho a él primero, o por no haberse ido hace mucho tiempo. Manuel respiró profundo y habló, tratando de mantener la calma que pronto abandonaría el lugar.

—Bueno. Pues explícanos eso con más detalle.

—Tú no te vas a ningún sitio —se le adelantó Laura, y luego miró a su marido con la expresión de quien acaba de hablar sin querer.

Pero Manuel la tranquilizó con un gesto de la mano, y de nuevo se dirigió hacia Mina.

—¿Qué quieres saber? —preguntó la aludida, un poco a la defensiva.

—Pues todo, cariño. Por qué, cuándo, con quién, si tienes un lugar donde vivir, un trabajo, para cuánto tiempo...

—Veamos. Porque quiero aprender inglés, el mes que viene, con la sobrina de María Luisa que vive allí desde hace un año y medio, de camarera y no sé para cuánto tiempo.

Laura se llevó la mano al pecho cuando escuchó lo de camarera y se arrepintió de su falta de fe. Le hubiese venido de perlas para marcarse un *Ave María purísima*, en el acto y de carrerilla.

—¿Y no crees que aún eres muy joven para marcharte de casa? —Manuel continuó hablando, con su acostumbrada apariencia de firme imperturbabilidad.

—Tengo dieciocho años.

—Lo sé, cariño. Pero yo tengo unos cuantos más que tú, y lo único que quiero en esta vida es que hagas bien las cosas. Este año empiezas Magisterio. ¿Ya no quieres estudiar?

—Sí. Pero primero quiero aprender inglés.

—Estoy de acuerdo contigo. Contrataremos a un profesor nativo solo para ti.

Sam dejó caer las manos sobre la mesa, con desdén y un poco más fuerte de lo normal. Su padre le miró de reojo y tuvo ganas de darle en toda la frente el sopapo que tantas veces se había merecido, y que su bendita paciencia le había obligado a posponer durante demasiado tiempo. Y Mina también le miró, solo que ella lo hizo con cara de «Tú te lo has buscado y ahora te lo tragas».

—No quiero pasarme media vida aprendiendo inglés, papá.

—Ni tienes por qué.

—No he salido nunca de España.

—Para eso están las vacaciones.

—Pero yo quiero...

—¡Déjala que se pire! —Sam estalló, golpeando su plato y lanzando el tenedor por los aires.

La abuela Jesusa abrió mucho sus diminutos ojos y se echó a reír, sumergida en el mundo que su mente había construido para ella.

—¡Samuel! —le reprochó Laura.

Y Samuel miró a su madre, con esa cara que solo ponía cuando Mina le sacaba de sus casillas, y se mordió la lengua por no decirle la verdad. Que esa niña mimada lo único que quería era tocarle los cojones. Hacerle daño por haberse negado a satisfacer sus egoístas caprichos y de paso arrastrar a toda la familia de camino hacia la meta. Pero Laura nunca entendería nada y además le daría un patatús de los gordos, si tuviese el más mínimo conocimiento de lo inmenso que era aquello. Si apenas lograra entrever siquiera un trocito de lo terrible de sus sentimientos, de lo sobrenatural de sus deseos y de la fuerza con que lo sentían. No. No dijo nada. En lugar de ello agachó la cabeza, apoyó los codos en la mesa y se levantó para largarse de allí cuanto antes.

El resto le vieron marchar en silencio y después se miraron entre ellos. Manuel bebió un sorbo de su copa de vino y observó a su mujer, que permanecía completamente inmóvil y con la mirada perdida, tal vez rezando a ningún dios, o buscando entre los restos de sus recuerdos a su gran amiga Lola.

La abuela Jesusa se levantó entonces, lentamente y apoyando sus manos huesudas sobre la mesa, y caminó en dirección a su habitación.

—¿A dónde vas, mamá? —La que me faltaba... pensó la pobre Laura.

La anciana continuó caminando, encorvada y tan despacio como siempre solía hacerlo, hasta alcanzar la esquina del pasillo. Una vez allí se detuvo y se volvió para responderle.

—A darle cien pesetas al niño...

Treinta y dos días más tarde, Mina se marchó a Londres, con dieciocho años, dos meses, catorce días, y el firme objetivo de olvidarle o aprender a vivir de su recuerdo.

Va a tener que empezar a plantearse lo de comer porque empieza a

encontrarse preocupantemente mal. Debe de haber perdido como siete kilos, si acaso no son nueve. Ya es todo un récord en doce días. Pongan ustedes un paciente en coma en su vida y los kilos se le irán por el desagüe.

Laura se ha ido a casa, pero Marta dice que se queda a pasar la noche. Ha bajado a comprarse un libro para cuando a su hermano se le termine la cuerda y deje de parlotear por los codos. Y le ha preguntado que si quiere que le suba algo, pero él no se ha molestado ni en negar con la cabeza. De modo que Marta ha salido de la habitación y se ha ido en busca de un médico, para chivarse de que Sam lleva sin comer desde hace doce días, dieciocho horas y siete minutos.

Y ahí que viene el doctor. A las siete y media pasadas y con cara de médico que todo lo sabe. Y dice: «Buenas tardes, caballero», con el mismito tono que emplea la Guardia Civil en un control de alcoholemia, o control a secas. Y Sam piensa: «Pues hola», pero se le olvida decirlo en voz alta. Error. La Benemérita le observa con circunspecta expresión y levanta la ceja derecha, mientras se aproxima con la libreta de las multas camuflada bajo una bata blanca de médico que todo lo sabe. Y se sienta a su lado y le habla, con el tono propio de un auténtico profesional. «Chaval...», deja la frase en el aire durante unos segundos, como para darle cierto toque de misterio, o para asegurarse de que el oyente le oye. «Esto es muy sencillo y yo estoy un poco ocupado salvando vidas. Así es que te lo voy a decir una sola vez, y después confiaré en tu buen juicio». De nuevo una pausa y retoma tres segundos después con un «O comes, o te ingreso» y luego añade: «¿Me has entendido bien? ¿O te mando una enfermera para que te vigile?».

No... Si está bien. El hombre hace su trabajo fenomenalmente y de verdad que ha sonado firme y contundente. Se le ve que es un tío majo y muy, muy profesional. El problema es que se ha metido el hueso de la oliva en la boca, creyendo que viene con chicha. Y Sam, que está tan seco y duro como el hueso de una oliva, y que además lleva unos cuantos años lidiando con la Guardia Civil, porque por algún extraordinario motivo su rostro es igualito al de un delincuente de manual, levanta ligeramente la cabeza, pero mira al frente con cara de «¿Esta persona qué es lo que me está contando?», y vuelve a inclinarla. Hubiese jurado que alguien acaba de decirle lo que tiene que hacer con su vida. Eleva las cejas muy sutilmente y dibuja una casi invisible sonrisa irónica en su cara, antes de agacharla de nuevo para continuar con lo suyo de mirar al suelo.

Y el médico, que es un tío la mar de majo y muy, muy profesional, le da

una palmadita en la espalda y se marcha diciendo: «Muy bien chaval... como prefieras...», acompañado por un halo de misterio que parece sacado de una de esas teleseries de médicos que viven en los hospitales donde trabajan y no conocen a nadie más en el mundo, ni les sucede nunca nada más allá de sus fronteras. Uuuuy... cómo ha sonado eso. La Benemérita se pone firme y cuando la Benemérita se pone firme, a la Benemérita no hay quien le tosa. Y entonces Sam vuelve a elevar las cejas, pero esta vez también levanta la cabeza y le observa marchar, con cara de mal rollo. Y piensa que vaya puta mierda de vida que lleva desde lo del camión y sale corriendo tras él, como un casi muerto de hambre, con sus perfectas ojeras y sus soberbias ganas de vomitar bilis. Y cuando le alcanza por el pasillo le dice que tiene razón y que ahora mismo baja a la cafetería a por un yogur. Y entonces piensa: «Joder, qué rara suena mi voz», porque lleva una semana y pico sin hablar, salvo lo de la enfermera de hace un par de días y su intento fallido de hacerle comer. Si hubiese sabido amenazarle como el buen doctor...

Las ocho menos cuarto, menos dos minutos. El médico majo no se ha fiado de su palabra, porque además de ser muy, muy profesional, resulta que también es un rato listo, y le ha mandado a la enfermera más rara de todo el sector sanitario para cerciorarse de que se come el yogur y una manzana de postre, de esas rojas que son como arenosas. Y Sam no sabe si mirar la manzana que le ha traído la enfermera rara, o a la enfermera rara en cuestión. Una mujer tan diminuta y delgada que si se come el yogur, la manzana no le cabe, salvo que se la meta por esos enormes ojos que tiene en toda la cara y que son del tamaño de dos alcantarillas sin tapa. La bata es lo de menos, pero ya que te pones, la que lleva le saca siete tallas como poco. Debe ser la Parca, o alguna prima lejana, que viene avisando para que empiecen a hacerse a la idea.

Lo sólido de la comida le sienta bien. Su cuerpo se lo agradece y durante una agradable fracción de segundo se permite regalarse el sueño de que Mina despertará. Acaba de verla, sentada sobre la cama y mirándole con cara de reproche. Es el único modo de hacer que su sueño parezca real. Con esa mala leche que siempre le acompaña. Lo contrario sería mentira y tendría sabor a falso. Y es que Mina solo sonrío cuando ella quiere. Nada de hacerlo porque toca, o para satisfacer a nadie ni lavar su imagen o excusarse por alguno de sus desafortunados comentarios o comportamientos. Por eso cuando lo hace se hace de día en un santiamén. Porque Mina solo sonrío cuando así lo quiere su

boca. Y su boca solo sonríe... bueno... cuando quiere que Sam lo haga.

Ha sido un sueño breve pero intenso, y tan gratificante que ha valido la pena nacer por ello. Y cuando se queda solo, Sam se recuesta en su sofía, cruza los brazos delante del pecho, cierra los ojos y piensa dos cosas: que la enfermera de la manzana arenosa es la versión sanitaria de la niña de la curva y que necesita tener un poquito de fe, o morirá lenta e irremediablemente de pena.

Marta est  tardando en volver y Sam empieza a preguntarse por qué. A lo mejor ha decidido que no le apetece pasar la noche con él y se ha marchado a casa sin más, a sabiendas de que no obtendrá respuesta, en caso de que decidiese comunicársele. No la culpa. Y aunque no piensa conectar el móvil para averiguar dónde está, no puede evitar sentir una punzada de preocupación por ella. Y ya que estamos, ahora también se acuerda de *Lois*, y entonces la manzana roja arenosa se remueve en el interior de su estómago. Y su padre, que habrá pasado el día entero sumergido entre un millón de papeles que bien poco le importarán en estos momentos. Manuel todavía estará en el bufete. De lo contrario, hubiese venido a verla.

Sam se retuerce en su sillón. Se rasca la cabeza y apunta con la mirada a los pies de Mina. Tal vez sea el momento de intentarlo de nuevo. Así de paso se quita de encima el desasosiego que el resto de sus preocupaciones le genera. Porque cuando la mira a ella, todo lo demás desaparece bajo una bomba de humo, parapet ndose tras un grueso muro de pena que lo tiene sitiado por los cuatro costados.

Pero esta noche no cree que pueda. Y podría intentarlo, si quisiera. Pero es que ahora no quiere, y además presiente que si lo intenta, sus tripas reaccionarán a la defensiva. Lo sabe porque cuando ha pensado en ello, la barriga se le ha encogido hasta formar uno de esos nudos que vienen anunciando un intenso dolor. Ya tendrá tiempo. Mina no va a despertar en mucho tiempo, y si lo hace no recordar  nada. Tal vez ni siquiera a él.

Y ahora lo que le apetece, o lo que necesita, es mirar a través de la ventana. Quiere ver el mundo de fuera. Hace unos cuantos días que no sale de all , y ni siquiera se le ha ocurrido mirar hacia el exterior, en las muchas ocasiones que ha salido al pasillo. Y eso que el ventanal lo ocupa todo. Pero como no hay más ciego que aquel que no quiere ver, el joven ha podido fijarse en las manchas que las huellas de los dedos de la gente ha dibujado sobre su superficie. Pero por lo demás, aquello es opaco a sus ojos.

Así es que se levanta y camina hacia la ventana de la habitación, sin atreverse a mirarla más que un breve instante, y como disimulando que en realidad no lo ha hecho. Como si sintiese vergüenza. «¿Seré ridículo?», piensa mientras pone los ojos en blanco y eleva las cejas con pereza. Después se ignora por completo y planta su rostro frente al cristal de la ventana.

Afuera es casi de noche. Abajo en la calle, algunas vidas ajenas viviendo a su ritmo se exhiben ante la curiosa mirada de Sam. Una pareja de abuelos cargados con bolsas del súper camina juntos, despacio y sin hablar, hacia un hogar próximo, pues el hombre acaba de detenerse para dejar las bolsas en el suelo un instante y sacar de su bolsillo lo que parece un llavero. Deben vivir por la zona. Unos metros más arriba, un grupo de chavales con pinta de universitarios, por lo que desde la distancia parecen carpetas y mochilas, ocupan un banco y charlan y ríen, y se dan algún que otro empujón de colega cada cierto tiempo. Uno de ellos trajina con algo entre las manos. Sam deduce que se está liando un cigarro, o tal vez un porro. Y lo normal sería pensar que es lo segundo. Pero los universitarios suelen andar bastante caninos de pasta, por lo que suele ser muy común verles con tabaco de liar. Pero como a Sam nunca le ha gustado demasiado juzgar a la gente, y bien poco le importa si aquellos chavales se fuman la catedral de Santiago con botafumeiro incluido, prosigue con su barrido del mundo exterior en busca de lo que sea que le sirva de entretenimiento.

Y lo encuentra, cuatro bancos a la izquierda de los universitarios fumadores de catedrales. Allí, una joven vigila con atención a un niño de no más de cinco o seis años, mientras este juega a intentar saltar la valla que separa el césped del resto de la plaza. Que no es que sea una plaza. Es una calle con una acera muy ancha, varios bancos dispuestos cada tantos metros a lo largo de toda su extensión, y jardines detrás de los mismos. Debe ser su madre, por cómo parece reprenderle cada vez que el niño intenta saltar al otro lado. Y el aludido no parece estar muy por la labor de obedecer, como manda el estatuto del buen niño. Ella le grita algo y él se detiene unos segundos, hasta que mamá se sumerge de nuevo con lo que parece una revista o uno de esos libritos de autodefinidos. Y entonces el pequeño se agarra al metal de la cerca, se apoya con las muñecas y da un par de saltos, el primero para coger impulso y el segundo para asegurarse un buen brinco. Saltará. A Sam no le cabe la menor duda, porque él también tuvo cinco años y un hermano que no se levantaba de la cama sin haber planeado antes la faena del día. Una vez se bebieron media botella de vino entre los dos y acabaron como troncos, Samuel

en la cama de su madre, y David en uno de los armarios de la cocina. Al primero lo encontraron enseguida, pero al segundo lo buscaron durante horas por media ciudad, hasta que Lola quiso prepararse una tila para calmar sus nervios y allí se lo encontró, acurrucado y durmiendo la mona.

Tres intentos más y el niño consigue saltar la valla, como no podía ser de otra manera. Y entonces mamá se levanta como un resorte del banco y se dirige hacia él con tres grandes zancadas intimidatorias. Todo apunta a que el zagal saldrá corriendo antes de ser atrapado. Efectivamente. Acaba de emprender la carrera, césped a través, con su madre pisándole los talones por fuera de la zona prohibida. El pequeñajo corre haciendo eses, mientras la joven le grita cosas del estilo «Verás cuando te coja», «No corras que será peor» y «Te voy a dejar el culo fino». Gran error. Porque ahora el niño ya sabe que su madre le va a calentar, sí o sí. Y aunque una de las partes de su perfecto cerebro de esponja le dice que lo mejor sería parar cuanto antes, la otra resuelve que ni se le ocurra. Que trate de correr para siempre, o hasta lograr alcanzar la mayoría de edad. Es una mala táctica, porque los niños entran en bucle y uno puede pasarse la noche entera dando vueltas alrededor de la mesa como un tornillo sinfín.

Los universitarios les miran divertidos, mientras se pasan el cigarro entre ellos, que no es un cigarro sino un porro porque los cigarrillos no cambian de mano.

Sam no tiene ganas de reír, pero un generoso sentimiento de afecto acaricia su espalda durante un instante muy corto. Y no se da cuenta, pero las comisuras de sus labios acaban de moverse ligeramente del sitio, mientras observa la entretenida contienda que aquella madre y su hijo se traen entre manos.

Se le ha escapado el tiempo sin querer, como cuando su mayor preocupación era esconderse de mamá, o intentar buscar una excusa para alguna de las suyas. Como cuando se perdía en los andares de Mina o cuando cerraba los ojos suplicando que se callase de una maldita vez. Como cuando cenaban de bocata en el jardín todos juntos, y jugaban con las niñas a pillar y ellos las pillaban en poco más de un minuto, y luego se terminaba la noche sin que ellas hubiesen conseguido cogerles a ellos.

Como cuando la vida no hacía tanto daño.

Sam despierta de su momento de desconexión pasajera, cuando el sonido de la puerta al abrirse, irrumpe en la habitación en forma de bofetón seco y despiadado, de esos que le dejan a uno traspuesto y tambaleando.

Marta aparece con un libro en la mano, y una pequeña bolsa en la otra. No dice nada. Sólo le observa con precaución durante un minuto, atenta por si nota en él algún cambio. Si Sam decide empezar a hablar, ella estará preparada.

Y lo mira y hace el amago de sonreírle. Pero entonces Sam se huele un posible intento de conversación fraternal, y antes de que su hermana pueda demostrarle que no piensa abrir la boca si a él no le apetece, agacha la cabeza por enésima vez y abandona la estancia, envuelto en su tradicional silencio. Y Marta se queda callada y quieta, mirando hacia la puerta. Después se sienta y llora, mientras arranca el plástico a su nuevo libro.

Está a punto de anochecer y todo sigue igual. Habrá que intentar aguantar un poquito más... como buenamente se pueda.

6. DOCE DÍAS, VEINTE HORAS, CINCUENTA Y CINCO MINUTOS

Sam y Rita se hicieron novios, porque ella era una monada y unas cuantas cosas más, y porque tanto va el cántaro a la fuente que al final uno termina cogiéndole cariño. Inteligente, cariñosa, simpática, comprensiva y además estaba muy enamorada de él, incluso sospechando que la cosa no acababa de ser del todo recíproca. Y él la quería también. Pues claro que la quería. Por su larga lista de virtudes y por haberle dado comprensión y mucho sexo cuando tanto lo necesitó. Y aunque todos decían que Sam estaba preocupado por Mina, Rita siempre supo que, tras aquella aparente aflicción fraternal, se escondían otra clase de sentimientos que nada tenían que ver con los vínculos de sangre. Pero como era una monada y más buena que el pan de la primera hornada del día, Rita jamás insinuó, ni preguntó ni falta que le hizo, pues fue mucho mejor amar y dejarse amar que descubrir verdades de esas que escuecen en los sitios que más duelen. El tiempo pasaría y mientras tanto Sam aprendería a quererla cada día un poco más. Aprendería que el amor de verdad no duele. Porque el amor de verdad no es egoísta, ni pide pan. El amor de verdad solo sabe dar, pues pedir es para aquellos que no saben amar. Rita era joven. Que nadie se lo tenga en cuenta.

Así pues, tres meses, dos semanas y cinco días después de la marcha de Mina, Rita fue presentada oficialmente en casa de los Gutiérrez, un bonito domingo a mediodía, con su sol y su cielo azul, y su arroz con bacalao del de chuparse los diez dedos, y hasta unas exquisitas torrijas que Laura preparó de madrugada, mientras la abuela Jesusa dormía. Al principio le costó hablar y apenas respondía con algún monosílabo cada vez que alguien le preguntaba algo. Estaba tan mona y se la veía tan frágil y educada, y tan dulce que todos tuvieron ganas de pellizcarle sus bonitos y sonrojados mofletes, y Sam no dejó de sonreír durante toda la velada, ni de mirarla con cara de orgullo, como si quisiera presumir de su tesoro recién encontrado. Y a todos les cayó tan bien, que hasta la abuela Jesusa le dio sus cien pesetas. Y entre todos la hicieron sentir como en casa y tan arropada que al final del día, Rita se atrevió a participar en conversaciones algo más trascendentales, incluso a opinar acerca de temas laborales que tenían que ver con Sam y su posible futuro en el bufete familiar.

Y a la semana siguiente la historia se repitió, pero esta vez Sam la invitó

a cenar el sábado y como la cosa se alargó, se quedó a dormir con él. Tan enamorada como una niña recién salida de las páginas de un bonito libro de amor, Rita flotó bajo su pecho y se meció en sus brazos y le besó tanto y con tanto amor que hasta la piel de todo su cuerpo le hubiese gastado con su lengua. Hicieron el amor en el jardín cuando todos se acostaron y en la cama desde que la luna les arropó y hasta que se hizo de día. Y como todo salió bien, y a la familia le encantaba tenerla cerca, la invitación se extendió a todos los fines de semana, salvo que también quisiera hacerlo de lunes a viernes. Rita se convirtió en la niña de sus ojos y desde entonces Sam se dedicó a vivir a través de ellos. Su cálida sombra lo abarcaba todo y le protegía como una madre del incandescente sol de su prohibido deseo. Mina se había ido. Pero volvería y cuando lo hiciese él hablaría con ella con la voz de un hermano y le diría la verdad. Que mamá no pegaba ojo desde que se fue, que ellos eran su familia y que David así lo hubiese querido. Que serían hermanos para siempre, y verían crecer a sus hijos como primos, y se pelearían como antes y los domingos comerían arroz con bacalao del de chuparse los diez dedos, todos juntos como lo que siempre habían sido. Una gran familia. De esas que se mantienen unidas en los buenos momentos y también en los malos. Que todo volvería a ser como antes... Como antes de que todo cambiase.

Mina volvió. Y para celebrarlo y en su honor, el cielo se desplomó sobre sus cabezas, ocultando al asustadizo sol tras una densa cortina de nubes, que aparecieron de repente, como anunciando el fatal presagio que venía del extranjero.

Marta la recogió en el aeropuerto y de camino a casa ya tuvieron la primera. Aquel era el primer fin de semana que pasaba con ellos desde hacía más de cinco meses y quería estar con su familia. SOLO con su familia. Ni César ni Rita pintaban nada, y ya tendrían tiempo para *macrocomidas* con los respectivos en las cuatro semanas que tenía por delante. ¿Se había traído ella un novio? ¿A qué no? Pues cada mochuelo a su nido y Dios en el nido de todos. «Pero ¿tienes novio?» le había preguntado Marta, mirándola de soslayo y con cara de súbita sorpresa. «Pues no. Pero lo mismo un día de estos me presento con uno», le había respondido Mina. «Ya. Y entonces sí que podremos comer con los respectivos, ¿no?». Y Mina la había mirado de reojo y había arrugado su boca de caramelo, sin saber qué responder.

Y cuando llegaron a casa Laura lloró como una madre que acuna por vez primera al hijo perdido que regresa, Manuel la abrazó con la ternura de un

padre que tanto la echó en silencio de menos, y la abuela Jesusa la observó con cara de malas pulgas durante un largo minuto y después le preguntó que dónde demonios se había metido, y le riñó porque ya no comía con ellos. Y debía estar muy enfadada, porque aquel día Mina no cobró sus cien pesetas, ni regalándole a escondidas cuatro onzas de chocolate con leche.

Pero Sam no vino a comer. En lugar de eso llamó por teléfono, contando la mentira de que se le había estropeado el coche en medio de la carretera, y dijo que llegaría tarde. Y eso fue exactamente lo que hizo. Llegar a las dos y pico de la madrugada y cruzar el pasillo a hurtadillas, como uno de esos ninjas que caminan en la oscuridad con la habilidad de un gato. Y Mina, que pasó toda la noche atenta a cualquier sonido que el silencio le trajese hasta los pies de su solitaria cama, abrió mucho los ojos cuando escuchó su puerta, y en medio de la oscura soledad de su habitación, se tragó todo el llanto, el orgullo y un enorme pedrusco de pena que pesaba casi tanto como el universo infinito. Aquella noche los dos sintieron el mismo frío, pero ninguno lo supo.

Sábado por la mañana. Me levanto cuanto antes y salgo pitando de aquí. Tengo cuatro semanas para verla y no me apetece tener que aguantar su cara de «¿Conque Rita, no?». Joder... ¿Quién cojones está en la cocina a estas horas? Dime que es la abuela. Por Dios, que sea la abuela.

—Buenos días, cariño.

Mierda...

—Hola, mamá.

—Anoche no te escuché llegar. ¿Entraste como uno de esos chinos que caminan en la oscuridad sin hacer ruido?

—Se llaman ninjas, mamá.

—Esos. ¿Arreglaste el coche?

—Está perfecto.

—¿Qué le pasaba?

—Laaa... looos... no lo vas a entender.

—Uy que no...

—La correa de distribución.

—Aaah. ¿Te pongo un café?

—No, mamá. Me voy a desayunar por ahí.

—¿Por ahí, por dónde?

—Por... un bar.

—¿Que te vas a desayunar a un bar?

—Sí.

—¿Tan temprano?

—Sí.

—¿A qué bar?

—Pues a un bar, mamá.

—¿No me puedes decir a qué bar te vas a desayunar? Cuánto misterio...

—¿Y qué más te dará?

—Eso mismo digo yo. ¿Qué más te dará decírmelo?

—El primer bar que me encuentre. ¿Te sirve?

—¿Qué borde estás, ¿no?

—No, mamá... no estoy borde. Es que tú estás muy preguntona y tengo que irme.

—¿Preguntona, yooo?

—Un poquito, sí.

—Pues perdóneme usted, señor ofendido.

—Vale ya, mamá...

—¿Y tu hermana? Porque sabrás que ha venido tu hermana de Londres. Anda, siéntate a desayunar y cuando la hayas visto te vas.

Jodeeeeeer...

—Mamá, porrr favor...

—Buenos días...

A tomar por culo el plan de escape. Mina se había levantado y la tenía justo detrás, probablemente... seguro, con su bonita melena del color de la mermelada de miel de abejas suelta, y cualquier pijama de los que tan bien le quedaban adornando su perfecta figura. Sam respiró por la nariz y disimuló, abriendo el primer cajón que tenía delante. Los cubiertos. Este tenedor, mismo.

—¿No te ibas a desayunar al bar? —Laura lo miró con la cara cruzada.

—Al final, no.

—¡Perfecto! ¿Qué quieres? Yo te lo hago.

—Café. Pero me lo pongo yo.

—¿Te vas a tomar el café con un tenedor?

—Creí que era una cuchara.

—Y lo es. Una cuchara con pinchos.

Sam se rascó la cabeza y arrojó el tenedor sobre la mesa.

—Estás peor que la abuela... Haz el favor de saludar a tu hermana, ¡Y no se os ocurra pelearos!, ¿eh?

Y salió de la cocina, pasando por delante de Mina y besando su frente,

con esa alegría de madre tan rellena de felicidad, como un redondo de ternera.

Y entonces Sam se dio la vuelta pensando: «Rita, mi amor. Rita, mi amor. Rita, mi amor» y la vio, allí plantada, con su bonita melena del color de la mermelada de miel de abejas suelta, y uno de esos pijamas que tan bien le quedaban adornando su perfecta figura, mirándole con aquella cara de «Pues yo te sigo amando, ¿qué pasa?». Y su corazón se llenó de vida.

Se quedó quieto. Nunca había estado tanto tiempo sin verla y apenas podía respirar. Ella tampoco. Imposible mirarle y respirar a la vez. Y después él carraspeó y cerró los ojos despacio, para abrirlos al cabo de un segundo bajo una expresión distinta. Sonrió y la llamó con sus brazos.

—Ven aquí.

Mina corrió hacia él, como uno de esos perritos que dedican su vida entera a las cuatro caricias que reciben del amo. Y cuando se abrazaron el fuego les quemó por dentro. Sam la apretó con fuerza y respiró el aroma de su pelo, tan dulce como caminar descalzo sobre las nubes, y tan amargo como tragarse un carbón encendido. Y su corazón le gritaba: «Mi vida», y su vida le gritaba: «Payaso», y el payaso en que acababa de convertirse se reía de él. Y cuando se separaron y se miraron de cerca, Mina tembló, porque hubiese jurado que iba a besarla. Pero entonces Sam la soltó y se dio la vuelta para que ella no viese su cara de «Joder, cuando te veo me muero» y abrió otra vez el cajón de los cubiertos y sacó dos cucharillas.

Desayunaron juntos, café con leche y unas galletas muy secas que solo se comían en casa de Laura, sentados uno frente al otro en la mesa de la cocina, y hablando de cosas de hermanos.

—La abuela dice que si no vienes a comer, nos dará tu parte a nosotros.

—Ni se te ocurra tocar mi pasta.

—No es tu pasta.

—Uno de esos billetes es mío y al que me lo quite le cortaré las manos.

—¿Ya sabes hablar inglés?

—Casi.

—¿Qué tal la reina?

—Envejeciendo. Te manda saludos.

—Mamá está muy preocupada.

—Ya se le pasará.

—Deberías volver.

—Ni lo sueñes.

—¿No te da pena verla así?

—Sí. Pero no voy a volver.

—Tan amable como siempre.

—Vete a la mierda, anda.

Y cuando terminaron de desayunar, Mina dejó su vaso en la pila y se fue. Y Sam se quedó allí sentado, observándola marchar con la cara de un payaso que se ríe de su propio infortunio. Después, mucho rato después... se acordó de Rita.

Esta noche el hospital huele especialmente mal. A medicamentos y a tristeza, y a alguna clase de muerte o de brebaje de los que matan. ¿Y esto ahora a qué viene? El puto hospital huele exactamente igual que esta tarde, y que ayer y que mañana. Pero a Sam le huele a muerte porque el miedo es lo que tiene. Que se te mete por la nariz, por las orejas y por la boca. Y te estruja tanto el corazón que llegas a temer por tu vida. Sin ella no podré respirar. Y entonces es cuando piensa en su futuro. En todos ellos. En el cercano y en el de más allá. Qué pasará dentro de uno o dos meses, si ella no despierta y la vida arranca de nuevo. Qué pasará cuando llegue el domingo y ella no esté para poner la mesa, o para discutir porque no le toca ponerla. Qué pasará con los domingos, y con los años que quedan por vivir. Qué pasará con la vida si ella no vuelve. Qué pasará con todo...si Mina se va para siempre.

Las diez y diecisiete. Marta estará leyendo el último Premio Planeta, o el primero, o a lo mejor el de en medio. La luz está apagada, pero ella se ha comprado una lámpara que es una pinza que se engancha en la tapa del libro. Está todo inventado. Sam ha salido a respirar un rato a la calle. Se ha dado una vuelta por los alrededores del hospital y se ha tomado una cerveza en un bar queapestaba muchísimo a aceite de freír que se ha frito mil veces. Con eso, el yogur y la manzana roja arenosa de la enfermera de la curva, se da oficialmente por cenado. El resto ha sido caminar de vuelta al hospital, despacio y sin atreverse a soñar que entra en la habitación y ella le sonríe, sentada en la cama y con Marta a su lado, sonriendo también y con el último Premio Planeta tirado en el suelo. No quiere soñarlo. No puede soñarlo. Y Laura dice que deben hacer fuerza entre todos y visualizarla viva y como siempre. Pues yo qué sé... enfadada y esas cosas. Dice que se puede. Que la fuerza de la esperanza es muy grande y que es una verdad universal. Se ve que el universo ha escrito un libro de verdades. Y como resulta que lo ha visto en un video de YouTube que le enseñó su amiga Pepa, que es una de esas mujeres

que creen haber encontrado la paz interior porque se ha apuntado a clases de yoga, pues no se hable más del asunto.

Hay un tío meando, apoyado sobre una farola. Pero apoyado al más puro estilo *Resacón en Las Vegas*. Sam se aproxima de frente, porque el ebrio en cuestión se encuentra en mitad de su trayectoria, y percibe cierto balanceo sospechoso de desparramamiento corporal inmediato y fulminante. La intuición le dice que corra si no quiere convertirse en testigo directo del irremediable traumatismo craneoencefálico que se avecina, y cuatro raudas zancadas después, consigue sujetar su cabeza, a pocos centímetros de explotar cual sandía madura contra el suelo. Qué suerte has tenido, borracho. Un segundo antes y ahora te estaría llevando en brazos al hospital. Aunque visto así... la suerte ha sido para los dos.

—Eh, chaval... que te matas.

El hombre se apoya con los codos en el suelo y babea, dando vueltas sobre sí mismo y buscando la manera de levantarse con dignidad. Eso lo hacen mucho los borrachos. Tratar de parecer dignos. Curiosamente, lo más digno que puede pasarles es que no recuerden nada al día siguiente. Pero Sam no le deja levantarse.

—Tío, tío. Siéntate un rato, anda.

Y el tipo continúa dando vueltas, como un perro que quiere tumbarse y no encuentra el momento de dejarse caer, pero a cámara muy lenta y farfullando algo con muchas efes imposible de descifrar. Sam se limita a mirarle, con cara de «La hostia puta» y los brazos apoyados sobre sus caderas, hasta que el individuo descarta lo de levantarse y consigue apoyar la espalda contra la pobre farola. Después estira los pies y balancea la cabeza, como para coger carrerilla y poder alzarla. No lo consigue porque para lograr mirar a Sam a los ojos desde semejante postura, primero tendría que partirse el cuello. Y entonces el borracho lo mira directo a la bragueta, frunce el ceño extrañado porque en ese rostro no hay ojos, y le habla de todas formas. Y dice:

—Ha ssssssshido prrrrr mmmm jrrrrrrmmmm aa.

Sam le entiende a la primera y se acucilla a su lado.

—¿Quieres que llame a alguien?

El borracho sonrío con cara de asco y mira hacia la nada con los ojos pesados, como si llevase algún animal de un tamaño considerable enganchado a cada párpado. Después mueve la cabeza de la manera más torpe, pero se hace entender. Dice: «No». Un *no* bastante rotundo. Y después añade: «Lárgate», pero con un montón de consonantes de más, y saca los morros hacia

fuera para dejar bien claro que lleva una turca del tamaño de una plaza de toros. Pues buena le has dicho, chaval. Automáticamente, Sam se sienta a su lado, con las rodillas flexionadas y los brazos apoyados sobre ellas.

Y se queda allí, mirándole en silencio y pensando que agarrar una turca del tamaño de una plaza de toros no sería mala idea, si la cosa se alarga. Sería algo temporal, claro está. Solo hasta que su alma se acostumbrase a lo de morir en vida. Que debe de ser algo así como dedicarse a esperar a que termine todo de una vez, y llegue el ansiado momento de descansar para siempre. Que la muerte sea bienvenida. Que se la espere con los brazos abiertos.

El hombre lo mira, pero Sam no está seguro de que le vea, porque le observa con cara de saber que allí no hay nadie. Ese tipo silencioso no existe y su imaginación acaba de traicionarle, poniendo a un tío feo que encima no dice ni mu, en el lugar donde debería haber una mujer desnuda. Han debido darle un vino para mujeres. Hay que joderse...

Y entonces pasan cinco o seis, o puede que quince minutos, y el borracho comienza a hablar porque acaba de certificar que aquel tipo raro no existe, y que lo ha creado su mente para que tenga un colega con quien charlar. Por lo que arranca a lo Camarón de la Isla, pero sin gracia ninguna y en alguna lengua anterior al latín y con raíces suajilis.

Sam no entiende nada, pero se la trae floja. Alguna palabra caza al vuelo, pero no tiene ganas de ponerse a descifrar mensajes ocultos del suajili. Lo único que quiere es poder perderse un rato. Salir de ese momento que dura ya doce días, veintiuna horas y algunos minutos. Un momento tan corto como el instante en que un camión de electrodomésticos se cruza de carril, aplastando a su paso al Seat Ibiza que circula por su izquierda. Un momento tan tonto como el que acaba de protagonizar su amigo el borracho, justo cuando Sam le sujeta la cabeza, evitando el descalabramiento. Apenas un segundo puede marcar la diferencia entre vivir o morir. Joder, qué cosa más absurda y desesperante. Si Mina hubiese conducido un solo segundo por detrás... un solo segundo.

Y allí se queda. Con el tipo de la turca del tamaño de una plaza de toros, atento a lo que dice pero sin escuchar ni una sola palabra, hasta que una mujer muy guapa pero muy, muy hortera, aparece para llevárselo en volandas. Le dice: «Muchas gracias por aguantarlo» y le pregunta que qué le ha contado, con cara de estar preocupada por si el hombre se ha ido de la lengua. Sam le dice que no se preocupe, que solo han hablado de fútbol y entonces ella lo

mira sospechosamente. Debe ser que al borracho no le va el fútbol. Pues lo siento, pero esto es lo primero que se me ha ocurrido y si ahora lo cambio por el tenis va a ser peor. Sam se levanta y se despide de la guapa mujer hortera que no le quita ojo, hasta que desaparece tras la esquina.

Las once y veintiuno. Resulta que se ha pegado casi una hora escuchando a un tío que probablemente le estaba contando algún secreto de estado, y ni pasársele por la cabeza intentar saber qué coño decía. Mira que si aquello no era suajili, sino alguna clase de código secreto para evitar el apocalipsis... Y yo pensando en Mina. Como son los seres humanos, que anteponen una sola persona al resto de la humanidad y qué paradójico que la más grande de todas las verdades sea que al mundo solo lo mueve el amor.

Marta sigue leyendo, pero se ha tomado la libertad de acercar su sillón hasta la cama de Mina para poder estar junto a ella. Y desde su asiento apoya los codos sobre el colchón y el libro en el brazo de la hermana durmiente. Anda, mira...ya le han encontrado una utilidad. Para algo tenía que servir tanta quietud. A Sam aquello no le hace gracia, pero no dice nada y se sienta en su sillón. Se recuesta, cruza los brazos a la altura del pecho, cierra los ojos y piensa dos cosas: que en una tarde Marta la ha tocado más veces que él en los doce días, veintidós horas y seis minutos que lleva con ella, y que allí sigue oliendo a muerte.

Y no vuelve a abrir los ojos hasta que la enfermera de turno hace su ronda. El sueño le vence y solo sueña con ella. Con su Mina. Con su niña. Con la perdición de su vida. Con la vida que marcará su propia muerte. Tal vez, solo tal vez ha creído escuchar la voz de Marta mezclada entre las imágenes de Mina. Ha sido raro, como si le hubiese susurrado algo al oído. Le ha dicho: «Todo saldrá bien» y después la humedad ha empapado sus mejillas.

7. TRECE DÍAS, SEIS HORAS, CINCUENTA Y NUEVE MINUTOS

Que la abuela hacía trampas al parchís lo sabían todos. Eso, y que discutir con ella era derrochar tontamente el tiempo, lo mismo que intentar ganarle. Si el dado marcaba cuatro, ella contaba cinco, o tres, dependiendo de la jugada. Y si la cosa se le complicaba, rápidamente se sacaba de la manga una nueva regla que catapultaba de un salto sus fichas hasta la meta. Porque le habían salido dos trespes seguidos, o porque a su adversario se le había escapado el dado fuera del tablero. Normas que bajo ningún concepto se le aplicaban a ella, porque eso de inventar nuevos estatutos a última hora era de maleantes y sinvergüenzas, salvo que perteneciesen a su propia cosecha.

Aquel domingo era a Mina a quien ganaba, cuatro veces y del tirón. Y aunque la muchacha resoplaba de vez en cuando, aburrida de tanta trampa descarada y sin conocimiento, ni se le pasó por la cabeza formular la más mínima queja al respecto. Porque hubiese ido directa al saco roto donde la abuela Jesusa guardaba las quejas que se referían a su persona, y porque bastante enfadada estaba ya con ella por haber estado tanto tiempo fuera de casa, como para ponerse a debatir. Ni hablar del peluquín.

Faltaban más de dos horas para la comida y era su segundo día en España. Y apenas había visto a Sam desde su primer encuentro en la cocina, porque resulta que ahora pasaba casi todo el tiempo con Rita. Se ve que a veces incluso dormían juntos. La cosa iba en serio y a Mina le escocían las tripas de pura envidia y odio, y aborrecimiento y repugnancia. Así es que estar en casa resultaba ser tan agradable como nauseabundo. A ver cómo se comía eso.

Y como de momento se sentía tranquila y a salvo de *ritas* y *césares*, protegida tras los infranqueables muros de su hogar, ni se le pasó por la cabeza que Marta se había limpiado el pompis con su decretazo de limitar el acceso a los respectivos hasta que a su alteza real le diese la gana. De modo que cuando les vio entrar por la puerta, a los cuatro juntos y hablando entre ellos por sexos, Marta con Rita y Sam con César, tuvo que agarrarse a la mesa o tal cual se hubiese caído de cabeza al suelo. Y la abuela Jesusa se percató de su repentino cambio de actitud, pero acababa de sacar un cuatro, que eran justo los tres que necesitaba para ganar por quinta vez, y no pudo estar por ella.

Y entonces la buena de Rita se acercó para saludarla y Mina se levantó, mal fingiendo que no la había visto y corrió hacia el lavabo, igual que si llevase un pedo deseoso por emigrar cuanto antes de su pueblo natal. Los impulsos del demonio. Qué manera tan ingrata de hacer el ridículo y qué cinco segundos más largos de incómodo silencio les tocó vivir a todos los allí presentes, que ni a la abuela Jesusa se le ocurrió abrir la boca, ni siquiera para celebrar su merecida victoria. Y cuando llegó al lavabo cerró el pestillo y corrió al espejo, para mirarse sin verse. Y de allí se sentó en la taza y se acurrucó con las manos en el estómago, pero solo un par de segundos porque su cuerpo no quiso estarse quieto, y tuvo que levantarse otra vez para mirarse de nuevo sin verse, y vuelta a empezar. Cinco, seis, diez minutos o los que necesitase. Pero en algún momento tendría que salir de allí, o alguien vendría a buscarla, más pronto que tarde. Y aunque a ella el hambre se le acababa de quitar de repente y para siempre, tendría que sentarse a comer con ellos, y tendría que saludarla, y fingir que no pasaba nada y hasta sonreír de vez en cuando, como uno de esos hipócritas que aparentan estar bien con todo el mundo y en todos los sitios, por siempre jamás. Y Mina tenía un poquito de todo lo malo, pero cuando repartieron lo de la falsedad, se ve que la pilló discutiendo con alguien y se quedó sin su dosis. Les daría el día. Tan cierto como los diez dedos de sus manos, sumados a los diez de sus pies. Mina no sabía sonreír si no le salía del alma. No sabía poner caras falsas disfrazadas de apariencia, ni apretando el hígado por dentro. Jamás le sonreiría. A ella nunca.

Tuvo que salir. Se miró una última vez al espejo y se dijo: «Tú no eres una cobarde», pero pensando que claro que lo era. Después salió y regresó a la cocina, como si no hubiese pasado nada y fingiendo una vez más que no la había visto, pero bastante peor que antes. Un desastre que sus hermanos se encargaron de reflejar en el acto y con la mirada, y que la buena de Rita solventó, levantándose la primera para saludarla, con una sonrisa de esas que se nota que son de verdad. Un bonito detalle que solo sirvió para hacerla sentir peor. Si lo hubiese hecho a propósito no le sale tan bien. Y le preguntó que qué tal por Londres y que si no echaba de menos el sol de la patria, y que si se apañaba bien con la gente y con el curro y eso. Y Mina la odió un poco más, aunque no hacía ni dos minutos hubiese jurado que eso era imposible, porque la chica era una mierda de encanto, más maja y dulce de lo que ella jamás sería ni en mil años que viviese. Y entonces supo que si algún día Sam la quisiera a ella más que a la dulce de Rita, aquella muchacha no sería capaz

de odiarla ni una quincuagésima parte de lo que Mina la odiaba a ella.

Pero aquel domingo no lo salvaron ni las muchas virtudes de la fabulosa y comprensiva Rita, ni la locuaz simpatía de César, ni tampoco las cien pesetas de la abuela Jesusa que tan amablemente le soltó por haber perdido cinco partidas sin proferir un solo taco. Porque Mina se pasó toda la comida con el morro apretado y la mirada apuntando solo hacia su plato, aunque los demás hablasen entre ellos, o con ella. Y Sam tuvo tantas ganas de estrangularla como de retirarle la palabra para siempre. Odiosa niñata mal criada. ¿Con qué derecho tratas así a tu propia familia? ¿Dónde acumulas tanta mala leche?

Incómodo. Sin más adornos ni coletillas extras resbalando por encima. Mina les hizo sentir a todos así, desde el primer plato y hasta los cafés, con pan y copa de vino incluidos. Un excelente menú bañado en salsa de mala baba y sazonado con un succulento aroma *rebordecido* de su propia cosecha. Y allí todo el mundo charlaba fingiendo normalidad y sonreían como para quitarle tierra al asunto, tratando de esquivar el mal ambiente. Marta la ignoró desde el principio, pero Laura y Rita intentaron incluirla en la tertulia en un par de ocasiones, hasta que Sam golpeó la mesa con la palma de su mano y puso cara de «No volváis a dirigirle la palabra o aquí se monta la Tercera Guerra Mundial». Y Rita se asustó un poco y tuvo tantas ganas de llorar que trató de esconderlas tras una medio sonrisa de esas que vienen acompañadas por un nudo en la garganta y el atisbo de un susto dibujado en el rostro, pero Sam la miró con ternura y cogió su mano por debajo de la mesa. Y entonces se tranquilizó, porque solo necesitaba sentir el contacto de su piel en cualquier parte del cuerpo para que el mundo entero girase de nuevo.

Para la sobremesa tuvo el detalle de marcharse, alegando dolor de estómago y dejando al resto de los comensales entre salpicones de retortijones varios. Rabia, malestar, vergüenza, impotencia e indiferencia. Esto último porque la abuela Jesusa no se enteró de nada. Probablemente anduvo calculando los billetes que tendría que repartir aquel día, o simplemente navegando a la deriva entre los muros de su particular cosmos, ajena a la desorbitante cantidad de malas pulgas que la muchacha almacenaba en algún rincón de su preciosa anatomía. Mucho mejor para ella. Para ella y para cualquiera que tuvo la suerte de no estar aquel domingo en casa de los Gutiérrez.

Pasó la tarde entera encerrada en su habitación y solo mamá intentó hablar con ella en una ocasión, de ese modo tan inútil que tienen las madres de

hacerlo. «No me vas a hacer caso, pero yo vengo a decirte que estoy aquí. Siempre. Aunque no quieras hablar, aunque nadie te aguante porque eres inaguantable y aunque a veces seas peor que un lumbago, o que un mosquito de esos que transmiten la malaria». Mina la ignoró. Pero Laura ya contaba con ello y con un canto se dio en los dientes cuando la dejó entrar para besar su frente. «Tus hermanos te mandan un beso. Que bajes cuando quieras, ¿eh?». Por todos los cielos, qué embuste más grande y qué pena que mamá no supiese la verdad de lo que sucedía. Que Mina no era tan mala como aparentaba, aunque ni el mayor de los sabios tuviese la capacidad de verlo. Métete tú tanto amor en el cuerpo, y enciérralo para siempre en un lugar de donde nunca pueda salir. En donde nadie pueda sentir tu dolor. Encierra lo más grande en una caja de cerillas y siéntate a mirar cómo los demás lo pasean libres por ahí. Margínate para siempre. Muérete mientras respiras.

A Sam no le dio la gana irse. Y como a Rita todo le daba igual, con tal de estar con él, pasaron la tarde de tertulia en el jardín, aunque hacía un poco de frío porque ayer hubo tormenta y el ambiente andaba más fresco que menos. Un par de chaquetas para las chicas y el cobijo de sus brazos para remediar el resto, y la tarde pasó junto a ellos como un suspiro de amor. Más o menos unos cien años más rápida que por la habitación de Mina, que la sobrevivió caminando por el techo, dando vueltas sobre sí misma y observando su estúpida imagen en el espejo de la cómoda. Solo salió cuando su vejiga amenazó con reventar y lo hizo descalza y de puntillas sin bajar de la segunda planta.

Y luego se fue a llevar a Rita a casa y volvió mucho después de cenar, con la intención de asegurarse de que todos, o al menos ella, dormían; porque no quería ni verla, ni oírla, ni respirarla hasta que el cielo escupiese fuego de sus entrañas o se secase algún océano de los grandes. Entró, se hizo un bocata con lo primero que pilló por ahí, y salió al patio con una cerveza. Y se sentó en el sofá del porche y se recostó hacia atrás, y respiró profundo y cerró los ojos, con su bocata de lomo que había encontrado en un plato dentro del microondas y su cerveza, apoyada sobre la rodilla. Respiró de nuevo un par de veces, lentamente y sin abrir los ojos. Y en la oscuridad solo la vio a ella. Triste. Rabiosa, desesperada y enfadada tanto tiempo con mucha gente y demasiadas cosas. Y fue entonces cuando sintió su pena. Esa que se siente cuando encierras un amor muy grande en un lugar muy pequeño de donde nunca podrá salir. En una caja de cerillas, marginado para siempre y muerto mientras aún respira. La soledad de su alma, que un día se marchitó de repente, frente a

sus ojos y para siempre. El desamparo, la nostalgia... la melancolía que queda cuando todo lo que tienes se marcha para nunca volver.

No es que tuviese demasiada hambre. Lo sintió cuando le dio el primer bocado y le supo exactamente a nada. Mina le quitaba el hambre con su comportamiento y le provocaba dolor en el corazón y en la boca del estómago. Una irritante mezcla de rabia, pena e impotencia, a un nivel importante. Pasó del bocadillo y bebió un buen trago de cerveza. Y cerró los ojos otra vez durante un segundo, apretó los labios y de nuevo los abrió.

Y entonces la vio. Le observaba en silencio, detrás del pilar que delimitaba el final del porche con la entrada principal de la casa, medio escondida y con la misma expresión de un diminuto insecto a punto de morir aplastado por una zapatilla gigante. Lo había hecho mal y lo sabía demasiado bien. Solo había que observar aquella mirada durante un breve instante para darse cuenta de ello. Y es que la cara de Mina nunca fue el espejo de su alma, porque la cara de Mina era su misma alma. Sin vestidos, ni caretas, ni nada que se pusiera por delante. Y cuando la miró ya no pudo odiarla, porque su rostro reflejaba el castigo al que ella misma se había estado sometiendo durante aquella tarde que creyó eterna. Lo volvería a hacer. Pues claro que sí. Porque cuando el sentimiento es tan grande la razón se hace pequeña y bueno... porque Mina siempre sería Mina.

Se acercó despacio, y solo cuando comprobó que a Sam no se le notaba demasiado que quería estrangularla. Se sentó a su lado con las manos sobre las rodillas, la espalda recta y la cabeza ligeramente inclinada. No dijo nada. Sam tampoco, durante unos minutos. De vez en cuando chasqueaba la lengua y negaba con la cabeza. Después bebía cerveza y se miraba el pantalón, por mirar algo. Y luego dijo: «¿Quieres?», y le ofreció su cerveza. A Mina no le gustaba la cerveza, pero se hubiese bebido un vaso entero de sulfumán para que dejase de odiarla tanto. Así es que pegó un trago con cierto asco y le vio sonreír un poco. Y agachó la cabeza de nuevo y cuando la levantó dijo: «Rita es muy maja», y después lo miró con cara de susto y aguardó a que le cayese un rayo encima.

No le cayó. Se ve que la noche andaba pendiente de la reacción del muchacho, y hasta el silencio parecía aguantar el aliento. Y Mina lo miró, pero fue solo un segundo porque pensó que si se veía en sus ojos, el reflejo de sí misma le chivaría cosas demasiado malas de su persona. Bastante poco se gustaba ya últimamente como para ponerse a buscar ahora confirmaciones en la mirada de Sam. Nunca dejaría de amarle. De eso estaba tan segura como de

sus brazos, sus manos o su respiración. Pero debería ir pensando en dejarlo ya, o Sam terminaría por no quererla ni como hermana. La tarde había dado para mucho y lo había estado rumiando. Que seguiría odiando a Rita para siempre, y que siempre soñaría con él. Con sus labios y sus besos, y su cuerpo y el calor de su piel, y su vida entera y todas esas cosas que trae consigo el amor. Pero él nunca la querría de aquella manera y aquel día era un buen día para decidir plantarse. Se marcharía de nuevo, y esta vez tardaría un poco más en volver, porque el tiempo todo lo cura y la distancia alivia las penas. Una verdad de esas que en realidad son un poco mentira, y que aunque se rompan enseguida, sirven como tiritas provisionales para aliviar la tristeza. Parches para el mal de amores cuando el alma amenaza con partirse por la mitad.

Al final hablaron un rato. Porque Sam no podía no quererla, ni aunque a veces su sola presencia fuese contraproducente, o el equivalente a un dolor de oídos punzante e incesante, o hubiese que controlarse para no clavarle un tenedor en un ojo cada vez que hablaba de esa forma tan estúpida. Pero cuando ella le miraba, el estómago le hacía cosas muy raras y a veces tenía que apretar los puños porque sus manos soñaban con acariciarla. Con abrazarla muy fuerte y meter la nariz entre su pelo, y no volver a respirar nunca nada que no fuese su olor. Ella no era su hermana. Se lo gritaban sus ojos, y su boca y hasta el último átomo de su ser, cada mañana al despertar, y cada vez que respiraba. Pero eso lo tenía escondido y guardado con llave en el lugar más profundo de todos. Encerrado para siempre bajo la firme promesa de no tocarla jamás. Recluido tras las inclementes rejas de su conciencia.

Y allí se quedaron. Los dos juntos y hasta casi las tres de la madrugada, charlando de la vida y de las cosas raras de los ingleses. Y de la abuela Jesusa, que cada día parecía más perdida en su mundo, pero de un modo que siempre les hacía reír, y de sus aventuras de cuando eran pequeños. De las tonterías de mamá y su afán por querer saberlo todo, sin enterarse de nada y de su carrera de abogado que le llevaría directo y de cabeza a enchufarse en el despacho de Manuel. No discutieron. No se pelearon ni se gritaron en más de tres horas de conversación. No se reprocharon nada ni se miraron por detrás de sus pupilas. No se amaron con los ojos ni se chivaron a gritos secretos de esos que se guardan escondidos detrás del silencio. No se amaron entre líneas ni se besaron en sueños, porque aquella noche... solo fueron hermanos.

Marta duerme con la cabeza apoyada sobre la cama de Mina y los pies

de lado en su sofá. Su mano derecha descansa junto a la de ella, como si acabase de soltarla de toda una noche aferrándola con el cariño de una hermana. El libro está en el suelo, pegado a la pata de su asiento. O lo ha dejado ella o se ha caído con elegancia y mucha delicadeza.

Sam lo mira desde su habitual distancia y comprueba que aquello no es un Premio Planeta. Gira un poco el cuello para poder leer bien el título y consigue verlo. *La vida no morirá*. Una nueva mierda repletita de mensajes de autoayuda para corazones heridos. Recomendaciones para ser feliz a tope, aunque Mina se esté muriendo, o consejos para lograr que despierte, haciendo fuerza con la mente hasta cagarse encima. Siete mil millones de seres humanos poblando la tierra y el universo se ocupará de alinear las estrellas para que ella despierte. Por supuesto que sí. El universo no tiene otra cosa que hacer.

¿Y qué haces tú, Samuel Ángel Gutiérrez Lama, para llevarlo? Pues nada, porque tú no quieres llevarlo. Tú ya sabes lo que pasará si Mina no despierta, o si decide quedarse así para siempre, o por muchos años. Tú ya sabes qué sucedería contigo si ella te mira algún día y no sabe quién puñetas eres, o si no reconoce su propia cara. Tú ya sabes todo lo que vendría después. Lo tienes asumido y lo único que sacas con tu obtusa resistencia es un lánguido y callado lamento que te rasga la carne por dentro cada día al despertar, y cada aliento al respirar y cada latido de tu corazón al palpar. Tal vez, si tan solo durante ese pequeño instante que dura un aliento dejases entrar la esperanza a tu alma marchita, podrías sentir su consuelo aliviando esta pena que te mata demasiado lento.

Porque la esperanza es lo último que se pierde. Y sea cierto o no, siempre será mejor que descubrir que tal vez no sea otra cosa que esa puta que va vestida de verde. Marta y Laura riegan cada mañana su voluntad con una capa de esperanza que podría no ser real ni para ellas ni para cualquiera que ande viviendo la muerte de un ser querido. Pero las cosas hay que aprender a llevarlas de la manera que menos duela, porque la vida, pase lo que pase, seguirá su camino. Unos morirán y otros no. Y los que se queden llorarán por aquellos que se marchan y los que se marchan nunca sabrán cuánto se les ha llorado, ni cuánto se les ha querido, ni tampoco que jamás se les olvidará, por muy largo que sea el camino. Vivos, muertos o dormidos, la vida continuará de frente y sin volverse a mirar atrás, para alegría de unos y amargura de otros. Hacerse amigo de la esperanza, sea una puta vestida de verde, o lo último que se pierde, siempre será la mejor de las opciones.

Las ocho y siete y entra la enfermera del turno de la mañana. Hoy se ha retrasado más de media hora pero nadie se lo va a reprochar, salvo que Mina abra los ojos de repente y le suelte alguna de sus frescas de chica guapa pero borde, que sería lo más normal en caso de súbito despertar. Sam se levanta y abandona la habitación sin que la joven tenga que decir nada. Marta le pregunta si quiere que se quede para ayudarla, pero ella le dice que no hace falta, que enseguida viene su compañera, y le da las gracias de todas formas. Cuando Marta sale al pasillo Sam ya está a punto de girar la esquina a lo lejos, con sus manos en los bolsillos y la espalda ligeramente encorvada, un poco más que ayer, pero algo menos que mañana. No hubiese tenido tiempo de alcanzarle ni aunque hubiese querido hacerlo. Y pese a que ambos saben que van a encontrarse en la cafetería, ni él la espera a ella ni ella espera que la espere.

Pero hoy Marta tiene la extraña sensación de haber despertado con un ánimo distinto. Como si el contacto con Mina durante su vigilia le hubiese inyectado renovadas esperanzas, o como si las nuevas teorías del libro de mensajes positivos para el alma, estuviesen empezando a surtir su efecto. De modo que camina detrás de su hermano, a lo lejos y en silencio hasta la cafetería. Sam entra, coge una bandeja y la coloca encima de la guía. Avanza lentamente en la cola, con su mirada impassible y su cara de odiar a todo ser que respire, piense o exista. A Marta le hace gracia que la mujer de delante parezca asustada desde que se ha girado y le ha visto el careto, pero no se ríe porque en realidad la cosa no tiene ni pizca de gracia. Ella va tres personas por detrás de Sam, pero no le quita ojo de encima, por si se le pasa por la cabeza la improbable y estúpida idea de hablar con alguien y hay que llamar a las fuerzas de seguridad del Estado.

Cuando llega el turno de Sam la muchacha de la cafetería le pregunta qué quiere, con una encantadora sonrisa y un cierto gesto de coqueteo, torciendo levemente la cabeza hacia un lado. Sam responde: «Un café solo», haciendo fuerza para hablar y tan encantador como cada mañana. Después agarra su bandeja y se marcha, sin sonreír ni agradecer, ni responder a la muchacha del gesto coqueto, en busca de un rincón donde sentarse, tan lejos como sea posible del resto del mundo.

Y lo encuentra. Al final de la gran sala hay una mesa medio escondida detrás de una gruesa columna, que siempre suele estar ocupada y que hoy, por un antojo del caprichoso destino, permanece libre y a la espera de Sam y su cara de odiar a todo ser que respire, piense o exista. Sam se alegra, dentro de

sus limitadísimas posibilidades y se apresura a sentarse, antes de que su maldita suerte se revuelva y le lance del cielo a un enfermero directo a su anhelada mesa.

Marta le pisa los talones. Pero Sam no se percata de su presencia, hasta que no la ve sentarse justo enfrente de él y en la misma mesa, para su fatal sorpresa. Y entonces piensa que su golpe de suerte le ha durado tanto como la visita del médico, o como el acto sexual de un conejo. Y se podría haber consolado con aquello de que menos da una piedra, pero Sam hubiese preferido la compañía de cien mil desconocidos campando a su alrededor, antes que la sola presencia de su hermana. Así es que rebusca entre sus numerosas y variadas expresiones de desagrado, y de entre todas ellas exhibe con gallardía la más insípida que encuentra.

Marta ni se inmuta y eso él ya lo sabe, pero se concede el placer de hacerlo a modo de desahogo temporal leve y moderado. Por darse un gusto... vaya.

—¡Una tostada en tu plato! —dice Marta nada más sentarse, justo en el mismo instante en el que pasa olímpicamente de la mirada desaprobadora de su hermano. Acaba de asombrarse y ha sido de verdad, porque no recuerda haberle visto coger una tostada y porque se alegra de que lo haya hecho.

Pero el hecho es que a Sam se le acaba de quitar el hambre gracias a su encantadora hermana, y solo espera poder utilizarlo como arma arrojadiza en un futuro no muy lejano, o cuando le vuelvan las ganas de hablar con la gente, si es que acaso eso sucede algún día.

No contesta, por supuesto. Lo contrario hubiese provocado en Marta un ataque de taquicardia fulminante. Y entonces ella hace como si no pasara nada, y mientras vacía el sobre de azúcar moreno en el interior de su café con leche le comenta algunas cosillas sin importancia. Como que *Lois* anda inquieta desde lo del accidente y ya no quiere salir a pasear, pero en casa no saben si es porque siente que algo no va bien o porque está acostumbrada a que sea Sam quien la saque. Y que ahora hay que recoger las cacas del jardín y limpiarlo todo más a menudo, pero a mamá le va bien porque así se entretiene y se le pasa mejor el tiempo. O que hace unos días la abuela se bebió medio litro de Coca-Cola, y como la cafeína le sienta tan mal —o tan bien, según se mire—, anduvo recitando de carrerilla y sin parar la discografía al completo de Manolo Escobar hasta bastante después de haberla metido en la cama. Se ve que se durmió con la de *Que viva España*.

Sam ni la mira. Apoya los codos en la mesa y sujeta su taza entre las

manos sin necesidad de fingir que allí no hay nadie, porque para él allí no hay nadie. Y Marta piensa que cualquiera que les vea podría estar pensando que se trata de un difunto familiar del muchacho tratando de comunicarse inútilmente con él desde el más allá. Pero como a Marta le suele resbalar lo que la gente piense, casi tanto como el continuo y desafortunado comportamiento de su hermano, prosigue con lo suyo y le cuenta que de todas las enfermeras que cada día atienden a Mina, la que más le gusta es una muy alta con nariz aguileña y hombros anchos que suele venir por las tardes, porque su sonrisa le recuerda a una profesora de parvulitos a la que quería un montón y a la que nunca olvidará por muchos años que viva. Y luego añade: «¿Te vas a comer eso?», señalando hacia la tostada que Sam acaba de rechazar y aguarda dos o tres segundos en silencio a que su indiferencia le sirva de respuesta. Como Sam no dice nada, la parte por la mitad y le da un buen bocado antes de continuar hablando como si lo hiciese con la pared, pero con la boca llena.

—Es una buena persona. Se le nota por cómo la trata y el cuidado que tiene siempre para cogerla y moverla y eso. Yo hacía tiempo que no la veía, porque se ve que no hemos coincidido. Pero a mí es que su mirada me da buen rollo. Debería ser obligatorio que esta clase de trabajos fuesen vocacionales, ¿no te parece? Es muy importante, sobre todo para los familiares, tener la tranquilidad de que los enfermos están, no solo bien atendidos, sino que también son queridos. Que les miman y les dan cariño. A la prima Rosana la trataron fatal en el parto de Mateo. Y es que te toca un borde y te amarga lo que ya de por sí es amargo. Imagínate un parto doloroso con una comadrona estúpida. Tiene que ser una mierda. Y si quieres vas y te quejas. O si te apetece perder el tiempo, porque nadie va a hacerte caso. En estos sitios todos se tapan entre ellos...

—Joder...

Sam acaba de hablar entre dientes. Ha sido un impulso completamente involuntario y ha tardado un segundo en arrepentirse de haber abierto la boca, porque sabe que eso era exactamente lo que Marta andaba buscando con su patética técnica de irritante monserga de ascensor. Y entonces ella se queda callada y lo mira a los ojos con una nueva expresión en su rostro. Una que dice: «Vamos, Sam. Desahógate que aquí estoy yo para lo que haga falta». Pero él ya no vuelve a mirarla porque acaba de hacerlo durante el tiempo que dura un pestañeo y con eso ya ha tenido más que suficiente por hoy. Así es que inclina la mirada y observa con detenimiento la esquina superior izquierda de su bandeja de hospital, del color marrón de las bandejas de hospital, para

volver a ignorarla del mismo modo que ayer, y que mañana y que hace trece días, seis horas y cincuenta y nueve minutos.

Las ocho y veinte. Ha pasado un día más y en el aire empieza a flotar una incómoda sensación de que lo mejor es ir acostumbrándose. Que esto es lo que hay y que deberían hablar más del tema para soportarlo mejor y esas cosas. Soportarlo, cargar con ello, admitir que está sucediendo, sobrellevarlo y/o aprender a vivir de un modo distinto. Enfrentarse al temible duelo. Descalzarse de una vez por todas y caminar a pelo sobre un montón de cristales rotos que cortan la piel del alma con la eficacia de un cuchillo recién afilado. No piensa hacerlo. Ni se lo plantea, ni está preparado, ni tampoco se le pasa por la cabeza ir haciéndose a la idea. Y vaya por delante que aquel que quiera hacerlo está en su derecho. Que no será él quien tenga nada que objetar al respecto y que estaría incluso dispuesto a admitir cierta envidia por su parte. Pero Sam jamás se acostumbrará. Ni lo sobrellevará ni tampoco aprenderá a vivir con ello. Y el cómo lo hará, o el modo en que se enfrentará a su temible duelo, eso solo lo sabrá él. Tal vez sobre la marcha, o puede que lo deje todo en *pause* y se aleje de allí unos cuantos miles de kilómetros. Si de todas formas no se atreve a tocarla, ¿para qué la quiere tener cerca?

Sam cierra los ojos y se traga un enorme nudo que se le acaba de formar en la garganta, justo cuando piensa que empieza a sentir un asco real y demasiado significativo. Y como siente náuseas, agarra la mitad de la tostada que ha dejado Marta en su bandeja y se la lleva a la boca porque tiene miedo de vomitar allí mismo y en ese mismo instante. Mastica con pesadez y engulle como lo haría un pelícano que ha tenido que tragarse una morsa macho o un león marino. Emplea el último sorbo de su café para empujar a la morsa a través de su contraído esófago y de nuevo cierra los ojos, porque no quiere llorar, y mucho menos delante de su hermana.

Marta continúa mirándole, con la misma cara de hace un minuto. Esa de «Vamos, Sam. Desahógate y bla, bla, bla...» pero con los labios un poco más apretados y un ligero matiz que añade: «Hubiese pasado mejor si te la comes en dos o tres bocados». Pero como sabe que Sam está a punto de reventar, o de salir huyendo de allí como un preso de la silla eléctrica, opta por morderse la lengua y trata de medir sus palabras porque tal vez sean las únicas que va a poder emplear en él, al menos durante este día. Y entonces coge aire y prueba a intentar hablar desde el corazón.

Y levanta las cejas y siente la humedad en sus ojos, y una fría mano empujando su pecho hacia dentro.

—Sam... —susurra con un cierto temblor en la voz.

Pero Sam no la mira. No la mira porque si lo hace después tendrá que llorar en sus brazos y eso no puede permitírselo de ninguna de las maneras, o el reventón podría ser apocalíptico. Porque en algún momento va a tener que dejarse caer sobre el hombro de un ser querido y sabe que será entonces cuando la cosa se pondrá fea de verdad. Cuando alguien le explique al oído cómo están la situación. Cuando escuche en voz alta que esto es lo que hay. Que debe ir pensando en acostumbrarse y que lo mejor que puede hacer, si quiere seguir viviendo, es aprender a sobrellevarlo. Aceptarlo, soportarlo, admitir que está sucediendo y empezar a descalzarse. Y caminar sobre un montón de cristales rotos que cortan con la eficacia de un cuchillo recién afilado. Y morir para después vivir. No. No la mira.

Y Marta respira de nuevo y lo intenta una vez más.

—No lo alargues más, Sam. Vamos a dar un paseo. Salimos de aquí, que nos dé el aire, y te prometo que no me pongo pesada. Si te...

Sam se levanta entonces de la silla, súbitamente y con la mirada fija en la misma esquina izquierda de su bandeja de hospital. Camina en dirección a la salida y abandona la cafetería con las manos en los bolsillos y la espalda un poco más encorvada que hace media hora. Y Marta solo puede verlo marchar. Y lo mira con esa pena que solo puede sentir un hermano cuando siente tanto dolor que no puede ni explicarlo. Cuando piensa que tal vez lo mejor sea dejarlo así. Tal y como está. Y que las cosas vayan pasando y punto. Y que llore cuando tenga que llorar, o que vomite cuando tenga que hacerlo, o que reviente por donde quiera y que salpique hasta donde tenga que salpicar. Que en algún momento tendrá que hacerlo, porque lo malo tiene que salir por algún sitio, como el pus que ser forma bajo la piel, que cuando sale da mucho asco, pero si no lo hace aún es peor. Pero que lo haga cuando quiera. Que ella no tiene prisa y que no va a marcharse a ninguna parte. Y que cuando las cosas exploten, de la manera que sea y en la dirección que sea, Marta le escuchará, y le abrazará y llorará con él, como toca hacer con un hermano.

Que la pena de Sam no se enquiste nunca, o que se haga tan fuerte como una roca. Una de esas que son capaces de soportar los embistes del mar durante todo el tiempo que dura la eternidad. Que su pena no sea para siempre...

Que su vida no se convierta en esto.

Marta agacha la cabeza, observa la silla que acaba de quedar vacía y cierra los ojos. Tal vez siempre ha estado vacía.

8. TRECE DÍAS, SIETE HORAS, VEINTE MINUTOS

Mina se fue. Y como en algún lugar está escrito que cuando unos van otros vienen, la vida les trajo a *Lois Lane*. Una preciosa *border collie* que Rita rescató para Sam de la perrera dos días antes de su cumpleaños. Fue su manera de pedirle que se fuesen a vivir juntos. Que formasen una familia, de esas que tienen perro y todo, y comparten facturas de día y cama de noche, y hasta enfermedades y las cosas malas que trae el destino. Que con amor, habas y con cariño, a esquivar los chuzos de punta, o a saltar en sus charcos. Y la perra se llamaba *Lúa*. Pero como aún era joven para acostumbrarse a un nuevo nombre, y aquel día estaban echando una de *Superman*, Sam quiso bautizarla de nuevo.

Lois no vino a llenar el espacio vacío que había dejado Mina en casa, ni a nadie se le pasó por la cabeza pensar tal cosa. Pero tan pronto como puso una de sus peludas patitas en el hogar de Laura, todos se enamoraron irremediamente de ella para hacer más llevadera la silenciosa pérdida que desde el primer día sintieron. Y fue mucho mejor así, porque en esta ocasión la muchacha habría de tardar algo más en volver, tal y como decidió aquella noche mientras charlaba con Sam en el porche de casa.

Fue un soplo de aire fresco para la familia y el empujón que Sam necesitó para decir sí a la propuesta de Rita, que ni esperó anillo de compromiso ni formalidades extravagantes con *hincamientos* cursis de rodilla. Porque ella le amaba de verdad con todas las letras y le aceptaría con todo aquello que trajese puesto, fuese de cualquier color o de cualquier dolor. Lo haría por estar con él para siempre y lo sufriría en silencio para hacerle feliz, aunque el amor tal vez no fuese eso. Pero como a la buena de Rita nadie le contó cómo era el amor de verdad, pues ella no supo sino dejarse llevar por la imperiosa necesidad de pasar junto a él todo el tiempo que le quedase de vida. Y si para ello tenía que asentir a cuanto hiciese falta, o agachar la cabeza o convertirse en aquello que Sam quisiera, pues que así fuese por los siglos de los siglos.

Y Sam se fue a vivir con ellas. Con *Lois*, Rita, y aquel mudo y colosal miedo que siempre la acompañó, y que desde el principio formó parte de su pequeña familia. Uno tan grande que le asomaba por detrás de las orejas y que a veces incluso la hacía parecer diminuta.

A lo mejor Rita siempre lo supo. Y aunque hubiese cargado con ello hasta el último momento, la amenaza de que Sam pudiese mirar algún día hacia otro lado, hacia un lugar en donde no estuviese ella, transformó su corazón en un tembloroso flan, a jornada completa y sin días festivos. Y eso que él siempre la quiso, incluso cuando el temblor era tan intenso que al abrazarla lo sentía en su pecho, galopante y asustadizo, como su carita de niña perdidamente enamorada. Pero como Rita era un amor y la muchacha más dulce que jamás había conocido, Sam nunca se planteó la idea de dejarla ni tampoco de mirar hacia un lugar en donde no estuviese ella. Y si Mina no hubiese sido su hermana, las cosas habrían sido bien distintas. Mas su poderosa conciencia se encargó de recordárselo cada día del mundo, para que en ningún momento precisara de balanza alguna donde cometer el terrible error de medirlas.

Se mudaron al piso de soltero de Manuel. Sam insistió en pagar un alquiler y Laura abrió una cuenta a su nombre donde ingresaba los pagos religiosamente, porque el chiquillo algún día querría casarse, y tener hijos, o incluso montarse su propio despacho independiente del de su padre. Que la vida estaba muy mala y lo mejor era estar preparado por si las moscas.

Recién salido del horno de los estudios y con su primer sueldo de abogado laboralista, Sam rompió el cascarón y empezó a vivir una vida que le convertiría en adulto. En un hombre de pies a cabeza y de tomo y lomo. Y la tristeza que dejó tras de sí la marcha de Mina, lentamente se cubrió con una cálida manta tejida con mucha pasión, cariño y un montón de responsabilidades disfrazadas de facturas, tareas domésticas y cuidados perrunos.

Rita estaba en su último año de Ciencias Políticas y andaba enfrascada en el trabajo de fin de grado y las prácticas en el ayuntamiento. Tal vez se habían precipitado un poco. Pero como los impulsos del amor son tan imprevisibles como irrefrenables, de nada les hubiese valido que el resto del mundo les aconsejase echar el freno hasta que las cosas se asentaran. Ellos eran felices y hasta los malos momentos se transformaban en buenos cuando todo acababa con sus cuerpos enredados en cualquier rincón de su hogar. La fuerza de la juventud lo empuja todo con tal bravura, que hasta lo intangible llega a desbordarse, como el agua de su cauce en una eterna tormenta. El amor lo puede todo, lo salva todo y lo inunda todo...Pero no lo cura todo.

Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada de su quinto viernes viviendo tan juntos que a veces hubiesen podido pasar por uno solo. Cinco

semanas y casi todas las noches las pasaban durmiendo con sus cuerpos perfectamente encajados. El brazo izquierdo de Sam le servía de almohada y con el derecho la protegía del resto del mundo. Y Rita se dormía sintiendo su cálido aliento soplando detrás de su oreja, sin lograr comprender cómo había podido hacerlo hasta ahora sin él, o cómo lo haría a partir de ahora si algún día él no estuviese. Sus brazos eran la tierra y su respiración el universo que todo lo sostiene. Sin él nada sería posible, como nada lo sería sin la luz del sol o el azul del cielo. Y cada noche dormía entre algodones, bajo el cálido abrazo de la felicidad suprema.

Pero Sam habló en sueños y Rita despertó sobresaltada y ligeramente aturdida, porque su voz sonó tan cerca que al principio creyó confundirla con su propio sueño. Hablaba sin apenas vocalizar y farfullaba como cuando las cosas se hacen sin ganas. Y entre aquel nudo de palabras enmarañadas y mezcladas entre sí sin ningún sentido ni conexión aparente, la nombró tres veces. Tres. Y después no volvió a abrir la boca en toda la noche, ni siquiera para emitir el más mínimo gemido o respirar un poco más fuerte de lo normal. Y Rita lo supo porque ya no pudo volver a cerrar los ojos, hasta que la luz de un nuevo día se coló sin su permiso por entre los resquicios de la ventana.

No se separó de él mientras lloró, ni tampoco cuando se estiró tanto que se hubiese podido partir la espalda para coger un pañuelo del cajón donde poder secar sus lágrimas. No se apartó cuando el estómago le ardía de puro dolor, o cuando su garganta se encogía tanto que incluso algún sollozo se le escapó, ahogado entre la pena que supuró de su marchito corazón. No se movió ni trató de despertarle. No intentó en vano dormir de nuevo ni luchó por dejar de pensar en su nombre. Mina. Las cuatro letras más dolorosas del mundo salieron tres veces por la boca de Sam aquella noche mientras dormía, porque cuando su conciencia descansaba el resto de su voluntad volaba a hurtadillas hasta ella. Y aunque Rita sentía su amor cada día muy cerca, su corazón siempre le dijo la verdad. Que Sam quería a Mina un poquito más que a ella, y que ni la distancia ni la fuerza de todo su cariño tendrían nunca la más mínima posibilidad de ganar la contienda. Y que si quería ser feliz, lo único y lo mejor que podía hacer era aprender a vivir con ello. Convertirse en la mujer perfecta para él, y en la mejor de las hermanas para ella. Aprender a mirar solo hacia el lado bonito de las cosas y esquivar con maestría las partes dañinas de su relación. Intentar ser feliz con lo que tenía, que no era ni poco ni migajas con las que conformarse.

Y eso fue lo que hizo. Tan simple como sensato, y tan razonable como

prudente. Rita amó y fue amada, sin un solo reproche ni el más liviano de los lamentos.

Cuando Mina regresó, *Lois* tenía once meses y sabía hacer de todo. Caminaba pegada a Sam con la precisión de su propia sombra y le esperaba en la puerta de cualquier lugar, quietecita y sin pestañear más que para mover el rabo cuando creía verle asomar de nuevo. Se hacía la muerta y se sentaba con un simple gesto de su mano, a veces incluso antes de que Sam le diese la orden, como si le intuyese. Manuel decía que con la inteligencia del animal y la cabezonería de su amo, era cuestión de tiempo que aprendiese a escribir a máquina. Y es que *Lois* tenía gestos de esos que le hacían a uno dudar si era perro o persona... o persona a otro nivel, muy por encima del común de los mortales. Por ejemplo, cuando Sam decidía sacarla a pasear sin más. Podía estar tumbado en el sofá y pensarlo sin decirlo en voz alta, ni moverse y ni tan siquiera mirarla. *Lois* de repente se plantaba delante de él, nerviosa y con el rabo a mil por hora. Y cuando Sam la miraba y le decía: «¿Qué?», ella gemía como diciendo: «No disimules, que te he oído», y después corría hasta el cajón donde guardaban la correa que solo llevaban por si acaso, y se quedaba tiesa frente a él como si acabase de dar con la presa. Y luego estaba lo del despertador que no se usaba desde que ella decidió encargarse personalmente de desempeñar esta función, pero solo de lunes a viernes, porque su extraordinario sentido perruno le marcaba en rojo los días festivos. Rita decía que estaba completamente enamorada de Sam y que si pudiese la eliminaría del mapa y ocuparía encantada su lugar. Y entonces él se reía, la abrazaba de ese modo que hacía temblar sus piernas, y le decía al oído que su cuerpo era mucho más bonito que el de *Lois*. Que era mucho más suave y que sus labios sabían a fresas frescas y su piel olía a cielo y su sexo a gloria bendita. Y Rita se reía y sentía cosquillas y escalofríos de placer, por dentro y por fuera y hasta en las uñas de los pies.

Pero *Lois Lane* no la quiso. A Mina, por supuesto. Sin dudarle y desde el primer momento en que la vio, su inaudito sexto sentido sintió que aquella persona desprendía un fétido aroma a demasiado espacio en el corazón de su hombre. Ni siquiera le hizo falta verles juntos ni tener que olisquearles cuando trataban de engañar al resto del mundo. Aquello no se olía. Aquello podía masticarse como las albóndigas de comida para perros que Rita le compraba todas las semanas solo para ella, pero con un amargo sabor a deseo enfermizo

y desesperación. Y tanto fue así que lo primero que hizo nada más verla entrar por la puerta, seguida muy de cerca por Marta —ambas cargadas con dos enormes mochilas, augurios nefastos de una larga y tortuosa estancia en casa de Laura—, fue alejarse cuanto pudo de ella y estornudar desde la distancia, como si aquella cosa le hubiese contagiado el tifus mucho antes de salir de Inglaterra. La presencia de Mina convirtió de repente a Rita en su mejor amiga, por aquello de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Las ironías de la vida...

Era viernes y cenaban todos juntos para celebrar el retorno de la hija emigrante. La segunda vez que regresaba, y si la cosa continuaba con la misma progresión que hasta la fecha, la próxima vez la vuelta le llevaría más de un año. Ocho meses menos tres días sin pisar su casa y la abuela Jesusa no quiso ni mirarla a la cara. Por haberse marchado de nuevo después de la regañina de la última vez, o por hacerla responsable directa del doloroso llanto de Laura que con tanta pena le tocó presenciar cuando la muchacha llegó; el caso es que la abuela se negó en rotundo a besarla y no le dirigió la palabra hasta el día siguiente, para contarle una de esas historias que a veces parecían venir con mensaje desde el otro lado. La cosa pintaba mal. Ni se le pasaría por la cabeza reclamar sus cien pesetas.

Sam y Rita tardaron un poco más de la cuenta en aparecer, porque a Sam le había surgido un problema de última hora en la oficina, de esos que son mentira pero que sirven que ni pintados para momentos de cobardía extrema. Y cuando entraron por la puerta, a los dos les temblaban tanto las piernas que a *Lois* le dieron ganas de toser de nuevo, o de echarse a reír como lo haría un ser humano cualquiera. A Rita le temblaba el alma y a Sam todo lo demás, desde la glotis hasta el epicentro del corazón. Pero Mina era su hermana. Se había pasado los últimos ocho meses estudiándolo a conciencia y se lo sabía de memoria. Solo tenía que sonreír y meterse con ella, tal y como lo llevaba haciendo desde el mismo día en que la vio nacer. No podía ser tan difícil.

Lois le echó una mano, correteando entre sus piernas cuando le vio aparecer. Así pudo entretenerse acariciando su lomo mientras observaba cómo Mina y Rita se besaban, la segunda ofreciendo a la primera una de sus encantadoras y siempre sinceras sonrisas, y la primera devolviendo a la segunda tanta cordialidad, con uno de sus insípidos gestos con mensaje incluido que decía: «A mí me sigues estorbando, nena». Y después Sam se acercó, sonriendo con esa cara suya de chico malo perseguido por la Guardia Civil, y Mina le correspondió regalándole la mejor de sus miradas. Una de

esas que iluminan el firmamento en una noche cerrada y transforman todo lo malo en algo bueno. De esas que derriten el hielo de las montañas, dibujando riachuelos de vida para esparcirlos después desde las cumbres más altas y hasta el océano infinito. Una que era solo para él. Para el único hombre de su vida.

Y cuando se abrazaron algo les estalló por dentro. Algo parecido a la paz que uno siente cuando siente que por fin está en casa. Que ahora nada puede pasar, o que puede pasar lo que quiera, porque yo ya estoy donde tengo que estar. Y el tiempo se detuvo y cuando el mundo giró de nuevo, Sam se apartó y le pellizó en las costillas y después le despeinó el cabello, tal y como dicta el reglamento de los hermanos. Y luego miró a Rita y ella le sonrió como si no pasara nada, aunque sus piernas siguiesen temblando.

Mina volvió tranquila esta vez. Cualquiera hubiese pensado que se estaba haciendo mujer. Lo cierto es que, pese a que apenas miró a Rita a la cara, ni se rio cuando las bromas que Sam le lanzaba dejaban demasiado patente lo de la hermandad, el resto de la velada transcurrió de forma cordial y con ese dulce aroma que solo se respira bajo el cálido abrazo que desprenden las paredes del dulce hogar y el cariño incondicional de la familia.

Y aquella noche no pasó nada digno de ser recordado, salvo el terco silencio de la abuela Jesusa, y tal vez la última de sus miradas. Porque cuando Sam y Rita se disponían a marcharse, él la agarró por la nuca y golpeó suavemente su frente contra la de ella. Mina cerró los ojos sonriendo y Sam dijo: «Tienes muchas cosas que contarme». Y ella respondió: «Te contaré todo lo que se le puede contar a un hermano». Y entonces Sam mutó repentinamente la expresión de su rostro y un segundo después se recompuso de aquella fugaz punzada de celos y contestó: «Puedes contarme lo que quieras. Guardaré tus secretos», y Mina le observó circunspecta durante unos segundos y dijo: «Creo que a tu perra no le caigo demasiado bien». Y entonces él se puso serio y la miró muy adentro, de ese modo que nunca lo haría un hermano y respondió: «Es que *Lois* sabe demasiado». Y un segundo después cerró los ojos y puso cara de haber dicho algo que no debía. No volvió a mirarla. Se dio la vuelta y buscó la mano de Rita, que charlaba a su espalda con Laura decidiendo qué comerían al día siguiente, y con un «Hasta mañana» más que genérico se despidieron de todos.

Y Mina le vio marchar, completamente quieta y en silencio, hasta mucho después de verle desaparecer, con la estúpida certidumbre de que el tiempo y

la distancia... de nada le habían servido.

La foto se está arrugando más de la cuenta. Desde que la tomó prestada temporalmente del álbum familiar parece estar perdiendo lustre, como si algo le empujase a desvanecerse al mismo tiempo que su dueña. Y eso que la foto ya venía sin lustre de serie. Pero el roce constante del pantalón, junto con el prolongado tacto de los dedos de Sam, y tantos ratos mirándola en secreto cuando sabe que nadie le ve, empiezan a ser un precio demasiado alto a pagar para un objeto tan viejo y delicado. Una de las esquinas se dobló el primer día, al guardarla precipitadamente, porque alguien que ni siquiera recuerda entró en la habitación cuando no se lo esperaba, y por más que trata de plancharla con los dedos no consigue quitarle la marca blanca que dejó la doblez. Pero el avispa Samuel no tropezará dos veces con esta piedra, y ahora se limita a mirarla cuando sale a dar una vuelta o después de encerrarse él solito en el lavabo. Nunca sin la absoluta seguridad de que nadie va a sentarse a su lado a cometer la temeridad de preguntarle por aquel día. El primero en la vida de Mina y la primera vez que Sam la sostuvo en sus brazos. El primer hombre que la tocó, ¿recuerdas?

Las ocho y treinta y dos de la mañana. Acaba de dejar plantada a su hermana en la cafetería del hospital, con la palabra en la boca y un café con leche bien calentito. Recorre los interminables pasillos de vuelta a la habitación de Mina, con su foto en la mano y esa cara que pone de nada en concreto cuando ya no sabe qué pensar, o cuando ya no quiere pensar más. La seguridad de que Rita habrá llamado un par de veces para preguntar por Mina aparece de repente para susurrarle al oído con voz punzante lo mala persona que es. Debería conectar el móvil y llamarla. Rita está informada de todo porque cada día habla con Marta cuando Sam no le contesta. Pero sabe que escuchar su inconfundible voz de ángel le reconfortaría. Que Rita le conoce como pocas personas en este mundo y que jamás intentaría remover su dolor. Se cuidaría de preguntar únicamente por cómo van las cosas y no andaría por caminos impenetrables o demasiado vulnerables. Lo más probable fuese que tratase de cambiar en algún momento de tema, o tal vez se atreviese a ofrecerle de nuevo su compañía. Marta ya se ha encargado de darle las gracias cuando lo ha hecho a través de ella, pero el silencio de Sam cada vez que le ha transmitido su voluntad de estar junto a él le ha servido como respuesta. Y si tuviese ganas de pensar en ello, tal vez se preguntaría cuáles son los motivos

que le empujan a excluirla precisamente a ella de su vida y precisamente en estos momentos. Por qué no quiere hablar con aquellos que le quieren. Por qué no quiere dejarse curar. Por qué huye del reconfortante calor que el dulce amparo de los suyos le proporcionaría.

Alcanza el final del pasillo y tuerce a la izquierda para recorrer el último tramo que le llevará hasta Mina y a lo lejos distingue la figura de su padre, apoyado contra el marco de una de aquellas enormes ventanas que adornan los corredores que dan al exterior. Debe ser que las enfermeras aún no han terminado de asearla. Manuel ha llegado temprano y les ha pillado desayunando. Está nervioso. Hace unos días que no viene a verla porque se pone enfermo cada vez que lo hace y luego tiene problemas en el bufete. No da pie con bola y termina peleando con quien menos culpa tiene, que suele ser cualquiera que trabaje con él. Pero Manuel es su padre y debe venir a verla, aunque sea lo último que quiera hacer en esta vida. Una hija en coma profundo, que nadie sabe si despertará algún día, o si no lo hará, o si lo hará cuándo lo hará, o en qué estado lo hará, o si morirá después de todo. ¿Qué padre puede aguantar algo así? Últimamente piensa mucho en Teo, el verdadero padre de Mina. Y piensa en la suerte que tuvo aquel día cuando viajaban al camping de la Costa Azul y su coche dio infinitas vueltas de campana, hasta ir a parar a un bonito campo de naranjos, salvándole de tener que vivir este momento. Teo se perdió muchas cosas de la vida de Mina. Pero si a Manuel le diesen a escoger, se cambiaría por él sin necesidad de tener que sentarse a sopesar su respuesta. Cualquier cosa es mejor que tener que vivir la muerte lenta de una hija. Cualquier cosa... lo que sea.

A Sam no le molesta demasiado que su padre venga. De hecho, es la persona que menos le molesta de todas las que vienen a verla y él sabe perfectamente porqué. Manuel no tiene esperanzas. No cuenta con volver a verla y no se atreve a soñar con su despertar. No tiene fe en las estrellas ni cree en las paparruchadas de los libros sacadineros que cada día se amontonan sobre la mesita de Laura. Y no piensa decir nada al respecto, ni acepta que su mujer le pida que tenga ilusión. Además, no intenta hablar con él ni parece molestarle su silencio. Samuel y su padre observan la situación desde la misma perspectiva. Desde un lugar en donde las cosas son como son. Como se muestran ante sus ojos, sin medias verdades ni cristales empañados con ridículas expectativas. Y si la cosa resulta que al final va y sale bien, pues a bailar merengue durante el resto de sus vidas. Pero las posibilidades de que despierte, y que además despierte con todas sus facultades intactas, es muy

remota. No es una locura pensar que la idea de mantener la esperanza suene a locura.

Sam decelera el paso cuando se aproxima a su padre, mientras guarda con cuidado la foto en el bolsillo de su pantalón, y Manuel levanta la cabeza al verle llegar. No dicen nada. Tan solo una ligera palmadita en la espalda de su hijo cuando este se sitúa a su lado, imitando su postura y apoyándose contra el marco de la ventana.

—Papá... —susurra a modo de saludo.

Manuel se asombra y no puede evitar alzar las cejas cuando escucha la voz de su hijo. Desde lo del accidente no le ha oído soltar prenda ni tampoco ha intentado remediarlo. A lo mejor ha llegado el momento de empezar a hablar, aunque sea de cualquier cosa. Y no es que le apetezca demasiado hacerlo, pero resulta que tiene más hijos y uno de ellos, precisamente este, es quien peor lo está llevando de todos. De manera que aprieta el alma por dentro y dice lo primero que se le pasa por la cabeza.

—¿Has desayunado?

—Vengo ahora.

Sam responde con tanta premura que Manuel vuelve a levantar las cejas, asombrado. ¿Habrá pasado algo y nadie se lo ha comunicado? Mira que si...

—No me ha dicho nada la enfermera. ¿Alguna novedad?

Sam niega con la cabeza, mientras observa la puerta de la habitación y después apunta con la mirada hacia el suelo. Esto ya es más normal.

—¿Estás solo? —papá continúa hablando, por ver si al final consigue sacar un tema de conversación que sea medio decente. Si la cosa se alarga, y parece que tiene pinta de hacerlo, tendrán que ir pensando en matar el tiempo de alguna manera, o aquello va a resultar mortífero incluso para un hospital.

Y Sam responde, en contra de todo pronóstico.

—Marta está en la cafetería.

Y ahora la pregunta lógica sería algo así como «¿Y por qué no la has esperado?». Pero Manuel sabe que el animal asustado que se esconde dentro de Sam está intentando asomar el hocico. Cualquier comentario que pueda sonar a reproche provocaría una nueva estampida. Así es que le toca la fibra con otra cosa, pero sin querer, ya que su única intención ha sido cambiar de tema.

—A *Lois* le ha salido algo en las patas. —Sam levanta en el acto la cabeza y lo mira con atención.

—¿Cómo que le ha salido algo en las patas?

—Se chupaba mucho entre las almohadillas y anoche me fijé en que tiene unos granitos.

—¿La habéis llevado al veterinario?

—La llevará tu madre esta tarde. La abuela se ha levantado un poco rara y no ha querido dejarla sola.

Sam responde desplazando la barbilla hacia atrás.

—¿Rara? —pregunta con ironía.

—Estaba un poco desorientada. No se aclaraba para ir al lavabo.

Vaya... Una nueva novedad en la lista de rarezas de la abuela. La que les faltaba. A ver si tienen suerte, y en alguno de los libros de Laura sobre la fuerza de la fe existe algún capítulo que explique en qué momento el universo se encargará de ajustar el tornillo que Jesusa lleva suelto desde hace tanto tiempo. Si es capaz de despertar a una persona en estado de coma profundo, apretar un tornillo debe ser moco de pavo. O alguien está haciendo mal su trabajo o en el cielo han sufrido recortes de personal.

—¿Acababa de despertarse?

Manuel asiente con la cabeza.

—No le hemos querido dar importancia. Pero tu madre ha pensado que dejarla sola podría ser peligroso.

—Bien pensado.

—Sí.

Sam se rasca la cabeza y carraspea. Ahora ambos miran hacia la puerta.

—Parece que tardan mucho, ¿no? —pregunta Manuel.

Su hijo mira el reloj y calcula el tiempo, antes de responder.

—No. Más o menos como siempre —contesta y se encoge de hombros.

—Bueno... —Manuel le imita y carraspea también—. Pues esperaremos —concluye.

—Pues eso... —sentencia Sam.

Y vuelven a quedarse en silencio, como siempre, hasta que el sonido de unos tacones irrumpe a lo lejos, repiqueteando sobre el suelo del pasillo con un peculiar eco de sofisticadas y elegantes prisas. Padre e hijo tuercen a la vez la cabeza en su dirección, y observan con detenimiento y cierto disimulo, la esbelta figura de una atractiva mujer, que camina en su dirección con aire distinguido. Parece una modelo haciendo el paseíllo sobre una de esas famosas pasarelas de moda. Lleva unos elegantes pantalones negros de pinzas y una blusa color burdeos entallada, rematado todo ello con un bonito par de zapatos de tacón, de esos que suenan a distinción; tan segura de sí misma como

un título nobiliario. Pelo castaño recogido en un moño bajo la nuca y una firme expresión de seguridad en su rostro. Camina con la cabeza bien erguida, como dejando claro que le importa un bledo que el mundo entero la mire, o como fingiendo estar más que acostumbrada. Sam y Manuel alternan sus miradas entre la puerta de la habitación de Mina, el suelo y la cada vez más cercana presencia de la mujer atractiva. A ella parece no importarles demasiado que la miren, pero hacerlo de forma descarada sería muy descarado por su parte. Y si ya tenían problemas para encontrar un tema de conversación que fuese mínimamente interesante, ahora no te quiero ni contar. Y Manuel termina por agachar definitivamente la cabeza, pero Sam se la queda mirando fijamente y con descaro cuando la cercanía le permite distinguir su cara. Y entonces frunce el ceño porque sabe que la conoce, pero no consigue recordar de qué. Debe ser una antigua amiga de Mina que viene a visitarla. No se le ocurre otra cosa y por más que intenta recordar, no logra situarla entre sus recuerdos. Pero apenas le quedan unos metros para llegar hasta ellos, por lo que en breve saldrá de dudas. De manera que cruza los brazos delante del pecho y la mira, sin ganas de hablar con ella, pero inevitablemente intrigado.

Y cuando tres o cuatro escasos metros le separan de ella, la guapa mujer lo mira a los ojos y de repente compone una cara que le descoloca por completo. Se ha asustado. Como si Sam fuese la última persona con la que hubiese querido encontrarse en cualquiera de los pasillos del hospital. Y no ha sido una sensación, porque incluso la forma de andar le ha cambiado y de súbito ya no parece tan elegante y sofisticada. Parece haberse deshinchado como un flotador de playa bajo un enorme trasero y la sensación que produce ahora al verla, es la de alguien que desea salir de allí cuanto antes. Y si aquello le ha parecido raro, el que pase por delante de ellos sin detenerse, ni preguntar por Mina, acaba de dejarle convertido en un enorme montón de pasta de boniato.

Sam pone cara de besugo y se rasca la cabeza. Después mira a su padre y vuelve a poner cara de besugo y abre la boca para preguntarle si la conocía de algo, pero entonces la puerta de la habitación se abre y la presencia de las enfermeras y su carro lleno de productos para la higiene de Mina, le devuelven a la realidad en un santiamén.

Y mira tú por donde, que una de ellas es la enfermera de la que hablaba Marta hace diez minutos en la cafetería. Una casi tan alta como Sam, con nariz aguileña, hombros anchos, y una bonita sonrisa de buena persona enmarcando su cara. Ha debido cambiar de turno porque, según su hermana, las últimas

veces que ha venido lo ha hecho por la tarde.

A Sam le reconforta verla. Y no es que se haya dado cuenta de que trata a Mina con mucho cariño. Pero le basta con que Marta lo afirme para saber que es cierto.

La muchacha aparece con su enorme sonrisa puesta, como si alguien se la hubiese cosido a la cara nada más despertar, y suelta un «Buenos días» con una voz de esas que parecen no haber estado enfadadas en toda su vida. La abuela Jesusa le daría cien pesetas sin pensarlo.

Manuel le responde con un cordial saludo y Sam guarda silencio, aunque piense que debería haber hecho lo propio. Después camina detrás de su padre y ambos entran en la habitación a las ocho y cuarenta y uno de la mañana.

Y allí está. Tan dormida como siempre y tan quieta como hace trece días, siete horas y veinte minutos. Y Manuel se acerca hasta la cama y se sitúa a los pies, para mirarla desde allí con todo el cariño que le queda y tanta tristeza que no sabe si sus piernas podrán sostenerle por mucho tiempo. Y acaricia sus pies y la observa durante un par de minutos, con el mismo nudo de amarga impotencia que le ahoga cada mañana al despertar, cada día al respirar y cada vez que lucha por dejar de pensar. Después, se acerca hasta situarse sobre su cara y suavemente se inclina para besar su frente. Y mientras lo hace cierra los ojos y aprieta los labios, con las comisuras hacia abajo y el llanto ahogado de un padre que no debería sobrevivir a sus hijos. Y agacha lentamente la cabeza y apoya su frente contra la de Mina, y ahí se queda durante un tiempo, escuchando solamente el suave respirar de su interminable vigilia.

Sam le observa en silencio sepulcral desde la distancia, y bajo el mismo silencio se acomoda en su sillón con mucho cuidado de no molestar a Manuel. Y entonces piensa que él también quiere acercarse a besar su frente. Y piensa que tal vez hoy lo consiga, porque no hace ni cinco minutos ha logrado mantener una conversación con su padre, sin tener que aguantarse de llorar a moco tendido, y sin esas ganas horribles de vomitar que le dan cada vez que se le pasa por la cabeza lo de tratar de interactuar con los seres humanos. Tal vez ha llegado el momento de dar el paso. Hoy puede ser un gran día si logra reunir las fuerzas necesarias para poder tocarla. Y si consigue tocarla a lo mejor deja de sentirse tan mal. Qué chorrada más grande. Empieza a parecerse a su madre, rebuscando entre las innumerables páginas de todos esos libros de chiste, una pequeña ilusión para poder hincarle el diente.

Han debido pasar algo más de cinco minutos y Manuel se despega del cuerpo de Mina y se dirige hacia el lavabo con la cabeza mirando al suelo

para que Sam no lo vea. Y cuando cierra la puerta Sam piensa que ahora o nunca y, sin dudarlo ni un segundo más, se incorpora de un salto y se coloca frente a su cama. Y la mira, completamente quieto y sintiendo su respiración acelerarse por momentos. No tiene mucho tiempo. Papá saldrá del lavabo cuando seque sus lágrimas y crea que no se le nota demasiado que ha llorado. Levanta la mano y la acerca hasta su pie derecho, pero cuando la tiene muy cerca comienza a sentir el mismo temblor de siempre. Cierra el puño con fuerza y respira profundamente un par de veces porque no piensa darse por vencido. La decisión está tomada. Tiene que dar el paso y para poder hacerlo, lo primero es aprender a tocarla sin temblar. Un par de respiraciones más y un pequeño golpe de valentía de esos de «Venga, va... que tú puedes», y *pa'lante* como los de Alicante.

Y entonces cierra los ojos para infundirse fuerzas, pero se ve que durante más tiempo del que pensaba, porque cuando vuelve a abrirlos Manuel ya ha salido del lavabo y lo observa muy de cerca, con una penosa expresión de misericordia en todo lo alto y el claro indicio de una duda reflejada en su silencio. Papá no sabe si debe intentar consolarle o si no hay consuelo capaz de amortiguar el denso dolor que mana de la mirada de su hijo. Sabe que hay dolores tan grandes que ni el calor del amor más puro logran mitigarlos. Y que con el tiempo Sam se dará cuenta de que las cosas hubiesen sido mucho peores de no haber tenido a nadie a su lado. Pero nada de eso sirve ahora, porque cuando la herida sangra solo el llanto más amargo es capaz de cubrir la llaga, muy vagamente y de manera fugaz.

Tal vez por eso decide callar, y se limita a levantar prudentemente la mano para colocarla con sumo cuidado sobre el hombro de su hijo. Será su manera de decirle que lo que decida hacer estará bien. Hablar, o llorar, o callar, o incluso gritar. Que la decisión es suya y que cualquiera de ellas será debidamente comprendida y perdonada. Y que si lo que quiere es que hablen los demás, el más leve indicio servirá de señal para ponerse a ello, él mismo y en este mismo momento. Y Sam levanta la cabeza y lo mira. Y entonces Manuel interpreta su gesto como un claro indicio para empezar a hablar de lo que sea, pero cuando está a punto de contarle alguna anécdota sin importancia de las que cada día suceden en el bufete, su hijo se le adelanta y con voz temblorosa dice:

—Me apetece ir a ver a *Lois* y a abuela. ¿Te esperas hasta que venga Marta?

Manuel enmudece repentinamente y abre mucho los ojos para mirarle

con cara de susto, pero no dice nada y asiente con la cabeza, porque acaba de concluir que comprendería cualquier cosa que Sam decidiese hacer y que, aunque lleva trece días, siete horas y veintitantos minutos sin despegarse de Mina y aquello le suene a demasiado raro, decide que lo que haga su hijo bien hecho estará. O tal vez no, pero las cosas no están como para ponerse a juzgar a nadie ni tampoco para empezar a sospechar. Si lo que Sam quiere es perderse, lo mejor que puede hacer es perderse.

—Claro hijo. Yo me quedaré aquí. Puedes ir donde quieras —responde con voz de padre comprensivo.

Y entonces Sam lo mira durante un instante y piensa que le gustaría abrazarle, pero que si lo hace se pondrá a llorar de manera frenética y desconsolada, y como tiene demasiado claro que lo del llanto amargo al estilo tsunami, o animal desbocado, es lo último que le apetece en este momento, se despide con un escueto «Hasta luego», y sin volverse a mirar a Mina, camina hacia la puerta y abandona la habitación, cerrando con cuidado la puerta al salir... tal vez por no incomodar su sueño.

9. TRECE DÍAS, OCHO HORAS, CINCUENTA Y UN MINUTOS

Despertó con la resaca de sus últimas palabras, zumbando en sus oídos como el eco de una oración reverberando entre los muros de un templo: «*Es que Lois sabe demasiado*». Había pasado la noche entera repitiendo incansablemente aquella frase, como lo haría un monje budista con el último grito en mantras. Recreó sus labios una y otra vez, y su cara en el momento en que cerró los ojos, cuando supo que la había cagado. Sam se había confesado. El amor que durante tanto tiempo trató de esconder detrás de su silencio, y de aquel empalagoso y estúpido comportamiento de hermano mayor que tanto deploraba, se le escurrió de los labios, como cuando se escupe sin querer al hablar. Y Sam supo desde el segundo cero que aquello traería consigo una larga lista de efectos adversos, pero Mina y su desbocado corazón de pura sangre... no. La verdad oculta detrás de aquellas palabras era una y solo una. Y la posibilidad de interpretarlas de cualquier otra manera quedó descartada por completo de forma tajante y no vinculante.

Tal vez fue por ese motivo que cuando abrió los ojos aquella mañana, la primera sonrisa del día se deslizó a través de la superficie de su bonito rostro, como las alas de una mariposa revoloteando sobre su piel. De nada había servido tanto tiempo alejada de él, si cinco palabras bastaron para tirar por tierra todos los esfuerzos que con tanto empeño había gastado en intentar dejar de amarle con toda su alma. De nada sirvió la distancia ni haberse dejado besar por un tal *Saimon* —según se pronunciaba en tierras inglesas—, y eso que solo lo hizo porque el pobre muchacho bebía los vientos por ella, y además era el chico más guapo de los innumerables que la pretendieron en un montón de lenguas.

Mina ganaba mucho dinero trabajando de camarera en un local del centro de Londres, porque su descaro de niña consentida que hace y dice lo que quiere y cuando quiere, junto con todo aquello que despertaba en todo aquel que la miraba, llenaban el bar hasta la bandera, desde que la joven entraba por la puerta y hasta que un par de tanques de combate la acompañaban a la casa que compartía con la sobrina de María Luisa y un gigantesco gato de angora que se llamaba *Isabel Pantoja*.

Saimon era alto, atlético, inteligente, comprensivo y bastante guapo, además de castaño tirando a rubio y con los ojos más verdes de toda Gran

Bretaña. Se enamoró perdidamente de ella el día de la fiesta española. Las camareras vestían de flamencas y Mina derretía la piel con su bonito traje de lunares y su melena del color de la mermelada de miel de abejas, recogido en un moño y engalanado con una rosa roja. Quedó tan prendado de la chica extranjera, que al día siguiente se apuntó a clases de español. Decía cosas como «*Mi gustas mocho*», «*Sinorita, sérvame un cervesa, por favor*» o «*Mi gustaría tengo tu teléfono*». Y una noche, a Mina le hizo tanta gracia que se lo dio, pero en castellano y muy rápido, pensando que el mozo no lo pillaría. Pero como el amor consigue cosas que a la razón se le escapan, esa misma noche al llegar a casa se encontró con un mensaje en inglés, bien explicadito y sin errores gramaticales. Al parecer el chaval se expresaba la mar de bien en su lengua vernácula. Y a Mina le pareció mono. Y como necesitaba sentir algo que no fuese frustración y mal de amores, se dejó invitar a una cena muy romántica en uno de los mejores restaurantes de todo Londres.

El inglés anduvo cortejándola cada día y cada noche durante todo un mes, con ramos de flores, cenas y miradas constantes de impaciente deseo. Y ella lo sabía y se dejaba querer como la niña mimada que era, porque la vida ya le había quitado demasiado y el resto le pertenecía. No quería pensar en Sam, y la única forma de conseguir tal proeza, pasaba por extirparlo de su corazón y sustituirlo por otro. Y aunque Saimon solo le gustaba porque era alto, atlético, inteligente, comprensivo, guapo, y con los ojos más verdes de toda Gran Bretaña, lo del sentimiento lo tenía vacío porque se le había gastado de tanto amar a Sam.

Pero el tiempo lo acaba llenando todo de nuevo, y pese a que Mina se había pasado la vida obcecada con él, de vez en cuando se permitía soñar que algún día sanaría de su terrible enfermedad de amor no correspondido. Y aunque hacerlo hubiese sido imposible, porque el corazón no acepta piezas de recambio provisionales, bien poco le costaba intentarlo.

Por eso unos días antes de viajar a España, Mina se dejó besar para deleite del inglés, que lenta y apasionadamente saboreó aquellos labios de caramelo durante el tiempo en que ella se lo permitió. Y fue bastante más de lo esperado, porque al final resultó que el muchacho besaba la mar de bien y como no contaba con ello, ni tampoco se lo había planteado, acabó sorprendida por aquella sensación de bienestar, espolvoreada con un sutil toque de liviana excitación. Y cuando abrió los ojos y lo vio, allí plantado y con cara de recién aterrizado del cielo, Mina ensanchó su sonrisa de dulce mujer fatal, y decidió que tal vez volvería a verle a su regreso. Y el pobre

Saimon se quedó allí, medio aturdido y tan sediento de ella como un pantano en época de sequía, sin tener la más mínima idea de la inmensa realidad de sus sentimientos escondidos.

Pero ahora estaba aquí. En su ciudad, con su gente y respirando de nuevo el mismo aire que Sam. Y si allende los mares alguien con nombre de computadora de los años setenta aguardaba impaciente para volver a besar sus labios de caramelo... pues francamente, ni se acordaba ni tampoco le importaba.

Sam no estaba en casa, porque ahora vivía con la tonta de Rita. Pero aquel detalle insignificante a ella le afectaba exactamente la cuarta parte de un átomo, porque anoche supo la verdad. «*Es que Lois sabe demasiado... es que Lois sabe demasiado...*», repetía una y otra vez, mientras bajaba las escaleras, danzando como una de esas bailarinas del ballet ruso que parecen levitar por encima del suelo. Y cruzó el comedor y entró en la cocina y besó a su madre, que pelaba patatas para la comida junto al fregadero, con cara de llevar despierta unas cuantas horas más que ella.

—Qué contenta está mi niña —exclamó mamá, sorprendida tras recibir su beso.

—Tenía muchas ganas de estar en casa. Ya sigo yo —respondió Mina, empujando a su madre con un simpático golpe de cadera, y arrebatándole el cuchillo de las manos.

Laura protestó e intentó recuperarlo, pero su hija se lo impidió.

—Desayuna primero, cariño.

—No tengo hambre.

—¿Cómo?? ¡De eso nada, monada! Así estás de flaca. Quisiera saber de qué se alimentan los ingleses, si no tendrán ni vacas para sacarles la leche —refunfuñó.

Mina la miró de medio lado.

—Mamá, no seas tonta.

—Te preparo un café. —Laura hizo oídos sordos al comentario de su hija y Mina resopló antes de responder.

—Cuando termine de pelar las patatas me lo hago yo. No te preocupes.

Mamá la observó desconfiada.

—¿No me engañas? —quiso saber.

—Te lo juro por las cien pesetas de la abuela —respondió con solemnidad.

—Mmm... la abuela sigue enfadada —comentó mientras deshacía el

nudo de su delantal—. Será mejor que hables con ella.

—Lo sé. ¿Dónde está?

—En el jardín.

—Ahora mismo voy.

—Cuando desayunes —aclaró Laura, categórica.

—Cuando desayune, maaaaá —repitió Mina, poniendo los ojos en blanco.

—Muy bien —concluyó su madre, y después de doblar el delantal lo dejó sobre el mármol y caminó hacia la salida—, pues entonces me voy a comprar.

Y se fue. Y Mina terminó de pelar las patatas y se preparó un delicioso café, y un par de tostadas con mantequilla y alguna galleta de esas secas que solo se comían en casa de Laura. Lo engulló todo como si fuese la primera vez que comía en su vida, y después se asomó a la ventana de la cocina y buscó a la abuela desde detrás del cristal.

Jesusa descansaba, quietecita como una muñeca que alguien hubiese dejado olvidada en medio del jardín, con las manos cruzadas sobre sus piernas y la mirada perdida en cualquiera de sus singulares pensamientos. Volver a verla después de tanto tiempo tenía sabor a tristeza. La abuela se había encogido un poquito más de lo que ya estaba, y había adelgazado demasiado para su gusto, aunque su cuerpo pareciese más pesado que nunca. El mundo caminaba en la dirección que tocaba y todo marchaba según lo establecido. Pero Mina se saltaba lo del día a día, y el porvenir no tenía tiempo de esperar a nadie. Las arrugas de su piel y la profundidad de sus apagadas pupilas pasaban para ella menos desapercibidas que para el resto de la familia. La vida de quienes tanto amaba se le escapaba delante de sus ojos, mientras ella se alejaba en busca de un egoísta consuelo. Algún día se arrepentiría de no haber pasado más tiempo con ella.

Cruzó el comedor y salió al jardín. En esta ocasión el tiempo había sido más indulgente que la última vez, y el día amaneció soleado y con una ligera brisa, suave y agradable como volar en sueños. Permaneció un prolongado instante, respirando el aroma inconfundible de su tierra, con los ojos cerrados y una plácida sensación de bienestar invadiendo su riego sanguíneo. Entonces los abrió y la miró de nuevo.

La abuela continuaba en el mismo sitio, en exacta posición y sin mutar el gesto. Mina suspiró y caminó en su dirección, cogió una silla por la parte del respaldo y la arrastró hasta situarla a su lado. Después la miró con sonrisa

compasiva y posó con sumo cariño la mano derecha sobre las suyas.

—¿Cómo estás, abuela? —murmuró con dulzura.

Jesusa no respondió. Ni con la voz ni a través del más mínimo gesto. Estaba enfadada. Aquello no era, ni de lejos, uno de sus momentos de desconexión con el exterior. Se le notaba porque tenía cara de mosqueo y además no intentaba esconderlo. Exhibiendo una mueca de fastidio con tintes de hastío irritante, la abuela pretendía dejar bien claro las ganas que tenía de hablar con ella. La cosa no pintaba bien, aunque su gesto infantil pudiese parecer bastante cómico a simple vista. Jesusa los tenía bien puestos, y su nieta lo sabía.

—Abuela... —lo intentó de nuevo—, he tenido que marcharme. Y yo sé que tú no lo comprendes, pero sí sabes que las personas, a veces, tenemos que hacer cosas que preferiríamos no tener que hacer. He pasado unos meses fuera, pero te prometo que un día de estos volveré y me quedaré para siempre. Abuela...

Mina puso los ojos en blanco, por segunda vez aquella mañana, y torció la nariz hacia un lado, mientras observaba su petrificada cara de enfado.

—Abuelaaa... —susurró de nuevo y se rascó la nuca con el dedo índice de su mano izquierda. La derecha continuaba apoyada sobre las de Jesusa—. No puedes estar callada todo el tiempo. Si estás enfadada puedes reñirme. Te dejo —concedió finalmente.

Nada. Ni una sola palabra, ni un parpadeo ni el más liviano gesto aunque fuese sin querer. Parecía haberse quedado dormida con los ojos abiertos, o incluso muerta, si no fuese por aquella terrible pose de espeluznante mosqueo que nunca tiene un muerto, por fortuna para su familia. Definitivamente, la abuela Jesusa no tenía ganas de hablar. Así es que Mina optó por acomodarse en su silla y permanecer un rato junto a ella, en silencio y soñando que Sam le metía mano por debajo de la falda mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Y diez minutos más tarde regresó a la realidad, y besó su arrugada mejilla para después levantarse y caminar en dirección al interior de su casa.

Pero entonces, cuando estaba a punto de entrar por la puerta, creyó escucharla decir algo, por lo bajo y farfullando palabras que parecían ir dirigidas hacia ella misma. Mina detuvo sus pasos y se quedó quieta, intentando entender. Algo con la palabra *mierda* de por medio, por aquello de que las palabrotas suelen sobresalir por encima de la oración. Retrocedió y caminó de nuevo hacia ella.

—¿Qué dices, abuela? —preguntó mientras volvía a sentarse a su lado.

La abuela no esperó en esta ocasión, ni se tomó su tiempo para pensar lo que quería decir, porque lo tenía demasiado claro, y por si de camino se le olvidaba. Así es que la miró desde lo más hondo de sus gastados ojos, y procedió con una de sus historias, con voz de fiscal enojado que expone sus conclusiones previas al veredicto final.

Una en la que hacía mucho tiempo, allá en su Zargandillo natal, un mozo se enamoró perdidamente de la hija de una viuda que de tan limpia que era la llamaban la Bruñía, que quería decir *bruñida* en su lengua. Le contó que por la puerta de su casa no se podía transitar, porque la doña enceraba la acera día sí y día también, y más de uno se había visto con los dientes en el suelo por querer ejercer su derecho a pasar por allí. Y que cuando la gente le recriminaba sus constantes intentos de homicidio imprudente por exceso de pulcritud, la señora respondía, muy indignada, que lo que tenían que hacer era aprender de ella las demás puerkas del pueblo. Y un buen día el mozo se armó de valor y se presentó en su casa para pedirle la mano de su hija, y entonces la Bruñía lo vio y se olvidó en el acto de los trapos y de las escobas, y hasta de sus litros de lejía que por bidones almacenaba.

Jesusa le contó que la viuda accedió de inmediato a entregar la mano de su hija, porque sabía que de ningún otro modo lograría estar tan cerca de aquella piel de cuero tostado, cejas tupidas y mandíbula prominente de hombre curtido en el campo, que irrumpieron en sus sueños como un atracador de bancos, nada más abrir la puerta. El mozo, de cuyo nombre no logró acordarse por más veces que se golpeó la sien intentando poner en marcha su estropeada memoria, consiguió que la acera volviese a ser transitable; porque a su suegra le dijo que no vivirían con ella, si cada vez que quisiera entrar en casa corría el riesgo de romperse la crisma. Y ese mismo día gastó tanta lejía para quitarle el lustre al bordillo que atufó a medio pueblo, y hasta al pequeño de la Nicolasa se le pusieron los ojos como botes de remolacha y tuvieron que lavárselos con leche y rezarle una novena.

Mina observaba a su abuela, medio aliviada por volver a sentirla como antes, medio aturdida porque del mosqueo supremo pasó al *modo Jesusa* en un salto de pulga. Los avatares de la Bruñía poco tendrían que ver con el presente ni tampoco con el humor de su narradora, pero lo importante era oír de nuevo su acogedora voz y disfrutar de su singular vitalidad una vez más. Seguramente se le había olvidado todo de repente, y aquello fue lo primero que pasó por su mente en ese momento. Daba igual. Se tragaría el rollo de cabo a rabo, aunque fuese kilométrico. Jesusa se detuvo un instante para pestañear un par de veces

y refrescar sus recuerdos. Después continuó.

El mozo sin nombre y la hija de la viuda se casaron tan rápido como se hacía antes con las embarazadas de siete meses, porque la Bruñía insistió en arreglarlo todo con suma premura. Y apenas un mes y medio después de haber llamado a su puerta, los recién casados se mudaron a vivir con ella. Y allí fueron felices hasta que la mujer quiso tener lo que no le pertenecía. La Bruñía levantó la veda y cargó su escopeta con balas de plata y piernas al aire, sin medias ni bragas donde poder esconder sus vergüenzas. Al poco empezó a mandar a su hija a hacer recados, de lo que fuese y a donde fuese, para poder culminar el depravado acto de su vergonzosa obsesión. Y tanto empeño puso en alcanzar su empresa que un día a punto estuvo el mozo de sucumbir a los fervorosos deseos de su suegra.

En el pueblo unos contaban que lo logró, y otros juraban que no. Y en verdad nunca nadie lo supo, salvo la viuda y la tumba que poco tiempo tardó en llevarse su cuerpo al cementerio de Zargandillo. Lo que todo el mundo supo, mucho antes de que el mozo se alejase de allí lo suficiente como para dejar de ver los tejados del lugar, fue que aquella infame ceguera que de día y de noche le hostigó sin descanso, le empujó a salir corriendo para nunca más volver. Contaban que la muchacha no volvió a sonreír hasta el día en que enterraron a su madre bajo tierra. Que solo entonces dejó de llorar, y que poco tiempo después desapareció con lo puesto y el poco oro que su famélica herencia le dejó.

Y contaban cuánto se habían querido, y cuánto se habían cogido de la mano, siempre que salían juntos a pasear. Cómo se besaban cuando creían que nadie les miraba y cómo se miraban aunque todos les mirasen.

Y cuando la abuela terminó de contar la historia de la viuda de Zargandillo y su desgraciado amor que hasta la vida se le llevó, un severo silencio las abrigó a las dos, mientras Jesusa miraba a su nieta, con los labios apretados y la vista fija en posición de reproche. Entonces Mina levantó las cejas, sin dejar de mirarla, y tras casi dos minutos de aguantar aquel dardo de subliminal reprimenda que las petrificadas pupilas de la abuela parecían dispararle, carraspeó y asintió con la cabeza, lentamente y un poco confusa. Y como la abuela no tenía pinta de volver a ponerse en marcha, al final dijo: «Vaya...», y después todo siguió igual. Al momento parpadeó y apretó los labios dibujando un beso imaginario, y añadió: «Qué historia tan bonita, abuela. Me... me ha gustado mucho». Y luego tosió y la abuela empezó a hablar de nuevo, como si alguien le hubiese dado un golpe por detrás. Fue

entonces cuando comprendió.

Porque en Zargandillo contaban que el mozo se despidió de su joven esposa, jurando que la amaba más que a la tierra que pisaba y más que a las nubes del cielo. Que jamás volvería a ser feliz y que nadie volvería a ocupar su corazón. Pero nunca le pidió que se marchase con él. Por eso la joven esposa supo que mentía. Que un buen marido no habría abandonado a su mujer después de haberla amado tanto, y que a quien amó de veras no fue sino a la madre que la había parido. Que la vergüenza le pudo y la cobardía le sacó de allí a patadas. Y que cuando el mozo se marchó, la desalmada esposa soltó un pensamiento en voz alta, que anduvo de boca en boca y para siempre, entre las gentes de Zargandillo.

Y entonces la abuela levantó la mano, sin dejar de mirar a su pasmada nieta, y apuntando con su huesudo dedo índice directo a la nariz de Mina, reprodujo el pensamiento de la joven esposa, en voz alta y despacio para que se le entendiese bien.

—Y una mierda me quisiste. Si me querías... ¿Por qué te fuiste?

Automáticamente, Mina mudó el gesto para abrir los ojos hasta que su piel no pudo más, porque su sentido común acababa de dejarle bien claro el porqué de la historia de la viuda de Zargandillo, y cuánto tenía que ver con su distanciamiento de la familia. Y un segundo más tarde soltó una inesperada carcajada, porque aquella frase era lo mejor que había escuchado en mucho tiempo, y de repente no supo si echarse a llorar, ofenderse como siempre solía hacer por casi todo, o seguir riendo, a pesar del peligro que esto último podría acarrearle.

Y entonces pensó que lo mejor sería no hacer nada de eso, pues la abuela aún mantenía su posición ofensiva y el tanque listo para entrar en combate. Así es que se limitó a sonreír comedidamente y le dio un montón de besos en su arrugada mejilla. Después se incorporó y caminó en dirección a casa, con una sonrisa muy divertida adornando su bello semblante. Ya tendría tiempo de reclamar sus cien pesetas en otro momento.

Hace casi dos semanas que no entra en casa de Laura. Cuando deja las llaves en el cesto de mimbre del recibidor, el sonido que producen los metales al caer le proporciona una agradable aunque breve sensación de confort. El sonido del hogar. De la familia. De tantos que ya no están y de todos esos ratos que jamás volverán. David ya no está y no volverá, como no lo harán mamá

Lola y papá Teo. No volverán aquellos años felices, ni tampoco ese cotidiano sonido a familia numerosa que constantemente vibraba entre las paredes, hace ya demasiados años.

Ahora solo hay silencio. Uno muy incómodo como ese que precede a la tempestad, o como el que queda tras ella. A lo lejos, el tenue eco del lavavajillas parece querer romper el pegajoso sopor de la tristeza que se masca nada más entrar. Todo está muy limpio y frío. El suelo brilla porque la ausencia de vida no deja entrar el polvo, y el impoluto orden de los objetos indica un claro trastorno de desorden en lo establecido. No debería estar así. Mamá tiene mucho tiempo para limpiar, porque su vida comienza a dejar de serlo. Porque allí ya no queda nadie para ensuciar ni motivo alguno para querer hacerlo. Ahora ya no queda presente ni ganas de esperar al futuro. Ahora solo existe el sonido lejano de todo lo que ya no está. Esa especie de eco reverberante que solo puede oírse desde el recuerdo. La imagen que queda del pasado, después de haberla limpiado a base de llanto.

Sam inspira lentamente y un fugaz pensamiento le atraviesa de repente por dentro. Mina es el último miembro con vida de la familia de Lola. Si ella se va, ya no quedará nada de ellos, más allá de sus memorias y todas esas sonrisas inmóviles de las fotos que un día detuvieron el tiempo para siempre. Rápidamente se pasa la mano por la cara, como si quisiera arrancarse esa sensación de súbita desesperación, y se dirige hacia la cocina. La misma cocina donde tantas veces ha discutido con ella.

Una leve sonrisa asalta su rostro de forma inesperada. Acaba de acordarse de algo que sucedió hace muchos años. Tal vez uno o dos antes de que Mina hiciese la comunión; Sam le partió un diente de un codazo, porque ella siempre andaba tras él, y el muchacho trataba de despegar la tapa de un bote de pegamento que se había secado demasiado. El bote no se abrió, y a la niña tuvieron que llevarla de cabeza al dentista. A partir de entonces Mina continuó tan pegada a su culo como siempre, igual que uno de esos pájaros que arriesgan su vida entre las fauces de un cocodrilo, a cambio de alimento para poder vivir. Y es que andar detrás de Sam era como practicar un deporte de riesgo. En otra ocasión trató de subirse al olivo del jardín porque sus hermanos lo habían hecho, y al caerse, se partió una ceja y le salió un chichón sobre el puente de la nariz que le hacía parecer una foca. Y cada vez que la niña sufría un accidente por su afán de seguirles a todas partes, a veces incluso arrastrando a Marta consigo, eran Sam y David quienes sufrían el mismo castigo. Sin salir y a veces encerrados en distintas habitaciones, porque

dejarles juntos equivalía a no estar castigados.

Pero hoy Sam se acuerda del día en que le partió el diente, porque aquella fue una de las veces que más se rio, al verla mellada y con esa cara que ponía de estar al borde de la muerte cada vez que lloraba. Los dramas de la pequeña Mina. En fin...

En la cocina no hay nadie. La atraviesa y se asoma a la ventana para chequear el jardín en busca de vida. *Lois* no debe estar en casa. De haber estado ya lo hubiese olfateado desde mucho antes de entrar. Y como tampoco parece que esté mamá, deduce que ha salido a llevarla al veterinario por lo del tema de los granos que, según Manuel, le han salido entre las almohadillas de las patas. Por lo tanto, la abuela tiene que estar aquí, y tiene que estar sola. Y si no está en el jardín, ni tampoco en la cocina ni en el comedor, solo puede estar durmiendo o en el lavabo. Se dirige entonces a su cuarto cuando, al atravesar el comedor de nuevo, percibe por el rabillo del ojo un bulto en el sofá del tamaño de la abuela Jesusa, que no es otra cosa que la abuela Jesusa; sentada, quieta como una delgada estatua preñada de arrugas y en completo silencio. Tiene la cabeza ligeramente agachada y, al aproximarse un poco más, descubre que está dormida. Con cuidado se sienta a su lado y entonces ella se despierta, porque el sofá se ha hundido un poco debido al peso de Sam. Y lo mira.

Al principio parece no reconocerle. Pero no tarda en asimilar la realidad y su cara se le ilumina cuando descubre que es su pequeño Sam quien acaba de materializarse a su lado. Y sonríe. Sam la besa en la mejilla y le dice: «Te he pillado dormida, ¿eh?», levantando una ceja y poniendo cara de delincuente. La abuela suelta una muda carcajada y le agarra de la mano.

—¿Cómo se llama esa muchacha que viene a limpiar por las mañanas?
—pregunta con cierto misterio, como si se estuviese preparando para contarle un secreto.

Sam arquea una ceja y se inventa un nombre, porque en casa de Laura la que limpia todas las mañanas es Laura.

—¿La Conchi? —le suelta.

Y entonces Jesusa arruga ligeramente el ceño porque, evidentemente, ese nombre no le suena de nada, pero continúa con lo suyo.

—Esa —afirma muy segura de lo que dice— lleva unos días sin venir —indica poniendo cara de conocer algo que nadie más conoce—. ¿Qué le habrá pasado?

—Estará de vacaciones —le aclara su nieto.

La abuela le mira a los ojos como si Sam acabase de descubrir las Américas en este preciso instante y susurra: «Ya decía yo...», y después le da unos golpecitos en el dorso de la mano y vuelve a sonreírle. Y Sam la observa con mucha ternura y le devuelve la sonrisa, pero con un poco de aroma a tristeza.

—¿Cómo te has levantado hoy?

—Muy bien, cariño. ¿Necesitas dinero? —pregunta de repente.

—No, abuela. Aún me queda de la última vez que me diste.

Pero a la abuela Jesusa la respuesta de Sam le sirve tanto como si le hubiese contado una del oeste en versión extendida, porque ella acaba de entrar en *modo cien pesetas*, y de inmediato procede a introducir la mano en el bolsillo de su bata de estar por casa. De allí extrae un pequeño monedero negro con cierre metálico y forma de media luna, y al cabo de varios temblores de pulso consigue abrirlo. En su interior, tres billetes doblados muchas veces porque de otro modo no caben allí dentro, aguardan a su habitual turno de entrega. Ella no lo sabe, pero Marta, Sam y Mina los tienen señalados, porque juegan a ver cuántas veces al mes coincide cada cual con el suyo. Unos diminutos puntos en los bordes. Marta lleva ganando los últimos dos meses y Mina lleva más de medio año sin hacerlo. Es curioso cómo puede llegar a mosquearse una persona por algo tan tonto, y cómo Mina consigue hacerlo cada mes.

—Toma, anda. —La abuela le da dos billetes y vuelve a guardar el tercero en su monedero.

—Me has dado dos, abuela —Sam se apresura a informarle de su error, pero Jesusa niega rotundamente con la cabeza.

—Es uno para ti y otro para la chica —le explica—. Hace mucho tiempo que no la veo y lo necesitaré.

Entonces Sam cierra los ojos, inclina la cabeza y recoge los billetes. Los sostiene un momento entre los dedos y después busca las marcas de los bordes: Marta y Sam. Parece que este mes tampoco es el mes de Mina. Lentamente los dobla y se los guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

—Escucha —la abuela reclama su atención, sujetándole la mano—. Dile a la chica que si tarda mucho en volver, se quedará sin sus cien pesetas. Que tengo que pagar a la muchacha que limpia... ¿Cómo se llamaba?

—La Conchi... —repite Sam con un nudo en la garganta.

—Esa. Dile que tengo que pagar a la *Ponchi*, y que yo no tengo tanto dinero como pensáis. ¿Estamos?

Sam la mira a los ojos durante un instante, y después asiente con la cabeza.

—Se lo diré, abuela.

Y entonces Jesusa vuelve a sonreírle y le pellizca el mentón, con su vieja y huesuda mano, para rematar con un par de golpecitos en su mejilla.

—Anda. Ve a trabajar, que ya hago yo la cena.

Las diez y doce de la mañana. Sam saca el móvil del bolsillo de su pantalón y lo mira con cara de no saber si quiere encenderlo. Bueno, en realidad su cara dice que encenderlo es lo último que le apetece hacer. Pero como quiere saber cuánto va a tardar Laura en regresar con *Lois* del veterinario, y es consciente de que tratar de averiguarlo a través de la abuela sería poco menos que una locura, decide que es necesario anteponer el deber al querer. Así es que suspira con desgana y se dispone a encenderlo, cuando unos sonidos procedentes de la planta superior captan su atención.

Sam frunce el ceño y guarda de nuevo el móvil en su bolsillo. Qué fácil ha sido disuadirle de su frágil intento de conectarse con el mundo. El sonido se aproxima en forma de pasos y comienza a bajar las escaleras. Mamá aparece con un cesto vacío y esa expresión que tanto le acompaña desde lo del accidente; esa que dice lo del universo, y la fe y lo de la puta esperanza vestida de verde y eso. Y entonces Sam se da cuenta de que Laura lo está intentando de veras. Porque, de ser fingido, ¿para qué llevar puesta esa cara de ilusión cuando nadie la ve?

—¡Sam! —Se detiene a medio bajar y se sorprende gratamente.

—¿Dónde está *Lois*? —pregunta Sam, tan sorprendido como su madre.

Laura vuelve a asombrarse, esta vez mucho más gratamente, porque acaba de escuchar hablar a su hijo.

—En el veterinario. Le ha salido algo en...

—Ya sé lo que tiene. Pero...

—¿Ya sabes lo que tiene? —Laura se asombra una vez más.

—No, maaaaá —Sam se pone nervioso—. No sé lo que tiene. ¿Con quién...?

—Y si no sabes lo que tiene, ¿por qué has dicho que lo sabías?

Y ahora es cuando levanta la cabeza para mirar al techo y se muerde el labio inferior, porque es ahora cuando Sam es consciente de que su decisión de no hablar con nadie desde hace trece días, ocho horas y cincuenta y un minutos ha sido la más acertada.

—Mamá... —respira y cuenta hasta cinco, o tal vez hasta seis, pues si se pone a contar hasta diez, Laura dispondrá de tiempo para soltar cualquiera de las suyas. Hasta seis es suficiente—. ¿Me puedes decir quién ha llevado a *Lois* al veterinario?

—Claro, cariño —mamá responde mientras termina de bajar las escaleras—. La ha llevado Rita.

Sam guarda silencio y se pellizca el puente de la nariz. Y respira lentamente y esta vez se toma su tiempo para contar hasta diez. Es muy probable que tenga que ver a Rita si quiere ver a *Lois*. Y no quiere ver a Rita porque sabe que con ella llorará, pero quiere ver a *Lois*, porque sabe que con ella puede llorar si quiere.

—¿Sabes si tardará mucho en volver? —pregunta de repente, girando sobre sus pies en dirección a su madre, y esta responde de camino a la cocina.

—Pues tenía no sé qué a las doce, en no sé dónde. Así es que supongo que la traerá sobre las once y media.

Perfecto.

—Perfecto. Tengo que hacer unos recados. Volveré después —anuncia dirigiéndose hacia la salida, para recoger sus llaves del cesto de mimbre del recibidor y marcharse de allí cuanto antes. Pero antes de salir se detiene súbitamente y retrocede en busca de Laura. Se apoya en el marco de la puerta de la cocina y desde allí la llama—. Mamá... —Laura responde rauda y servil, y lo mira con los ojos bien abiertos—. No le digas a Rita que estoy en casa, por favor.

Mamá asiente con la cabeza aunque aquello no le parezca bien ni por asomo, y le observa marchar apretando el gesto, porque lo de la puta esperanza vestida de verde, a veces parece querer escapar a la fuerza de su apolillada voluntad.

Y cuando escucha el sonido de la puerta cerrarse tras él, se sienta en una de las sillas de la cocina y observa en silencio el cielo desde el cristal de la ventana. Parpadea un par de veces y respira profundamente. El llanto quiere escapar. Así es que cierra los ojos con fuerza, lo empuja hacia dentro con toda su alma, y comienza a repetir una de aquellas frases salvavidas de no importa el libro ni tampoco su significado:

«El universo está conmigo, el universo todo lo puede. El universo está conmigo, el universo todo lo puede. El universo está conmigo, el universo todo lo puede...»

10. TRECE DÍAS, DIEZ HORAS, TREINTA Y SIETE MINUTOS

Tardó muy poco en trazar el plan. Y aunque no sabía ni cómo ni cuándo lo haría, ella sabía que lo haría. Por lo que bien mirado en realidad tampoco era precisamente un plan. Fue más bien una fortuita y desatinada ocurrencia de las suyas. Una de esas que a veces distorsionan demasiado, y otras veces hacen reír inevitablemente. Y como siempre, la intención de Mina nunca fue mala. Sencillamente, tomó una decisión y las circunstancias le fueron favorables. A ella, claro. Porque el pobre Sam se partió el brazo a la altura del codo, además de pasar muchas noches en vela, sin que fuese precisamente aquella la razón de su infausto desvelo.

Esa misma mañana, Mina le contó a Marta lo que le había dicho la abuela. Lo de «Y una mierda me quisiste» y todo eso. A Marta le pareció tan original que le propuso hacer algo con aquellas palabras. Plasmarlas en un cuadro, o comprar espráis para grafitis y pintar uno en algún rincón de la parte trasera del jardín, o tal vez hacerse uno de esos colgantes que se dividen en dos mitades y que solo pueden leerse cuando se juntan. Ella se pedía la parte de la frase donde decía lo de *mierda*. A Mina la idea del colgante le fascinó, y aunque al final no hicieron nada de todo aquello que propusieron, lo cierto fue que las palabras de la abuela, sí terminaron siendo inmortalizadas mucho más adelante.

Fue un sábado extraño. De esos que se recuerdan al cabo de los años y que sirven para enlazar unos momentos con otros. Aquel lo recordarían sin duda como el día en que pasó lo del brazo de Sam y lo de la extraña aparición del bicho raro en el jardín. Y a partir de ese día, y en los años que vinieron, jamás se habló de ninguno de aquellos sucesos sin que el otro le acompañase por defecto, como el fiel Sancho Panza a su ilustre caballero Don Quijote de la Mancha.

Parecía un hada de verdad. Y si a Manuel le hubiese dado tiempo de traer su cámara de fotos antes de que saliese volando en estampida por culpa de *Lois*, o alguien hubiese caído en la cuenta de sujetarla para que de un salto no la espantase, tal vez ahora tendrían alguna prueba que corroborase lo que todos pudieron ver con sus propios ojos.

Se posó encima de uno de los geranios cercanos al porche. Tenía el tamaño de una libélula y lo descubrieron por casualidad, cuando Marta salió a

tomar el fresco con una Coca-Cola y un plato de olivas. Rápidamente entró a llamarles a todos, y cuando salieron se quedaron pasmados, porque aquello tenía algo que se asemejaba demasiado a las piernas de una mujer en miniatura y una cara con dos enormes ojos que parecían mirar con estupor todo cuanto le rodeaba, como si acabase de aterrizar de otro mundo. Además, las alas no parecían las de una mariposa, sino más bien las de un pájaro, pero con la textura de las de una mariposa. Y tras observarla todos embelesados y con el pasmo propio de un atajo de niños que acaba de descubrir que los Reyes Magos existen, a Manuel se le ocurrió salir disparado en busca de su cámara, al tiempo que *Lois* terminaba de engullir aquellas exquisitas croquetas que Laura le compraba para las ocasiones especiales. Y entonces salió al jardín, lo vio... y lo espantó.

En fin. Tal vez fue mejor así. Quizás, de haber logrado inmortalizar aquel curioso espécimen de *pájaro-mariposa-hada*, al revelar las fotos habría dejado de serlo. Y de todos es sabido que vivir con la certidumbre de la existencia de los Reyes Magos, es mucho mejor que conocer la verdad.

Y el resto del día no se habló de otra cosa, como no podía ser de otra manera, porque no todos los días se encuentra uno con un *pájaro-mariposa-hada* posado sobre uno de los geranios de su jardín. Y era tal la emoción que incluso Mina se dirigió en un par de ocasiones a Rita mientras hablaba del extraordinario bicho, para deleite de Sam, que el pobre confundió aquello con los primeros síntomas de una inminente rendición. Inocente alma cándida...

A lo mejor el *pájaro-mariposa-hada* había volado hasta allí desde el país de Nunca Jamás, segunda estrella a la derecha, con algún aviso bajo el ala para el muchacho. Algo al estilo «Ríndete ya» o «Sal corriendo de una maldita vez y no mires atrás», o «Aléjate un poquito para poder ver la realidad desde fuera». Pero como la ingenua e inoportuna *Lois* la ahuyentó, tal vez porque ella sabía de dónde venía y cuáles eran sus intenciones, nadie supo nunca nada acerca de los motivos que la trajeron hasta allí.

Y cuando, bien entrada la tarde, Sam y Rita lo dispusieron todo para irse a casa, Laura le recordó que la bombilla de las escaleras que ascendían a la planta de arriba, llevaba fundida más de un mes, y que a ella nadie le hacía nunca caso, porque ella solo servía para servirles a todos. Y que Manuel nunca tenía tiempo para hacer las cosas que le pedía, y que Sam empezaba a ser como él. Que tuviese Rita mucho cuidado y que no se lo permitiese, o acabaría como ella, olvidada y desechada en el ingrato rincón de fregar. Y después de terminar de soltar toda aquella retahíla de reproches harto tiempo demorados,

se quedó mirando a su hijo, con cara de «Mira qué fresca me he quedado», y Sam suspiró y le respondió que solo se lo había dicho una vez, y que hubiese bastado con recordárselo. Le reventaban sobremanera los dramones de Laura, y mucho más que Mina pareciese haberlos heredado. Afortunadamente, Marta existía para equilibrar la balanza, y para demostrar que no siempre es la sangre lo que nos hace iguales.

Tuvo que hacerlo. Primero se despidió de Rita, que se marchó a casa relativamente tranquila, y después bajó al garaje en busca de una escalera. Eran las siete de la tarde pasadas y Manuel se había retirado hacía rato a su despacho para repasar la documentación de un caso complicado. Laura, Marta y *Lois* veían la tele junto a la abuela en el comedor, y César se había marchado después de comer, porque el lunes tenía un examen.

Había llegado el momento de aprovecharse de las circunstancias. Lo que fuese que mandaba en todas las cosas se lo puso a huevo, y Mina no tuvo más remedio que dejarse llevar por su fortuita y desatinada ocurrencia. Y como cuando uno carece de malas intenciones, se supone que sus actos serán perdonados, pues ya llegaría el momento de sentarse a rendir cuentas con quien tocara. Y quien tocara, pues ya se miraría de tener cuidado con ella, llegado el momento de sentarse a pedir cuentas.

Salió disparada a su cuarto en el mismo instante en que su hermano acompañó a Rita hasta la salida. Tenía cosas que hacer y no le apetecía verles mientras se despedían con ese amor que tantas arcadas le producía. Subió las escaleras de dos en dos, mientras gritaba: «Subo a ducharme», por si acaso a alguien se le ocurría seguirla para ver qué pasaba. Se metió en su cuarto y se desnudó en el tiempo que dura un suspiro. Abrió el cajón de la ropa interior y sacó las primeras bragas que pilló y un sujetador cualquiera, un vestido de tirantes y unas bonitas sandalias. Sujetó la ropa bajo el brazo y agarró las sandalias con la misma mano. Después se asomó al pasillo y aguardó en silencio, completamente desnuda y tan paciente como nunca lo fue.

Sam tardó más de diez minutos en subir del garaje, porque se había entretenido mirando un viejo Scalextric que encontró por casualidad junto a la escalera. Era de David y jugaron muy poco con él porque al mes de comprarlo, la abuela y su mágico mundo de relativa realidad, decidieron que el trasto era demasiado largo y tiró al contenedor más de la mitad del circuito. Y aquello se redujo a un pequeño círculo donde los coches llegaban a la meta antes de salir. Un aburrimiento que se hubiese solucionado comprando piezas nuevas. Pero como coincidió con la llegada al barrio de la guapa María

Manuela y sus andares de poner los pelos de punta, el objeto quedó relegado al cajón del olvido en un santiamén.

Mina empezaba a impacientarse, cuando le escuchó subir. Sam colocó la escalera en el descanso que había entre las dos alturas, y la encaró en dirección a la bombilla, de tal modo que al frente y a su izquierda quedaban las paredes, y a su derecha el resto de los escalones que ascendían a la planta superior y el pasillo que comunicaba las habitaciones con el baño de arriba. Alrededor de sus pantalones una riñonera más vieja que el tiempo, con un par de destornilladores y una bombilla de rosca gorda. Después se aseguró de que la escalera estuviese bien abierta y asentada, y trepó hasta el último peldaño.

Sacó el destornillador de la riñonera y comenzó a desmontar el aplique, cuando percibió algo por el rabillo del ojo. Y entonces su instinto le empujó a mirar de forma automática en dirección al pasillo de la planta de arriba donde, como por obra de algún milagro divino, el cuerpo desnudo de Mina pasó por delante de él con disimulo y sin ninguna prisa, acariciando lenta y dolorosamente sus ojos, para extirpar hasta el más atormentado de los deseos de lo más profundo de su carne. La sublime perfección de sus formas, la soberbia textura de su piel, la gloriosa traza de sus pechos y el criminal contoneo de sus benditas caderas le hicieron levitar durante una porción de eternidad. El muchacho rozó el cielo con la punta de los dedos y una súbita demencia amputó cualquier indicio de raciocinio de su doblegada voluntad. Abrió la boca, aunque ni siquiera se dio cuenta, como tampoco supo si había hablado, o si en algún momento se le pasó por la cabeza hacerlo. Y Mina le miró, justo antes de desaparecer frente a sus ojos, y compuso para él la mejor de sus sonrisas de mujer, capricho del más poderoso de todos los deseos. Una que era solo para él. Que jamás malgastaría en otro y que, de hacerlo, nunca sería tan bonita.

Fueron sus labios, o tal vez aquella sonrisa de ensueño que le arañó hasta el hollejo, provocando tanto dolor como gozo, lo que terminó de desestabilizar el narcotizado cuerpo del pobre Sam. Y tras abandonar su maltrecho juicio a la deriva, trató de dar un paso al frente, probablemente con el fin de perseguirla hasta más allá de los confines del universo conocido.

No llegó tan lejos. Allí mismo voló en dirección al suelo, desde lo alto de la escalera en la que se encontraba, para ir a parar derechito al piso en lo que dura un pestañeo. Y como su instinto quiso amortiguar el golpe, trató de frenar lo inevitable apoyando primero las manos. Resultado: pues eso. Brazo derecho roto a la altura del codo, coscorrón moderado tirando a grave y

aturdimiento transitorio de todos los sentidos, menos del que sea que controla lo del maldito deseo.

El estruendo fue tal, que hasta la abuela Jesusa se levantó del sofá en el acto para acudir al lugar del accidente. Y Mina quiso correr también, porque durante un instante se olvidó por completo de su extrema desnudez y solo fue capaz de verle a él, desparramado como un muñeco de trapo en medio de las escaleras. Pero tras cuatro escalones, y después de ver a Laura y Marta subiendo en dirección a Sam, instintivamente se encogió, agarrándose los pechos con ambas manos y retrocedió, perdiendo por el camino las sandalias que llevaba consigo. Rápidamente se escondió detrás de la pared, se puso el vestido a la velocidad de un rayo y se precipitó escaleras abajo con las bragas y el sujetador hechos un guiñapo en su mano derecha.

Cuando le alcanzó, Laura bajaba de nuevo las escaleras, empujando a su madre con una mano y a *Lois* con la otra hacia el salón para ir en busca del botiquín, y de paso llamar a Manuel. Y Marta estaba agachada a su lado, con la cara tan blanca como la cal con la que pintaron el muro del jardín poco antes de la primavera, tratando en vano de disimular su impresión. La muchacha se situó tras ella, con las cejas alzadas hasta la mitad de su frente, y un tembloroso brillo de culpabilidad asomando a través de sus ojos.

—Sam... —susurró asustada y se mordisqueó la uña del dedo pulgar—.
¿Estás bien?

Pero Sam no respondió. Y aunque lo cierto fue que con mucho gusto le hubiese escupido unas cuantas verdades en toda su bonita cara, tan solo un insensato deseo de besarla, el colosal odio por sentirla siempre tan cerca aunque no lo estuviese y aquel terrible dolor que su brazo roto a la altura del codo le producían, dominaban por entero sus sentidos. No quiso ni mirarla. Y si no la hubiese visto sonreír hacía menos de un minuto, mientras se mostraba ante sus ojos como un puto pecado capital, tal vez habría podido pensar que aquello había sido uno de sus habituales despistes. Pero acababa de verla y no necesitaba más pruebas, salvo que no la conociese como la conocía. Mina había querido matarle. Y en esos momentos estaba tan enfadado que incluso lo hubiese jurado.

Y como Sam exhibía sin pudor su colosal mosqueo, mezclado con aquel dolor tan mordente y despiadado, la joven no soltó ni prenda hasta que Manuel se lo llevó a urgencias.

La parte positiva, porque aunque parezca mentira... todo la tiene si uno sabe dónde buscarla, fue que la abuela se olvidó del rencor que había estado

manifestando para con Mina desde que esta llegó y, cuando ambas se quedaron a solas en el sofá del comedor, la anciana sacó un billete de cien pesetas de su monedero y se lo entregó.

—Tus cien pesetas, cariño. Se me había olvidado dártelas. Como últimamente te veo tan poco...

Y entonces Mina la miró a los ojos con cara de boba profunda y apretó los labios con las comisuras apuntando hacia sus rodillas. Cogió el billete y lo observó durante un rato. Y pensó que ojalá las cosas pudiesen arreglarse al estilo de la abuela, que todo lo solucionaba con un billete de cien pesetas que ni siquiera valía. Ojalá aquella idea estúpida nunca se le hubiese pasado por la cabeza, o que en ese mismo lugar le hubiese caído un rayo justo después de pensarlo. Ojalá Sam no se hubiese caído. Ojalá fuesen hermanos de verdad. Ojalá no le amase tanto. Ojalá dejase algún día de ser tan desmesuradamente imbécil. Ojalá y ojalá... y ojalá Sam la quisiera.

Rita ya habrá vuelto a traer a *Lois*. Sam abre un ojo y mira hacia el cielo. Uno muy bonito que se viste de un azul claro sin mácula. Calcula la hora por la posición del sol y deduce que debe faltar poco para el mediodía. Un pequeño punto negro aparece de repente en su campo de visión, aunque ya estaba pero no lo había visto hasta ahora. O es un pájaro volando muy alto o un mosquito de paseo por los alrededores.

Se siente tranquilo. Tanto que no puede evitar sufrir un ligero pellizco de culpabilidad en la boca del estómago. Necesitaba salir del hospital y las ganas de ver a *Lois* y a la abuela le han servido de excusa, pues de ningún otro modo se habría separado del lado de Mina. Y ahora está aquí, tumbado sobre el césped del parque donde tantas veces jugó a la guerra con su amigo y hermano, observando un bonito cielo azul sin mácula, y lo que quiera que sea ese pequeño punto negro que irrumpe en medio de su campo de visión.

Se rasca la oreja. Hay un par de cosas que desde hace rato andan dando vueltas por su cabeza. La primera tiene que ver con Rita y su perseverante cabezonería de no querer verla. Y si al menos se tratase solo de no verla, pero resulta que, por no querer, no quiere ni hablar con ella. Y como Sam es de esos que no suele parar de dar vueltas a la duda, hasta que la duda no queda resuelta, se rasca la oreja y continúa con las vueltas y la duda. ¿Es por ella? No. Eso lo tiene claro. ¿Por qué insiste en darle tanta importancia, si su comportamiento ha sido el mismo con todo el mundo, desde lo del accidente?

Sencillo. Porque Rita no es todo el mundo. Pero tampoco lo son su madre o su hermana, y si pudiese escoger, a ellas tampoco querría verlas. La respuesta es simple: el problema es él. Duda resuelta. O no... Debería querer estar con ella. Rita ha sido uno de sus mayores apoyos desde que empezaron a salir y tiene tanto que agradecerle que no sabría ni por dónde empezar ni cuándo acabar de hacerlo. Definitivamente, algo le pasa con ella y algún día va a tener que pedirle perdón por este constante y detestable desprecio.

Y luego está lo del móvil, y su segunda perseverante cabezonería de no querer encenderlo por miedo a encontrarse con la otra cara del mundo. Esa es la que aquellos que le quieren se preocupan por él y no tienen otro modo de comunicarse, salvo que ignoren su petición de dejarle solo y se presenten en el hospital. Y aunque Sam sabe que Marta se está encargando de informar a la gente del estado de Mina, el paso del tiempo y la terrible sospecha de que va a tener que empezar a acostumbrarse a la situación de un momento a otro, le empujan a empezar a pensar en los demás. Y mientras está con ella, el resto se la trae bien floja. Pero si decide salir del hospital más a menudo, o cuando tenga que hacerlo porque la vida en algún momento se pondrá en marcha de nuevo, va a tener que encenderlo por narices, si quiere estar conectado por si pasa cualquier cosa.

Y precisamente ahora es este el problema que más le inquieta. Mira que si ha pasado algo... Mira que si ha habido algún cambio... Mira que si ha despertado y él aquí, tumbado sobre el césped del parque donde tantas veces jugó a la guerra con su amigo y hermano, observando un pequeño punto negro irrumpiendo en medio de su campo de visión y con el teléfono desconectado...

Que no ha despertado. Eso lo sabe demasiado bien, como también sabe que lo más probable sea que no despierte, o que lo mejor para todos, incluso para ella, sea que no lo haga. Pero la realidad es que debería estar conectado, por si... lo que sea, o porque tiene que estarlo y punto. Pero es que se le erizan los pelos de la nuca solo de pensar en encender el puto trasto y tener que ver las llamadas perdidas y los mensajes de texto de la otra cara del mundo. Y es que no-quiere-hacerlo. Así de sencillo.

Respira hondo muy lentamente, como si quisiera hacerlo por los dos. Como si quisiera retener todo el aire del parque para poder llevarlo hasta ella, cuando regrese a su lado. Y entonces se incorpora de repente y el pequeño punto negro se aproxima veloz hasta su nariz, intentando colarse por ella. Sam lo espanta de un manotazo y sopla para asegurarse de que comprende el mensaje. No era un pájaro volando muy alto, porque cuando las cosas van mal,

la opción mala es siempre la correcta. Así es que aquello solo puede ser un mosquito de paseo por los alrededores.

Y de nuevo y nuevamente de repente, otro par de opciones se aproximan a lo lejos, escondidas tras la imagen borrosa de un cuerpo que camina en su dirección. Aún no lo ha visto, pero Sam sospecha que puede tratarse de un amigo... o no. Y la idea no es descabellada si tenemos en cuenta dónde se encuentra. Entorna los ojos y centra toda su atención en averiguar de quién se trata.

Mierda. Es López y es de los allegados, de los que seguro han mandado mensaje y han dejado llamada en su buzón. Y ahora tiene un segundo para pensar si debe salir corriendo, a riesgo de ser descubierto, o hablar con él, que tampoco sería para tanto. Tres, dos, uno... maniobra: me levanto sin pensarlo y camino disimuladamente. Si me ve hablo con él, que de hablar no se ha muerto nadie. Si no me ve... directo a casa.

Tres, dos, uno... arriba.

Sam camina decidido hacia la salida del parque, sin mirar atrás y con la sombra de López confundida a lo lejos entre los árboles. Esta vez se ha librado. Pero la experiencia le ha servido para darse cuenta de que, si se deja ver por el barrio muy a menudo, lo único que puede pasarle es precisamente eso: que se dejará ver por el barrio. No le queda más opción que volver cuanto antes al hospital. Y venía con la intención de pasar la noche en casa, principalmente porque lleva casi dos semanas mal durmiendo en un confortable sillón que está genial para leer o tomar un té con pastas, pero no tanto para dormir como Dios manda, y había pensado que descansar le vendría bien a su flaca moral. Pero conociendo a Laura, sabe que lo más probable es que no tarde en encontrarse con cualquiera a quien poder contarle que *su* Sam está en casa. Y si eso sucede la van a tener bien gorda, y ninguno de los dos está en situación de tenerla bien gorda. La solución está clara y antes de salir del parque ya ha tomado la decisión de pasar por casa a ver a *Lois*, y de allí directo al hospital.

Las once y cincuenta y ocho del mediodía.

Sam abre la puerta de casa, asombrado y asqueado de sí mismo por el sigilo que emplea en hacerlo. Pero como aún cabe la posibilidad de que Rita esté aquí, no puede evitar querer asegurarse de no cruzarse con ella. Saca la llave con cuidado de la cerradura y abre lo justo para que le quepa la cabeza. Permanece quieto y en silencio, pensando que si alguien le ve, va a pensar que

es gilipollas, y además va a tener razón. Y pretende aguantar en esa posición hasta que el rutinario sonido de los trajines de mamá le confirmen que está sola. Pero como *Lois* ya está en casa, y ella ya le ha sentido desde su posición de guardiana de la abuela en el jardín, Sam no logra averiguar si hay alguien más con ellas.

El animal se abalanza contra la puerta, dando vueltas sobre sí misma y llorando como nunca antes lo había hecho. Y a Sam se le encoge tanto el corazón que se olvida por completo de su absurdo sigilo, o de si hay o no alguien en casa.

—¡Ey!... ¿Qué pasa, pulgosa? —susurra mientras la acaricia como puede, entre tanto movimiento casi convulsivo.

Lois solloza de tal modo que su cuerpo y su llanto tiemblan a la vez y con exacta intensidad. Y sus incontables gemidos tienen una cadencia sorda y muy aguda, en donde ni tan siquiera el espacio para el silencio tiene cabida. Sam trata de tranquilizarla, dándole suaves golpecitos en el lomo y apretando detrás de sus orejas. Pero *Lois* tardará un rato en calmarse; le ha echado tanto de menos que incluso llegó a pensar que no volvería a verle. De modo que continúa con sus lloros y sus temblores de partir el alma en dos, sin separarse de él ni dejar de sentir su contacto más que para coger aire y seguir llorando.

Sam termina sentándose en el suelo y unos diez minutos más tarde, levanta la cabeza y se encuentra con Laura, que le observa desde la puerta de la cocina, con un trapo en las manos y el semblante de quien lleva un nudo enganchado en su garganta.

Lois está más tranquila al fin. Y aunque sigue llorando como una Magdalena, se ha tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre sus piernas, y el sollozo transformado ahora en un gimoteo. Constante aún, pero bastante más suave y amenizado por el acompasado repiqueteo de su cola golpeando contra el suelo. Ha vuelto a nacer, como lo haría Sam si pudiese ver los ojos de Mina por última vez, abiertos y mirándole de ese modo que empleaba solo con él. *Lois* también había perdido la esperanza de volver a verle y la vida le acaba de obsequiar con su presencia. Si la suerte quisiera estirarse un poquito con él...

—¿Qué vas a querer comer? —pregunta Laura con un prudente hilo de esperanza en su voz.

—Me voy al hospital —responde él, sin levantar la vista de *Lois*.

—Pero ¿ya?

—Enseguida.

—Podrías comer con nosotras. Estamos solas.

—No.

—Sam...

—He dicho que no, mamá. No seas pesada.

Laura desiste porque sabe que intentarlo a partir de este último *no*, sería demasiado arriesgado. Y por saber, también sabe que su hijo hoy tampoco comerá nada, o comerá cualquier cosa que de ningún modo será digno de llamarse comida. Y entonces continúa secándose las manos con el trapo y cierra los ojos un segundo, con la mirada apuntando al suelo. Después se da la vuelta para volver a los mismos quehaceres de siempre, y piensa en decirle que pase un rato con la abuela y con *Lois* antes de marcharse al hospital, pero una repentina ráfaga de sensatez acude para decirle que lo deje, no vaya a ser que se enfade y salga corriendo en estampida. Así pues, Laura hace lo mismo de siempre. Callar y seguir con lo suyo.

Y Sam se queda ahí, sentado en el suelo con *Lois*, pensando que últimamente se está pasando un poco con su madre. Y que Laura no tiene la culpa de sus desgracias ni deja de sufrirlas, aunque guarde silencio porque si no lo hiciese algo reventaría por algún sitio. Que al final siempre es ella quien mantiene el equilibrio en casa y que debería decirle que la quiere, o darle un abrazo o algo de eso. Pero aunque Sam parece que empieza a retomar poco a poco la cordura que perdió hace trece días, diez horas y treinta y siete minutos, aún es pronto para pensar en empezar a vislumbrar el débil resplandor de una nueva y prudente rutina, o ponerse a enmendar errores, impropiedades o desafortunados comentarios a quienes siempre suelen cargar con ellos. Ya tendrá tiempo de dedicarse a ello, cuando consiga hacerse a la idea de que Mina no volverá. De momento lo único que le alivia, si es que acaso puede llamarse así, es esa extraña sensación de sedante consuelo que acude a su lado cada vez que se siente libre del resto del mundo. Mientras las cosas estén así, hará, dirá y sentirá exactamente lo que le venga en gana, aunque en ocasiones su conciencia pretenda pedirle explicaciones.

Así es que se queda otros diez minutos sentado en medio del recibidor, con *Lois* pegada a su cuerpo como una uña a no importa el dedo, y solo cuando le apetece se incorpora y camina en dirección al jardín, con la intención de charlar un rato con la abuela antes de marcharse al hospital.

Y la encuentra en su silla, muy concentrada en empezar a hacer algo con un ovillo de lana y un par de agujas de tricotar que la santa de su hija le ha comprado, porque lleva unos días empeñada en hacerse un jersey de cuello

alto para el terrible invierno que se avecina. Por eso, un rato antes de que Sam regresara, Laura se ha pegado una escapada a la mercería de la señora Mari Tere, por no matarla con sumo gusto. Jesusa jamás ha tricotado un jersey porque ella solo alcanzó a hacer bufandas para sus padres y su amado Trinitario, y en su pueblo había una mujer que hacía los remiendos y cosía los bajos de los pantalones. Pero como eso la abuela ya no lo sabe, o lo sabe pero se la trae al fresco, el remedio pasa por ceder y que la buena mujer se entretenga de la manera que sea.

Y ahí está ella, enrollando la lana alrededor de las largas agujas de tricotar, sin sentido alguno ni trazas de llevarlo aunque fuese de chiripa, pero tan concentrada como un cirujano en plena operación de rinoplastia.

El muchacho camina hacia ella y se sienta a su lado. *Lois* se acomoda a sus pies y apoya el morro sobre sus rodillas. Jesusa, con la punta de la lengua asomando por uno de los laterales de sus labios, en pleno estado de máxima concentración y haciendo fuerza como si quisiera deshacerse de algún incómodo gas, consigue hacer un simple nudo con la lana y sonrío repleta de satisfacción. Después levanta la mirada y cuando le ve, alza las cejas y exhibe frente a su adorado nieto el resultado de tanto esfuerzo. Sam sonrío con el cariño que siempre le sale cuando está con ella, y hace el sacrificio de intentar fingir que aquello es una auténtica maravilla de la ingeniería textil. No le sale demasiado bien, pero la abuela lo interpreta en su lengua y remata su sonrisa revelando una perfecta dentadura, más limpia que los chorros del oro.

—Te está quedando genial. ¿Qué vas a hacer?

—Un jersey para ti.

—¿Para mí? —Sam pone cara de asombro y se toca el pecho—. Me harás el nieto más feliz del mundo.

Jesusa le observa con esos ojos tristes que rezuman tantos años de enrevesada sabiduría y levanta la mano para acariciar la mejilla de Sam.

—Ya verás qué bien te queda.

—No pienso ponerme otra cosa.

—Tu madre cree que no soy capaz de hacerlo. Pero ¿sabes qué...? —susurra componiendo un gesto de travesura y alzando el dedo índice frente a su rostro—. Que la vida todo lo puede.

Sam cierra los ojos muy despacio porque, una vez más, parece que la abuela esté tratando de enviar un mensaje dentro de una botella. Claro, que también es posible que sea él mismo quien anda desesperado en busca de alguna señal de esperanza. Cualquier cosa que le sirva de ilusión porque

esperar así empieza a ser bastante insoportable y casi letárgico. Y cuando los abre de nuevo, ella ya ha vuelto a lo suyo, como si el único motivo que le hubiese empujado a abandonar su singular dimensión fuese el de transmitir su mensaje. Pero entonces Jesusa levanta súbitamente la cabeza por última vez y le mira con los ojos muy abiertos.

—¿No tendrás un cigarro? —pregunta con voz misteriosa.

El joven responde poniendo cara de susto y comienza a reír de forma inevitable. Después apunta hacia el suelo y se rasca detrás de la nuca.

—Ahora mismo salgo a comprarte. ¿Qué marca quieres?

La abuela no responde. Ha regresado de nuevo a su mundo, y esta vez parece que la cosa va para largo, porque la punta de su lengua vuelve a asomar por uno de los laterales de sus labios, y su cara de querer deshacerse de algún incomodo gas se dibuja una vez más en su arrugado rostro.

Sam se queda un rato con ella, en silencio y acariciando el hocico de *Lois*. Después se levanta, le da un beso en la frente y se marcha de casa.

Y *Lois* se sienta en el otro lado de la puerta, a volver a perderle de nuevo.

11. TRECE DÍAS, QUINCE HORAS, SIETE MINUTOS

Descubrieron unas cuantas cosas. Que las buenas intenciones no siempre lo son cuando uno se sienta a analizarlas con calma y en profundidad; que el deseo que se siente cuando se siente de verdad, es inevitable, irrefrenable e infinito, aunque se aprieten los puños con fuerza por dejar de sentirlo; que partirse el brazo a la altura del codo es una espléndida putada; que la bombilla de las escaleras no estaba fundida sino un pelín desenroscada; que la vida se marcharía algún día sin que Sam hubiese logrado arrancar de su conciencia la promesa que un día hizo al amigo que nunca más volvió; que Mina se haría vieja sin haberle besado; que Marta había perdido las llaves de casa ese mismo fin de semana; que el sol y la luna a veces coincidían en un mismo cielo, por mucho que quisieran decir las canciones; que la película que estaban viendo Laura, Marta y la abuela Jesusa en el momento en que Sam tuvo el accidente era un bodrio de los gordos, y que buscar el DVD en el videoclub fue una mala idea; que la imagen del cuerpo desnudo de Mina jamás le abandonaría; que ambos guardarían por siempre el secreto de aquella fatídica tarde; que los sueños son deseos que a veces sin querer se cuelan a través del rabillo de una mirada... en fin... Muchas cosas.

Y luego estaba lo de la vida. Que seguiría su curso y todo eso que todo el mundo sabe, pero que en su caso puede que tal vez hubiese llegado el momento de plantearse lo de hablar del tema. Por motivos de salud en primera instancia, y porque aún habrían de seguir siendo hermanos por mucho tiempo, salvo que el destino ordenase lo contrario, y de nuevo sintiese el irrefrenable deseo de enviarles a la venenosa Parca con alguno de sus simpáticos recados. Por eso tuvo que tomar la firme determinación de arreglar las cosas de una vez por todas y tantas horas esperando en urgencias le ayudaron a prepararse.

Cuando padre e hijo regresaron del hospital, eran casi las tres de la madrugada y solo Laura y Mina les aguardaban despiertas, cada una en un sofá y con la tele de fondo iluminando suavemente la oscuridad de la estancia. Y a lo mejor Laura estaba viendo lo que fuese que echaban a esas horas, pero Mina y su descalabrada conciencia apenas fueron conscientes de que el aparato estaba encendido. Siete horas de constantes autorreproches le hubiesen sabido a poco, si no fuese porque nada más verle entrar por la

puerta, todo lo demás se situó corriendo justo detrás de la imperiosa necesidad de averiguar cómo se encontraba, o si le dolía tanto como a ella aquel espantoso sentimiento de culpa.

Sam llamó a Rita para decirle que esa noche la pasaría en casa de sus padres. Y la gracia que le hizo a la pobre muchacha fue digna de enmarcar, pero ella nunca diría nada porque jamás supo ni quiso interferir en las decisiones de Sam, fueran las que fuesen. Así es que no durmió en toda la noche, pero nunca se lo dijo.

Y Laura y Mina corrieron tanto cuando les escucharon entrar, que casi adelantaron a *Lois* en su carrera por acudir al ansiado encuentro con la víctima. Pero Sam estaba muy cansado y lo cierto era que poco había por contar, salvo aclarar qué hueso había sido el damnificado, aunque en realidad lo del nombre careciese de importancia.

El húmero del brazo derecho. Un rato doloroso y de tremenda escayola que le obligó a tener que pedir ayuda para casi todo, además de aprender a comer con la izquierda. Y a quien piense que dicha tarea pueda resultar fácil sólo tiene que probarlo, salvo que venga zurdo de fábrica.

Comió sin hambre antes de acostarse, porque con el estómago vacío no era recomendable ingerir medicamentos, y tendría que tomar algunos si pretendía que el dolor le diese cuartel. Sentado en la mesa de la cocina engulló un trozo de pizza frío, bajo la atenta mirada de mamá que no le quitó ojo de encima hasta que terminó. Sam alternaba la mirada entre su compungida madre y los esquivos ojos de Mina que, apoyada contra el mármol de la cocina, intentaba esquivar sus constantes flechas incriminatorias. Y cuando terminó, Laura se ofreció a ayudarle con la complicada tarea de ponerse el pijama, pero el muchacho se negó en redondo. «Mina me ayudará encantada», dijo muy serio y sin dejar de mirarla. Y Mina agachó la cabeza y corroboró: «Claro, mamá. Yo le ayudo».

Subieron las escaleras en silencio. Sam le cedió el paso con un caballeroso gesto y Mina no se atrevió a sonreír. Y en silencio cruzaron el pasillo y entraron en su cuarto. Después Sam cerró la puerta y la miró. Empezaba a molestarle esa cara de «Ha sido sin querer» que lucía desde el accidente. Porque las cosas no se arreglaban haciendo pucheros, ni la pena debe ser menor aunque el verdugo goce de un cuerpo de infarto, o una cara de ensueño o posea las escrituras de una amplia parcela en el corazón del damnificado. Caminó lentamente y se sentó en la cama. Se quitó las zapatillas ayudándose con las puntas de los pies, y volvió a mirarla.

—¿Me ayudas o no? —reclamó ladeando ligeramente la cabeza.

Mina asintió y se agachó frente a él para quitarle los pantalones, pero Sam se lo impidió.

—Solo necesito ayuda con la camiseta —aclaró. No era cierto. O sí. Aún no lo sabía. Pero no quiso arriesgarse a que el contacto con su piel le jugase una mala pasada. Quería hablar con ella y una inoportuna erección no hubiese ayudado demasiado.

Mina se incorporó y con mucho cuidado y unos cuantos estirones le quitó la camiseta. Aquí estaba *su* Sam. Semidesnudo delante de ella, malherido por su culpa y enfadado por los pueriles caprichos de su mala cabeza. Después se alejó un paso, carraspeó y apoyó los brazos sobre sus caderas.

—Cuando quieras —dijo.

Y Sam podría haber respondido: «Cuando quieras, ¿qué?» si no fuese porque estaba muy cansado y tantos años siendo hermanos a veces servían para abreviar conversaciones. Por lo que golpeó la cama con la mano izquierda, invitándola a sentarse junto a él. Y Mina arrugó el gesto y accedió, muy en contra de sus deseos. Se sentó, cruzó los brazos delante del pecho y tras un largo y silencioso minuto, giró la cabeza y le miró, muy directa y tan valiente como siempre había sido. Asumiría su culpa, pero mucho cuidado con el tono o las formas empleadas para dictar sentencia.

Sam tragó saliva y rompió el hielo.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —habló en tono conciliador, lejos de lo que Mina esperaba.

Una buena pregunta. ¿Cómo debía responder a eso? Pues no supo. Pero como Sam contaba con ello, sonrió condescendiente y apoyó su mano sobre la de ella. La muchacha desvió la mirada y apuntó al suelo.

—Mírame, Mina —le ordenó su hermano. Mina obedeció y Sam insistió de nuevo—. Necesito saber qué esperas de todo esto.

De repente, el sentimiento de culpa que la había estado azotando durante toda la tarde y parte de la noche, la abandonó para ceder espacio a una molesta y pegajosa sensación de vergüenza. Sus intenciones eran hoy tan evidentes como lo fueron aquella tarde en el sofá, cuando con dieciséis años intentó besarle por vez primera, o cuando volvió a la carga la noche en que la acompañó a casa, dos años después. Quería amar y ser amada. Besarle, acariciarle y sentirle de todas las formas posibles. Quería ser su novia. Pero decirlo en voz alta le hubiese costado una úlcera, principalmente porque conocía demasiado bien la respuesta. Así es que inclinó ligeramente la

barbilla hacia abajo, y sin dejar de mirarle dijo:

—No sé. —Y después puso cara de esperar cualquier cosa.

Sam respondió alzando las cejas y chasqueando la lengua. Guardó silencio durante casi un minuto y acto seguido continuó.

—¿Qué pasaría si sale mal?

Mina abrió súbitamente los ojos, porque algo así era lo último que hubiese esperado escuchar. Pero una pequeña vocecita de pura cordura le dijo: «No vayas a cagarla ahora», y optó por guardar silencio.

—¿No vas a responder? ¿O es que tú solo te has planteado que tienes un antojo?

—No eres un antojo —protestó con prudencia.

—¿Estás segura?

—Pues claro —insistió, tajante.

—Muy bien. Ahora vamos a poner que nos enrollamos. ¿Es eso lo que quieres?

Mina negó, muy seria, con la cabeza.

—Vale. No quieres enrollarte. Me disculpas si es esa la sensación que llevo percibiendo desde hace unos años —Sam chasqueó de nuevo la lengua y miró hacia el techo—, estoy muy tonto.

Tenía que decírselo. Estaba muy equivocado y tal vez sus posibilidades aumentarían si conociese la verdad de sus sentimientos. Pero ¿cómo podía pensar que solo quería sexo?

—Las cosas suelen empezar con un beso —se atrevió a decir, con un hilo de voz.

—Muy bien —el joven asintió con la cabeza—. Entonces, nos besamos y ¿qué?

—¿Tengo que explicarte lo que viene después?

—Si fueses tan amable...

Mina le miró fijamente y desplegó las aletas de la nariz. Empezaba a mosquearse y pronto se le empezaría a escapar por algún sitio.

—¿Decidisteis haceros novios Rita y tú después del primer beso?

—Entiendo —Sam se rascó la sien con su mano buena—. Lo que quieres es que seamos novios.

La muchacha respondió agachando la cabeza y tiñendo de rojo sus bonitas mejillas.

—Mmm.. Ya veo. Me tomaré eso como un sí.

—Pues ¿qué pensabas?

—¿De ti? Bueno... Lo de siempre. Poco seso, algo de locura transitoria, abundante mala leche...

Mina quiso enfadarse, cuando una tímida sonrisa se le escapó por entre las comisuras de los labios. Pero se recuperó enseguida y se la tragó para que Sam no cantase victoria tan pronto. Y aunque su hermano tenía demasiado claro que una discusión no sería bienvenida en su habitación aquella noche, y lo demostraba sonriéndole con cara de querer aclarar para poder reír y olvidar, Mina no le correspondería por nada del mundo. Y en cierto modo ella tenía razón. Porque sus sentimientos ya le dolían demasiado, desde hacía ya demasiado tiempo.

—Dime ya lo que tengas que decirme —le apremió, nerviosa.

Sam mudó entonces el gesto de repente, y la miró muy serio.

—Me he roto el brazo por tu culpa. Como poco deberías intentar fingir que estás dispuesta a soportar una reprimenda.

Tenía razón.

—Vaaaleee —respondió poniendo los ojos en blanco.

Sam suspiró y permaneció callado unos segundos, como si anduviese rebuscando la manera de empezar de nuevo o como si quisiera aguantarse las ganas de meterle un dedo en el ojo. Después se rascó lentamente la barba descuidada de dos días, y habló.

—Tú y yo no podemos ser nada más que hermanos. Eso es lo que quiero ser de ti, y necesito que tú quieras lo mismo de mí.

La muchacha sintió de repente un intenso dolor en el pecho, como cuando se desgarran la carne del corazón con las uñas de un garfio. Y trató con todas sus fuerzas de disimular el desconsuelo y la angustia de un rechazo tan esperado como conocido. Pero como jamás fue capaz de camuflar un sentimiento tras una de esas falsas máscaras esconde verdades, Sam no pudo evitar sentir una punzada de pena, al ver todo cuanto escapaba de aquellos tristes ojos que tanto adoraba. Y entonces quiso acariciar su rostro, pero Mina reaccionó golpeando su mano.

—Ayer dijiste que *Lois* sabía demasiado —le escupió, contrayendo los labios y tratando de aguantar el llanto. Y Sam arrugó el gesto, confundido, pero Mina se lo aclaró—. Cuando te dije que no le caía bien a tu perra, dijiste que ella sabía demasiado. ¿Y por qué me has preguntado que qué pasaría si saliese mal?

—Porque esa es la realidad, Mina. Si las cosas saliesen mal, volver a ser hermanos sería muy difícil.

—¿Y tú qué sabes?

—No lo sé.

—¿Entonces?

—No puedo correr el riesgo de perder a una hermana.

—¡Pues yo sí!

—Pues yo no. ¿Quieres matar a mamá?

—¡Cállate Sam! —bramó—. Entonces, tú me quieres.

—Claro que te quiero.

—Tú ya me entiendes.

—Mina...

—Pero me has dicho que no puedes arriesgarte a perderme como hermana. Dices eso porque me quieres.

—No. Digo eso porque quiero que comprendas que mi familia, tu familia, es lo más valioso que tenemos, y que arriesgarnos a perder lo que más importa por... —Levantó la mano en el aire, buscando la manera de concluir la frase.

—¿Por un polvo? —remató ella.

Sam la miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Por un polvo... —concluyó.

—Pero yo te quiero, Sam —suplicó desesperada.

—Llevas creyéndolo muchos años, pero sabes que no es verdad.

—¡No te atrevas a decir eso!

—Mina. Si lo intentásemos y no saliese bien, jamás me lo perdonaría. Jamás... —cerró los ojos y el puño de su mano izquierda con fuerza—. Mina... —levantó la vista y la miró entonces, con una expresión de impotencia y frustración, mucho tiempo acumulada— ¿Qué pensaría de mí tu...? —Agachó la cabeza. No quería, ni se atrevía a nombrarlo siquiera.

—¿Quién? —Mina le instó a que continuase. Pero nunca le entendería. Y si algo tenía bien claro el joven, era que el secreto de su promesa, le acompañaría hasta la tumba.

—Jamás correría ese riesgo, Mina —le aseguró, con la voz y con la mirada.

—Dime qué sientes por mí —la muchacha lo intentó una vez más.

Y Sam la miró de nuevo y ella sostuvo su mirada, suplicando por dentro un insignificante rayo de esperanza. Le vio apretar los labios, como si luchase contra algún demonio interior.

—Eres mi hermana. Así debe ser, y así te querré siempre.

Y entonces Mina agachó la cabeza, derrotada, pero Sam levantó su barbilla con la punta de los dedos y la miró con dolor reprimido y dulzura infinita.

—Tú eres lo que yo más quiero. Representas todo lo que perdí y formas parte de todo lo que tengo. Te necesito a mi lado siempre. Odio que te vayas y me encanta que vuelvas. Y a veces tengo muchas ganas de abrazarte y otras me muero por arrancarte una oreja. Ya ves... —se encogió de hombros—, cosas de hermanos.

—Y nunca... ¿nunca has querido besarme? —preguntó con un rubor nunca visto en aquel bonito rostro.

Sam respondió, irguiéndose de repente y respirando fuerte por la nariz. Después miró un poco a todas partes y después a su brazo escayolado.

—Contéstame, Sam —le apremió.

—Basta ya, Mina.

—¡No me da la gana!

Se miraron fijamente y muy enfadados, como dos animales a punto de atacar. Y entonces Mina recapacitó y corrió a dar un paso atrás.

—Solo quiero que me digas eso —susurró, implorando con la mirada.

Y guardó silencio, pero Sam no respondió en todo aquel eterno minuto en que ella esperó. Poco quedaba ya por decir y mucho lo había intentado, desde hacía tanto tiempo que el enorme montón de desamor acumulado le sirvió de colchón donde poder mitigar el mazazo de su pena. Por eso se levantó despacio, sin tratar de aparentar nada que no estuviese sintiendo y comenzó a caminar en dirección a la salida. Sam le había abandonado para siempre. El único amor de su vida acababa de cerrarle definitivamente la puerta en las narices con el cariño de un hermano. Le había dicho «No», y no le había quedado más remedio que entenderlo.

Recién despertada en un nuevo mundo, en el que su concepto de familia debía ceñirse a lo establecido, no tuvo más remedio que renunciar a la esperanza. Ellos eran hermanos desde el día en que nació, y aunque Mina había querido ver indicios de algo más, escudriñando entre lo que fuese que pudiese servirle, la realidad era bien distinta. Daba igual lo que Sam sintiese por ella, si es que acaso alguna vez había sentido algo más allá de, tal vez, algún sueño de esos de chicos que jamás confesaría. Aquella noche lo dejó bien claro, y cuanto antes lo comprendiese, antes podría comenzar a olvidarse definitivamente de él. Necesitaba aprender a caminar sin pensar en él, y hacerlo sería como tener que empezar de cero, pero literalmente. Porque Mina

no recordaba haber pensado en nadie más desde que tuvo uso de razón. Ahora tocaba nacer de nuevo.

Y cuando agarró el pomo de la puerta para salir para siempre de su cuarto, Mina escuchó su voz llamándola desde la distancia. Pero su yermo corazón no pudo, ni quiso, volverse para mirarle. Ya vendrían tiempos mejores.

Y después cerró la puerta, y Sam permaneció completamente quieto y en silencio, sin poder dejar de mirar el lugar por donde la niña de su vida acababa de marcharse para siempre. Mucho rato después se acostó como pudo, y se durmió pensando en su amigo y hermano David.

Pero soñar... soñó con ella.

Las dos y treinta y dos.

Volver al hospital es como volver al hogar. Cuando entra por la puerta, una especie de pisto hecho con pena, asco y una engorrosa sensación de alivio se asienta súbitamente en el interior de su estómago, como si cada pieza quisiera recolocarse de nuevo en su lugar, según el orden natural de las cosas. Atraviesa el *hall* del mismo modo que si estuviese en casa, y se detiene frente al ascensor hasta que una señora se sitúa a su lado y, con evidentes síntomas de estar conversándose encima, le pregunta muy amable si por allí se va a pediatría. Sam responde que no lo sabe y se marcha, porque su instinto le previene de un par de cosas. El viaje en ascensor se augura cargado hasta los topes de cháchara de ascensor, y sus pocas ganas de hablar con la gente amenazan con correr a su sitio en el tiempo que tarde en subir a la habitación de Mina.

Lástima. Le hubiese gustado preguntarle a Marta por la gente del barrio y eso. Si había hablado con Rita, o si sabía algo del hijo de José Luis que, según sus cálculos, ya debería haber nacido. Dato que no hubiese recordado si la mujer amable del ascensor no le hubiera preguntado por pediatría. Y ahora tiene intriga pero como sabe que no va a ser capaz de hablar con ella, se sacude la idea de sus pensamientos con un plumero imaginario y deduce que, de haber salido algo mal, ya se hubiese enterado de algún modo. Las malas noticias corren como la pólvora.

Sube los tres pisos que le separan de Mina y se detiene en la máquina de refrescos que hay en lo que considera un desmesurado vestíbulo. Rebusca en su bolsillo y saca dos monedas de euro, y la vieja y desgastada fotografía que

desde hace unos días le acompaña a todas partes, como uno de esos talismanes en los que uno deja caer todo el peso de sus apolilladas esperanzas. La mantiene frente a sus ojos durante un instante y le vienen ganas de querer sonreír, al verse a sí mismo sosteniendo entre sus brazos, finos como sarmientos, a aquella pequeñaja recién venida al mundo en aquel blanco y negro de las fotos de otro tiempo. Pero como no consigue esbozar ni algo que se le parezca, vuelve a guardarla y saca una botella de agua.

«Debería comer algo», piensa mientras la abre y enfila el pasillo que le llevará hasta ella. De momento, lo principal es verla y sentarse a mirarla desde su sillón, a los pies de la cama y sin atreverse a acercarse. Más tarde ya pensará en bajar a la cafetería.

Hoy el pasillo anda bastante concurrido. Desde la enfermera del mostrador de planta, que charla distendidamente con un par de compañeras del gremio, acerca de algo referente a unas fichas que alguien debería haber rellenado y que, por lo visto, no lo ha hecho porque, al parecer, pasa demasiado tiempo con un celador recién separado, hasta un par de doctores a lo lejos, ojeando con atención una carpeta, y cuatro o cinco familiares de algún paciente en estado de prolongado letargo, salpicados a lo largo del corredor. A Sam le parece extraño porque esta planta suele ser la menos transitada, al menos de las que él ha visto en el tiempo que lleva medio viviendo allí. Pero como vuelve a importarle un comino cualquier cosa que no tenga nada que ver con Mina y su lento marchitar, continúa su camino y viste su rostro con su ya cotidiana expresión de «a ver quién es el listo que se atreve a dirigirse a mí».

Y cuando alcanza la puerta de su habitación, se detiene un instante y respira hondo varias veces con los ojos cerrados, como si quisiera prepararse para la desesperación de volver a verla suspendida en ese instante en el que el tiempo se detuvo indefinidamente para ella. No lo consigue. Pero eso Sam ya lo sabe, porque ya lo ha intentado antes y conoce muy bien el resultado. Por ello desiste de malvendidos e infructuosos preparativos y empuja la puerta.

Papá ya no está. Y Marta continúa leyendo *La vida no morirá*, sentada en el sofá que Sam ya consideraba suyo, por aquello de la antigüedad y el uso constante y reiterado del artículo en cuestión. Ha levantado la cabeza para comprobar quién entra por la puerta, y cuando le ha visto la ha vuelto a agachar. Y es que Marta quiere empezar a enfadarse con él, para ver si por las malas consigue que hable con ella. Pero entonces Sam dice: «Hola», y su destartalado plan se va al garete de un plumazo, sin haber tenido tiempo ni de

meter la llave en el contacto. «¿Qué tal?», responde muy en contra de los deseos de Sam, que acaba de arrepentirse de haber abierto la boca.

No quiere contestar. Y además sabe que en algún momento va a terminar mosqueada con él, porque se le ha olvidado traer de casa las ganas de mantener una conversación con nadie. Y si responde a ese «¿Qué tal?», ella aprovechará para volver a preguntar lo que sea, y no está dispuesto a responder a más de dos o tres preguntas, aunque quisiera hacerlo para empezar a intentar volver a ser persona otra vez. Pero Mina sigue ahí, tumbada en la misma posición de esta mañana, y de ayer y de hace trece días, quince horas y siete minutos. Y aunque aún no la ha mirado directamente, ni sabe cuándo lo hará, está bastante seguro de que la expresión de su rostro también sigue siendo la misma. Y si ella sigue igual que antes, lo normal es que todo lo demás camine junto a ella. Ya tendrá tiempo de retomar su vida cuando muera, o cuando el lento transcurrir de los días la convierta en un objeto inanimado o en una planta de habas que alguien tiene que regar de forma periódica, con el único fin de que siga respirando y punto. Pero hasta entonces y de momento, nada ha cambiado para Sam. Así es que al final dice: «Bien», pero muy rápido y casi en un susurro, para que la siempre sagaz de Marta no tenga ningún problema en pillarlo.

Y la siempre sagaz de Marta lo ha pillado, rapidito y al vuelo. Pero como sigue teniendo las mismas intenciones de hablar con él que hace unas horas, cuando la dejó tirada en la cafetería con la palabra en la boca, pasa por alto su cristalino mensaje y añade: «¿Cómo está *Lois*?», mirándole directa y casi desafiante.

Sam suspira y pone los ojos en blanco, sin tratar de esconderse. Pasa por delante de ella y se sienta en el otro sofá, ese que no le ha gustado desde el primer día, porque parece igual que el suyo, pero no termina de serlo. Se deja caer con desgana, estira los pies y cruza los brazos delante del pecho. Y no quiere hacerle caso, pero su puntiaguda mirada se le está clavando en algún tendón del cuello y empieza a pinzarle un nervio. De manera que inspira por la nariz todo el aire que puede, como si pretendiese dejar sin oxígeno a su hermana, y después dice: «Era una alergia. Ya está bien», intentando zanjarse el tema. Pero sus peores temores se confirman y Marta arremete de nuevo con un: «¿A qué?». Y entonces Sam aprieta los labios con fuerza y se queda mirando al monitor de Mina. Y aguanta cuanto puede, sin soltar prenda ni perder el gesto de sus labios, pensando en cuántas personas habrán estado enganchadas a aquel aparato, cuántas habrán sobrevivido y cuántas se habrán ido para

siempre; o cuántos aparatos como este habrá en el hospital y cuál de ellos habrá visto morir a más gente, o cuál será el campeón de los despertares. Si las vidas que se han ido han dejado huella en ellos, o si de ellas no queda más que el rastro de la estela que dejaron sus recuerdos al pasar por allí. Y piensa en si Mina tendrá recuerdos o si es necesario que muera para poder recuperarlos, porque el monitor se los tiene confiscados hasta que supere las pruebas que la conducirán hasta la salida, ya sea por la puerta de atrás o por la de delante. Y entonces se pregunta dónde estarán esas puertas y si las verá cuando decida salir por cualquiera de ellas.

Y cuando su mente comienza a dibujar el boceto de las posibles e imaginarias salidas que con tanto mimo acaba de ingeniar, la voz de Marta acude molesta y punzante a sacarle del embrollo de pensamientos en el que se ha metido, precisamente por querer esquivar sus preguntas. «Sam...», reclama dejando caer su voz cansada. Y Sam levanta la cabeza y la mira, como si lo hiciese por primera vez. Y dice: «¿Qué?», muy molesto y luciendo las pocas ganas que tiene de responder. «¿Que a qué tiene alergia?», insiste la pobre Marta en su afán por escalar las más inalcanzables cumbres. «A alguna planta». «¿Del jardín?». «No lo sé». «No será del jardín». Sam se encoge de hombros y continúa mirando el monitor como si anduviese buscando la manera de ponerlo en marcha, para que pueda mostrar el camino a su huésped temporal/indefinida. Y entonces Marta vuelve a la carga y se atreve con un «¿Qué le han dado?», pero componiendo sin quererlo la expresión de quien espera que le atraviese un rayo de un momento a otro. Y Sam aprieta los labios, esta vez hacia adentro, y lentamente vuelve la cabeza en su dirección y le dice muchas cosas con los ojos inyectados en mala baba, pero en silencio y sin necesidad de abrir la boca. Y cuando tiene claro que su hermana lo ha entendido, vuelve a ignorarla y se dedica a observar las ruedas de las patas de la cama de Mina y piensa en la alergia de *Lois*, que no es alergia sino un picotazo de alguna clase de oruga de temporada con la que, al parecer, anduvo jugando hace un par de días mientras paseaba con Rita; que le han pinchado y le han dado unas pastillas que Laura tendrá que hacérselas tomar, camufladas entre las albóndigas de rica carne perruna, porque Sam no está para hacer que se las trague con un simple gesto de cabeza.

Pero de todo eso Marta se enterará, más pronto que tarde. Y además no es grave ni tan importante como para dedicarle toda una conversación de las que buscan escapar por distintas tangentes.

Y lo que Sam quiere ahora es estar con ella. Solo con ella, para intentar

tocarla, a ver si esta vez lo consigue, porque un repentino miedo a que se muera sin haberlo logrado se le acaba de colar entre las tripas, como un disparo inesperado de posible certeza y en un segundo se le ha comido medio vientre. Necesita tocarla por lo que más quiera o morirá con ella si Mina decide salir de este mundo por la puerta de atrás. Si deja de respirar, si su corazón deja de latir sin haber besado el calor de su frente, jamás se lo perdonará. Jamás volverá a sonreír ni soñará con las veces que lo hizo junto a ella.

Y entonces comienza a sudar de puro miedo y el estómago se le contrae por completo, obligándole a apoyar ambas manos sobre su abdomen. Dobla las rodillas y se encoge hacia delante, como si quisiera empujar hacia afuera un montón de cucarachas hambrientas de carne que corretean por sus intestinos.

Marta, que después de comprender el silencioso mensaje que su querido hermano le acaba de disparar con la mirada, ha retomado la lectura y anda metida de nuevo entre los positivos y esperanzadores consejos de quien volvió a nacer, justo el día en que todo estaba perdido, percibe un cambio en su posición por el rabillo del ojo, pero lo ignora porque él se lo ha buscado.

—Necesito que te vayas —Sam escupe las palabras, casi a la fuerza, como si estuviese a punto de vomitar y no quisiera hacerlo delante o encima de ella.

Y Marta levanta la cabeza en el acto y le observa, medio intrigada, medio asombrada y muy asustada.

—¿Qué ocurre, Sam? —responde cerrando el libro con brusquedad.

Pero Sam niega rotundamente con la cabeza y se limita a seguir insistiendo.

—Por favor Marta. Necesito que me dejes solo con ella —suplica con ojos, voz y alma.

Vale. Le ha comprendido. Porque Marta no es tonta, aunque pueda parecerlo cuando juega a intentar hacer hablar a su herrumbroso y carcomido corazón. Así es que le mira con los ojos preñados de tanta ternura que podrían reventar de pena, y sin mediar palabra se incorpora y abandona la estancia, cerrando la puerta con cuidado al salir.

Y allí se queda Sam, completamente quieto y tan callado que el suave y repetitivo sonido del monitor retumba de repente, como uno de esos *subwoofers* que los *mascachapas* instalan en sus coches para amenizar a todo un país con sonidos de electrodomésticos varios. Claro que también podría

tratarse de sus tripas o su corazón en pleno estado de efervescencia.

Continúa sentado en el otro sofá, ese que no le ha gustado desde el primer día, porque parece igual que el suyo, pero no termina de serlo. Respira muy profundamente y una diminuta gota de sudor se descuelga por su frente, hasta ir a parar al borde exterior de su ceja izquierda. Se la seca con el dorso de la mano y después la mira.

Mina está dormida. Su rostro refleja serenidad y una extraña calma que no le pertenece. Sam no la reconoce desde su posición, pues el bulto de sus pies es la parte que le queda más cerca, y la perspectiva modifica levemente su expresión. Apoya las manos en los brazos del sofá y aprieta con fuerza, antes de levantarse.

Mucho mejor. Desde aquí su cara empieza a parecerse a la de Mina cuando duerme. Con su nariz respingona y esos labios que tantas veces deambularon por sus sueños, como un dulce sabor inalcanzable que flotaba por doquier. Las manos también le sudan. Acaba de percatarse y no está seguro de si ha sido de repente, o si ya le sudaban antes de entrar. Las frota contra los pantalones y agacha la cabeza, nervioso. Y avanza un par de pasos y se coloca a los pies de su cama.

Y la mira.

Su niña bonita. Su hermana, su vida, su amiga y su todo lo que tiene en la vida, respira suavemente bajo la fina sábana que cubre su aletargado cuerpo. Y si se fija bien y no deja de mirar, incluso puede ver cómo algún músculo escondido se contrae de tanto en tanto. Son los gestos mínimos con los que Mina se comunica. Pruebas de vida que solo quieren decir eso, y que sirven de consuelo para quienes anhelan sentir la sola presencia de un latido. Cualquier cosa que les ate a un mismo mundo.

Un ligero temblor comienza a apoderarse de sus piernas, pero se embadurna de coraje y lo ignora, porque ha tomado la firme decisión de besar su frente, y no piensa ceder ante el primer ataque de cobardía del día. Ya le han vencido unos cuantos desde el accidente y todos se han marchado con el trofeo. No volverá a suceder.

Levanta la mano y acaricia, suavemente y muy por encima, la sábana que cubre su pie derecho. Desliza los dedos por la punta de los suyos, y sube por el empeine hasta el tobillo. No se mueve. Sam comprueba su cara, por si acaso las cosquillas le producen algún efecto. Después se acerca un poco más y se sitúa frente a ella. Ahora le tiemblan los labios y siente como un arranque de impotencia pretende invadir su cordura por los flancos. Pero no ha llegado

hasta aquí para derrumbarse ahora y vuelve a armarse de valor, alzando nuevamente la mano y tocando esta vez los dedos de la suya.

Y un nuevo temblor se instala bajo su pellejo, pero esta vez Sam consigue acariciarla como Dios manda, y hasta logra sentir el suave tacto de su aterciopelada piel. Está contento, o algo vagamente parecido, y también un poco orgulloso de sí mismo. Desde aquí solo un último paso le separa del triunfo.

Continúa acariciando su mano y respira con la boca abierta, porque en este momento necesita todo el aire que pueda obtener de cada bocanada.

Y cierra los ojos y se agacha hasta sentir el calor de su frente en los labios. Y entonces los desliza suavemente por su piel y se deja llevar por su dulce aroma. Y pasea sus mejillas, su nariz y sus labios, por sus ojos, su nariz y su frente, hasta depositar en ella el suave beso que, de no existir, le hubiese acabado quitando la vida.

Ahora ya puede respirar. El aire parece llenar por fin sus sedientos pulmones de oxígeno, y cuando abre los ojos consigue verla desde tan cerca que el corazón se detiene en el mismo centro de su pecho. Su respiración se entrecorta de nuevo y un miserable llanto de rabia, fango, tristeza y desesperada angustia acuden a llenarlo todo, desde el principio hasta el fin, y desde el suelo, y hasta más allá del pensamiento racional. Y entonces el mundo se derrumba y el suelo parece querer temblar junto a él.

—Te quiero, mi niña. Te quiero, mi niña. Te quiero, mi niña.

Sam llora sin consuelo, como un niño desamparado y perdido en medio de un millón de gente, derramado sobre su cuerpo. Y entre tanto llanto desesperado, su boca recorre temblorosa las cuencas de sus ojos cerrados, resbalando palpitante por la suave superficie de sus dormidas mejillas, hasta alcanzar el añorado monte de sus labios. Y entonces el universo deja de temblar de repente. Y se aleja apenas unos centímetros y abre los húmedos ojos para poder verla. Y mientras la mira se acerca a su boca, y sobre ella deja caer un beso.

Y el universo les mira... y aguanta la respiración.

12. TRECE DÍAS, DIECISÉIS HORAS, ONCE MINUTOS

Saimon se convirtió, oficialmente, en el inglés más feliz del mundo. Más guapo, más listo o menos hermano que Sam, el muchacho extranjero conquistó sus besos, y alguna que otra cosa más. Y por desamor o por despecho, si es que acaso las dos cosas no son la misma, Mina y su admirable coraje, rascado con una lija muy gorda de tanto escarmiento y malogrado suceder, se acostumbraron rápidamente a unos apasionados labios que a cada instante ansiaban colonizar su exquisita boca.

No le olvidó. Por supuesto que no. Y si al menos no hubiesen sido hermanos, con el tiempo y una caña, quién sabe. Pero Sam formaba parte de su familia y eso jamás cambiaría, ni que a nadie se le pasara por la cabeza pensar lo contrario. Algún día se casarían. Cada cual con su respectivo, faltaría más. Y entonces el agua del río correría libre por su justo cauce, sin improvisadas presas ni canales fabricados a fuerza de caprichosos golpes perturbadores del orden natural de las cosas. Y aunque Mina jamás lo entendió ni tampoco lo asimiló, sí logró tejer un bonito vestido lleno de mentiras que colgaban como flecos de su falda, y que de tanto repetirlas acabó transformándolas en algo parecido a la verdad.

No esperó a verle. Necesitaba tanto arrancarse la costra que el rechazo de Sam le había dejado en el cuerpo, que antes de salir de España le llamó para pedirle que fuese a recogerla a Heathrow. Y el chaval partió como una flecha, con su mochila londinense cargada de amor y la barriga atestada de bichos que en multitudinaria danza le recordaban su vuelta. La española guapa regresaba, después de un mes que le supo a lustro, y quería que él y solo él, la fuese a buscar.

Y cuando la vio aparecer, con su maleta *vintage* comprada en Candem a un uruguayo que tartamudeaba en inglés, y aquellos despreocupados andares que desestabilizaban el buen funcionamiento de sus neuronas, el cielo de toda Gran Bretaña se llenó repentinamente del sol de Almería, iluminando hasta las caras de boniato amargo de los ejecutivos solitarios, que escondían su soledad detrás de la sección de economía de los *newspapers*. Y entonces ella le sonrió y Saimon no volvió a ser persona ni volvió a pensar con claridad hasta mucho tiempo después.

La vida en Londres curó sus heridas. Porque cuando el dolor se aleja de la fuente del daño, la distancia hace las funciones de tiritas. Y si aprendía a quererle, al menos la mitad de lo que el pobre Saimon la quería a ella, la posibilidad de alcanzar algo que se asemejase vagamente a un estado de felicidad, se alejaría de perpetuarse como una utopía. Y a ella siempre le pareció que Saimon pegaba más con Rita. Pero como Rita estaba con Sam y Sam no la quería, o sí la quería, pero jamás la aceptaría del mismo modo que a Rita, pues lo mejor era intentarlo aunque fuese por orgullo.

Y funcionó. El *gentleman* la enamoró, si no hasta las trancas, al menos hasta un punto en el que Mina logró dejar de pensar en él a todas horas. Un nuevo y desconocido estado de enamoramiento correspondido, que le sentó como anillo al dedo, se posó como el ala de una mariposa sobre la superficie de su piel. Las cosas fueron viento en popa y su vida se llenó de todo por todos los lados. Las malas pulgas comenzaron a relajarse por partes, y aunque de vez en cuando asomaban repentinamente por algún rincón inesperado — porque cada cual es como es— la agradable sensación que las suaves caricias del dulce néctar de la pasión generaban, terminó por teñirlo todo de un rosa cursi que le encantaba.

Tardó tres meses en soñar de nuevo con Sam, desde que el amor logró instalarse entre sus tripas, que fue exactamente dos meses y un día después de volver de España. El inglés logró llevarla a la cama y de allí salió mucho más que contenta. De allí salió creyendo firmemente que sería posible. Porque otro había conquistado lo que Mina siempre guardó para Sam, y porque lejos de lo que había imaginado, Saimon la condujo hasta donde nadie la había llevado nunca. Y como la noche sucumbió al desbordante torrente de besos y caricias que el muchacho atesoraba para ella, Mina la pasó entre algodones y escalofríos de felicidad, sintiendo de veras que todo aquello que entonces sentía por él bastaría para borrar toda una vida repleta de amor.

No vivían juntos. Se veían casi todos los días y raro era el fin de semana que no se quedaba en casa con ella. Sentado en un rincón de la barra que prácticamente regentaba la joven, aguardaba impaciente fingiendo paciencia la ansiada hora de salir, mientras el resto de los presentes habían de conformarse con soñar con ella. La acompañaba a casa todos los días y pasaban juntos mucho menos tiempo del que deseaban. Saimon estudiaba empresariales y trabajaba como publicista en una importante marca de relojes. Y aunque ella siempre lograba rascarle algo más del tiempo límite que el chaval establecía, su talante inglés terminaba imponiéndose a las terribles ganas de estar con ella

que incesantemente le asediaban.

Aquel jueves se acostó inusualmente pronto. Acostumbrada a estirar la hora del despertar a su antojo, Mina solía meterse en la cama cuando se hartaba de ver películas en versión original o de leer lo que fuese, siempre que fuese de literatura fantástica. Las doce menos cuarto no era su hora de dormir. Pero Saimon ya se había marchado y su compañera de piso veía una de esas que se sabía de memoria. Así es que llenó el comedero de *Isabel Pantoja*, porque el animal ya llevaba un buen rato paseando por entre sus piernas, llenándolo todo con sus pequeños y puntiagudos pelitos que luego no había ser viviente que lograra desincrustarlos del sitio, y se metió en la cama con uno de Louise Cooper. Y sin darse cuenta se quedó dormida, con el libro sobre el pecho y la luz de la lámpara de noche encendida.

Estaba en la plaza con Marta y las amigas del barrio. Era uno de esos días de mucha luz, en los que uno se arrepiente de no haber cogido sus gafas de sol antes de cerrar los ojos. Las chicas hablaban entre ellas pero Mina no lograba escucharlas bien, porque a lo lejos la figura de Sam se aproximaba como difuminada por el extraño calor que desprendía el asfalto. Y entonces desapareció de repente, justo cuando una de las chicas habló a voces, sin haber conseguido acercarse lo suficiente. Y Mina quiso reprenderla con toda su alma porque sus gritos habían provocado que Sam se evaporase, cuando una inesperada mano se deslizó por su cintura sin previo aviso.

Supo que era él sin necesidad de girarse. Y cuando lo hizo, empujada por aquella mano que ahora la rodeaba por completo, vio su rostro tan cerca que los latidos de su corazón retumbaron tan fuerte que traspasaron las fronteras del sueño. La muchacha sonrió con los ojos cerrados y su libro de Cooper se elevó unos centímetros sobre su excitado pecho. Y allí mismo la besó. Apretó su cuerpo contra el suyo y se hundió en su boca, penetrando hasta el alma y conquistando de nuevo su ser, inexorable y descontroladamente. Mina alzó los brazos y rodeó su cuello, como si estuviese dispuesta a luchar contra el diablo, por no volver a separarse jamás de aquel cielo que por derecho de intensidad, antigüedad y justicia divina le pertenecía. Los besos de Sam. Su deseo más añorado y su sueño más soñado se unieron porque alguien quiso verla flotar de puro placer. Uno de esos instantes en los que el tiempo desaparece. No se detiene, ni tampoco se acelera o se ralentiza. Sencillamente se va sin ser computado. Y el recuerdo lo convierte en eterno, aunque nunca se sepa si duró uno o dos segundos, o algunos minutos o toda una vida.

Pero entonces, cuando sus cuerpos estaban tan enredados que el mismo

calor hubiese servido para derretir su ropa, una nueva voz se alzó por encima de sus besos, y Sam se separó repentinamente para mirarla con aquella cara de hermano que de tanto frío, le dolía el corazón. Y Mina se abalanzó de nuevo contra su pecho, pero Sam la apartó con el mismo cariño de tantas otras veces. Y cuando ella quiso pegarle, empujada por un odio fortuito y monstruoso, Sam la atrajo de nuevo hacia él y de nuevo la devoró a besos. Mina se dejó llevar y su cuerpo se transformó en pluma, guiada a su antojo por los caprichos de un subversivo y cálido viento, que en aquel mismo momento dejó caer sobre la superficie de su alma un único y claro mensaje, cosiéndose a su piel para no desprenderse jamás.

Mina despertó, sudando y jadeante, con la incorruptible certeza de lo recién aprendido. Como un elefante en una cacharrería, la indisoluble evidencia se le metió en el cuerpo, destrozando a base de torpes pisotones lo que con tanto tesón y cariño había construido junto a Saimon. Su amor era de Sam. Indiscutible y axiomáticamente de Sam.

El tiempo y la práctica le ayudaron a vivir con ello. Era eso o dejar de vivir. Y tampoco sería el primer ser humano que no podía estar con su ser humano amado. En algún lugar había leído que las relaciones de pareja son descartes de descartes. Porque casi todo el mundo ha sido rechazado en algún momento, y el tenaz instinto de supervivencia que la humanidad lleva enganchado en la espalda se ocupa de que todo cristo siga buscando.

Mina no tenía que buscar. Había encontrado su descarte, bien bonito y siempre recién planchado para ella. Y si alguna vez se detuvo a pensar en ello con algo de sensatez, descubrió que a veces la realidad no coincide con lo que en realidad hubiese pasado, de haber pasado de otro modo. Sam se había convertido, con su constante negativa a aceptar las proposiciones de Mina, en un amor platónico que quizás nunca fue para tanto. Porque tal vez, de haber sucedido algo entre ellos, la cosa hubiese pasado sin pena ni gloria, desembocando de un modo natural y sin apenas hacer ruido en agua de borrajas. Nunca hubiesen dejado de ser hermanos. Y eso fue lo que más le molestó de todo. Que Sam pudiese pensar que ninguno de los dos dejaría que algo así sucediese. Y su corazón de pura sangre logró metérselo en la sesera, a fuerza de empujones y algún que otro codazo, pero jamás llegó a comprenderlo del todo.

Se fueron de vacaciones a Escocia. Saimon no reparó en gastos y se alojaron en un precioso hotel de montaña con las vistas más bonitas de todo el

país. La cubrió de flores, besos y mimos, porque su sola presencia le inspiraba todo lo bueno. Y una noche, acurrucados frente al fuego acogedor de la chimenea de su habitación, con una copa de vino en la mano y la piel de algún inmenso y mullido animal bajo sus cuerpos semidesnudos, el muchacho se lo pidió, en un español un poco torpe y bastante zarrapastroso.

—*Me amor. Yo quiere quesar contigo, como lo tonto más del mondo* — dijo con aquellos ojos tan verdes y su extraña sonrisa como de otro país, cargada en esta ocasión con la incertidumbre de quien acaba de dejar caer todo su peso en manos ajenas.

Y Mina le miró, con cara de pasmarote porque no había entendido ni papa, y se dispuso a decirle que hablase en su lengua materna, por Dios, y que fuera lo que fuese, con aquella expresión de miedo que se le había quedado, solo conseguiría preocuparla. Pero entonces Saimon sacó un anillo de debajo del despellejado animal y se lo mostró, sin envoltorio ni cajita típica de pedida. Abrió la mano frente a sus ojos y allí estaba. En el centro de su palma, solitario y expectante, como un huérfano a la espera de una madre. Y entonces ella dibujó una enorme *O* con su boca y abrió mucho los ojos, como si el joven le hubiese metido un dedo por el pompis en lugar de haber mostrado aquella bonita joya, que más de unas cuantas libras le había costado.

—¡Saimon! —exclamó, cuando pudo exclamar algo. Y después puso cara de exagerada interrogación y añadió—: *¿Como lo más tonto del mondo?*

Y Saimon, que estaba muy nervioso y aún más asustado, le explicó que lo que había tratado de decirle era «Más que a nada en el mundo», pero con la tensión del momento se le había ido la lengua por donde ni siquiera sabía. Y luego le dijo que la amaba, pero en inglés, porque si lo intentaba en castellano lo mismo le soltaba algún insulto o la convertía en utensilio de higiene personal.

Entonces Mina lo miró a los ojos muy fijamente y guardó silencio. Uno que vino preñado de muchos sentimientos, que saltaban como un enjambre de pulgas, sin sentido y en todas direcciones. Tenía que despedirse de él. Si accedía a la petición de Saimon, y en aquel momento era mucho lo que le apetecía, debía decir adiós para siempre al amor de Sam, y saludar con cariño al hermano que nunca había existido desde su lado del cosmos. Y los segundos pasaban y el inglés se impacientaba, y se acojonaba con prisa pero sin pausa.

Todo se había dado la vuelta. Su impetuosa y casi traviesa migración a otro país, bajo el torpe pretexto de aprender idiomas y una bien distinta y única finalidad, había terminado desembarcando en la otra punta del mar que

andaba buscando. Pero este nuevo mundo no estaba tan mal. Y la opción de no volver a su tierra en ningún momento la barajó ni creyó tener que hacerlo nunca. Se había dejado llevar y en el camino encontró a Saimon. Su primer novio y el segundo hombre más importante de su vida, sin contar a papá porque los padres no cuentan en estos casos. Pero Sam se lo había dejado muy claro, y aunque quisiera o no, él siempre estaría unos pasos por delante de cualquiera, así era como estaban las cosas y ni el tiempo ni su desvalida testarudez tendrían opción de ganar la batalla.

Y la edad... la edad era lo de menos. Suele serlo cuando uno es joven y cree que a sus casi veinte años poco puede enseñarle ya la vida. ¿Qué tenía de malo Inglaterra? A ella le habían ido bien las cosas y su futuro le ofrecía un amplio abanico de infinitas posibilidades. Podría dedicarse a impartir clases de español. La idea le gustaba y no se alejaba mucho de su sueño de estudiar Magisterio. Pero mamá... Marta, papá y Sam, ¡la abuela!, su tierra, su familia, sus amigos y la casa donde nació. ¿Qué pensarían mamá Lola y papá Teo? ¿Y David? ¿Qué diría su verdadero hermano, de haber estado aquí? Pues seguramente lo mismo que dijeron quienes aún estaban. Porque Mina aceptó el anillo de Saimon, con la condición de que esperasen al menos hasta que él terminase sus estudios, y cuatro meses después ambos partieron a España, con la noticia bomba bajo el brazo y tanta ilusión como miedo guardados a presión en sus maletas, entre un montón de calcetines y camisetas.

En España llovía. El coche de Marta lo agradeció porque su dueña llevaba más de tres meses sin dignarse a pasarle al menos un trapo viejo por la chapa. Y si bien fue cierto que el agua que caía cuando llegó al aeropuerto solo sirvió para convertir el polvo en barro, el amable chaparrón que cayó después de cenar impidió que creciesen flores en el guardabarros para la siguiente primavera. Y en cualquier otro momento Mina hubiese encontrado la forma de hacerle llegar su disgusto, por aparecer con aquella bola de lodo con ruedas, de manera inmediata y contundente. Pero ahora las cosas habían cambiado y con ellas su visión del futuro. Porque a partir de ahora, las cosas aquí seguirían siendo así.

Hasta entonces todos habían vivido su ausencia como algo pasajero. Indefinido en cuanto al tiempo, pero temporal. Momentáneo, transitorio... perecedero. Pero todo estaba a punto de cambiar para quedarse como estaba para siempre. Nada iba a cambiar. Ese sería el cambio.

Se sentía distinta. Contenta de ver a Marta y triste por haberse

enamorado de Saimon. Feliz por haberse enamorado de Saimon y afligida por haber tomado decisiones que la habían alejado tanto de los suyos. Tranquila por volver a estar en casa y nerviosa por el explosivo emocional que traía adherido al pecho. Incómoda porque Saimon no podría comunicarse con los suyos y temerosa de que su carencia lingüística les impidiese conocerle de verdad. Melancólica del aire que la recibió cuando salió del aeropuerto a la fría humedad de aquella tarde de lluvia. Porque, aunque el cielo de Londres siempre andaba cubierto con un elegante y acuoso sombrero británico, el color era bien distinto. El de aquí era mucho más bonito. Más cálido, más acogedor. Más suyo. Lo sintió en el corazón cuando aterrizaron, del mismo modo que un perro siente al amo mucho antes de verle llegar.

No lloraría. Eso lo sabía hasta el apuntador. Pero incluso este sabe que las lágrimas no son más que el fruto que cae del árbol de la tristeza, cuando el peso de la pena ya no puede sostenerlas. Que la prudencia las pone ahí para poder soltar amarras cuando toca seguir creciendo, y que nada daña tanto a sus raíces como tratar de amarrarlas en contra de su voluntad. Algún día caerían todas juntas por su propio peso. Y entonces de nada serviría arrepentirse o intentar enmendar los errores cometidos.

Su añorado hogar la recibió con los brazos abiertos. Pero esta vez los cerró alrededor de su cuerpo, acunándola como una madre a su pequeña del alma. Su guarida. Esa que desprende el mismo olor de quienes han vivido bajo su amparo, fundiéndose para siempre con ellos, para formar parte implícita de su ADN. La abrazó como si quisiera suplicar por su pronto regreso. Como si alguna clase de orden divino le otorgase el derecho a sentir ciertas cosas que nadie más sentía. Como cuando mamá se creía invisible frente a todos porque todos agradecen, pero ninguno lo hace en voz alta, o cuando la abuela quería contar una de sus historias del pueblo, pero no encontraba a nadie para poder hacerlo, y se sentaba en la silla del jardín con la cabeza agachada y los ojos cerrados, intentando memorizarla para cuando apareciese cualquiera. Sentía su pena, como sentía la pena de Jesusa al comprender que no recordaría su historia, o que no recordaría si había logrado recordarla. Sentía su miedo como sentía el de Laura, cada vez que pensaba en ella, mientras pelaba patatas, o fregaba los platos o buscaba sus llaves bajo la almohada de la abuela, camufladas en la bufanda multicolor de su amado Trinitario. El miedo que le llenaba por dentro, desde la punta de las uñas de sus pies y hasta más allá de su bonito corte de pelo, a lo Lola Herrera pero en castaño. El miedo al día en que su hija dejase de querer volver a casa.

Y cuando entró se los encontró a todos, esperándola con los brazos abiertos para acunarla como una madre a su pequeña del alma. Hasta el nuevo chuchó pareció alegrarse al verla. Aunque, en su caso, lo más probable fuese que su instinto canino le hubiese anticipado la dulce realidad que el futuro le deparaba. Aquella extraña, que nunca olió como ellos, dejaría de ser motivo de terribles vaticinios acerca del apocalipsis de los perros. Por eso *Lois*, prudente y moviendo el rabo sin excesivo entusiasmo, se acercó a saludar primero, compuesta y sospechosamente tranquila. Y en cualquier otro momento, Sam se hubiese percatado de su extraño comportamiento porque nadie como él conocía cada una de sus reacciones. Pero su alma radiante lo ocupaba todo. Lo eclipsaba y lo aturdí todo, porque su adorada niña había vuelto. Estaba en casa y la tenía delante. Vestida para sus ojos, desnuda y paseando por el pasillo, de camino hacia el lavabo y con unas sandalias en la mano, para tu entera voluntad.

Fue el cuarto en saludarla, después de Manuel y antes de Jesusa. Se miraron un poquito más allá de sus ojos y se abrazaron con tanto amor que el suyo fue el más corto de todos, por miedo a descubrir lo prohibido. Y fue tan grande el sentimiento que desbordó por todas partes, como la lava incandescente de un volcán en erupción, que no volvieron a mirarse a los ojos tras separarse. Después Mina se abalanzó a los brazos de la abuela, que sonriendo como un ciego ante su primera visión del mundo, mostraba tantas arrugas en su rostro como vetas sobre la vieja corteza de un sauce milenario. No estaba enfadada con ella. Era como si la vida le estuviese gritando uno de esos mensajes que solo los sordos de remate no son capaces de escuchar. No encontrarás nada mejor. En ningún otro lugar serás tan feliz ni sentirás el calor más poderoso de todos. Ningún hogar será como el tuyo.

Saimon fue bien recibido. Un cordial acogimiento, tan amable que incluso desprendía un cierto tufillo a miedo. Rita contentísima, Marta, Laura y Manuel educadísimos, la abuela extrañadísima y Sam componiendo una mueca forzadísima de amabilidad que de la manera más desmañada ocultaba el asco que le quemaba la piel por dentro. Y el muchacho inglés, que se percató pronto de su peculiar conducta, raudo lo achacó a un evidente sentimiento fraternal, y una punzada de compasión acudió a picotear su estómago de un modo bien comprensivo.

Le hubiese apretado los dedos hasta escucharlos crujir uno por uno. Y por el camino contaría los crujidos, solo por el placer de saborear su grata labor. El chaval le repugnaba profundamente desde que supo que venía con

ella. El estómago le ardió cuando Marta le mandó la buena nueva a través de un SMS que decía: *Mina se nos hace mujer. El viernes vuelve con un tal Saimon. Creí que se nos quedaba para vestir santos.* Y luego añadió: *Jajaja*, para rematar; y a Sam se le clavaron las jotas de los tres *jas* en la garganta, como tres espadas vikingas, y cuando quiso digerirlas cercenaron su carne por donde pasaron. Esófago, esternón, estómago, intestino delgado, grueso y hasta el mismísimo escroto. Abierto en canal y colgado del revés, como un cerdo en el matadero. Y aquella noche discutió con Rita sin ningún motivo, o con motivo pero sin justificación que avalase su fatal comportamiento.

Y es que Rita no quiso cenar, porque le dolía la cabeza, y Sam había hecho tortilla de patatas. Y a ella le encantaba, pero es que no se encontraba bien y la reacción del joven fue desproporcionada. Tanto que el plato y la tortilla acabaron por los suelos, porque Sam lo dejó con tal mala leche sobre el mármol de la cocina que golpeó en el borde y se estampó, desparramando por doquier contenido y continente. Aquella noche pasó a formar parte de sus recuerdos como la vez que peor se portó con ella. Y para que nunca se olvidase de su mal hacer, el destino dejó una marca en el suelo, en forma de pequeña grieta, que jamás dejó de ver en los años que vinieron.

Por eso aquel viernes, cenando en familia con Mina y aquel desconocido, que además de guapo, resultó que había sabido coser al bonito rostro de su hermana una sonrisa de enamorada que la hacía resplandecer igual que una estrella, y que a él le repugnaba hasta más allá de lo indecible, Sam solo supo comportarse como jamás en toda su vida lo había hecho. Exactamente igual que ella, cuando apretaba furiosa los morros y agachaba la cabeza, y comía sin mirar a nadie ni importarle si al resto le incomodaba su actitud. La cólera devoró su cordura y se bebió su razón, como un perro enfermo de rabia, empujándole a ser lo que nunca había sido.

Les estropeó la cena con incómodos silencios y contestaciones fuera de lugar, que solo cuando las preguntas iban dirigidas a él se dignó a darles. Y allí nadie, salvo la pobre Rita, supo cuál fue el motivo que le empujó a comportarse de aquella manera. Nadie preguntó ni tampoco juzgó, porque hasta la abuela Jesusa sabía que aquel extraño que torcía el gesto igual que un niño enojado en su primer día de escuela, no era Sam ni tampoco nadie que se le pareciese. Que fuera lo que fuese lo que al muchacho atormentaba, sus motivos tendría para hacer lo que hizo aquella noche. Y si bien no pudieron evitar preocuparse por él, con las mismas ninguno quiso preguntar ni meter los pies en un charco al que no habían sido invitados. Y al terminar de comer el

postre y sin esperar al café, dijo: «Nosotros nos vamos, que no me encuentro bien», y entonces todos menos Rita, y el muchacho inglés que no sabía en qué misa le habían metido, respondieron: «Ahhh», casi a la vez, porque aquella insípida y escueta explicación les sirvió para aclarar todas sus dudas de un plumazo.

Y Mina pasó la noche sola porque a España llegaron antes los teléfonos móviles que la igualdad que le hubiese concedido el derecho a dormir con su novio, pensando en él y en si había dicho algo que le hubiese importunado, o en si acaso Sam había podido sospechar que mañana se pondría el anillo delante de todos, y soltaría el proyectil, a ver por dónde caía. Los nervios la acompañaron durante casi toda la noche, y su lenta vigilia le trajo sueños pasados de un tiempo en donde la esperanza caminaba erguida, un paso por delante de todo lo demás. Recordó las muchas horas que pasó besando sus labios imaginarios, abrazada a la almohada que ahora sostenía su cabeza, o aplastada contra el barniz de la puerta. Sonrió al evocar aquella vez que Marta le reventó la nariz al abrirla, con el ímpetu propio de la hermana que trae consigo la primicia de que la profesora de Física del instituto se ha liado con uno de los alumnos de segundo. Mina saboreaba en ese momento la imaginaria lengua de Sam, y ni escuchó el escándalo que la muchacha llevaba por el pasillo.

Un tiempo en el que todo era posible. Bastaba con soñarlo y el vasto océano donde dormitaba el futuro, lenta y ordenadamente, se ocuparía de acercarlo a la orilla para que las olas lo arrastrasen hasta la arena con su terca y terrosa lengua. Luego solo había que pasar por allí y estirar la mano para cogerlo.

Ahora los sueños habían cambiado. Se habían vestido con un traje más elegante y maduro. Más de talle largo y moderados colores, como esas modelos que antes anunciaban biquinis multicolores para ataviarse después con ropas frías y sobrias, más propias de su edad. Y aunque Mina aún tenía edad de vestir biquinis multicolores, aquel anillo que aguardaba en un rincón escondido de su maleta *vintage*, andaba afilándose la punta del pie, para poder darle una gran patada en su culo de jovencita soñadora y mandar la ropa policromada a freír espárragos. Pero eso a ella le importaba lo mismo que le habían importado siempre los daños colaterales de sus decisiones. Porque casi todo, por no decir todo, suele venir acompañado de alguno. Y ella estaba enamorada de Saimon, tanto como para no darse cuenta de que el enamoramiento no es más que un estado de enajenación mental pasajera. En un

tiempo, daba igual cuánto, el suave aleteo de las alas de mariposa que jugueteaban en su estómago cesaría para siempre. Y solo entonces podría ver si lo que quedaba dentro era amor de verdad, o si debía dejar de soñar o podría hacerlo, pero en otro color.

Al día siguiente la familia al completo volvió a reunirse para comer arroz con bacalao del de chuparse los dedos. Y Sam entró por la puerta, un poco más calmado pero con la misma cara de borrego camino del matadero que se llevó consigo la noche anterior, y la inflexible promesa de comportarse como una persona, en la medida de lo posible. Rita, en cambio, trajo puesta la mirada más triste de todas las que en su vida la acompañaron. Porque Sam no quiso hablar con ella en toda la noche, pero a ella no le hizo falta que lo hiciese. Y cuando despertaron él apenas la miró, y si lo hizo ni siquiera se dio cuenta de que la pena de su alma era tal que desbordaba por todas partes como el agua que a torpes borbotones mana de la roca, cuando nada puede hacer la montaña por retenerla. Rita agonizaba bajo el manto invisible de la tristeza, ocultando su desconsuelo a base de sonrisas forzadas y aquella deslumbrante educación que siempre le perteneció.

Y a la hora de los cafés Mina se levantó de la mesa y Saimon se quedó allí, con sus ojos muy verdes y aquella cara de pez sacado a la fuerza de su confortable pecera, sonriendo a una feliz abuela que en ese momento le contaba la historia de aquel cura de Zargandillo, que se acostaba con medio pueblo y que un día estando en misa dijo: «Hijos míos...», y una mujer le respondió: «Hombre, pues algunos sí, pero todos no serán», y la metieron en la cárcel porque en aquellos tiempos uno no podía toparse con la Iglesia. Y como allí todo el mundo andaba sumergido en su particular historia, Marta y Laura sospechando que algo se traía Mina entre manos; Manuel tratando de hablar con Sam sobre algún tema relacionado con el trabajo; Rita intentando pasar lo más desapercibida posible, porque así era mucho más fácil contener el llanto, y Sam haciendo lo indecible por concentrarse en su padre, para no tener que mirar al inglés como si fuese la reencarnación del mal, a Saimon no le quedó más remedio que atender a cada una de sus palabras, porque la abuela no sabía que el muchacho no entendía ni el sonido de un estornudo en castellano.

Y cuando Mina regresó, con su anillo puesto en el dedo y oculto en el interior del puño cerrado, los ojos le brillaron de miedo, como si llevase escondido un pequeño universo y la responsabilidad de quienes lo poblaban. Disimulando se sentó en su silla y miró hacia su taza de manzanilla, con cara

de tener algo muy importante que decir, o muy peligroso o muy malo para la humanidad. Después inspiró unas cuantas veces por la nariz y dijo: «Familia...», marcando en negrita los puntos suspensivos, para que todo el mundo dejase de hacer o decir lo que fuese que estuviesen haciendo o diciendo.

Y entonces todos se callaron de repente, menos la abuela que continuó con la historia del cura de Zargandillo y una de sus muchas amantes, que en un parto alumbró a trillizas y a una la mató porque decía que para qué quería tantas, y la enterró en donde el estiércol. Y Saimon asentía con la cabeza y decía: «Ahá», ajeno por completo al terrible parricidio de la hija del cura de Zargandillo.

—Mamá, cállate un rato, anda. —Laura asestó un par de suaves golpes en la mano de su madre y miró al joven compasivamente, que respiró como si lo hiciese por primera vez en toda su vida y sorbió un trago de su delicioso café español. Luego se dirigió a su hija y dijo: «¿Sí, cariño?».

Mina carraspeó nerviosa y miró a Saimon, justo antes de alzar su mano izquierda frente a todos, abierta de par en par, como los primeros rayos del sol de la mañana. No hizo falta decir nada más. Porque incluso Jesusa pudo ver aquel anillo, de oro y con la forma de dos delfines unidos por una cola inexistente y ensamblados por las cabezas, con dos diminutas piedras haciendo las veces de ojos.

Todos, sin excepción, enmudecieron. Y fue tal el silencio que anegó de repente el salón, que el sonido que produjo la cucharilla del café golpeando contra el plato, cuando Saimon la dejó encima, retumbó en las paredes como el grito agudo de una soprano, de esas que dan los buenos días y a su interlocutor se le agrietan los dientes. El joven abrió los ojos, alzó las cejas y se encogió de hombros. Luego quiso coger de nuevo la taza para finiquitar su contenido, pero desechó la idea por miedo a morir fusilado, o degollado o abotargado por las ininteligibles historias de aquella anciana incansable.

Manuel fue el primero en reaccionar, apoyando los codos en la mesa y frotándose la frente con la punta de los dedos. Marta le siguió, disparando un dardo cargado de reproche a su hermana, acompañado de un «Tíaaa. Ya te vale».

—No quería que se lo chivaras a nadie —se apresuró a explicarle Mina.

—Agradezco la confianza depositada. Os casaréis aquí, ¿no? ¿O crees que la abuela sobreviviría a un viaje en avión, o el avión a un viaje con la abuela? —Las palabras de Marta fueron cortantes. Mina quiso responder que

ya lo había pensado, y que la boda sería en España, pero la tensión del momento le hizo dudar, y Laura se le adelantó.

—¿Y este muchacho encontrará trabajo, con esa lengua de trapo que tiene?

Manuel agachó la cabeza y los dedos que antes rascaban su frente se pasearon ahora lentamente por la superficie de su pelo. Después la levantó y aspiró por la nariz, mientras la miraba fijamente diciéndole muchas cosas. Mina sostuvo cuanto pudo su mirada, y finalmente la hundió en el fondo de su manzanilla.

—Mamá...

—Ya hablaremos de todo eso más adelante —le interrumpió papá—. Ahora prefiero que me digas si eres consciente de los años que tienes.

—Saimon y yo nos queremos, papá. Debería bastarte.

En medio de aquel ensordecedor silencio que entre frase y frase aparecía, llenándolo todo para desaparecer y volver de nuevo apenas unos segundos más tarde, Sam pudo escuchar el extraño sonido que produce un corazón al romperse. El suyo sonó como la tela de un tambor, de esos que se fabrican con la piel de algún animal, al desgarrarse. Luego, una especie de frío se esparció por su pecho y un pinchazo lento pero constante se sentó cómodamente en su esternón. Las orejas le ardieron y las manos le sudaron. Disimuladamente se las secó en los pantalones y guardó silencio, atento a cuanto sucedía, como un niño asustado en medio de una conversación de adultos. Y la lágrima que escapó furtiva de los ojos de una Rita callada y con la cabeza gacha a su lado, pasó completamente desapercibida para un Sam, que no fue capaz de articular palabra ni de componer un gesto en donde poder ocultar tanta aflicción, mientras duró aquella singular tertulia.

—No has respondido a mi pregunta —le recriminó su padre.

—Ya sabes los años que tengo.

—Me gustaría que me lo dijese tú, si no es mucho pedir.

Mina arrugó el gesto y resopló molesta. Después chasqueó la lengua y contestó.

—Casi veinte.

—Diecinueve —le corrigió Manuel

—Voy a cumplir veinte —insistió Mina.

—¿Y mi pregunta ha sido cuántos tienes, o cuántos vas a cumplir?

—Soy mayor de edad.

—Claro que sí. Ahora puedes conducir y votar. Puedes tomar tus propias

decisiones y hasta puedes casarte siendo apenas una niña. Lo que no puedes hacer es razonar como un adulto, porque aún no lo eres. Las decisiones que tomes ahora marcarán el resto de tu vida. —Levantó la mano y señaló a Saimon, que con suma prudencia sorbía los últimos tragos de su café—. Podéis vivir juntos. Deja que pase el tiempo y actúa conforme a la edad que tienes.

—¿Qué tiene de malo casarme?

—¿Qué tiene de malo esperar? Si los dos os queréis, la vida es muy larga y tendréis mucho tiempo para disfrutarla juntos. Las prisas no son buenas, cariño.

—Viviréis aquí, ¿¿¿NO??? —Laura rugió, como si alguien le hubiese soltado un bofetón en la cara, despertándola de sopetón.

—Mamá... —Mina se rascó la sien, nerviosa.

—Ni mamá, ni *momó*, ni *memé*, ¡¡ni *mumú*!! Te fuiste para aprender inglés y ya lo hablas perfectamente. Y aquí el *james bond* este no sabe ni dar los buenos días en cristiano sin parecer el monstruo de las galletas. Así es que... ¡¡A mí no me vengas con cuentos, ¿eh?!! Oh, Dios mío, Lola —sollozó súbitamente, ocultando su cara entre las manos—. Mi querida Lola. ¿Dónde estás?

—Joder, mamá... —Mina protestó y sintió el dolor que nace cuando un nudo de tristeza se forma en la garganta.

—¡¡No me digas «Joder, ¡mamá!»!!, dime: «Tranquila, mamá. Viviremos aquí». ¡¡No quiero escuchar otra cosa!!

—Basta, Laura. —Manuel y su santa paciencia volvieron al terreno de juego para tratar de instaurar la paz—. Poniéndote así no vas a conseguir nada.

Laura giró el cuello tan bruscamente que hasta pareció crujir, y le miró con cara de estar a punto de arrancarle la tráquea.

—¿Conseguisteis tú y tu imperturbable entereza que no se marchase a Londres? —le espetó, arrastrando cada palabra con una calma que daba escalofríos.

—Vuestras reacciones no son vinculantes, mamá —se adelantó Mina—. No afectan a mis decisiones.

—Tus decisiones, en cambio, sí nos afectan a nosotros —replicó papá.

Mina bufó, con fastidio.

—No será para tanto.

—Bueno... eso depende.

—¿De qué?

—De lo que te importe hacer daño a los tuyos.

—Intentas chantajearme emocionalmente —protestó.

—Intento que no te precipites, cariño. Hagas lo que hagas, siempre estaremos contigo. Si decides casarte en Inglaterra, tu familia viajará hasta donde estés, aunque tengamos que acudir nadando. Y te querríamos igual, incluso si tú dejases de querernos.

—Yo nunca dejaré de quereros —aclaró la joven, con labios temblorosos.

Entonces Manuel la miró a los ojos, muy fijamente y con las cejas intentando juntarse por encima del tabique nasal, y parpadeó un par de veces antes de hablar.

—Eso espero, Mina... Eso espero.

Y hasta ahí llegó aquella singular tertulia. Laura intentó añadir alguna de sus previsibles quejas, pero apenas venían con fuelle, y Manuel solo tuvo que observarla con una de aquellas miradas que empleaba cuando quería decir cosas sin pronunciar palabra. Le dijo: «¿Para qué?», con sus ojos tristes repletos de esa clase de sabiduría que solo se adquiere con el transcurrir del tiempo. Mañana lo intentaría de nuevo, y cada una de las siete mañanas que le quedaban por delante para estar con su hija, antes de que el inglés y su anillo de delfines se la arrancasen del alma una vez más. Pero ahora era tiempo de felicitar. De abrazar y desear suerte, con palabras sinceras y promesas de esperanza. Ahora tocaba estar con los suyos para poder añorar, sentado en el sofá de su despacho de gran abogado muchos años después, aquel día en que la pequeña Mina les anunció su boda con el inglés que nunca les entendió.

Y Manuel lo hizo. Cada mañana de las siete que Mina y Saimon pasaron en casa, entró en la cocina mientras ella desayunaba, y trató en vano de hacer entrar en razón a una jovencita que nació con un brazo firme que nada ni nadie jamás torció.

Pero Sam y Rita se habían roto, individual y colectivamente, como una delicada figurita de cristal que, sin querer, alguien empujó un día al pasar. El muchacho cambió de humor en aquel instante y se le agrió el carácter, como la leche en un plato puesta al sol durante demasiado tiempo. Apenas habló en toda la semana, ni prestó atención a la callada muerte que lentamente se apoderó del dulce rostro de Rita. No la vio desfallecer de pena, ni llorar tanto por dentro que ni lágrimas pudo sacar de sus ojos secos de vida, porque Sam murió aquel día cuando, sentado en el sofá de piel marrón junto a su hermano, desvencijados como dos pollos recién salidos de la lavadora y dos pinochas

adornando su pelo a modo de peineta, le juró que jamás la tocaría.

Y la pobre muchacha esperó, con el alma marchita y su carita de niña buena convertida en un guiñapo de papel viejo, arrugado y pisoteado mil veces, hasta que Mina se marchase para poder hacer lo que supo que haría, desde que su corazón le contó toda la verdad. Y la última noche, cuando por fin cenaban los dos solos en casa, le miró a través del diminuto charquito que se había formado en el interior de sus párpados, apretó los puños, respiró profundo y le dijo: «Mi amor... creo que me he ganado el derecho a saber».

Va siendo hora de comer algo. Marta no ha vuelto a entrar en la habitación hasta que Sam no ha salido a buscarla, por no interrumpir el momento de imperiosa necesidad que su hermano tenía de estar a solas con ella. Y ha tardado tanto que ha acabado sentada en el suelo y ha terminado el libro que de nada le ha servido, pues sus esperanzas siguen siendo las mismas que antes de gastarse veintitrés con noventa y nueve por él. Bajará a comprarse otro, pero esta vez invertirá su dinero en algo más provechoso. Uno de esos de misterio o de tensión inquietante que la obligue a no querer abandonar sus páginas, más que para comer o charlar con mamá cuando venga que, por cierto, debe ser dentro de poco por las horas que son. Y no es que Marta no tenga esperanzas en que Mina salga de esta, de una u otra forma. Es que hoy no tiene más de las que tenía hace un par de días. De hecho, Marta es de las que fluctúa bastante entre *lo logrará, no lo logrará*. Lo que pasa es que, cuando piensa en que no lo hará, trata de recordarla como era desde que nació y hasta hace apenas dos semanas, y entonces una esperanzadora convicción acude de pronto a engrasar de nuevo sus ánimos.

Mina es cabezona a un nivel insultante y más terca que esas moscas que se posan una y mil veces en los culos de los burros, aunque el rabo las espante de manera mecánica y constante. Por eso Marta la visualiza empujando desde dentro. Palpando incansable con sus manos ciegas en busca de una salida, envuelta en una especie de placenta irrompible para todos menos para ella. Y si está en alguna parte, donde sea y del tamaño que sea, Mina dará con ella y se abrirá paso a golpes, arañazos, mordiscos y algún que otro insulto. Y aunque a menudo la realidad le grita que el estado de Mina ya no depende de su portentosa testarudez, Marta piensa que la fe debe estar ahí para algo. Que ella no la ha inventado. Le vino de serie y, sirva o no, no pasará su vida pensando si hubiese valido la pena intentarlo. Ni tiene otra cosa mejor que

hacer, ni intención de hacer otra cosa mejor, que imaginar a su hermana con los ojos abiertos.

Las tres y veintisiete. Sam abre la puerta y agacha la cabeza, en un intento frustrado por esconder la hinchazón de sus ojos. Si al menos hubiese estado de pie, pero Marta está sentada en el punto exacto que le confiere una vista privilegiada del rostro de Sam, y su nariz colorada de haber llorado de golpe las lágrimas de mucho tiempo acumuladas. Pero no dice nada, porque de muy buena tinta sabe cómo se las gasta su hermano, y porque de sobra conoce el motivo de su amargura. Así es que permanece quieta y a la espera de ver qué hace Sam, en silencio y disimulando que lee la contraportada del libro inservible.

Sam la mira de soslayo y camina en dirección a la cafetería, porque ha decidido que morir de hambre no la salvará. Que si despierta y lo ve así tal vez sea él quien acabe en una camilla, y que si muere será mejor que le pille con fuerzas o en breve se irá detrás. Que la idea de terminar en una camilla no le desagrada del todo, pero lo de depender de alguien, o lo de tener que aguantar los *ay dios míos* de mamá o los *mira que estás tonto* de Marta, le produce tal repelús que le dan ganas de alimentarse a mandíbula batiente y seguir comiendo después. Así pues enfila sus pasos, con las manos en los bolsillos y los mismos hombros caídos de los últimos días, mientras ella le ve marchar. Pero esta vez, y para sorpresa de su pasmada hermana, unos metros más adelante se vuelve y dice: «¿Vienes a comer?», haciendo un gesto con la cabeza, muy parecido al que hace cuando quiere que *Lois* vaya tras él. Y Marta se incorpora de un salto y va tras él, tan contenta que el rabo se le mueve por dentro y apenas le pican las pulgas. En menos de dos segundos le alcanza y camina a su lado, sin darse cuenta que acaba de olvidar el libro inútil abandonado en el suelo. Tiene ganas de dar saltitos. Al menos Sam parece haber vuelto o parece que al menos quiere intentarlo. Pero ¿querrá también hablar? ¿Debe intentarlo o es mejor dejar que sea él quien lo haga? ¿Le da unos minutos y si ve que no se lanza ella? ¿O se lanza y que venga por donde quiera? A la mierda.

—¿Cómo está *Lois*?

—Muy bien. Tendrías que haberla visto cuando he entrado en casa.

—Se habrá vuelto loca.

—Daba mucha pena.

—Imagino. ¿Y la abuela?

—Me ha pedido un cigarro.

—¿En serio?

—Es la mejor.

—Pues sí. Tendríamos que escribir un libro con sus historias. Si alguno de nosotrosuviésemos el don de la literatura...

—Con eso se nace. Quién sabe.

Sus voces desaparecen al fondo del pasillo cuando Sam y Marta giran a la derecha, camino de la cafetería, enredados en una de esas conversaciones que no pretenden llegar a ningún sitio ni ansían aclarar profundos dilemas sentimentales, políticos o económicos. Una cháchara insustancial entre hermanos, de las que curan heridas y ensanchan el alma.

Cinco minutos más tarde, alguien pasará por allí y recogerá el libro abandonado del frío suelo, porque el destino ha querido que el dinero de Marta no haya sido gastado en vano. Petra tiene a su nieto en coma, con diez años y una barandilla mal atornillada en un segundo piso junto al mar. La pena consume cada aliento que exhala de su boca. Y ella aún no sabe que su nieto morirá, dentro de once días, dos horas y catorce minutos. Pero desde ahora, y hasta el momento en que su corazón se detenga para siempre, Petra soñará que todo es posible. Once días son mejor que nada.

Laura acude a la cafetería cuando faltan dos minutos para las cuatro. Ha subido a la habitación, pero la enfermera ha llegado en el mismo momento y muy amable le ha dicho lo que ella ya se sabe de memoria. Durante la hora del baño todo el mundo ha de estar fuera.

No pasa nada. Ha entrado como una exhalación, le ha dado un beso en la frente, otro en la mejilla, le ha dicho: «Enseguida vuelvo contigo, cariño», y se ha marchado en busca de sus hijos. Y cuando entra en la cafetería una ola de calor de hogar acaricia su piel, al ver a los chicos hablando entre ellos de aquella manera que a ella tanto le gusta, porque pocas cosas hacen tan feliz a una madre como ver a sus polluelos juntos y bien avenidos. La alegría atiborra de aire sus pulmones, oxigenando a su paso músculos hartos tiempo contraídos, tendones tirantes en exceso, y vísceras resecaadas de tanto aguantar la respiración. Descubre entonces el dolor acumulado, cuando su cuerpo se relaja de pronto y hasta las arterias parecen crujir en su interior, como cuando un eterno pitido se detiene de repente después de mucho tiempo aullando en el oído. Por primera vez en casi dos semanas tiene ganas de llorar de alegría. Y aunque en realidad no sea cierto, porque lo que le pasa a Laura es que el corazón le grita que en esa mesa falta uno, ella mira hacia otro lado, por miedo

a que el llanto le fastidie lo único bueno que acaba de traerle la vida. Así es que se acerca hasta la mesa, les besa a ambos, se sienta y charla insustancialmente con ellos de temas banales que curan heridas y ensanchan el alma.

Sam se come un bocadillo de lomo con queso, Marta un sándwich vegetal porque quiere quitarse las cartucheras de encima, y Laura un café con leche porque viene comida de casa. Y cuando terminan abandonan la cafetería los tres juntos, y juntos caminan hacia las escaleras, aunque mamá hubiese preferido subir en ascensor, pero no dice nada porque subiría haciendo el pino con tal de verles siempre así.

Y a punto de salir del pasillo y entrar en el *hall* de donde nacen las escaleras, Sam detecta a lo lejos una figura conocida. Entorna los ojos para enfocar bien y descubre a la mujer atractiva de esta mañana. La de los andares elegantes que se asustó al verle mientras estaba con Manuel en la puerta de la habitación de Mina. La mujer viene directa hacia él, acompañada por un hombre con el que charla de algo que parece importante, sin advertir su presencia. Sam se excusa diciendo que quiere ir al lavabo, y Marta y su madre continúan su camino.

Se apoya disimuladamente en la pared y les observa venir. La mujer le ve primero y, para su sorpresa, esta golpea a su acompañante con el codo, advirtiéndole de algo, y cuando el hombre levanta la vista y le ve, va y pone la misma cara que puso ella en su último encuentro. Y para rematar lo surrealista del tema, la cara del tipo también le suena. Sam les mira, con descaro y los ojos abiertos como ruedas de camión, mientras pasan por delante de él con ridículo disimulo, hasta que su expresión de monumental interrogante les pierde a lo lejos. Después parpadea unas cuantas veces y menea la cabeza, antes de apresurarse a subir las escaleras.

Marta y Laura están a punto de llegar a la tercera planta cuando las alcanza. Y cuando Laura dice: «¿Ya?», a Sam le atraviesa de lado a lado la respuesta a la pregunta que le ha acompañado mientras subía las escaleras, y que hubiese desaparecido nada más volver a ver a Mina. La atractiva mujer y su amigo son el borracho al que salvó de morir por esparcimiento de sesos, durante su paseo de anoche, y la guapa y hortera señorita que vino a recogerle mientras charlaba de cosas que él no entendía, porque el hombre le hablaba en un ebrio muy cerrado. ¿Por qué parecían asustarse cada vez que le veían? ¿Le habría dicho aquel tipo algo importante, y temía que pudiese utilizarlo en su contra? Y ¿Por qué aquella mujer vestía tan distinta a la noche anterior? En fin.

Preguntas sin respuesta que han dejado de ser importantes, porque Sam acaba de quitarse de encima el interrogante que le pellizca en la barriga cada vez que la ve. A partir de aquí, si quieren algo que pregunten.

Laura le está contando a su hija lo de la visita al veterinario de *Lois*. Resulta que no era alergia a una planta, sino a alguna clase de oruga con la que estuvo jugando el otro día mientras paseaba con Rita. Marta pone los ojos en blanco sin que nadie la vea porque Sam le ha mentado, probablemente para que le dejase en paz. Pero como está segura de que no se lo piensa tener en cuenta, continúa escuchando a mamá y asintiendo a todo cuanto dice.

Las cuatro y treinta y nueve.

Enfilan el pasillo que llevan recorriendo desde hace trece días, dieciséis horas y once minutos, sin saber que esta va a ser la última vez que lo hagan. Esas cosas no se saben, claro. De lo contrario la gente dejaría de moverse. Por ejemplo, en este instante en el que, al aproximarse a la habitación donde Mina duerme sin descanso, encuentran la puerta abierta. Si lo hubiesen sabido, tal vez nunca se habrían acercado hasta allí, para no verla vacía y sin vida. Sin Mina y sin la cama que pacientemente sostenía su cuerpo, desde que un camión cambió de carril sin mirar. Los cables del monitor colgando sin ganas del aparato, y un aterrador silencio que estalla en sus oídos al atravesar la puerta de un lugar que de repente se les antoja completamente yermo. Muerto y sin restos del espíritu vagante que debería haber quedado entre sus muros durante un tiempo, como manda el reglamento del buen cine.

Pero Mina no está. Se ha marchado para siempre y ni un trocito de alma perdida les ha dejado donde poder agarrarse para intentar anclarla. Ha tomado su decisión y se ha escapado por la puerta de atrás, tras comprobar que Sam va a poder vivir sin ella. Que es capaz de avanzar y que tirará hacia adelante, aunque él ahora no lo sepa. Se ha marchado porque ha conseguido besarla y a lo mejor ella lo ha confundido con una despedida.

Laura es la primera en entrar, tan blanca como la harina con la que esta mañana ha rebozado el pollo, mientras soñaba con verla comer pechugas empanadas dentro de poco. Con el rostro descompuesto y el terror más sádico al que un ser humano es capaz de enfrentarse para rogar estar muerto. No siente su corazón y camina despacio, como si alguien fuese a aparecer detrás de una esquina para darle un susto y decirle: «¡Es una broma, mujer!». Marta camina pegada a ella, concentrada en intentar mantener la cordura que en

apenas unos instantes desaparecerá de allí, como el cuerpo de Mina y su vida llena de historias que ya no pasarán. Aguantan la respiración. Mantienen su aliento amarrado en un rincón muy frío, por miedo a soltarlo y que venga acompañado de un punto y final. ¿Ya está? ¿Esto es todo? ¿Así es como termina esta historia?

Pues sí. Porque la vida de las personas nunca acaba al estilo Hollywood. La gente no despierta de un coma para despedirse de sus seres queridos. No abren los ojos para confesar secretos escondidos ni entregar claves de infinitos dígitos que solo ellos recuerdan. La gente se muere y punto. Y lo hacen en un instante. Y si tú no estás allí, y en tu lugar había una enfermera que nada tenía que ver con ella ni con ninguno de vosotros, pues lo siento chico. La vida es esto.

Sam aún no se ha atrevido a entrar. Desde el punto en donde se encuentra, solo alcanza a ver las caras descompuestas de Marta y Laura, mientras miran hacia donde debería estar Mina, con los ojos muy abiertos, como si esperasen verla aparecer de un momento a otro. Se le han paralizado las piernas. Es muy probable que de rodillas para arriba no sienta nada. La respiración se le entrecorta por momentos y ni siquiera ha compuesto todavía una mueca capaz de definir lo que en este momento está sintiendo. Mareo. El bocadillo de lomo con queso pretende abandonar cuanto antes aquel lugar que a punto está de quedarse sin vida. No quiere formar parte de eso ni quiere tener que soportar el dolor que se anuncia desde los entresijos del malherido cuerpo del muchacho.

Tiene que verlo. Sam camina dos pasos y penetra en la habitación de su niña, con las rodillas temblando como dos flanes y el rostro congelado, porque el miedo se le ha llevado el calor a otra parte. Las manos también le tiemblan ahora y el estómago empieza a convulsionar, cuando logra ver con sus propios ojos el sombrío y apocalíptico vacío que ocupa el lugar donde antes descansaba Mina. Se le nubla la vista. Solo alcanza a ver a mamá, mirándole con los ojos del miedo y alargando los brazos hacia él. Se acabó todo. Laura abraza a su hijo y Sam se acurruca bajo su amparo, y estalla en un horrible llanto que lo impregna todo. Lloro como un niño. Como cuando era un bebé y una noche despertó enredado en la peor de las pesadillas. Lloro temblando. Agonizando bajo el frío de la más horrible de todas las evidencias. A partir de hoy, solo queda morir. Y grita: «¡¡¡Mamá!!! ¡¡¡Mamá!!!», envuelto entre los brazos de una Laura herida de muerte, que mira a su hija suplicando ayuda con los ojos. Marta corre en su auxilio, y los rodea a ambos para llorar junto a

ellos.

Y Sam sigue gritando: «¡¡¡Mi niña se ha ido, mamá!!! ¡¡¡Mi niña se ha ido!!!», entre espasmos de agonía y convulsiones de estómago. Apenas tiene tiempo de separarse de Laura. Como un animal herido, se abalanza contra la puerta del lavabo y la empuja, justo antes de desterrar de su cuerpo el bocadillo de lomo con queso junto con la botella de agua, y los restos de la poca esperanza que con tanto mimo atesoraba en un rincón. El primer embiste cubre el suelo, porque no ha tenido tiempo de alcanzar la taza. Para el segundo, apoya las manos a los lados del retrete y allí mismo vacía su estómago por completo. Después se arrodilla en el suelo, y de nuevo se deja arrastrar por el llanto.

Laura y Marta le miran desde el pasillo, sollozando y abrazadas entre sí, cuando una enfermera con cara de haber corrido mucho y desde muy lejos, irrumpe en la habitación y dice:

—¿Familia Gutiérrez?

13. DOS AÑOS, SIETE MESES, DIECINUEVE DÍAS

Se lo contó todo. Sam rompió el silencio que durante tanto tiempo le oprimió su voluntad, condenándole a vivir una vida que él jamás hubiese escogido. Y aunque a la dulce Rita la quiso y mucho, el amor con mayúsculas siempre fue de Mina. Con ella soñó desde que la vio crecer y soñaría con ella mientras tuviese aliento. Luchando por sacarla de su mente, cada vez que lo intentó solo consiguió arrancarse un trozo de piel, que venía tatuada con retazos de su nombre.

Encorvado y sin apenas poder mirarla a la cara, el muchacho le habló de su promesa, y de la tarde en que todo sucedió. Cómo chocaron sus manos, jurando que las chicas siempre serían hermanas, y cómo el destino quiso llevarse a David consigo, apenas un par de meses después, obligándole a cumplir su palabra. Le contó que su amor por ella, a veces creció hasta intentar enfrentarse a su conciencia, pero el miedo a defraudar su recuerdo siempre logró detenerle. Si lo intentaban y salía bien, tal vez pudiese vivir con ello. Pero si le hacía daño jamás se lo perdonaría. Si Mina perdía la única familia que tenía por su culpa, entonces Sam sería un traidor. Un Judas que habría vendido su alma por rozar la piel prohibida, desterrando el deseo enfermizo que se agolpaba entre sus tripas.

Y Rita le escuchó, atenta y sin apenas poder respirar, porque la tráquea se le hizo un nudo y por allí no volvió a pasar la vida hasta mucho tiempo después. Pero ella era más buena que el pan de la primera hornada del día, y si algo tuvo claro, desde el momento en que el joven inglés puso un pie en casa de los Gutiérrez, provocando que Sam cantase como el coro de una iglesia, fue que allí poco pintaba ya. Así es que le miró, con los ojos secos y el rostro disfrazado de falsa serenidad y fingida determinación, y habló.

—Tú eres tonto —dijo—. No pongas esa cara que no me das pena. Voy a intentar comprender lo de tu promesa, solo porque tú ya sabes que de no haber pasado lo del accidente, el que David se hubiese liado con Marta, o tú con Mina, hubiese sido algo normal e incluso comprensible. Pero David murió y lo que en un principio debería haber sido una tontería de adolescentes, se convirtió en *tu última promesa* —matizó elevando las manos, como si quisiera dibujar las palabras para siempre en el aire—. Y eso está muy bien. No me malinterpretes, cariño. Pero la realidad es que lo único que has conseguido es

que Mina se vaya, y de momento la cosa tiene pinta de ir para largo. Por quererla como a una hermana, la has apartado de todos. Negando lo evidente la has echado de casa, de tu familia y hasta de su país —sonrió con sorna—. Tu amigo debe estar retorciéndose en su tumba. Qué manera más tonta de alejarla de su familia, qué absurdo tan grande tratar de negar tus sentimientos, y si no te hubiese querido tanto... qué injusto haberme hecho perder el tiempo.

—Rita... —Sam suplicó con la mirada.

—Cállate —le interrumpió ella—. Ya sé que me quieres, tonto. Y siempre he sabido que Mina nunca fue una hermana para ti. Esas cosas se notan en los ojos, Sam. ¿Crees que no lo veía? Pero la pregunta que a ti te consume es otra. ¿Lo sabrá David? ¿Cómo le explicas a alguien que ya no está, que lo que tú sientes es grande y verdadero? ¿Que eso no lo puedes saber? Pues como todo el mundo, chico. El estigma de un hermano muerto no te concede el derecho a saber. Preguntas tendrás muchas y otras cuantas que te quedan. La que yo me hago después de escucharte es otra. De entre todos los hombres del mundo, ¿no preferiré que seas tú quien cuide de ella? Yo estaría gritando. ¿He dicho gritando? Estaría dando patadas a mi ataúd. Que se va, imbécil —después guardó silencio, con las húmedas pupilas apuntándole directas, casi desafiantes, y finalmente concluyó—. Si es que no se ha ido ya.

No pudo responder. Sam la había escuchado, atentamente y con el tenedor vacío en la mano derecha, sin poder dejar de mirarla, avergonzado hasta de respirar. Y Rita le devolvía la mirada, luciendo una expresión que mezclaba altas dosis de incredulidad con un buen puñado de comprensión. De veras le entendía. Aunque su reprimenda hubiese sonado a todo lo contrario, la muchacha podía ver su pena. Los barrotes de la jaula que él mismo levantó a su alrededor, por no enfrentarse al conflicto moral que se presentaba ante sus ojos. ¿Cómo se incumple la palabra dada a quien su condición de difunto lo sitúa en el inaccesible trono de la inmortal lejanía? Millones de veces pensó que su promesa pudo no ser más que una rabieta de adolescente, dada en el peor momento de todos. Pero mirar hacia otro lado, y hacer como si aquella tarde nunca hubiese existido, le situaba a él en el detestable trono de los traidores.

Era cierto. Sam había sido el único responsable de que Mina fuese a casarse con un hombre que la alejaría de su familia para siempre. Mejor o peor, de haberlo intentado, y suponiendo que la cosa no hubiese salido bien, tal vez el resultado habría sido distinto. Tal vez a Mina se le hubiese quitado la tontería de la cabeza, y tal vez él hubiese acabado arrepintiéndose de sus

actos de por vida. Pero de haberse equivocado, de haberla cagado y haber roto su promesa, puede que Mina no se hubiese marchado. De haber sido un traidor, quizás otro gallo hubiese cantado.

—Me voy a dormir —Rita le interrumpió de repente, difuminando el hilo de sus pensamientos, como el humo de un cigarro tras recibir un manotazo.

—No te vayas, Rita —le pidió Sam—. Necesito que sepas muchas cosas.

—Ya no quiero saber nada más —respondió, al tiempo que se incorporaba de su silla y caminaba hacia él—. Mañana me iré. —Cuando llegó a su altura se inclinó para besarle. Un beso sincero y preñado de pena. Después se incorporó de nuevo y le miró desde arriba—. No me llevaré nada. Ya volveré cuando no estés.

Y se fue. Rita se fue para siempre mientras Sam la veía marchar, con la mirada perdida en sus pasos y el tenedor vacío sujeto sin ganas en su mano derecha. Y así se quedó hasta que, tal vez una hora más tarde, el hocico de *Lois* se apoyó en su rodilla, provocando que sus dedos casi dormidos liberasen el objeto, que se estrelló contra el plato, despertándole de su amargo ensueño.

Aquella noche no durmió con ella. Pensó que Rita preferiría estar sola, o acompañada pero sin él. Por eso recogió la mesa, encendió la tele y se acostó en el sofá, a mirarla sin verla y a soñar que no había sido él, el responsable de tanto daño.

Y Rita hubiese dormido con él, en vez de pasar la noche entera llorando, porque su ingenua voluntad todavía fantaseaba con sentir su abrazo rodeándola por la espalda. Y le esperó, incansable y acurrucada como un girón de amargura, hasta que su pena fue tan grande que ya no pudo con ella. Sigilosamente se levantó, a las seis menos cuarto de la madrugada, y agazapada como un preso en plena huida de la prisión, abandonó el que había sido su hogar, para no volver jamás.

Durante los días que vinieron, Sam intentó hablar con ella en varias ocasiones. Pero Rita terminó enviándole una carta para pedirle distancia. Le dijo que verle le haría daño y que siempre serían amigos, pero más adelante, cuando la cicatriz solo fuese un dulce recuerdo del pasado. Esa marca que genera sonrisas cuando se toca, porque el tiempo se ocupó de encerrar en ella todo lo bueno, desterrando lo malo, si no de la memoria, sí del corazón. De modo que a Sam no le quedó más opción que dedicarse de lleno a asumir su culpa. Y buscando logró componer un montoncito ciertamente importante, con tal vez algo de peso extra, pero sin duda bien merecido. Y quince días de

autocríticas más tarde lo decidió. Había llegado la hora de arreglar sus destrozos.

Tarde gris, bajo un cielo desabrido y cubierto por la misma manta de siempre. La nube inquilina que lo ocupaba todo con su sempiterna cara de pocos amigos, desde el día en que juró fidelidad a la Corona. Los granates rayos del sol amenazaban con pintar el cosmos tras el horizonte y las calles respiraban tranquilas de transeúntes.

Bajó a comprar pan de molde. El supermercado de Lewisham vendía de toda clase y tamaños. Este pequeño detalle era una de las pocas cosas por las que prefería estar allí. La infinitamente desproporcionada diferencia en variedad de productos para el consumidor con respecto a la madre patria. Y no es que Londres no tuviese motivos suficientes por los que presumir frente a España, aparte de esto. Pero el sol de su tierra natal, de un soplido y sin despeinarse, los arrastraba todos hasta el contenedor más cercano y luego se marchaba de allí, con insolente sonrisa y la cabeza bien alta. Cualquiera que haya nacido en España, sabe cuánto calienta el sol en su tierra. Por eso es necesario disponer de un par de capacidades para añadir en el currículum del viajante: tener la habilidad de acostumbrarse a nuevos lugares y encontrar personas que le sirvan a uno de ancla. Mina caminaba y se manejaba con el desparpajo y la seguridad que la caracterizaban, puede que incluso antes de aprender el idioma. Era fácil. Solo tenía que sonreír, y sus bonitos hoyuelos se encargaban de todo. Nadie podía juzgarla por algo con lo que había nacido.

Compró pan del grande y un guante especial para arrastrar el pelo de *Isabel Pantoja*. En la caja ponía que el animal dejaría de impregnarlo todo a su paso y que su dueño respiraría tranquilo, porque nunca más tendría que tragar pelusa gatuna. Le pareció una buena idea y hacía tiempo que lo tenía en mente. Se prepararía un buen sándwich de pavo con tomate y queso en lonchas, y luego pondría a prueba su nueva adquisición.

Caminaba sumergida en el habitual mundo de colores que ella misma había personalizado a su medida. En poco más de un año, Saimon terminaría sus estudios y ella se convertiría en la señora Davies. Viviría en una bonita casa de estilo colonial y la vida le sonreiría para siempre, porque bastante llanto le había dado ya. Y se amarían por siempre y su amor nunca se gastaría, porque el amor cuando es de verdad ni se destruye ni desaparece. Un par de veces al año viajaría a España, y al menos un mes lo pasaría en casa con los

suyos en cada visita. Sonaba todo muy inglés. A veces tanto que le parecía sentir un suave rechinar entre los dientes. Pero luego cobraba conciencia de su propia cabezonería, y se visualizaba españolizándolo todo a su alrededor. A saber: pues pasar algún verano entero con la familia, y que Saimon fuese y viniese, decorar su casa lo más parecida posible a la de mamá, hacerse con un cargamento de ambientador del de allí para que su vida oliese a hogar, o cocinar arroz con bacalao todos los domingos. No. Eso era solo suyo. Solo de su familia. Pero todo lo demás sonaba bastante bien. Sin olvidar que su amor nunca se gastaría, porque el amor cuando es de verdad ni se destruye ni desaparece. Y con mucha suerte, si conseguían meter a la abuela en un avión sin que nadie sufriese ningún daño, también podrían venir ellos alguna temporada o alguna quincena de sus vacaciones. Se haría amiga de Rita. Porque ahora todo había pasado, y ella era lo mejor que podía pasarle a Sam. Sonrió un poco para sus adentros. Ella y Sam. ¿Cuánto tiempo hubiesen aguantado juntos? Si como hermanos las peleas eran de órdago, como pareja no quería ni pensarlo. Aunque un beso de consolación no le hubiese sobrado. Se suponía que de tanto soñarlo, debería haberse cumplido. Pero no pudo ser, porque Sam tenía la cabeza puesta en su sitio, y ahora ella era feliz con su amor indestructible.

Sacó las llaves del bolso al aproximarse a casa. Un edificio típico londinense, con su fila de escaleras a la entrada, flanqueadas por sendas balaustradas blancas. Se puso el guante de *Isabel Pantoja* bajo el brazo, y agarró la bolsa de pan de molde por una esquina. Y entonces deceleró el paso, cuando la figura de alguien sentado en las escaleras apareció paulatinamente frente a sus ojos, a unos veinte metros de distancia. Primero vio unos pies. Luego las correspondientes rodillas y un instante después, la mochila negra de deporte que tantas veces había visto en casa de mamá. Arrugó mucho el ceño y una pequeña mano invisible le asestó un ligero pellizco en el corazón. Entonces se detuvo y dejó de respirar durante unos segundos. Caminó dos pasos más y de nuevo se detuvo. Estaba a punto de ver su cara y un inesperado miedo a la desilusión conquistó súbitamente su estómago. Acababa de elevarse muchos metros por encima del suelo, y desde allí la caída sería monumental. Pero esos pies, esas zapatillas y esa mochila... No podía ser nadie más. Se lo dijo su corazón, y también el sentido común que tantas veces le había fallado. Tres pasos más y saldría de dudas. Solo faltaba atreverse a darlos y ser capaz de no llorar, en caso de decepción fortuita e inesperada. De lo primero, estaba segura, más pronto que tarde lo haría. De lo segundo, no

tanto.

Hinchó el pecho y alzó la cabeza, inspirando torpemente por su bonita nariz. Se mordió inconscientemente el labio inferior y dio tres pasos al frente, despacio y con el corazón en un puño. Y allí estaba. Sentado en mitad de las escaleras, con una gorra marrón oscura cubriéndole hasta casi la mitad de los ojos, la cabeza mirando al frente y los codos apoyados en un escalón a su espalda.

Dejó de respirar por completo. El guante se le cayó de debajo del brazo, porque su cuerpo se convirtió en una pasta blanda y gelatinosa en donde se podían colgar cosas a modo de perchero, pero imposible sujetarlas por voluntad propia. No se dio ni cuenta. Ni de cómo el guante cayó al suelo ni tampoco de los pasos que dio después, lentos y quizá levitando, hasta lograr alcanzarle. Un par de metros antes, Sam giró la cabeza y se percató de su presencia. Sonrió y alzó la frente para poder verla, por debajo de su visera.

—S... Sam... —apenas un hilo de voz salió de su boca.

—Hola, preciosa. —Sam se quitó la gorra, se pasó la mano por el pelo y bajó las escaleras—. ¿Qué pan es este? —dijo, mirándolo con fingido asco.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —Su corazón galopaba y saltaba, y bailaba salsa y sevillanas, a doscientas cincuenta revoluciones por minuto. Se le tenía que notar por encima de la camiseta. Era imposible que su pecho no reflejase por fuera semejante algarabío. *Preciosa*. La había llamado *preciosa*.

—Necesito hablar contigo. —Sonrió y rozó su mejilla con la punta de los dedos—. Te queda bien esta luz tan fea.

—Podrías haberme llamado, tonto. —Se le escapó una risilla de pava consumida. Sintió vergüenza y calor en los pómulos. Sam sonrió de nuevo, pero esta vez tan cerca que le temblaron las piernas.

—¿Ha pasado algo? —De repente se le ocurrió que, ante un hecho preocupante, nadie hubiese querido darle la noticia por teléfono.

—¿Cómo puedes vivir aquí? Solo en el aeropuerto hay más gente que en España —resopló y puso cara de agobio—. Qué país tan estresante.

—¿Has venido a decirme eso? —Mina le apremió con la mirada.

Sam la miró unos segundos, antes de responder.

—Sí.

Mina abrió los ojos y desplazó hacia atrás la barbilla. Sam carraspeó.

—No —confesó—. No he venido a decirte eso. Eso tú ya lo sabes.

—¿Entonces? —insistió la joven, intentando contener la alegría que se le escapaba por entre las comisuras de los labios, forzándolas a elevarse hacia

arriba de forma involuntaria.

—¿No piensas saludarme? —respondió el joven, levantando las manos en su dirección.

La muchacha guardó silencio un instante, mirándole como lo haría una adolescente frente a la imagen de su amor platónico. Y cuando ya no pudo aguantar más, soltó las riendas a su contenida sonrisa y la ensanchó hasta tensarla al máximo para, de un salto, colgarse de su cuello. Sam cerró los ojos y, agarrándola por la cintura, se apretó cuanto pudo contra su cuerpo. Respiró el aroma de su piel, escondiendo la nariz entre su pelo. Mina sintió temblar su ser al completo, como una gota de rocío justo antes de dejarse caer para siempre de la hoja que la sostiene. Un millón de bichos corretearon por su espalda, provocando un escalofrío que la hizo estremecer. No era la primera vez que Sam la abrazaba. Y aunque nunca pudo evitar sentir escalofríos, jamás le había sentido tan cerca. Nunca metió la nariz en el hueco de su cuello, ni se aferró a su cuerpo más de lo necesario, salvo cuando de pequeña ataba sus manos para acribillarla a cosquillas. Sus abrazos siempre fueron de hermano. Siempre justos y demasiado comedidos para que nadie le malinterpretase. Y siempre fueron sus brazos los encargados de alejarla, como un escrupuloso guardián de sus sentimientos.

Cerca de un minuto después, Mina quiso separarse de su cuerpo, porque había decidido no volver a agobiarle nunca más con sus tonterías de insoportable niña mimada, y en breve Sam encontraría el modo de recordarle que su vínculo familiar era lo más importante y todos esos rollos de siempre. Pero cuando quiso deshacer el nudo que sus manos habían formado alrededor de la nuca de Sam, este hundió aún más la cara en el hueco de su cuello y reforzó su abrazo, entrelazando con fuerza renovada los brazos que rodeaban su cintura. Y entonces Mina miró a la nada completamente aturdida, y su cuerpo se convirtió en agua. Lentamente entrecerró los ojos, con el blanco de sus pupilas asomando por la pequeña rendija que involuntariamente había dejado entreabierto. Un sutil gemido se escapó de su boca, cuando sus brazos volvieron a enredarse alrededor de su cuello, y su corazón golpeó con tanta fuerza que se mezcló con los potentes latidos que a borbotones manaban del pecho de Sam. La voz del amor más puro susurró atronador en su oído, suave como el reflejo de la luna sobre las aguas quietas del mar, poderosa como el influjo de su embravecida marea. Le dijo: «Mi niña, vuelve conmigo. Déjame amarte para siempre», y Mina flotó en el aire. Sus piernas dejaron de sostenerla y solo los brazos de Sam le impidieron caer redonda sobre el suelo

gris de Lewisham. Sam mordió suavemente su cuello y caminó con sus labios por la superficie de su cara, hasta alcanzar la barbilla. Abrió los ojos y mirando su boca, insistió una vez más.

—Vuelve, Mina —le rogó y después la miró a los ojos, tan cerca que la punta de su nariz la rozó sutilmente.

Quiso hablar. Quiso decirle que sí. Que no tendría ni siquiera que haber venido a buscarla. Que una llamada hubiese bastado para olvidarlo todo y correr veloz a su lado. Que tal vez estaba muerta, atropellada por un autobús cuando salió a comprar pan de molde y un guante para arrastrar el pelo de *Isabel Pantoja*. Quiso decirle que si eso era la muerte, ella ya no quería estar viva. Que ya no quería la vida si no era con él, y que le quiso desde el mismo instante en que respiró por vez primera, acurrucada entre sus brazos, tan pequeña y envuelta de tal modo en una manta, como uno de esos capullos de gusano que se guardaban en cajas de zapatos con agujeros en la tapa. Pero no pudo. Su corazón, y su estómago, y su piel y su vida entera se lo impidieron, colmándolo todo de un sentimiento tan grande, que enmudecía su voz y cegaba su cordura.

No fue necesario. Sam habló por los dos, zanjando cualquier posible duda, frente a sus ojos de niña enamorada, hasta más allá de lo inconcebible.

—Voy a besarte —dijo apenas en un susurro. Y Mina abrió los ojos, empujada por una mágica fuerza que brotó de su interior, como la vida en forma de rayos de luz cegadora. Sam agarró su cara, acunándola entre las manos y la miró—. Cásate conmigo, Mina —suplicó antes de rozar suavemente sus labios, para apartase de nuevo, como si no se atreviese a hacer lo que su cuerpo y su alma le habían exigido durante toda su existencia. Mina gimió de puro éxtasis. El simple roce de su boca superó con creces las miles de horas soñando con ello. Después volvió a reír, esta vez un poquito más pava. Le había pedido matrimonio. ¿En qué momento la había atropellado el autobús? ¿Había muerto antes de llegar al supermercado, o fue al salir? Mierda de ingleses y su estúpida manía de conducir al revés...

Sam se acercó de nuevo a su boca y respiró de su aliento. Se mordió el labio, a un centímetro del suyo, y después la besó una vez. Despacio. Se apartó, alzó la cabeza y cerró los ojos, como si quisiera dar gracias al cielo. Mina le observaba, completamente muda y a punto de echar a volar, con ojos inquietos e impacientes. Quería más. Ya se lo había dado. Así pues, entrelazó con más fuerza los brazos que cosían su cuello y le atrajo hacia ella para poder morir en su boca. Sam cerró los ojos con fuerza, como si le doliese

hasta la piel, y lentamente inclinó su cuello para devorar aquellos labios que habían sido su muerte, con la fuerza de todo el amor que guardaba dentro. Se besaron con rabia. Con hambre y con miedo. Se besaron como si nunca hubiesen besado. Como el recién nacido que respira por vez primera o el grito amordazado que aúlla en medio del silencio, tras ser liberado de su mortal condena. Se abrazaron tanto y con tanto amor que si el mundo hubiese sucumbido a su alrededor, Mina y Sam se hubiesen seguido amando.

Y en medio de la acera, a dos metros de la escalera que ascendía al portal de su casa, se dijeron *te quiero* mezclados con besos, se sonrieron con los ojos y se amaron con el alma, hasta que el cielo de toda Inglaterra cambió de color para alumbrar su amor, bajo la luz de una silenciosa y enamorada luna.

Pasaron la noche juntos. Y juntos rozaron la gloria con sus cuerpos desnudos. Y Sam besó hasta el último rincón de su piel, y Mina descubrió que el placer podía ser locura. Que antes moriría que permitir que otras manos la acariciasen, y que ningún beso, ninguna lengua y ninguna boca habían existido jamás. Que el éxtasis del amor que Sam guardaba para ella, nacía y moría con ellos, desde aquella noche... y hasta el resto de sus vidas.

Tres días más tarde, Mina y Sam regresaban a España cargados de maletas. Atrás quedó el bonito recuerdo de una vida pasada, un inglés rebuscando entre un puñado de escombros los restos maltrechos de su desmembrado corazón, y un enorme y peludo gato de nombre *Isabel Pantoja*.

Ocho meses, tres semanas y dos días después, una piedra mal colocada en medio del destino... arrojó su vida.

Las siete y cuarto de la mañana. Hace frío. O puede que no. La temperatura corporal suele *desincronizarse* de la real en momentos como este. Sam levanta la cabeza y busca con la mirada a la enfermera que acaba de hablar con su madre, para intentar averiguar algo a través de los gestos de su cara. Pero las enfermeras son como las azafatas de vuelo, que no cambian el semblante aunque el avión caiga directo al mar en tirabuzón, por no asustar al pasajero. Deben de sacarles la sangre en el último curso. Y si pretende deducir aún es peor. Porque la mujer lo mismo sonríe que al momento parece tener hambre, o ganas de ir al lavabo. Indescriptible e insondable. Exasperante.

La sanitaria se marcha y Laura se aleja por el pasillo en busca de una

botella de agua, porque acaba de llegar con Manuel y cualquiera al verla diría que ha venido corriendo detrás del coche. Roja como un tomate y con los pelos revueltos, como si se hubiese peinado a bofetones. Y papá ha venido conduciendo. Eso seguro. Lo dice ese porte tranquilo que eternamente le aísla del resto del mundo. Y aunque Manuel no está tranquilo, ni por asomo, un eficaz y siempre dispuesto sentido común le obliga a mantener el tipo, en cada lugar y situación. Y aún falta Marta. Pero mamá ha preferido que se quede con la abuela, porque en los últimos días ha desvariado más de la cuenta, que viene a ser algo desproporcionado considerando su natural estado. La semana pasada estuvo dos días enteros sin hablar y al tercero no quiso comer. Y la expresión de su cara es la misma de siempre, pero ahora parece que sus ojos han dejado de mirar. Ella los abre y sonrío como si quisiera excusarse ante quien sea que tenga en frente, pero no acierta a enfocar del todo. A ella parece darle igual, probablemente porque, junto con la vista también se están marchando los últimos vestigios de su flaquita conciencia. Hace tiempo que no cuenta historias y apenas se sienta ya en su silla del jardín. Y Laura la cuida como si fuese un bebé recién nacido, y todos la miman tanto que Jesusa no va a encontrar el momento de andar el último trecho. La última de sus aventuras.

Las siete y veinte. Sam mira su reloj y resopla, intentando desterrar de su garganta ese sabor amargo a nervios atrapados entre el pellejo y la carne. No lo consigue. Papá se acerca y se sienta a su lado. Le mira, aprieta los labios y golpea su espalda, con suavidad y firmeza. Sam responde con una medio sonrisa forzada y le saca un tema al azar, por ver si logra despejarse aunque sea un milímetro.

—¿Has hablado con el cliente?

—¿Los hermanos?

—¿Son hermanos?

Manuel asiente con la cabeza.

—Tenemos la vista el nueve de noviembre.

—¿Y cómo lo ves?

—Sin problema. El que va a dar guerra es el ferretero, con lo de las falsificaciones.

Sam abre la boca para decirle que si por él fuese no hubiesen trabajado con el ferretero, porque desde un principio algo en su mirada no le terminó de convencer, cuando la puerta de enfrente se abre de golpe. Los dos hombres se yerguen en sus asientos y enfocan toda su atención en esa dirección. Una enfermera, demasiado joven para el gusto de ambos, irrumpe como un

relámpago en el pasillo y les mira con circunspecta expresión. Después sonrío un tanto forzada y se va volando, sin darles tiempo a preguntar. Sam la observa marchar, con el gesto a medias de haberse levantado y vuelve de nuevo a su posición. Se inclina hacia delante y apoya los codos sobre sus rodillas, gira la cabeza y mira a su padre.

—¿Has visto su cara?

Manuel cierra los ojos y eleva las cejas, en un gesto de negación.

—No hagas caso.

—Sí, claro —responde su hijo, y luego piensa que a veces quisiera tener su entereza. En momentos como este nadie le reprocharía si le robaba un poco, y tal vez a Manuel no le vendría del todo mal para parecer más humano.

Diez minutos más. Las siete y media y contando. Ahora Manuel habla con Laura, y Sam continúa en la misma posición de antes. Inclinado y con los codos apoyados en sus rodillas. La derecha la mueve de arriba abajo, en sacudidas acompasadas y discontinuas. Como si su consciencia le acercase la realidad a intervalos y los nervios se activasen y desactivasen al compás. Una hora y media esperando, con el estómago vacío y las tripas enredadas de mala manera entre sí. Una hora y media que le saben a infinito, pegado a un reloj que se niega a avanzar. Cada minuto que pasa le cuesta un año y allí nadie sale a compadecerse de él.

A las ocho menos cuarto Laura le trae un zumo, porque sabe que lo va a necesitar, y cuando Sam levanta la cabeza para decirle que muchas gracias pero no y le ve la cara, arruga el gesto y claudica. Después lo descuelga entre sus piernas y se limita a balancearlo, porque el hambre le abandonó a las seis de la madrugada y aún no ha dado muestras de querer regresar. Pero entonces Laura dice: «¿Saaam?» con los brazos apoyados en las caderas al estilo poli malo y los labios apretados en forma de amenaza. Sam pone los ojos en blanco y chasquea la lengua. No hay nada que hacer. Lo saben hasta los bichos que mordisquean con saña sus entresijos. Y dándose por vencido destapa el envase y se lo bebe, bajo la inflexible y opresora mirada de mamá.

Las ocho y diez y los bichos continúan devorando sus tripas, pero ahora Sam no entiende qué demonios comen, si allí ya no queda más que el zumo flotando en el vacío que queda de su estómago.

Y cuando empieza a pensar que si sigue así le va a dar un patatús de los nervios, la puerta se abre de nuevo, como por ensalmo frente a sus anhelantes ojos. Una nueva enfermera, pelirroja y con una sonrisa de esas que acallan miedos y los comprenden, se agarra al marco por donde acaba de asomar, y

con la voz de un ángel dice:

—¿Samuel Gutiérrez?

El aludido se incorpora, como si un petardo acabase de explotar bajo su asiento y camina hacia ella, vestido de miedo hasta las orejas y con el maldito zumo amenazando con abandonar su cuerpo en cualquier momento. La muchacha sonríe de nuevo.

—Adelante.

Sam obedece y entra en la sala. Y una vez dentro la enfermera le tiende una bata verde, una rejilla para el pelo, y dos m as para enfundarse las zapatillas. Mientras se coloca las prendas, un quejido apagado y a ratos agudo le acompaña a lo lejos, como anunciando el fatal augurio que aguarda al otro lado de la tupida cortina que le separa de ella.

Y ahora que ya parece un cirujano venido a menos, esquivo la cortina y avanza con cautela por el lateral, hasta la sala contigua. En ella, dos enfermeras y una comadrona rodean el cuerpo de una joven que se agarra a los lados del colchón que la sostiene, como si quisiera arrancar un trozo y llevárselo a casa. Mina levanta la cabeza y le mira, con cara de dolor contenido y ganas de matar a cualquiera que se le aproxime. Sam traga saliva y se acerca a la cama. Y entonces la comadrona levanta la cabeza, y cuando ambos se ven las caras, un repentino silencio se apodera del tiempo para suspenderlo durante uno de esos instantes, que en realidad son cortos pero aparentan todo lo contrario. Sam se pone muy serio y la comadrona se pone muy seria, porque apenas una fracción de segundo han precisado para reconocerse entre ellos. La mujer no es otra que la guapa y hortera y elegante acompañante del borracho al que salvó de un inminente descalabramiento, aquella noche mientras regresaba al hospital, hace tanto tiempo que ya no quiere recordarlo.

La doctora aprieta entonces los labios y sonríe de medio lado, como si quisiera enviarle un mensaje de esos que le llegan a uno tan claros y directos, como si viniesen por escrito y con firma notarial: «Pues s  chico. Tengo una doble vida.  Qu  pasa?». Y bueno... como a Sam siempre le ha importado un carajo lo que cada uno haga con su existencia, y en estos momentos solo hay una cosa que le interesa, parpadea un par de veces y le devuelve una sonrisa cómplice, con otro mensaje claro y directo: «No pasa nada. Usted a lo suyo y luego disfr cese de lo que quiera». Y después agarra la mano de Mina y se concentra en lo que de verdad importa.

—Hola, preciosa —le dice al tiempo que la acaricia suavemente con los

dedos—. ¿Cómo lo llevas?

—¡¡¡Mal!!! —Mina responde con la furia de un titán y deja caer la cabeza sobre la almohada. Toma aire y se prepara para la próxima embestida.

—Estoy aquí, cariño. —Sam evita emplear frases del estilo «Pasará, ya lo verás» o «Esto es lo normal, no te preocupes», pues nada de lo que diga calmará el dolor que atraviesa el cuerpo de Mina, como si una despiadada mano de hierro quisiera arrancarle la carne, arrastrándolo todo desde los riñones hasta su bajo vientre. Hablar de lo obvio se le antoja de necios, y el carácter de su mujer puede ser traicionero. En su estado podría salir muy mal parado.

—¡¡Me duele mucho!! —la joven grita y respira, y respira y grita, y su piel se torna de color granate, bañada por pequeñas gotitas de sudor que parecen descolgarse de los húmedos mechones que se adhieren a su frente. Se agarra a la mano de Sam y aprieta con toda su alma.

Sam siente sus uñas clavándose en el dorso de su mano izquierda y piensa que es justo. Acaricia su pelo y su frente mojada de sudor, con un pañuelo de papel que la enfermera pelirroja con voz de ángel le ha ofrecido. El tiempo sigue pasando despacio, pero ahora está con ella. Y aunque verla sufrir le parte en mil pedazos y le colma de impotencia, Sam sabe que un parto es esto. Que las cosas marchan como tienen que marchar, y que ahora todo depende del cuerpo de Mina. De cuándo y cómo logre expulsar de dentro, el pequeño trozo de vida que reclama su parte en el mundo. Un nuevo ser se abre camino, batallando por ocupar un puesto de relevancia entre las filas de los Gutiérrez.

La comadrona respira con calma, sin quitar el ojo de encima a la entropiada de Mina. Las contracciones son constantes y su voz suena rota y gastada por el dolor y el cansancio. Veinte minutos empujando y juraría que le duele más que a ella. Pero si se le ocurre decirlo, aunque solo sea para que sepa cuánto le lastima su dolor, lo mismo de un empujón se lleva hasta su propia columna vertebral. Es mejor no jugar con el genio de Mina. Son muchos años de experiencia a su lado.

—Vamos, Mina —la doctora anima a la paciente, con firmeza y profesionalidad—. Ya veo la cabeza.

Sam sonrío y la mira. Aprieta la mandíbula y reprime las ganas de llorar que acaban de invadirle de repente. El recuerdo de un pasado no muy lejano acude espontáneamente, como un viejo y callado amigo que nunca se fue. Mina durmió durante más de trece días, tras ser arrojada por un camión que cambió

de carril sin mirar. Permaneció en coma, sin saber si volvería algún día, o si se quedaría así para siempre, o en qué estado regresaría si optaba por tomar la senda que la traería de vuelta. Y regresó. Contra todo pronóstico y sin que Sam se hubiese atrevido a soñarlo, Mina despertó entera, hambrienta y tan enfadada como cada amanecer. Ese fue el regalo que la vida quiso darle una bonita mañana de hace dos años, siete meses y diecinueve días.

—Ya está aquí, mi niña. Ya está aquí. —Sam se agacha y le habla al oído, sin saber si Mina le escucha.

Y esta le mira ahora de medio lado y con los ojos a punto de escapar de sus órbitas, pensando que si tuviese fuerzas, a lo mejor se peleaba con él, solo por el placer de hacerlo. Por descargar la rabia que este terrible dolor le genera. Pero Mina solo puede apretar la boca y empujar, para liberar de su interior al retoño que aderezará sus vidas con un poquito más de amor, si es que acaso eso es posible.

Dos empujones más. Sam empieza a ponerse nervioso y ya no sabe ni cómo acariciarla ni de qué modo paliar en algo su interminable agonía. Mina no suele quejarse del dolor físico y verla así le supera tanto que quisiera salir corriendo y que alguien le llamase cuando deje de reflejar este desmedido sufrimiento, que se le empieza a clavar a lo largo y ancho de la espina dorsal. La comadrona la tranquiliza diciendo cosas como: «Está saliendo todo muy bien, ya queda poco, eres una campeona» o «ya lo tenemos, antes de lo que imagines verás su cara». Y a lo mejor Mina le escucha, pero no da signos de hacerlo ni tampoco de interesarle nada que nadie pueda o quiera decir.

Un último empujón tan largo y tortuoso que, de no haber cesado, Sam se habría empezado a plantear lo de soplarle por la boca. Pero la doctora sonrío abiertamente y pone cara de haber ganado el premio gordo en una tragaperras. Después dice: «Y... ¡Aquí está!», y Mina suelta los restos del grito que le queda en los pulmones y deja caer todo su peso sobre el colchón, exhausta y chorreando sudor hasta por las uñas de los dedos de sus pies. Y entonces Sam respira y se sorprende de estar vivo, porque juraría que llevaba sin hacerlo desde que se puso la bata verde. Y cierra los ojos y sonrío, como si quisiera dar las gracias a alguien que no está en la sala, pero siempre estará con él. Aquel que entró a buscarla, hace dos años, siete meses y diecinueve días, cuando quiso dormir eternamente y de la mano la condujo por la senda que la trajo de nuevo a casa. El mismo que se ocupó de enderezar su cerebro para que Mina volviese a ser la misma de antes. El amigo que un día se fue, dejando tras de sí un reguero de imborrables recuerdos para que Sam nunca

olvidase. Su amigo, su hermano en las risas y en la batalla, su confidente. Su más firme y añorado recuerdo... David.

Abre los ojos y la mira. Se inclina y besa su frente húmeda, varias veces y con cuidado. Mina tiene los ojos cerrados y la cara de quien acaba de parir una vida. Lentamente levanta la mano y acaricia la mejilla de su amor. Sam se muerde el labio y le dice: «Te quiero, te quiero, te quiero». Ella responde: «Te quiero» y mira hacia abajo, porque la buena doctora acaba de levantar a su pequeña y la trae de camino hacia su pecho. Allí mismo la deposita, desnuda, pequeñita y ensangrentada, luchando por coronar la cima de su primer aliento.

Sam no puede hablar. Acaba de ver su carita y una arrolladora y monstruosa certeza le invade de arriba abajo y de lado a lado, y penetra en sus células modificándolo todo a su paso, como un nuevo río recorriendo un desconocido cauce que siempre estuvo seco. La amará hasta después de estar muerto. La amará eternamente con todo lo que puede amarse. Morirá por ella desde ahora y hasta más allá del tiempo imperecedero. Y será un pésimo padre. Porque ella le mirará y su piel se derretirá.

Sonríe y un minúsculo charquito se acumula sobre la superficie de sus pupilas. Este. Este momento tiene que saborearlo cuanto pueda, porque este será su mayor instante de felicidad suprema. Y aunque muchos vendrán a partir de ahora, ninguno será como este, porque hoy ha nacido su hija. La hija de su sangre que un día se mezcló con la sangre de Mina, porque la vida quiso unirles para siempre.

La pequeña descansa sobre el pecho de mamá, con sus diminutos ojos cerrados y contoneando su cuerpecito a cámara superlenta. Abre la boca buscando un soplo de oxígeno que aún no conoce. Convulsiona varias veces y finalmente logra respirar. Pero aquello no le gusta porque el aire frío acaba de penetrar por primera vez en sus pulmones recién hechos y si pudiese hablar, gritaría que por hoy ya ha tenido suficiente. Pero como no puede hacerlo, porque acaba de nacer y aún no sabe ni que existe, se enfurruña todo lo que su tamaño le permite y estalla en llanto, con la fuerza de un pajarito y la cara morada fruto del colosal esfuerzo que le ha tocado hacer de buena mañana.

Sam y Mina la observan embobados y componen un gesto de padres compungidos por la pena. Después sonríen y se miran entre ellos. Papá acaricia su pequeño cuerpo con la palma de la mano y se inclina para besar su frente. Después carraspea... y le habla por vez primera.

—Bienvenida al mundo, mi niña Lola.

14. VEINTIDÓS AÑOS, CUATRO MESES, DOCE DÍAS

Y así fue como llegó la vida. No pude darte las gracias. Claro que, con apenas unos segundos de vida y aquellas caras de padres a punto de reventar de orgullo, mirándome como si yo fuese la reencarnación de Mahatma Gandhi, hablar hubiese sido literalmente un milagro. Pero aprovecho la ocasión que el momento me brinda para hacerlo. Muchas gracias, papá. Fue un placer nacer contigo. Contigo y con mamá. La preciosa mujer que duerme a tu lado y por la que bebes cada día los vientos, ya sean gélidos del norte o esos africanos que vienen envueltos en una nube de arena sahariana. Te ahorraré un disgusto antes de continuar con el epílogo de la historia de vuestras vidas, para que respires tranquilo cuando me voy de casa dando un portazo y amenazando con buscar trabajo en el bar de copas de Lewishan. No me iré. Son solo frases bomba que lanzo antes de salir, para dar más dramatismo al momento. La otra opción sería tirarme un pedo con las mismas. Pero entonces el efecto no sería el deseado. Y aunque tú naciste con la paciencia que no tuviste el detalle de incluir en tu herencia, es mi deber recordarte, desde la inocencia y el vigor que mi juventud me otorgan, que también fuiste joven. Dicho esto, continuó.

Pues sí. Aquel diminuto cuerpo que luchaba por agarrarse a su nuevo mundo, pequeñita y ensangrentada sobre el pecho exhausto de una madre recién parida, hace veintidós años, cuatro meses y doce días, es el de esta servidora que está aquí.

Me llamo Lola Gutiérrez Escudero y mi pésimo padre todavía sostiene su mano sobre mi espalda, con el mismo cariño y dedicación que aquel día en el hospital, dos años, siete meses y diecinueve días después de que mamá despertase de su accidental letargo. Ella dice que lo hizo porque necesitaba descansar de él. Dice que papá reprimió su amor tanto tiempo que durante los primeros años no tuvo medida. Yo, francamente, opino que sigue sin tenerla.

Se casaron siete meses antes de que yo naciese. Ahora papá tiene arrugas alrededor de los ojos y una barba comedida que se dejó porque yo se lo pedí. Mamá sigue siendo la más guapa de todas y aunque ambos insisten en que yo lo soy más, bien puedo asegurar que tal afirmación no es ni remotamente cierta, muy a mi pesar. Mi cara es el vivo retrato de la abuela Lola y de todos es sabido que la belleza de mamá le vino del abuelo Teo, a quien sus innumerables fotos en blanco y negro le delatan. De la abuela heredó esa

monstruosa y, en ocasiones, obsesiva tenacidad que seguro fue lo que le enamoró, y una dosificada simpatía que todos esperamos siempre como agua de mayo y que, al igual que el agua de mayo, cuando llega lo inunda todo con un celestial arcoíris de vida. A mí lo de que sea más guapa que yo me da un poco igual, salvo cuando mis amigos hablan de ella como si yo no estuviese delante. Entonces pienso en mi tío David y en aquel día en que lucharon por el honor de Mina, para terminar con los pelos revueltos como dos pollos recién salidos de la lavadora —y tanta mierda en todo lo alto que hubiese hecho falta un domingo entero de limpieza general para solucionarlo— chocando sus manos en el aire y jurando lo que desencadenaría el suceder de esta historia.

Y otra muy distinta podría continuar a la que con tanto cariño he narrado pues, como suele ocurrir con las cosas del nacer, la vida va dejando caer de todo a su paso en forma de miguitas de distintos sabores, grosores y amargores. Y a veces vienen buenas, y otras veces vienen de esas que le saben a uno a manotazo en la oreja, de los que te dejan un buen rato con un pitido muy agudo resonando en el cogote. Pero la vida es la vida. Y a cada uno le toca el boceto de la suya para que pueda pintarla del color que quiera.

Puede que todas las vidas se merezcan un libro, y no seré yo quien juzgue si la de mis padres se lo merecía o no, o si el resultado ha sido una vida merecedora de tal privilegio. A mí solo me apetecía hacerlo y, mejor o peor, hoy cierro mi cuaderno con un *fin* a pie de página, y un *continuará* en mi corazón.

≈ ≈ ≈ ≈ ≈ ≈ ≈ ≈ ≈

Algunas cosas cambiaron con los años. La abuela Laura pasó por una enfermedad que no me apetece nombrar —pues el recuerdo de su marchito rostro me muerde la piel— de la que salió victoriosa tras casi dieciocho meses de batallar con un odioso y putrefacto germen de muerte. Yo tenía seis años y la mala suerte de no haberlo desechado de mi memoria. Pero todo pasó y lo cierto es que, a partir de entonces, los abuelos empezaron a vivir de otra manera. Ya saben lo que dicen quienes lo han vivido muy de cerca. Que los problemas se relativizan mejor y se aprende a saborear hasta lo que parecía no tener sabor. Ahora no se pierden un viaje, ni una cena ni un paseo después de cenar, agarrados de la mano.

La tía Marta y César lo dejaron, después de más de cinco años de relación. Yo no lo conocí, pero sé quién es porque acabó casado con la amiga

de una tía lejana de mi amiga Maca. Y si no hubiese que estirar tanto del hilo para dar con él, quizás podría haberlo llamado coincidencia. Pero creo que ni de lejos. Ahora vive en una urbanización de gente soberanamente pudiente y felizmente enamorado. Ya es tener suerte.

La tía no se casó. Tuvo un par de relaciones, que yo sepa, y ahora vive sola en el piso de soltero del abuelo con un par de gatos que mi hermano bautizó con los nombres *Misuni* y *Pipa*. Que nadie le culpe. Tenía tres años y medio. Y digo yo que sus amoríos tendrá, cuando quiera y con quien quiera, pues tal vez la tía Marta no es de exuberantes curvas que marean, ni grandes ojos azules que derriten pieles, pero me consta que el largo de sus poderosas pestañas poco necesita para hacer que se cumpla su santa voluntad. Vive mejor que nadie. En mi humilde opinión, es la más lista.

Y sí. Tengo un hermano. Se llama David —como no podía ser de otro modo— y es más malo que un enjambre de abejas sin reina. Cumplió los cinco hace un mes y doce días, y dibuja dinosaurios y peces de todo tipo con asombrosa perfección. Mamá dice que será pintor de brocha fina. Claro que yo iba a ser pianista y estoy en segundo de Pedagogía, que viene a ser lo mismo pero sin tener nada que ver. Cosas de padres. Papá es su héroe. El gnomito le mira como si fuese la reencarnación de Zeus todopoderoso, y trata de hacerlo todo exactamente igual que él. Y cada noche se tumba a su lado en la cama con un libro que tiene que ser de papá porque si no, no lo quiere, y se duerme haciendo como si lee. Lo tengo de salvapantallas en el móvil. Aparece dormido y con la boca abierta en modo ceporro, con *El Quijote* descansando sobre su pecho, como una losa aplastando a un mosquito.

Rita también se casó, y se me hace raro llamarla así porque en casa siempre fue la tía Rita. Ahora ella y mamá son muy amigas, porque siempre debieron serlo pero el amor de un hombre se interpuso durante mucho tiempo entre las dos. Y si bien es cierto que la depresión de la tía, tras su ruptura con quien lo había sido todo para ella, no fue un camino de rosas ni nada que se le pareciese, el tiempo y su sorprendente disposición a comprender hasta lo incomprensible, la ayudaron a salir de donde jamás creyó que podría hacerlo. Encontró a Mateo en un concierto de Manolo García, al que acudió pese a estar con anginas, y tardaron once meses, una semana y tres días en casarse. Apostaría mis feísimas uñas de los pies a que no hay un tipo más simpático sobre la corteza terrestre. Algún poder especial debe tener para conseguir que mamá lllore de la risa cuando vienen a casa a comer arroz con bacalao del de chuparse los dedos. Tuvieron tres hijos y el mayor, hay que ver cómo son las

cosas, estudia Derecho porque quiere trabajar en el bufete que regenta papá. Se llama Raúl y es casi cuatro años más joven que yo. Pero como el amor no tiene edad, entre todos llevan trazando un plan estratégico, basado en ensalzar constantemente las virtudes del uno delante del otro, para que al pobre muchacho no le quede otra que terminar hincando la rodilla tarde o temprano. Y la verdad es que el chaval es muy guapo y deportista, de los de sudar camisetas como me gustan a mí. Pero a día de hoy, cuatro años se me antojan un abismo insalvable del que me sería muy difícil salir de la mano del que, para mí, es mi primo. En cualquier caso, por boca de esta servidora no saldrá aquello de «*De este agua no beberé*», porque ahora sé que la vida me llevará al lugar que se le antoje, y allí me tendrá hasta que le venga en gana. El resto se basa en intentar seguir caminando erguida. Y el día que decida llevarme consigo, ya sea por unas raquetas de tenis, un desafortunado camión que cambia de carril sin mirar o por cualquier otra cosa que se le ocurra, que me encuentre con la cabeza bien alta, orgullosa por no haber detenido nunca el paso.

Lois murió. Yo tenía once años y ella quince. No he llorado más en toda mi vida. Lo juro. Pero ahora tenemos a *Lex Luthor*. Un chihuahua que tiene el tamaño de un paquete de azúcar y los ojos como melones. Lo queremos mucho y él, a su vez, odia a mi hermano. Claro que David es para *Lex* como un gigantesco y diabólico Goliat, y *Lex* es para David... un chihuahua. Pero *Lois* fue *Lois*. Insustituible e inolvidable. Tengo fotos con ella prácticamente desde que nací, y jamás existió una *nanny* más eficiente. Papá dice que me dejaban sola en el jardín y se escondían a observar cómo se sentaba a mi lado, sin quitarme la vista de encima ni para respirar. Y si me movía ella se acercaba y me empujaba con su hocico hasta devolverme al sitio; y si lloraba me lamía y sollozaba; y si le estiraba de los pelos, o del morro, o de las pestañas, ella se aguantaba porque nos amaba como solo puede amar un perro.

Fue mi ángel, mi compañera y mi paño de lágrimas, cuando me castigaban por cosas que bajo ningún concepto fueron responsabilidad mía. Ella me comprendía. Lo sé porque me miraba con cara de intentarlo con todas sus fuerzas. Es la única foto que tengo en mi mesita de noche. La de mi segundo cumpleaños, su hocico pegado a mi nariz, ambas embadurnadas de chocolate hasta las cejas. Ojalá algún día vuelva a encontrarme con ella.

Y la abuela Jesusa...

Bueno. Pues la abuela Jesusa se fue, como no podía ser de otra manera. Yo no llegué a conocerla porque murió tres días y doce horas después de que

yo naciese, y el mismo en que llegué a casa. Mamá dice que se pasó el día entero pidiendo tenerme en brazos y que se acostó feliz como una niña con su juguete nuevo. Que nunca más volvió a despertar y que bajo su almohada encontraron dos fotos del bisabuelo Trinitario que nadie había visto antes, y en su mano una carta de amor arrugada y atrapada para siempre entre sus dedos. Dice que todos la lloraron mucho, y que hasta el cielo mostró su pena derramando agua con furia durante siete días sin parar. Dice que su ataúd fue pequeño, casi como el de una niña, porque la abuela siempre fue pequeña, más lo que el tiempo la menguó.

Que se fue con las fotos de su Trinitario y algunas de la familia, apoyadas sobre su pecho para que su corazón nunca olvidase. Bajo su cuello la bufanda de mil colores que un día tejió para él, y los bolsillos de su elegante chaqueta ocupados con dos objetos de valor incalculable. En el izquierdo, la carta de amor del amor de su vida, y en el derecho, un pequeño monedero negro con cierre metálico y forma de media luna. En su interior, una larga vida colmada de recuerdos, cosidos con un hilo mágico que ella misma fabricó para vestir un mundo que solo fue suyo, y tres billetes... de cien pesetas.

Dedicatoria

A veces pienso que la vida no es otra cosa que un enorme cubo de basura. Y vaya por delante que lo digo desde el cariño y aunque pueda parecer todo lo contrario, también desde un punto de vista de lo más optimista. Me viene a la cabeza un vertedero al que en una ocasión fui con alguien a tirar unos escombros, y allí me encontré con un auténtico museo colmado de arte, pero del bueno. No de ese que se lleva ahora, que tú pasas por delante de la señora de la limpieza y te la quedas mirando, con un brazo apoyado sobre el otro, y los dedos índice y pulgar pellizcando tu barbilla, en modo sabiondo. Me apuesto el dedo meñique del pie de cualquiera de mis exnovios, a que más de una se ha encontrado con un grupo de visitantes, observándola se esta guisa, mientras limpiaba los urinarios. Nada que ver con lo que vi en aquel vertedero, ni por asomo. Allí alguien se había dedicado a rescatar lo que fuese de entre aquellas colosales montañas de basura, y con todo ello habían construido sorprendentes estructuras y esculturas. Impresionante. Quedé prendada en el acto, por dos concluyentes motivos:

El primero fue tal vez el más lógico. Nunca hubiese imaginado que en un lugar como aquel, me encontraría con algo como aquello. La razón fue lo suficientemente locuaz para provocar mi sorpresa. Y el segundo motivo fue lo que vi. Personas, animales, objetos, vehículos y demás curiosidades, construidas con los restos de todo aquello que ni tú ni yo queremos. Latas vacías mezcladas con hierros olvidados, con zapatos viejos desparejados, bombillas inservibles, cables rotos, tuercas oxidadas, televisores desmadrados, platos, cajas, altavoces, botellas, palos de escoba, muñecas sin brazos, cintas de casete, neumáticos, lámparas rotas, monopatinos sin ruedas y no pararía hasta quedarme dormida sobre el teclado de mi viejo ordenador (que sospecho pronto formará parte de alguna de aquellas maravillas de la ingeniería de la inmundicia).

De verdad que la vida es esto. Y puesto que yo aparecí cuando aquí ya había de todo, la lógica me empuja a pensar que vivimos en un constante peregrinar por entre distintas y variopintas montañas de basura. Y de allí sacamos, rescatamos, encontramos y creamos a nuestro antojo, a base de rebuscar entre la mugre. De tal modo que uno mete la mano entre los escombros, y lo mismo se corta con una lata decrepita, como descubre una

bonita flor de mil colores, medio escondida y a punto de ser aplastada por el cajón mohoso de un frigorífico.

Así encontré a Rogelia. Andaba yo rebuscando trabajo entre los despojos de lo que fuese que pudiese proporcionarme algo parecido a un sueldo fijo, y una empresa me contrató para cuidar de ella. Me encargaba de todo lo que tuviese que ver con el cuidado de su casa y el suyo personal, así como de hacer la compra, preparar la comida o correr detrás del butanero porque acababa de pasar y se nos había escapado.

Rogelia era la anciana más simpática que jamás he conocido. Además era buena de las de verdad, y para cada mal tenía un chiste. Y así se curaba ella de todas sus penas, que no eran pocas porque a Rogelia la vida quiso traerla a este mundo en plena guerra civil española, para que a su hermana la matasen las bombas, un día al salir de casa y siendo apenas una mocita. Y poco antes de dejar de ser niña, se puso a trabajar, y no dejó de hacerlo hasta que el cuerpo le dijo: «Hasta aquí has llegado». Entonces le dieron su mísera paguita de dependiente y me contrataron a mí, para que Rogelia pudiese descansar, poco más de dos años antes de morir. Para mí que su cuerpo no supo cómo funcionaba lo de estarse quieto, y raudo pensó que era mucho mejor echarse un sueñecito eterno, antes que pasarse el día entero sin hacer nada.

Tal vez esto le suene a mucha gente, y que nadie me malinterprete. Rogelia fue feliz, aunque mis palabras puedan sonar a todo lo contrario. Su familia la quería y la cuidaba, dentro de sus posibilidades y del tiempo del que disponían. Pero lo cierto es que esta clase de personas vienen al mundo a enseñarnos que la felicidad no depende de nuestras circunstancias, y yo aún no sé si quienes la conocimos fuimos capaces de entender el callado mensaje que su constante actitud nos mostraba. Echando la vista atrás, ahora intento entenderlo. Que la felicidad es un estado interior. Es tu decisión. Que tu vida no la manejas tú, pero la sonrisa con la que decidas vestirme cada mañana, sí.

Y ella así lo hacía. Despertaba, abría los ojos y se calzaba su sonrisa llena de arrugas y vacía de dientes. Para mí fue un placer trabajar con ella. Fuimos amigas, confidentes, cotillas y paños de lágrimas. Y hablaba. Hablaba siempre de las historias de un pueblo que la vio marchar hacía ya mucho tiempo, cuando el padre de sus hijos fue a buscarla para casarse con ella, tras unos cuantos años de haber enviudado de su amado Trinitario, apenas cuatro meses después de la boda. Ella no se daba cuenta, porque yo reaccionaba a cada historia como si fuese la primera vez que la escuchaba. Pero lo cierto es

que la mayoría de ellas me las aprendí de memoria, al punto de susurrarlas en voz baja, cuando no me veía.

Me resulta curioso no recordar precisamente la que dio lugar a este libro. Lo cierto fue que la frase que empleó para culminar lo que fuese que en ese momento estaba contando me resultó tan original, que mi mente empleó su neurona en archivarla adecuadamente en un lugar de donde nunca pudiese escapar. Y allí se quedó, bajo la firme promesa de construir para ella una bonita historia de amor, y poder dedicársela algún día a mi queridísima e inolvidable amiga. *Y una mierda me quisiste* nació de un sentimiento de tanto cariño, que solo pude prometerme a mí misma no dejar de inmortalizarla, en el mismo instante en que aquella buena mujer la dejó escapar por su boca, una tarde mientras le vendaba las pantorrillas, porque retenía líquidos, allá por la primavera del dos mil y qué sé yo. En el acto me quedé muda, porque el impacto de aquellas palabras retumbó en mi cabeza, como una de esas pelotas pequeñas de goma que una vez las lanzas ya no paran de rebotar jamás de los jamases. Le escribiría un libro. Se lo prometí por dentro, entre carcajadas y miradas de complicidad.

Pues bien. Aquí está. Terminé mi historia y resultó que fue una historia de amor. Bonita, triste, fea o enrevesada, no seré yo quien la juzgue, pues yo solo quise cumplir mi promesa.

Todos los relatos que cuenta la abuela Jesusa acerca de su Zargandillo natal, son aquellos que tantas veces me narró mi gran amiga, a lo largo de las innumerables horas que pasamos juntas, durante poco más de dos años. Todas sucedieron tal y como aparecen en el libro, y todas son tan ciertas como la fe que siempre tuve en ella. Historias contadas una y mil veces con su voz, su infinita gracia y aquellas simpáticas carcajadas que siempre empleaba para finalizar, como quien pone un *The End*, o un *Colorín colorado*.

Mi gran amiga Rogelia. Yo sé con quién estás en el cielo, pero el secreto irá conmigo a la tumba. Yo sé lo que te llevaste, y también todo lo que dejaste. El eco de tu eterna risa para adornar mis recuerdos, cada vez que tu entrañable sonrisa acude a mi lado para empujarme con gracia hacia adelante. Siempre hacia adelante. Una preciosa flor en medio de mi particular vertedero. Muchas veces me corté con una lata, antes de dar contigo. Pero la sangre derramada sin duda valió la pena.

Estés donde estés, mi pequeña historia de amor es para ti.

Hasta siempre no será demasiado. Guárdame tus fotos.

Nota al lector

Ha sido breve, ¿no es cierto? Ahora solo me queda esperar que el sabor que en estos momentos inunda tu boca tenga un cierto regusto agrídulce. El primer lector cero de *Y una mierda me quisiste* así describió su sensación. Alegría por haber formado parte de mi pequeña historia de amor, desazón por haber asistido a su fin.

Pero tú y yo sabemos que estas cosas son así. Que, al igual que sucede con cualquier aventura, ya sea ficción o de esas que son tan ciertas como la vida misma, todas ellas emprenden el camino bajo la irrefutable premisa de terminar algún día.

Hasta aquí ha llegado la mía. Ya sabes: Colorín colorado.

Puedes contarme cosas, si te apetece. Es la ventaja de las redes sociales, que parece que uno puede entrar en la casa de cualquiera, sin tocar al timbre ni pedir la llave.

Mis puertas están abiertas a todo aquel que disfrute del placer de vivir mil vidas en una. Si eres lector eres amigo. Estas son las llaves de mis redes. Pásate cuando quieras.

Páginas de la autora

Web: www.maytearanda.es

Twitter: twitter.com/maytearanda74

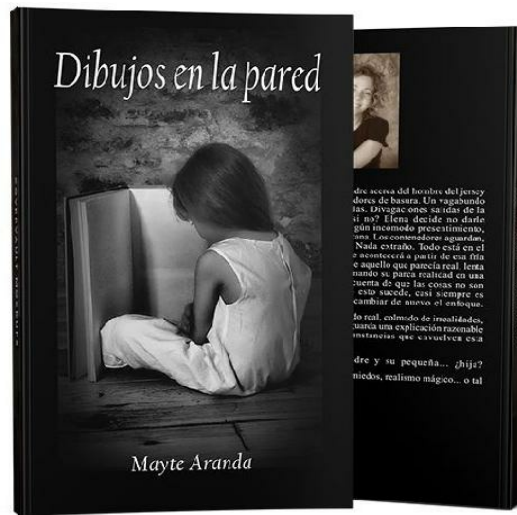
Facebook: www.facebook.com/maytearanda.es

Instagram: www.instagram.com/maytearanda74

Contacto: maytearanda74@gmail.com

Si te ha gustado esta novela...

Comienza a leer *Dibujos en la pared*



Una mujer sin pasado, un libro sin palabras, una niña, un destino...

AUNQUE YO NO PUEDA SENTIRLO

Un día recordé a Elena. La joven del vestido triste. Recordé la primera vez que la vi. Andaba intentando recogerse las mangas, que le colgaban tres palmos por debajo de las manos, como las ramas de un sauce llorón. Al tiempo tropezaba sin cesar con el largo del vestido. Daba dos pasos y caía enredándose con aquel inmerecido y repentino amasijo de tela invisible.

Si no hubiese dado tanta pena verla, la escena habría resultado cómica. Pero aquella imagen daba de todo menos risa. Tal vez una ligera sonrisa compasiva, al estilo fraternal. Aunque yo no pueda sentirlo. Es un dato meramente aclaratorio. Una forma de describirlo.

Recordé la apariencia y el tejido de su vestido. Era asombrosamente feo. Elaborado con retales de una tela vieja que nunca fue nueva. Desgastado sin haber sido usado. Cosido con un hilo húmedo y florecido de puro llorar.

Y bolsillos. Muchos bolsillos. Algunos llenos y otros vacíos. Los vacíos estaban rotos, aunque no por el desgaste. Se diría más bien que alguien los había roto a conciencia.

Intenté en vano imaginar por qué los rompieron y cuál había sido su contenido. Quizás algo de magia. Puede que algún tipo de cariño. Como el que se le tiene a un perro. Compasión... tal vez. No conseguí hacer memoria.

Sí pude hacerlo en cambio, con el contenido de los otros. Los que estaban llenos. Recuerdo con cierto asombro lo fácil que me resultó revivirlo. Algo bastante inverosímil tratándose de un servidor, pues trabajo me cuesta ordenar las incontables memorias que, bajo mi guarda y custodia, descansan desordenadas en viejos cajones, y mucho menos identificarlas con aquellos a quienes pertenecen.

Por algún motivo que no logro entender, la historia de Elena me salpica pequeñas gotas de lo que interpreto pueda ser algo parecido a un sentimiento, tal vez de melancolía, desde hace un tiempo. Aunque yo no pueda sentirlo. No encuentro otra manera de describirlo.

Lo recuerdo todo con asombrosa claridad. El deplorable color gris rancio de su patético vestido. La cada vez más pronunciada curva que dibujaba su espalda, al volver a levantarse una y otra vez. Puedo ver su rostro como si la tuviese frente a mí. Sus ojos tristes, como los de un animalillo abandonado en cualquier lugar. Los bolsillos llenos de su viejo vestido triste, rebosantes unos de rabia, otros de pena y vergüenza.

En todos mis largos años de esmerado servicio jamás vi a nadie vestido con semejante desolación.

Y luego llegó el tiempo. Ese que dicen que todo lo cura. Un gran amigo del que no puedo sino disentir encarecidamente.

El tiempo no cura. El tiempo cubre con sal viejas heridas. Si la sal se hace costra, la herida permanece cobijada bajo la superficie. Pero debe cuidarse mucho de la lluvia, pues, si la sal se humedeciese, penetraría en la adormilada herida, provocando un dolor que agradezco sea indescriptible, ya que no sabría cómo hacerlo.

El tiempo crea lagunas y las coloca cuidadosamente sobre los recuerdos que más duelen. Y allí, sumergidos como un pueblo abandonado en el fondo de un pantano, permanecen latentes.

Pero en años de sequía, cuando el nivel del agua desciende, la torre del campanario asciende, buscando luz para ver y aire para respirar.

El tiempo disfraza la memoria, espolvoreando una densa niebla sobre la membrana de la retina. Así, cuando se mira hacia atrás, uno puede vestirse y vestirlo todo del color de la tranquilidad.

Pero el viento frío siempre soplará cuando le plazca. Jamás pedirá permiso ni anunciará su visita. Nadie sabrá de donde viene, pues el viento es tan libre como su propio nombre.

Y algún día soplará de cara con la fuerza de un ciclón. Ese día no habrá niebla, ni falsos ropajes. Sólo existirá la verdad. Esa que dicen que tanto duele. Y eso, me consta, sí es una gran verdad.

No. El tiempo no cura. Y cuando llegó hizo exactamente lo que se esperaba que hiciese. Cubrió sus heridas con sal, con lagunas inundó sus recuerdos y sus retinas se cobijaron tras la densa niebla.

Algún día vendría el viento a azotarle en los ojos. Algún día la lluvia mojaría la seca sal de sus heridas y se secarían sus lagunas algún día. Pero algún día...no era ese día.

Y fue así como el triste vestido fue poco a poco ciñéndose a su piel. Dejó el largo de ser tan largo en la falda y en las mangas.

Aprendió entonces a caminar con su feo vestido. Los bolsillos llenos de vergüenza se cosieron con un hilo hecho de costumbre y los vacíos de cariño comenzaron a llenarse cuando nació su estrella.

Y tanto se ciñó a su cuerpo la vieja tela, que un día dejó de sentirlo. Creyó borrar su recuerdo. Y entonces, pensó que quizás... ya no llevaba su triste vestido.

He rescatado la historia de Elena de entre mis archivos porque quiero hacerla libre. Como el viento.

Narraré todo cuanto está escrito, sin cambiar ni omitir una sola palabra.

A partir de ahora cada cual será libre de creer o no.

Yo, el humilde servidor que la relata, garantizo tanto su autenticidad, como la ausencia de agravio por mi parte, en caso de no creer.

Porque no puedo sentirlo.

ELENA

En la noche del veintiséis de noviembre de dos mil diez, sin motivo aparente ni razón alguna, un total de ocho personas desaparecen del viejo edificio que fue su hogar. Entre ellos seis mayores, una joven madre y su hija, se desvanecen, dejando atrás un vasto reguero colmado de mudos testimonios, clamando a gritos la huida, pero no la dirección de su fortuito destino.

Sin más testigos que las paredes recién pintadas de su antigua escalera, un par de solitarios contenedores de basura, que desde hace tiempo habitan frente a la puerta de la finca, y un sobre cerrado junto a la mesita, apoyado sobre la misma fea lámpara de siempre, en el que alguien ha garabateado algo de forma precipitada:

Entregar al inspector Ayala

Sentado en el mismo sofá donde una noche lo hiciese junto a ella y con los codos apoyados sobre sus rodillas, el inspector Ayala dobla por la mitad aquel trozo de papel, arrancado a correprisa de una vieja agenda del año dos mil, lo guarda de nuevo en el sobre y se frota los ojos con evidentes síntomas de cansancio. Al cabo agacha la cabeza y se rasca la nuca con ambas manos. No será uno de sus mejores días. Apenas ha dormido trabajando en el caso del siniestro cadáver del día anterior, y ahora esto.

Gatos. Ha dictaminado el forense, sin ninguna clase de duda. Entre cuatro y seis mininos destrozan a un hombre a base de mordiscos y arañazos. Lo más grotesco e inaudito que ha presenciado en toda su corta pero intensa carrera en el cuerpo, y el motivo que le impidió quedar anoche con ella.

De haberla visto, tal vez esto no habría sucedido. O tal vez sí. O tal vez sí, pero no hoy. Ahora da igual. Porque Elena se ha marchado para siempre, arrastrando consigo al vecindario en pleno y convirtiendo lo que debería haber sido un simple suceso más de desaparición voluntaria, en el segundo caso más inaudito de toda su corta pero intensa carrera en el cuerpo.

Platos con los restos de una copiosa cena, probablemente para todos los vecinos, yacen desparramados sobre la mesa del comedor de Sofía, como si alguien hubiese recogido a puñados su contenido antes de marchar. Armarios abiertos y ropa desparramada por el suelo en las cuatro viviendas que, hasta la fecha, han permanecido ocupadas. Todo lo demás... perfecto y en su sitio.

Una finca desierta. Completamente abandonada de la noche a la mañana. Esfumados sus inquilinos de prisa y corriendo, cargando con lo justo y desapareciendo, como quien huye del mismísimo diablo.

El inspector Ayala respira profundamente, tratando de poner en orden el montón de absurdas ideas que corren sin cabeza por el interior de su mente, y se deja caer hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo del sofá. Un agente entra en la estancia y le dice algo. Completamente abstraído asiente con la cabeza sin saber qué es.

Sólo puede pensar en ella y en la escueta nota de despedida que sujeta entre los dedos de su mano derecha. Un incómodo sentimiento de angustia comienza a perforar su estómago cuando descubre que aquello le quitará el sueño durante demasiado tiempo.

Agacha la cabeza y observa el sobre, medio arrugado y contagiado del sudor que brota de su mano. No encontrará nada nuevo entre esas líneas, ni es necesario desplegarlo para leerlo otra vez, ya que puede recitarlo de memoria, igual que lo haría el niño que reza arrodillado a los pies de su cama. Pero, por algo parecido a ese estúpido impulso que empuja a las personas a abrir perseverantemente la nevera sabiendo de antemano y a ciencia cierta lo que van a encontrar en su interior, lo despliega una última vez y, alzándolo delante de su abatido rostro, lee de nuevo.

Alex:

Quisiera decirte muchas cosas, pero, ni dispongo del tiempo necesario para poder hacerlo, ni creo que ninguna de mis razones te sirva de consuelo. Tengo que marcharme y necesito que no me encuentres. Y lo necesito para que todos estemos a salvo. Tú, yo, mi hija, Carmen...ya sabes.

Quienes no están aquí, se han marchado por voluntad propia. Ha sido necesario. Siento mucho haber tenido que dejarte de esta manera. Intenta no buscarme. Lo siento. Lo siento. Lo siento. Hasta siempre.

Elena.

Alex deja caer la mano con la nota, cansinamente, sobre sus piernas. Cierra los ojos y se pellizca el puente de la nariz. Al abrirlos de nuevo, la

imagen difusa de una joven se dibuja frente a él, mirándole fijamente y sonriendo apenas, de forma irónica. La mujer levanta el dedo índice y le apunta directamente a la cara.

—Te lo dije —susurra antes de desvanecerse, vestida con su insolente sonrisa.

1. LAS SÁBANAS

Barcelona, a 28 de septiembre de 2010.

Dos meses antes...

—Paula, cariño. Espero que esta sea la última vez que te lo digo. Tómate la leche. Tienes que irte a la cama enseguida. Se está haciendo tarde.

—¿Tú también?

—¿Yo también qué?

—¿Tú también vas a irte a la cama?

—Yo iré dentro de un ratito. ¿Quieres hacerle el favor a mamá y dejar de mirar por la ventana? Te pareces a Emilia. Todo el día olisqueando...

—¿Qué es *olisecando*?

—Olisqueando. Lo que hacen los perros.

—¿Mover el rabo?

—No, mico. Mover el rabo es mover el rabo. Olisqu coastar es oler. Con la nariz. Como cuando te hago una comida que no has probado nunca y antes de comértela la hueles ¿Entiendes?

—Sí... porque si no me gusta como huele, no me la quiero comer.

—Exacto.

—¿Emilia está todo el día oliendo?

—Claro que no. Pobre mujer. Es una forma de hablar. Hay personas que a veces hacen cosas... ya te lo explicaré cuando seas un poquito más mayor. ¿Te parece?

—¿No me lo puedes explicar ahora, mamá?

—Ahora no puedo, vida. Aún me queda organizar todas estas facturas, antes de irme a la cama. Y tú me podrías ayudar, bajándote de la silla y bebiéndote la leche.

—La seño Raquel dice que hay personas que no tienen cama y que tienen que dormir en la calle porque no tienen dinero para comprarse una cama. Y que, cuando es *en invierno*, se tapan con cartones para no tener frío, porque no tienen dinero para comprar mantas y que no tienen sábanas. Dice que nosotros somos unos *enfundados* porque tenemos camas y mantas y sábanas. ¿Puedo dormir esta noche sin sábanas, mamá?

Mamá levantó levemente la ceja izquierda por encima de las gafas de leer facturas, sin dejar de mirar la que tenía entre las manos.

—Se dice afortunados... y no. No puedes dormir sin sábanas.

—¿Por qué no? *A-fo-run-tados*.

—*A-for-tu-na-dos*. Porque tu cama ya está hecha. Porque dormirás mucho mejor con tus sábanas y porque tú no tienes la culpa de que haya gente que no tiene sábanas. ¿Vale, mico?

—Vale... lo siento —murmuró la niña—. *A-for-tu-na-dos* —. ¡¡Bien!!

—¡Muy bien! Y ahora, ¿vas a hacerme caso por fin, o no? ¿O es que piensas seguir haciendo preguntas toda la noche?

—Mamá... —Efectivamente. Pensaba hacerlo.

—Queee... —A Elena se le empezaba a escurrir la paciencia. Igual que cuando limpiaba boquerones en casa de doña Leonor. Malditos pececillos escurridizos... Levantó la mirada hacia el fluorescente que colgaba del techo, implorando un poquito de entereza. La que se le escapaba todas las noches a esas horas.

La pequeña dejó de mirar por la ventana, giró ciento ochenta grados y pegó un bote de campeonato, aterrizando con las piernas abiertas y apoyándose con las manitas en el suelo. Uno de esos saltos que las autoridades sanitarias recomiendan no hacer en ningún caso después de los treinta. Después corrió a situarse junto a su madre, dispuesta a prorrogar su interrogatorio tanto como le fuese posible.

—¿No te gusta Emilia? —continuó.

—Menuda pregunta. Adoro a nuestros vecinos y tú lo sabes. —Mamá movió la cabeza de derecha a izquierda con el fin de estirar los músculos del cuello y volvió a concentrarse en las facturas. Apartó a un lado la de la luz y desplegó la del móvil. Buscó al pie de página *el total a pagar* y sucedió entonces que se le escapó un «¡¡Mierda!!», igual que se escapa un pedo en el lugar y el momento más inoportuno.

Y, claro:

—¡Has dicho mierda!

—¡Joder, Paula! Podrías tener la misma rapidez para obedecer.

—¡Has dicho joder!

—¡Se me ha escapado!

—¡No se pueden decir palabrotas!

—¡TÚ no puedes decir palabrotas!... En mi caso no es aconsejable. Sólo eso.

—Las palabrotas ensucian la boca y salen caries —la niña atizó a su madre un buen gancho, parafraseándola.

—En realidad sólo ensucian las bocas que tienen dientes de leche —. Mamá trató de recuperar su posición de la manera más gansa que encontró: inventando sobre lo inventado. Cutre pero eficaz. Los niños, al igual que sus mayores, no acostumbran a discutir sobre aquello de lo que no están seguros.

—¡Mentira! —Bueno... casi todos los niños.

Cambio de estrategia. Plan B: hacerse la ofendida. Indignarse.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Mamá nunca miente! —y rematar con un «¿alguna vez te he mentado yo?»—. Olé.

—No. —Angelito...

—Pero eso no me lo habías dicho nunca.

—Cariño, se me habrá olvidado matizar. A lo mejor te has creído que tu madre puede acordarse de todo lo que tiene que enseñarte. Las mamás no tenemos libros como las señas.

La niña dudó un instante. ¿Qué significaría *mazitar*? Resolvió dejarlo para otro momento.

—¡Me tienes que dar un euro! —La buena maña del niño. Capítulo uno: si no puedes con el enemigo, cambia de tema.

Mamá se quedó con el siguiente gancho atascado, la boca abierta y las gafas de leer facturas sobre la punta de la nariz.

—¿Que te tengo que dar... qué? —contestó, cuando hubo recuperado el norte—. ¿A santo de qué, señorita?

—La seño Raquel dice que los mayores deberían pagar un euro cada vez que dicen un taco. Dice que así aprenderían a no decirlos y que así los niños no diríamos tacos nunca, porque dice que los niños *invitamos* todo lo que hacen los mayores.

Elena dejó, lentamente, las facturas sobre la mesa. El semblante de un miura a punto de embestir luchaba por hacerse con su rostro, pero ella lo empujó mentalmente, haciendo acopio de algún resto de paciencia que pudo conseguir rascando un poco de aquí y de allá. Se quitó las gafas y las depositó sobre la mesa. Cerró los ojos, alzó las cejas y giró la cabeza en dirección a su retoño. Durante el trayecto fue contando hasta diez. Se detuvo al llegar a su destino y los abrió de nuevo, enfrentando su mirada con la de la niña, que aguardaba con esa cara que pone Bruce Lee, mientras espera al enemigo. Esa que dice: «Inténtalo si quieres... total, no tengo otra cosa que hacer».

Inspiró todo el aire que pudo. Tenía que parar esto, antes de que fuese demasiado tarde... para ella misma. «No le nombres a la seño. Es uno de sus pilares más importantes», se aconsejó. «Acaba con esto lo antes posible. Sé

más inteligente que ella. Y, sobre todo, no levantes la voz... ¡Me cago en la *supernanny!*».

—Se dice *imitamos*, cariño. No *invitamos*. —Levantó el dedo índice de la mano derecha para enfatizar sus palabras y habló despacio—. Prometo intentar no decir tacos a partir de ahora. Prometo no pagar un euro cada vez que se me escape alguno sin querer y, sobre todo, te prometo que ahora mismo, el trocito de paciencia que me queda, antes de castigarte sin pasear a *Gigante*, tiene el tamaño de una hormiga. Pero no de una hormiga mayor. De una hormiga bebé. ¡No! Recién nacida.

—Jolín mami. Que *pacencia* tan pequeñita tienes.

—Paciencia. Pues ya sabes. No juegues conmigo. Leche, dientes y cama.

La niña reuló. O eso le pareció a su madre, porque no contestó. Y Elena aprovechó su momento de gloria.

—Anda, mico. Tómate la leche. —Había vencido. Recogería su trofeo. Un rato de tele de mayores para ella sola. Nada de mochilas parlantes, ni mapas que cantan. Nada de esponjas que viven con caracoles que maúllan. Nada que alguien hubiese dibujado antes. Sólo cine del bueno. Del bueno de verdad. De ese que sale un vampiro vegetariano que se enamora de una chica cien años más joven que él.

—Pero mamá. —¡Horror! El enemigo embestía de nuevo—. Es que yo quiero comprarme un perro. Uno como *Gigante*.

A Elena se le abrieron de repente unos ojos como platos de loza. Adiós al vampiro vegetariano.

—¿Un perro? ¿Y eso a qué viene ahora, hija mía de mi vida? —Surrealista... desesperante.

—Tú me das un euro cada vez que digas un taco y yo lo guardo en un bote. Así, si dices muchos, pues compramos un perro.

Bonito detalle este de acabar todas las noches con su paciencia. ¿Sería un consejo de la seño? Nota: soñar esta noche con matar a la seño Raquel. Elena dejó a un lado las facturas malditas, suspiró de nuevo y se puso a lo que debería haber hecho desde el principio. Darle ella misma la leche a su hija. Sentó a la pequeña en el sofá y se colocó a su lado, sosteniéndole el vaso, mientras la niña bebía el líquido que, obviamente, se había quedado frío. Un minuto de microondas tirado a la basura.

—Está fría —protestó la pequeña.

Elena hizo caso omiso y le acercó de nuevo el vaso.

—Pasaré por alto el hecho de que quieras que diga tacos para poder

comprar un perro, porque eres muy pequeña para soltarte una charla sobre moralidad. Pero sabes que no podemos tener un perro, cariño. Este piso es pequeño incluso para nosotras. ¿Te gustaría tener un animal que se sintiese como en una jaula? ¿Te imaginas metida en una jaula? Además, tenemos a *Gigante*. Puedes pasearlo cuando quieras. A Ismael le encanta que vayas a pasearlo con él. Dice que le ayudas mucho.

—¡Pero *Gigante* no es mío! —la pequeña gimoteó, al tiempo que empujaba el vaso. Un poco de leche cayó sobre su ropa—. Yo quiero uno para mí.

—Vale, Paula. Estás tirando la leche. Recuerda que mi paciencia es como una hormiguita. —Volvió a acercarse el vaso a la boca de la niña. Terminó de beberse y después la ayudó a ponerse el pijama.

—Mete el pie. —La niña obedeció—. Además... ¿Me quieres decir cuándo estaríamos con él? Si no llegamos a casa hasta casi la hora de la cena. Estaría todo el día solo. —La incuestionable realidad era aplastante, incluso para una niña de cinco años. Sería mejor no seguir intentándolo. La batalla estaba perdida, pero ella al menos ella tenía sábanas. Se consoló.

—Ale, mico. Ya está. Ahora a lavarse los dientes, señorita. —Mamá terminó de ponerle a la niña el pijama y le dio un golpecito en el culo, empujándola hacia el lavabo.

—¡Pues un gato! —se le ocurrió de repente.

—Paula. ¡Vale ya, por favor! —¡Virgen del amor hermoso!

—¿Y un ratón? La mamá de Claudia le ha prometido un ratón para su cumple.

—¡Paula! No lo repito más. A lavarte los dientes. ¡Ya! ¡Ahora! ¡*Ipsa facto!*

—¿Qué es *ipo...*?

—¡Pa! ¡U!... ¡¡¡La!!!

No eran las mejores sábanas del mundo, ni había que ser técnico especialista en ropa de hogar para darse cuenta de ello. Sin estampados *vintage*, ni calidad superior, aunque esto último algún cachondo sin sentido del ridículo se atreviese a estamparlo en la funda.

Las que de verdad eran de buena calidad, esas quedaban fuera de su alcance. Acaso la diferencia entre esas y otras más caras no sea para tanto. Tal vez, incluso son las mismas que compran los ricos, sólo que a estos les engañan como a los chinos. Son los pobres los que pagan el precio que

merecen las sábanas, de acuerdo con la calidad que se brinda al consumidor. Mas es preciso que los pudientes, relamidos vanidosos, sientan que compran mejores productos que el resto. Y la diferencia la imponen a partes iguales el dinero y el glamur. Todos compran el mismo producto, pero uno se vende en una tienda donde la dependienta parece recién importada de Broadway, a precio de Broadway y el otro lo coge uno mismo de la estantería del Carrefour por menos de la mitad. Y todos contentos.

Elena sabía, no obstante, que las sábanas donde dormía con su hija todas las noches no eran las mismas que las que tenían los ricos. Y lo sabía de muy buena tinta porque era ella quien hacía la cama todos los días a uno de esos pobres incautos a quienes los menesterosos, cual zorros ladinos, escamotean incesantemente con el fin de sacarles los cuartos.

La pobre rica en cuestión se llamaba Leonor. Doña Leonor. La mujer que pagaba con su estreñido sueldo las sábanas de su pequeña. Exactamente dos juegos. De quita y pon. Las sábanas, el alquiler, las facturas y algo de comida. Y nada más. Desde luego no era Elena uno de esos astutos zorros que raposeaban a los ricos. O era Doña Leonor la excepción que confirma la regla.

Algo no le cuadraba en la teoría del complot contra el capitalismo.

Esa noche tocaba el juego de sábanas sin estampado, con ribete rosa palo, bajo una fina colcha de entretiempo azul claro sin definir. De raso... Eso sí. Obsequio del arrendador. Lo que de toda la vida venía siendo esa colcha que no te llevas el día en que te mudas porque ¿dónde vas con eso?

El caso es que a ellas les hacía su función. Ideal para el *ni frío, ni calor* de las noches de septiembre.

A las diez cero una, capicúa en el reloj de la habitación, mamá arropaba a Paula. La pequeña brujita que todas las noches la hacía sudar cual si hubiese corrido enterito y del tirón el Camino de Santiago.

Quedaba el último empujón. Cinco minutos más y su hechicera favorita entraría en modo hibernación.

—Mamá...

—Dime, cariño.

—¿Mañana hay cole?

—Sí.

—¿Y al otro?

—Sí.

—¿Y al otro?

—Sííí.

—¿Y al otro?

Elena se echó a reír

—Sí, mico. Al otro también. —Acarició el pelo de la niña y le dio un beso en la frente—. ¿Me vas a prometer que te vas a dormir a la primera, sin rechistar?

—Lo prometo. —La niña abrazó a su madre. Mamá era un poco más fría de lo que a ella le hubiese gustado. Pero a tu *todo lo que tienes en la vida* no se lo tienes en cuenta. Dentro de unos cuantos años, probablemente lo entendería. Ahora debía vivir su *vida bella*.

—Ale, mico. Pues a dormir.

—Buenas noches mamá.

Elena se incorporó y caminó hacia la puerta para apagar la luz cuando, al llegar a la altura del interruptor, giró en redondo y puso cara de interrogación.

—¿Por qué me has pedido antes perdón, cariño?

—¿Yo?

—Antes, cuando te he dicho que no podías dormir sin sábanas. Me has pedido perdón. ¿Por qué?

—No te lo he pedido a ti.

—¿A quién se lo has pedido entonces?

—Al señor de la calle.

Elena disimuló un respingo y levantó las cejas, arrugando la frente con expresión curiosa.

—¿Qué señor?

—El del *gersié* azul con la estrella que duerme en el cubo de la basura. Quería dejarle mis sábanas.

Mamá permaneció súbitamente quieta, con la mano apuntando hacia el interruptor de la luz. La niña caía lentamente en un profundo sueño y en cuestión de unos segundos se quedó dormida de esa manera tan dulce que tienen los niños de hacerlo. Dulce por los motivos que tantos padres alrededor del mundo conocen y por un detalle que les pertenece sólo a ellos. Y es que únicamente un niño posee la virtud de resultar arrebatadoramente tierno con esa cara de merluza que se les queda al dormir.

Elena apagó la luz de la habitación y salió a la claridad de la salita-cocina de su diminuto piso. Caminó despacio hacia la ventana y se detuvo a medio metro. Retrocedió un paso. Volvió a detenerse. Mejor apagar la luz antes de asomarse. Pensó.

Luz apagada y todo, se agachó cuando estuvo cerca de la ventana. Desde

luego, si había alguien ahí afuera y teniendo en cuenta que su piso se encontraba en una segunda altura, ahora mismo estaría escuchando el sonido de las mil pulsaciones por minuto de su corazón, cabalgando a muchos decibelios por encima de lo permitido.

Agazapada bajo el marco de la ventana no podía sino verse a sí misma ofreciendo, para su tranquilidad a nadie, la penosa imagen de madre gallina. Se agarró a la moldura y lentamente se fue incorporando.

Desde fuera la vista era aterradora. De una ventana sin luz interior fueron apareciendo poco a poco, dos ojos y una nariz. Se detuvo. A esa altura sólo alcanzaba a ver el extremo del alféizar de la ventana. Tenía que arriesgar un poco más. Se atrevió, esta vez hasta la barbilla. Desde aquí podía ver la parte superior de los contenedores. No parecía que hubiese nadie. Aunque podría estar sentado en el suelo, y el suelo, si quería verlo, tenía su precio: debería levantarse.

—Uno... dos... —cerró los ojos—, dos y medio...

Se echó a reír en silencio mientras se imaginaba contándole su aventura nocturna a Carmen y la risa se convirtió en mudas carcajadas. Difícilmente superaría el estado de ridiculez en el que se encontraba en este momento, agarrada al marco de la ventana, a oscuras y con el culo en pompa. Claro que, todo era cuestión de proponérselo.

Así es que ahí estaba nuestra heroína. Dándolo todo. Arriesgando la vida en pro del bienestar de su vecindario. Y lo más triste de todo era que, si alguno de los inquilinos de la finca tuviese que proteger en algún caso la vida de sus vecinos, probablemente ese tendría que ser ella. El resto de la tropa debería conformarse con intentar alzar el bastón.

Tenía que hacerlo. Se incorporaría en ese mismo instante, rastrearía los contenedores y si allí había un señor con jersey azul... llamaría a Carmen.

Ahora sí. «Uno, dos y ¡tres!»... Elena se levantó.

Dos contenedores verdes descansaban en el mismo lugar de siempre, flanqueados por algunas cajas vacías que yacían inertes a su alrededor. Unas cuantas bolsas esparcidas por el suelo, regalitos habituales de algún atajo de incívicos, ofrecían un succulento menú a un par de gatos. Nada raro. Lo normal de cada noche. Las mismas estupendas vistas de siempre.

De vez en cuando variaba la posición de alguna bolsa o el número de gatos que aparecían en la escena. Por lo demás, todo en su sitio. Nada nuevo. Ningún jersey azul con una estrella. Probablemente la niña había visto a alguien tirando la basura y se había montado su película. Alguien que fumaba

un cigarrillo, aprovechando el viaje a los contenedores. Incluso puede que la hubiese saludado al verla asomada a la ventana. Sólo eso.

Problema pues, solucionado. Había llegado su turno. Este trocito de noche que quedaba le pertenecía. Sólo para ella. Un buen vaso de leche con cereales y un rato de tele le sabrían a gloria. Se sentó un instante en el sofá. El primer momento de sofá del día. Se recostó hacia atrás y palpó bajo de los cojines, buscando el mando de la televisión. Lo localizó encima de unos papeles. Tiró de ellos para ver qué eran y sonrió. Unos dibujos de Paula bastante arrugados. Valeria, Rafa, los vecinos, mamá, un papá, *Gigante*, Carmen, incluso Ismael se había dejado caer por allí. Mañana mismo los pegaría en la pared de la habitación junto a las otras obras de arte de su niña. Los colocó sobre la superficie del sofá y los planchó suavemente con la mano, como si del pelo de su hija se tratase.

Y ya no hubo nada más. Lo siguiente fue que se despertó medio sentada a las dos de la madrugada, con el canal infantil de fondo y los riñones congelados. Tambaleándose como un borracho caminó hasta la cama donde dormía su hija y se metió con ella. La niña se acurrucó junto a su madre cuando sintió su presencia. Y así terminó aquel día. Uno más. Sin nada más... Como siempre.

Entre tanto en la calle, al abrigo de la oscuridad de la noche, los contenedores de basura aguardaban impertérritos la visita del camión que vaciaría sus atestadas tripas. Para matar el tiempo se empleaban como mudos testigos del festín felino. La familia gatuna había aumentado desde que Elena mirase a través de su ventana.

Pero un ruido los espantó y haciendo honor a su reputación, los mininos desaparecieron en cuestión de medio segundo.

Alguien salió de detrás de los contenedores. Alguien con una pequeña estrella negra pintada sobre un jersey azul. Se sentó encima de unos cartones y cruzó los brazos delante del pecho. Echó una última ojeada hacia el segundo piso... y cerró los ojos.

[Sigue leyendo](#) *Dibujos en la pared*

Disponible en formato electrónico y en papel

Créditos

Título Original: *Y una mierda me quisiste*

Autora: Mayte Aranda

Diseño de cubierta: Susana Martínez Ibáñez

Imagen de cubierta: CC0 License - Craig Dennis/Pexels

Conversión e-book: Susana Martínez Ibáñez

Edición original autopublicada, 2018

Primera edición digital: septiembre 2018

© Mayte Aranda, 2018

Reservados todos los derechos